

# SANIDAD PODEROSA

John Wimber  

---

Kevin Springer

Introducción por Richard J. Foster

# SANIDAD PODEROSA

## Una iluminadora e inspiradora mirada al poder de la sanidad divina

«En una era en que el explosivo poder del Espíritu Santo se hace cada vez más evidente en todo el arco iris de las denominaciones cristianas, la necesidad de una bien informada explicación, orientación e interpretación se agudiza. En *Sanidad poderosa*, John Wimber llena esa necesidad. He aquí un importante trabajo sobre la sanidad divina, firmemente basado en erudición bíblica y profundamente inmerso en experiencias ministeriales de primera mano. Está destinado a ocupar un lugar entre los clásicos sobre el tema».

C. PETER WAGNER, Fuller Theological Seminary

John Wimber cree de corazón que la sanidad es fundamental en el ministerio y la vida de la Iglesia. *Sanidad poderosa* dramáticamente revive su lucha por entender la naturaleza de la sanidad y cómo lo llevó a él a una nueva comprensión de por qué Jesús sana y cómo lo hace a través nuestro.

Wimber ofrece modelos prácticos para el ministerio de sanidad. Explora la sanidad en el Antiguo Testamento, ofrece un vistazo a la obra de sanidad Jesús y sus discípulos, y discute las curaciones que ocurren en los hospitales. Este claro y detallado análisis de primera mano es lectura requerida de cualquiera que está interesado en la sanidad divina de hoy.



John Wimber es fundador de la Vineyard Christian Fellowship [Iglesias La Viña] y autor de varios libros. La iglesia Vineyard de Anaheim ha fundado más de seiscientas congregaciones en veintiocho países. La visión de John es que para el año 2000 se hayan establecido dos mil congregaciones, y que el cuerpo de Cristo en pleno se edifique y prepare para cumplir la Gran Comisión.

Categoría: Vida cristiana

ISBN 0-88113-491-0



9 780881 134919 >

  
BETANIA

**SANIDAD  
PODEROSA**

# SANIDAD PODEROSA

John Wimber

---

Kevin Springer



BETANIA

*Un Sello de Editorial Caribe*

En memoria de David Watson.

«*Sorbida es la muerte en victoria*».

ex libris eltropical

*Betania* es un sello de *Editorial Caribe*,  
una división de *Thomas Nelson, Inc.*

© 1997 EDITORIAL CARIBE

P.O. Box 141000

Nashville, TN 37217, U.S.A.

E-mail: caribe@editorialcaribe.com

Título del original en inglés:

*Power Healing*

© 1987 *John Wimber* y *Kevin Springer*

Publicado por *HarperCollins*

Traductor: *Ricardo Acosta*

ISBN: 0-88113-491-0

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total

o parcial de esta obra sin

la debida autorización

de los editores.

Impreso en EE.UU.

Printed in U.S.A.

1ª Impresión

# Contenido

|  |     |
|--|-----|
| Reconocimientos  | 9   |
| Introducción de Richard J. Foster  | 11  |
| Una nota personal de John Wimber   | 15  |
| Primera parte: ¿Por qué sana Jesús?  |     |
| 1. La lucha prolongada   | 25  |
| 2. Un sanador improbable   | 46  |
| 3. Una visión de la compasión y misericordia de Dios                                       | 68  |
| Segunda parte: ¿Qué sana Jesús?  |     |
| 4. La sanidad de la persona en su totalidad  | 83  |
| 5. Cómo superar los efectos de las heridas del pasado                                      | 102 |
| 6. Sanidad del endemoniado   | 123 |
| 7. Sanidad del cuerpo  | 154 |
| 8. No todos se sanan   | 176 |
| Tercera parte: ¿Cómo sana Jesús por medio de nosotros?                                     |     |
| 9. Un modelo integrado de sanidad: Principios, valores y prácticas                         | 199 |
| 10. Un modelo integrado de sanidad: los programas y el personal                            | 218 |
| 11. Un proceso de sanidad: entrevista, diagnóstico y selección de oración                  | 229 |
| 12. Un proceso de sanidad: oración, manifestaciones y dirección para después de la oración | 243 |
| Epílogo  | 270 |

|  |     |
|--|-----|
| Apéndice A: Glosario de términos   | 272 |
| Apéndice B: La sanidad en los hospitales   | 276 |
| Apéndice C: La sanidad en el Antiguo Testamento  | 279 |
| Apéndice D: Un resumen del ministerio de sanidad de Jesús  | 280 |
| Apéndice E: El ministerio de sanidad de los discípulos   | 282 |
| Apéndice F: Señales y maravillas en Sheffield: un análisis antropológico social de las palabras de conocimiento, de las manifestaciones del Espíritu y de la eficacia de la sanidad divina | 283 |
| Notas  | 307 |

## Reconocimientos

Nuestras esposas hicieron considerables sacrificios para ver terminado este libro. Carol Wimber leyó y expresó valiosos comentarios sobre cada sección y permitió que se publicaran varias de sus anécdotas personales. Suzanne Springer pasó largas e interminables horas revisando cada borrador, sin quejarse nunca de los innumerables cambios que se producen en la escritura de un libro.

Kevin Perrotta, editor ejecutivo del periódico *Pastoral Renewal* [Renovación pastoral] de Ann Arbor, Michigan, leyó cada página de los primeros borradores y sugirió cambios que mejoraron enormemente el libro. El doctor Peter Davids, profesor adjunto de Nuevo Testamento en la Universidad Regent de Vancouver, British Columbia, ayudó muchísimo al editar y mejorar las secciones de comentarios sobre el Nuevo Testamento.

Roy M. Carlisle, nuestro director de Harper & Row, San Francisco, nos animó y ayudó en cada revisión del manuscrito. Por medio de nuestra asociación para la escritura de este y de otros libros Harper, Roy ha llegado a ser tanto nuestro amigo como colega profesional.

Muchos otros leyeron partes del manuscrito relacionadas con esferas en que tienen experiencia, y sus comentarios fueron de gran ayuda. Entre ellos están el doctor John White, escritor y siquiatra de Vancouver, British Columbia; el doctor Paul Reisser, escritor y médico de Thousand Oaks, California; el doctor John Carter, profesor de psicología en el Instituto de Psicología Rosemead, La Mirada, California; el doctor Russell P. Spittler, profesor de Nuevo Testamento en el Seminario Teológico Fuller de Pasadena, California; el doctor Alan Code, de la Iglesia Misionera Sociedad de Australia en Sidney; el obispo David Pytches, vicario de la Iglesia Anglicana San

Andrés en Chorleywood, Hertfordshire, Inglaterra; y el doctor Peter Wagner, profesor de expansión de la Iglesia en el Instituto World Mission del Seminario Teológico Fuller, en Pasadena, California.

Hubo otros que nos animaron e hicieron muchas útiles sugerencias. En varios casos permitieron que sus anécdotas personales se incluyeran en el texto. Entre ellos están Sam Thompson, pastor principal de la Comunidad Cristiana Vineyard de Anaheim; Dave Nodar, coordinador principal del Cordero de Dios en Baltimore, Maryland; el reverendo John Bertolucci, de la Asociación Franciscana para la Evangelización Católica en Steubenville, Ohio; y Anne Watson, de York, Inglaterra.

George Bernard Shaw observó en una ocasión que los Estados Unidos y Gran Bretaña eran dos naciones «separadas por un idioma común». Recordando esto decidimos escribir una edición estadounidense y otra británica, con el fin de considerar modismos y formas peculiares del lenguaje para cada cultura. En una oportunidad cambiamos el orden de dos historias. A excepción de esas pequeñas concesiones al convencionalismo cultural, no hay diferencias sustanciales en ambas ediciones.

Todas las citas bíblicas provienen de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

John Wimber  
Kevin Springer  
Septiembre de 1986  
Yorba Linda, California

## Introducción

Agradezco a Dios por *Sanidad poderosa*. No lo digo porque crea que la sanidad divina sea el asunto más importante de la vida y experiencia cristianas. Tampoco lo digo debido a que conteste todos los complicados problemas que rodean al tema de la sanidad divina. No, doy gracias a Dios por *Sanidad poderosa*, porque nos recuerda que en el mismísimo corazón de Dios se encuentra el deseo de dar y de perdonar. Nos anima a creer que Dios es bueno y que desea derramar su bondad en nuestra vida y en nuestro corazón. Nos advierte en contra de encerrar a Dios en un pasado seguro y distante. Nos exhorta a invitar los vientos del Espíritu Santo a fluir libremente, a sanar y liberar, amar y perdonar.

Pero los milagros y las sanidades de toda clase se deben recibir con agrado como parte de lo que significa vivir en el reino de Dios. Son sencillamente la consecuencia de caminar en la luz de la gracia de Dios. Se deben esperar como parte de la vida cristiana normal. Aunque esos dones son maravillosos, no hay que hacer de ellos nada especial, ya que la sencilla bondad y la humilde obediencia son de mayor importancia para la vida con Dios.

Es de suma importancia entender estos temas, porque hoy día uno de los mayores impedimentos para el ejercicio del ministerio de sanidad es la tendencia de ver ciertos aspectos de ella como un tipo de «gran cosa». La religión de la «gran cosa» se levanta en oposición al camino de Cristo. Es ese espíritu que puede conducir a los más crueles excesos. Sin embargo, cuando vemos la sanidad divina como parte de la vida normal del pueblo de Dios, nos liberamos de elevar un ministerio sobre otro. Visto así, la oración por sanidad es solo una manera de mostrar amor a las personas. Las sanidades, físicas o no, son el flujo natural de la compasión.

*Sanidad poderosa* y el ministerio que Dios le ha dado a John Wimber ejemplifican ese espíritu de compasión. John no es un charlatán con mirada de loco, y este libro no explota las ansias humanas de sensacionalismo. Por el contrario, es un análisis serio y sensato sobre el lugar que tiene la sanidad en la Iglesia contemporánea. En sus páginas abundan ejemplos de la vida, amor y poder de Dios que moran en medio de su pueblo. Y a medida que reflexiono sobre el contenido de *Sanidad poderosa*, vienen a mi mente varias palabras descriptivas:

La primera es *audacia*. John habla con la confianza de quien tiene su vida centrada en Dios. Debido a esta realidad en la vida de John, él encara asuntos muy polémicos de manera audaz, firme y segura. La oración por la enfermedad crónica, por la resurrección de los muertos, por la sanidad interior, etc., son temas que se tratan con sincera atención. Se plantea el asunto de los demonios y de la «demonización» de personas con absoluta franqueza, a pesar de que los mismos temas son tan polémicos que muchas personas tendrán que tragar en seco incluso hasta para leer acerca de ellos.

La segunda palabra que viene a mi mente es *rectitud*. John analiza con franqueza el hecho de que no se sanan algunas de las personas por quienes oran él y los miembros de Vineyard. Él habla con sinceridad de su propia afección. Y al relatar algo del origen del movimiento Vineyard, John habla de los mismos titubeos y tropiezos muy humanos que todos conocemos cabalmente. Se niega a ocultar las imperfecciones, por lo que le estamos muy agradecidos.

Una tercera manera de caracterizar este libro es con la palabra *bíblico*. Cuando digo esto no sugiero que John sea un biblista que recorre la Biblia para hallar versículos que cubran cada jota y tilde de la vida. Más bien, busca un punto de vista bíblico para informar toda experiencia y enseñanza. Tanto John como Kevin Springer, su coautor, escudriñan todo en este libro a la luz de la revelación bíblica.

Además, este libro es decididamente bíblico porque sigue el sendero bíblico dondequiera que conduzca. John toma en

serio la sanidad porque la Biblia la toma en serio. Toma la liberación con seriedad debido a que la Biblia también lo hace.

La cuarta palabra es *dócil*. Ese aspecto del libro me atrae mucho. Cuando alguien deja de ser dócil, se convierte en un peligro espiritual. En cambio, este libro se destaca por su disposición a aprender de los demás. Las notas al final del libro son un tesoro al respecto. La inclusión del estudio de un antropólogo social de Oxford, Inglaterra, sobre las manifestaciones de las señales y prodigios da más prueba de ese espíritu. Hay aquí una saludable humildad que es sinceramente renovadora.

La quinta cosa que me llama la atención de este libro y del ministerio de John Wimber como un todo es el énfasis en el *esfuerzo de equipo*. ¡No es cuestión de un hombre orquesta! He descubierto que los ministerios de oración más eficaces son los alimentados por una comunidad amorosa que resalta a los equipos de oración. John Wimber y los ministerios Vineyard han desarrollado exhaustivamente este concepto mediante un cuidadoso adiestramiento de equipos de oración para ayudar a un mundo necesitado. Wimber incluso hace notar que los dones del Espíritu Santo «no se dan primordialmente a individuos sino a todo el cuerpo y para la edificación de todo el cuerpo».

Este saludable énfasis es una defensa contra la dominación por una persona de una situación, debido a que se enfoca en Dios, el sanador, y no en los que oran. Esto es importante porque una señal de que un movimiento es de Dios es que ningún ser humano puede (o debe) dominarlo.

¿Hay puntos débiles o deficiencias en este libro? Claro, ¿dónde no? En especial me gustaría ver más relaciones entre las señales y prodigios y el llamado bíblico a la justicia social; la Biblia prácticamente está plagada de estas conexiones. Pero es por la naturaleza inmanente de seres humanos finitos que vemos «por espejo, oscuramente» (1 Corintios 13.12). Que Dios nos hable no es garantía de que captemos todas las dimensiones de la enseñanza o tan siquiera que siempre entendamos correctamente el mensaje. Solamente los más

ingenuos insisten en que los libros sean ciento por ciento puros. Por eso es de vital importancia la disposición de John Wimber para aprender y crecer a medida que el Espíritu Santo lo dirige, impulsa y corrige.

Por último le contaré una anécdota personal. En mayo de 1978 caminaba solo por un tramo de la costa de Oregón, cuando tuve una extraordinaria experiencia de la presencia de Dios que duró aproximadamente hora y media. Nunca más fui el mismo. Una de las muchas instrucciones de ese encuentro fue que debiera orar para que nuevos líderes proféticos se levantaran para dirigir al pueblo de Dios hacia expresiones audaces y frescas de fidelidad y obediencia. Desde ese día he pedido a Dios que levante un ejército de líderes proféticos guiados, ordenados y adiestrados por el Espíritu; líderes que sean

solitarios como el Tisbe, audaces como el Bautista;  
fundidos en un molde extraño y apostólico.

Creo que John Wimber pertenece a ese ejército.

Richard J. Foster  
Adviento de 1986

## Una nota personal de John Wimber

En octubre de 1985, estuve\* en Inglaterra durante tres semanas, enseñando en conferencias en Londres, Brighton y Sheffield. Muchas personas se sanaron. Uno no se sanó: yo.

En los dos años anteriores, cada cuatro o cinco meses yo había sufrido dolores ligeros en el pecho. Sospechaba que tenían algo que ver con el corazón, pero no hice nada en cuanto a ellos. Nadie, ni siquiera mi esposa Carol conocía la situación. Pero en Inglaterra no pude ocultárselo más. En varias ocasiones, mientras caminábamos me detenía de repente debido al dolor en el pecho. Durante casi todo el viaje estuve cansado. Sufrí lo que los médicos luego sospecharon que era una serie de infartos.

Al regresar a Yorba Linda, California, Carol insistió en que consultara un médico. El 3 de noviembre inicié una serie de exámenes que culminaron en el diagnóstico de un cardiólogo que confirmó mis peores temores: tenía una lesión en el corazón, posiblemente de mucha gravedad. Los exámenes señalaron que el corazón no funcionaba bien, condición complicada y posiblemente causada por la presión sanguínea elevada. Sumados a ese problema estaban mi sobrepeso y mi exceso de trabajo, lo que significaba que podía morir en cualquier momento.

El médico me dijo que debía controlar mi presión sanguínea por medio de medicamentos, y además debía reducir el consumo de sal, caminar todos los días y bajar de peso. También dijo que si seguía viviendo al paso que había vivido por años (solo en 1985 estuve fuera de casa durante más de

---

\* A menos que se indique lo contrario, las declaraciones en primera persona se refieren a John Wimber.

cuarenta semanas) seguramente moriría a causa del estrés. Seguí todas sus indicaciones.

Pero en mi corazón no acaté las instrucciones de Dios de buscar en Él la sanidad. La gente oraba por mí, pero me faltaba fe para recibir la sanidad divina. Eso puede parecer extraño, pero en realidad no me era fácil recibir sanidad. ¿Por qué? Debido a que toda la vida fui una persona compulsiva, que siempre comía y trabajaba más de lo que debía, y pensaba que mi cuerpo ya había empezado a desfallecer. En otras palabras, pensaba subconscientemente que merecía mi condición y que orar por mi sanidad era orar contra lo que merecía. Había eliminado la posibilidad del perdón y la gracia de Dios para la sanidad en mi vida. También significaba que me era más fácil oír y seguir las indicaciones del médico que recibir sanidad por la oración, ya que sentía que el tratamiento y el régimen médico eran mi disciplina por haber obrado mal.

No había nada racional o cuerdo en la manera en que pensaba y sentía. Por años supe y enseñé Romanos 8.1-2: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte». Pero tenerlo en la cabeza no es lo mismo que creerlo de corazón.

En diciembre asistí a una reunión en Palm Springs, California, con cerca de veinte de los pastores principales y sus esposas de la Comunidad Cristiana Vineyard en todos los Estados Unidos y Canadá. Nos reunimos durante varios días para estudiar y orar acerca del cuidado pastoral que por entonces se había desarrollado en más de cien congregaciones Vineyard. Mis compañeros no tenían mucha idea de mi afección física. Yo no tenía intención de hablar de ella (no quería que se convirtiera en el tema principal de la reunión). Dios me despertó la tercera noche. En mi mente sentí que Él me hacía una pregunta sencilla: «John, ¿quién es Dios... tú o yo?» Entonces me dijo que durante toda mi vida había rechazado su gracia debido a mi orgullo e independencia, y que si insistía

en hacer mi voluntad no podría recibir su misericordia. Entonces me mostró dos aspectos de mi vida en los que había rechazado su gracia:

El primero era la actitud de juicio hacia los cristianos en cuyos ministerios se hacía uso audaz de los medios de comunicación, sobre todo con el fin de recoger dinero. Me ofendían (y aún hoy me ofenden) muchos de los métodos usados por algunos personajes de la televisión para recaudar fondos. Dios me dijo que mi actitud hacia esas personas escondía mi profundo problema de orgullo y autosuficiencia. Además Dios me dijo que esto me causaba estrés porque yo me sentía personalmente responsable de conseguir los fondos para el ministerio en vez de descansar en Él.

El segundo aspecto del que Dios me habló fue acerca de mi salud. Me dijo que yo tenía que escoger: morir o arrepentirme de mi actitud de autosuficiencia y recibir su gracia. Heme aquí, una persona que oraba por la sanidad de otros y que adiestraban a millares para orar por la sanidad de los demás, ¡y que era demasiado orgulloso para recibir la gracia de Dios!

Dios también me mostró un pasaje y una promesa de la Biblia. Romanos 4.19-21 dice:

Y [Abraham] no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido.

Su promesa para mí era que debiera esperar mi sanidad de la misma manera que Abraham esperaba por su hijo. Mientras tanto me dijo que siguiera las indicaciones del médico.

La mañana siguiente hablé de mi afección a los demás pastores y les pedí que oraran por mi sanidad. En ese momento no les hablé del pasaje de Romanos. Cuando oraron por mi sanidad, Bob Craine, pastor de la Comunidad Cristiana Vineyard de San Luis Obispo (California), profetizó que «así como

estoy con Abraham, estoy contigo». Me animé enormemente y sentí que el poder sanador de Dios había empezado a obrar en mí.

En febrero de 1986 me sometí a un examen especial de estrés y mi corazón respondió con normalidad. Aún tenía la presión alta y exceso de peso, pero mi situación mejoraba y los médicos me animaron. Recorté mi programa de viajes, vigilé rigurosamente mi dieta y me aseguré de descansar y ejercitarme lo suficiente. Confiaba en que así como Abraham creyó, confió en Dios y con el tiempo llegó a ver a su hijo, yo también estaría completamente sano si ponía mi confianza en Dios.

Pero en la madrugada de un domingo de junio desperté con dolores intensos en el pecho. Me llevaron a la sala de cuidados intensivos del hospital local y durante la semana siguiente me sometieron a exhaustivos exámenes. Los resultados fueron buenos y malos. Mi corazón no estaba tan estropeado como habían pensado los médicos unos meses antes; pero descubrieron que padecía de úlceras. Durante mi estadía en el hospital, el Señor me consolaba en oración y mediante las Escrituras (sobre todo el Salmo 22). Los médicos me aseguraron que si seguía sus indicaciones, particularmente si cortaba mi programa de viajes y hacía más ejercicio, podría vivir muchos años más. El Señor me aseguró de nuevo que me sanaría.

Quisiera poder escribir que en este momento estoy sano por completo, que ya no tengo problemas físicos. Pero si lo hiciera, no sería verdad. No obstante, mi historia ilustra un principio que me guía en la sanidad divina: la obediencia a la Palabra de Dios es la razón fundamental por la que oro por los enfermos y recibo oración personalmente, aun cuando no vea sanidad como resultado de esas oraciones. Hace mucho decidí que, si cien personas reciben oración y solo una se sana, es mejor que si ninguna recibe oración y nadie sana.

¿Cómo sé que Jesús quiere que oremos por los enfermos? Las Escrituras enseñan que estamos comisionados a hacer la voluntad de Dios en la tierra, la que se ilustra en la vida y

mensaje de Jesús. En cuanto al ministerio de sanidad, Jesús «sanó a muchos que estaban enfermos de diversas enfermedades» (Marcos 1.34); dio a los doce «poder y autoridad ... para sanar enfermedades» (Lucas 9.1); comisionó a los setenta a sanar a los enfermos y decirles que el reino de Dios se ha acercado a ellos (Lucas 10.9); y en una aparición después de su resurrección dijo que quienes lo siguieran «sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán» (Marcos 16.18).<sup>1</sup> Por lo tanto, en obediencia a la vida y al mensaje de Jesús, oro por la sanidad de las personas y recibo oración de sanidad.

El apóstol Juan escribe a menudo que Jesús vino a hacer la voluntad del Padre (Juan 4.34; 5.30; 6.38; 8.26; 9.4; 10.37-38; 12.49-50; 14.31; 15.10; 17.4). Además, Jesús hizo todo con excelencia: «Y en gran manera se maravillaban, diciendo: Bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír, y a los mudos hablar» (Marcos 7.37). Jesús instruyó a sus discípulos a orar: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mateo 6.9-10); Jesús quiso que vivieran como Él lo hizo. Cuando entregó su espíritu en la cruz, gritó: «Consumado es», indicando que había cumplido lo que el Padre lo envió a hacer (Juan 19.30). En Mateo 28.18-20, el pasaje de la Gran Comisión, Jesús les dijo a los discípulos: «Id, y haced discípulos a todas las naciones ... enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado». Irían a llevar a cabo su ministerio, que incluye la oración por los enfermos.

Por supuesto que nuestra meta al orar por los enfermos es que se sanen y como consecuencia que el reino de Dios se extienda. La historia de Doug Coombs lo demuestra bien. El 10 de febrero de 1985, Doug entregó su renuncia a la iglesia en Toronto, Ontario, en la que había servido como pastor durante catorce años. Ese mismo día él y su esposa Mary abordaron un avión para California; necesitaban unas vacaciones y un período para tratar de hallarle sentido a su vida. «Estaba acabado física y espiritualmente», me dijo Doug más tarde, «sentía que había ministrado en mis propias fuerzas por mucho tiempo —tenía cincuenta y cuatro años— y no

sabía si podría proseguir. Estaba airado y resentido hacia Dios y hacia algunas personas que me habían desilusionado. Cuando llegué a Los Ángeles, mi hermano Wayne me miró y dijo: "Parece como si te fueras a morir"».

Wayne informó a Doug y Mary que los había inscrito en el cursillo «Las señales y prodigios y el crecimiento de la Iglesia». Yo iba a ser el predicador principal. No querían ir pero se sintieron obligados porque Wayne era el anfitrión. «Ni siquiera sabía lo que los organizadores del congreso querían decir con "señales y prodigios", pero *sabía* que no me gustaría», dijo Doug. «Se me había enseñado a ser cauteloso de todo lo sobrenatural, especialmente de los dones espirituales.

»Cuando llegué al lugar del congreso de inmediato me repugnó la música de "alabanza" y muchas de las personas que cantaban con las manos en alto. Durante los dos primeros días Mary y yo nos sentimos bastante incómodos. Éramos observadores, no participantes. Pero también estábamos heridos profundamente; necesitábamos algo que nos renovara de manera física y espiritual.

»Entonces el jueves en la noche sucedió algo extraño. Hasta ese día nunca supe exactamente lo que pasó. Durante la adoración me di cuenta de repente que la música era una bendición. Sentí paz aunque mantenía el puño apretado contra mí, decidido a mantener "el control". Después que John Wimber habló, llamó a todos los pastores al frente para orar (de las 3.100 personas asistentes había cerca de mil pastores de muchas denominaciones). Para mi sorpresa, pasé adelante. No sé por qué; fui halado al frente. Entonces oí a John orar suavemente: "Ven Espíritu Santo y ministra a tus siervos".

»Caí en los brazos de un hombre fornido, de quien supe más tarde que se trataba de un jugador profesional de fútbol americano de los Gigantes de Nueva York. Nunca antes nos habíamos visto. Me dijo: "Usted es un pastor de Canadá que acaba de renunciar a su iglesia. El Señor lo ha llamado a una nueva iglesia, añadirá muchos años a su vida y le dará el don de evangelización". Él no tenía forma de saber que yo era canadiense o que acababa de renunciar a mi iglesia. Mientras

él hablaba, sentí un calor que embargaba mi cuerpo y por primera vez en varios años experimenté el gozo y la paz de Dios. Esa noche, fui liberado de la ira, el cinismo y la amargura que había permitido que se enraizaran profundamente en mi corazón y que impedían mi andar con Dios. Físicamente me sentía como un hombre nuevo, como si se hubieran agregado años a mi vida. Todo lo que pude hacer fue sonreír y agradecer a Dios. Casi no pude dormir esa noche, pero el gozo y el poder sanador de Dios eran muy reales en mi vida.

»Lo único que faltaba era la sanidad y renovación en mi esposa Mary. La mañana siguiente, mientras entrábamos en la iglesia, ella expresó el deseo de sentir la experiencia que yo había tenido la noche anterior. En ese mismo instante y para nuestra sorpresa, el futbolista de los Gigantes de Nueva York se nos acercó. Oró por ella y también fue sanada.

»Ese junio me convertí en pastor de la Iglesia Bautista de Mississauga, con una congregación de ciento veinte familias en las afueras de Toronto. En mi segundo día recibí la llamada de un hombre que en mal inglés me preguntaba si podía ir a su casa y explicarle cómo podía convertirse en cristiano. Durante mis años de ministro nunca había recibido esa clase de pedido. Cuando llegué a lo que resultó un enorme complejo de apartamentos, había cinco personas más, casi todos colombianos. Hice una exposición sencilla del evangelio y tanto el hombre que me había pedido ir como su esposa entregaron su vida a Cristo. La semana siguiente me invitó de nuevo, solo que esa vez nos reunimos en el salón de fiestas del complejo, que estaba abarrotado de personas. A partir de entonces son pocos los días que no predico el evangelio u oro por los enfermos.

»En un año la Iglesia Bautista de Ciudad Mississauga ha tenido que ampliar sus instalaciones al doble para albergar a más de seiscientas personas que reciben atención pastoral. Eso es sorprendente debido a que estamos en un vecindario de diversas razas, lo que va por lo general contra el crecimiento de la iglesia. Nuestra congregación es cincuenta por ciento blanca, treinta por ciento negra y veinte por ciento asiática».

Este libro trata de sanidad divina y su mejor resumen es lo que sucedió con Doug Coombs y conmigo. Ambos experimentamos el corazón sanador de Dios: su amor y compasión. Para Doug significó vida y un ministerio extendido. Para mí ha significado obediencia y paciencia al ver que otros se sanan cuando oro por ellos y mientras me mantengo con esperanza y fe para mi sanidad. Para ambos ha significado dependencia de Dios por los resultados.

Mientras lee estas páginas, lo exhorto a que no busque fórmulas ni métodos para ganar un aplazamiento temporal para la enfermedad y la muerte; lo invito a buscar al mismo Señor y Dador de vida, Jesucristo. De esa manera, cualesquiera que sean los resultados visibles, sus oraciones tendrán siempre el poder de sanidad.

## PRIMERA PARTE:

### ¿Por qué sana Jesús?

# 1. La lucha prolongada

Una soleada tarde de junio de 1964, mi hijo Sean de tres años se escapó de nuestra casa en Yorba Linda, California. Cuando mi esposa, Carol, notó que el niño se había perdido no se preocupó demasiado, ya que nuestro vecindario era tranquilo y bien protegido, rodeado de árboles de eucalipto y algunas de las plantaciones de naranja que le habían dado el nombre al condado: Orange County. Los naranjales proveían también un ambiente ideal para las abejas. Los patios en la mayoría de los barrios estaban salpicados de cajones blancos que guardaban colonias de abejas y sus generosos panales.

Sin embargo, cuando Carol salió al jardín del frente en busca de Sean, escuchó gritos que venían de un patio calle abajo. Como solo una madre puede discernir, Carol supo instantáneamente que Sean estaba en serias dificultades. Me pidió ayuda y como flechas nos dirigimos hacia él.

Carol y yo encontramos al pequeño Sean que caminaba desorientado cuesta abajo del patio de un vecino, aterrorizado y manoteando a las ponzoñosas abejas. Había llegado hasta los colmenares de un vecino, molestando a un enjambre de abejas.

Levantamos a Sean, le sacudimos las abejas y con prisa lo llevamos a casa. En el camino pude ver que le salían horribles ronchas rojas en todo el cuerpo. Con el corazón en la boca, corrí por varios jardines, entré por la puerta y llegué al dormitorio, donde acosté a Sean en nuestra cama. Por el momento él estaba tranquilo, quizás debido a que Carol y yo lo sosteníamos, pero tal vez más porque se encontraba en estado de choque. Cuando le quité la camisa vi más de esa fea roncha roja.

Después del impacto inicial de ver a Sean en tan malas condiciones, recobré la compostura y empecé a orar por su

salud. ¿Pero cómo, pensé, debería orar? Recientemente un pastor me había advertido sobre lo que él llamaba los peligros de los dones carismáticos como la sanidad y el hablar en lenguas. «Son disociativos», me dijo. «El diablo los falsifica. Es mejor mantenerse alejado de ellos. Lo que necesitas es sana doctrina, no excesos como esos dones». ¿Qué debía pensar? Aún era un joven cristiano y no quería caer en el error.

Pero la presente condición de mi hijo echó a un lado sus argumentos. Empecé a orar por la sanidad de Sean, pero no sabía cómo hacerlo. Buscaba desesperadamente las palabras cuando comencé a hablar en un lenguaje que no entendía. Mis «lenguas» se acentuaron con intermitentes salvas de «Sánalo Jesús, sánalo». Mientras más oraba, más confianza y poder manaba dentro de mí. Pude sentir salir de mí fe para sanar (aunque en ese tiempo no sabía cómo llamarla). A medida que oraba podía ver cómo las ronchas de Sean desaparecían. En cuestión de cinco minutos, el niño dormía en paz y yo estaba un poco confundido con lo que había ocurrido. Cuando despertó unas horas después, Sean tenía sólo un pequeño chichón rojo en su cuerpo. Estaba sano.

### CRECIENTE INCERTIDUMBRE

Al principio Carol y yo estábamos encantados con la sanidad de Sean. Pero poco después llegaron influencias a nuestras vidas que crearon dudas acerca de la sanidad divina. Cuando sucedió, yo creí que Dios lo había sanado milagrosamente. Pero a medida que escuchaba enseñanzas que niegan que Dios sana milagrosamente hoy, perdí la confianza. Me volví pasivo con el tema. Pensaba: «¿Quién sabe en realidad? Quizás existe la sanidad, quizás no. Tal vez Sean fue sanado. Lo más probable es que se curó naturalmente. Quizás estaba inmunizado contra las picadas de abejas». (Descartamos esta idea cuando Sean pisó una abeja y su pie se hinchó tanto que no cabía en el zapato.)

En esa época nos invitaron a Carol y a mí a asistir a un estudio bíblico carismático. La mayoría de los asistentes eran

miembros de iglesias protestantes tradicionales. En el estudio bíblico alguien habló en lenguas y dio una interpretación (ver 1 Corintios 14.26-28). No sabíamos cómo responder a esta nueva experiencia. La interpretación empezaba: «Así dice el Señor», y estaba dirigida a los que estaban en la reunión. Carol se sintió incómoda (no recuerdo los detalles de la interpretación).

Carol decidió investigar más a fondo las lenguas y su interpretación. Algo no le parecía bien. Buscó todo pasaje bíblico relacionado con las lenguas y su interpretación y descubrió que ellas eran siempre para alabanza y exaltación de Dios, y que Él nunca las usaba para hablar a las personas, o darnos instrucciones.<sup>1</sup> «Las lenguas y la interpretación», pensó Carol, «no pueden haber sido del Señor». ¡Sacó como conclusión que nos habían embaucado! Debe haber un demonio poderoso obrando en el movimiento carismático, posiblemente el mismo anticristo. Me habló de su descubrimiento y también me convencí de que la reunión a la que asistimos no era de Dios. Usamos esa experiencia para evaluar *todos* los dones carismáticos, incluyendo la sanidad, y sacamos como conclusión que no nos fiáramos de ellos. En consecuencia ya no estuvimos receptivos a los dones carismáticos.

Al recordar nuestro primer encuentro carismático de oración, ahora me doy cuenta que fuimos culpables de generalizar precipitadamente. Dábamos por sentado que si una doctrina o práctica en un movimiento está mal, todo el movimiento es falso. Por supuesto, hay casos en que el error en una doctrina, como la resurrección o el nacimiento virginal, sumerge a todo un movimiento en la herejía. ¡Pero en este caso equiparamos las lenguas y su interpretación con el error en la enseñanza de una doctrina tal como la expiación! Sacamos además como conclusión que si las lenguas y la interpretación eran falsas, todos los dones carismáticos, incluso la sanidad divina, también lo eran.

Lo que Carol y yo experimentamos es un ejemplo de la lucha que muchos cristianos tienen con la aceptación de la sanidad divina. En el resto de este capítulo exploro algunas

de las múltiples razones para esta resistencia profundamente asentada e influyente.

## DEFINAMOS LOS TÉRMINOS

Muchos cristianos vacilan en cuanto a la sanidad porque temen que pueda estar asociada con graves errores o hasta con prácticas ocultas. Esta preocupación está bien fundamentada. Los movimientos de la Nueva Era, como las sanaciones síquicas y muchos aspectos de la medicina holística se han vuelto populares en el occidente, y con ellas vienen grandes dosis de religiones orientales, especialmente el panteísmo (la creencia de que toda la creación es Dios).<sup>2</sup>

J. Sidlow Baxter, en su libro *Divine Healing of the Body* [La sanidad divina del cuerpo], describe cuatro términos generalmente asociados con la sanidad cristiana: sanidad divina, sanidad milagrosa, fe sanadora y sanidad sobrenatural. «Uno u otro grupo usan ambiguamente cada uno de estos términos», observa, «lo que conlleva confusión o algunas veces engaños dolorosos».

Al describir la sanidad cristiana encuentro más útil usar el término «sanidad divina». Lo que entiendo por esta no se debe confundir con las enseñanzas de Mary Baker Eddy sobre la sanidad. La Ciencia Cristiana no acepta la idea de un Dios *personal*; por el contrario, el cristianismo enseña que Cristo es Dios, la Segunda Persona de la Trinidad (totalmente Dios y totalmente hombre). Jesús tampoco es como el impersonal «ello» de las religiones orientales ni la vaguedad de el «Principio Moral» de muchos teólogos modernos. «Porque en Él [Cristo] habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad», escribe Pablo en Colosenses 2.9 (véase también Hebreos 1.2-4). Baxter escribe: «Cuando hablamos de “sanidad divina”, queremos decir siempre sanidad por la intervención directa del único y verdadero Dios, el Dios viviente y *personal* revelado en las Sagradas Escrituras y elevado a lo máximo en nuestro Señor Jesucristo».<sup>3</sup>

La «sanidad divina» es superior a:

*La sanidad milagrosa.* La debilidad de esta expresión es que Satanás y los demonios también efectúan milagros (véase Deuteronomio 13.1-3; Hechos 8.9-25; Apocalipsis 13.13; 16.14; 19.20). Por lo tanto, la sanidad milagrosa puede ser divina o no.

*La fe sanadora.* Los que leen esta expresión pueden deducir que la fuente de la sanidad es la fe de una persona y no Jesús mismo. Aunque la fe es importante para la sanidad, prefiero una expresión como «sanidad divina», que resalta la centralidad de la acción de Dios, no las respuestas del hombre.

*La sanidad sobrenatural.* Baxter dice: «Cuando hablamos de “sanidad sobrenatural” nos referimos a un milagro que es científicamente inexplicable. Es posible que a veces no nos estemos refiriendo a la sanidad divina, porque sobrenatural no es sinónimo de divino. Satanás y sus ángeles auxiliares y demonios cómplices son seres sobrenaturales; ellos pueden efectuar obras sobrenaturales».<sup>4</sup>

*La sanidad síquica.* Esta clase de sanidad incluye prácticas ocultistas como la sicometría (diagnosticar al sostener un objeto que pertenece a la persona), el diagnóstico espiritista o a través de un médium llevado a cabo mediante espíritus guías, y los fenómenos extrasensoriales. Estas prácticas están estrictamente prohibidas en las Escrituras (Deuteronomio 18.9-13).

Linda Coleman escribe en un artículo titulado «¿Es real la sanidad cristiana?»:

John Stott declara que «toda sanidad es divina, sea que use medios físicos, psicológicos o quirúrgicos o que no los use». Aunque la observación de Stott es válida en su contexto, preferimos restringir el uso de la expresión «sanidad divina» a los casos en los cuales Dios interviene directamente, sin pasar por los procesos naturales del cuerpo y las habilidades de médicos y enfermeras.<sup>5</sup>

Entiendo la sanidad cristiana y específicamente la expresión «sanidad divina» de la misma manera. Estoy escribiendo sobre la sanidad divina desde una definida perspectiva cristiana que abarca tanto la tradición católica como la protestante.

Muchos grupos derivados de religiones orientales, como la meditación trascendental y Eckankar, informan que regularmente sanan a los enfermos. Los cristianos no deben descartar sus afirmaciones; es posible que en muchos casos las personas sanen. Lo que se debe rechazar es la fuente de esas sanidades, que no viene de Dios. En la Biblia existen sanidades que no son de Dios. Por ejemplo, vea los sabios y hechiceros de Egipto en Éxodo 7.8-13. Lo que sostengo es que podemos reconocer que las sanidades sobrenaturales ocurren en contextos no cristianos sin negar la sanidad divina. Sin embargo, con frecuencia se rechazan las afirmaciones de sanidad sobrenatural de los incrédulos y de los cristianos. Esto se debe a que tanto los cristianos como los más escépticos seculares asumen erróneamente que hoy día esos milagros no se producen. Blas Pascal escribió en el siglo diecisiete con relación a este problema:

Me ha parecido que la causa real (de que existen muchos milagros falsos, revelaciones falsas, etc.) es que hay otros verdaderos, porque no sería posible que hubiera muchos falsos milagros a menos que existieran los verdaderos, ni muchas falsas religiones a menos que no existiera una verdadera ... Por tanto, en vez de concluir que no hay milagros verdaderos puesto que hay muchos falsos, debemos por el contrario decir que hay milagros verdaderos puesto que hay muchos falsos, y que los falsos milagros existen hoy día sólo porque también existen los verdaderos; de igual manera que hay falsas religiones sólo porque hay una verdadera.<sup>6</sup>

## DOS FILOSOFÍAS, UN PUNTO DE VISTA

La idea de Pascal levanta otra razón para que muchos cristianos rechacen la sanidad divina: la penetrante influencia de un punto de vista occidental secularizado. Mientras creen sinceramente en Cristo, mucho del pensamiento cristiano se contamina por el materialismo y el racionalismo. Estas dos filosofías, que juntas forman la piedra angular del moderno secularismo, se pueden rastrear hasta la ilustración francesa del siglo dieciocho. En los dos siglos anteriores han tenido mucha influencia en desarrollar la mente occidental.

Una visión mundial materialista sugiere que nada existe a excepción de la materia y sus movimientos y modificaciones; que no hay puntos de referencia sobrenatural en esta vida. El racionalismo propone que hay una explicación racional para todo; que para cada problema humano hay una solución racional y que no hay espacio para la divina providencia.

La mayoría de los cristianos reconocen el más obvio resultado anticristiano del secularismo: la preocupación por adquirir y poseer bienes materiales y la promiscuidad sexual. Aunque puedan evitar esto, se ven sin embargo afectados de otras maneras por el secularismo. Una de ellas es que encuentran difícil aceptar la intervención sobrenatural, especialmente la sanidad física, en el universo material.<sup>7</sup>

No obstante, muchos cristianos occidentales objetarían este análisis reclamando que el materialismo y el racionalismo no los afectan, que no rechazan los fenómenos sobrenaturales como el alumbramiento virginal, la deidad de Cristo o la resurrección. Pero aun para los creyentes ortodoxos los sutiles efectos de la secularización se encuentran a la vista. El secularismo *inclina* a los cristianos a cuestionar los modernos informes de lo sobrenatural, aunque no crea un rotundo rechazo a la posibilidad de los fenómenos sobrenaturales o de la obra de la divina providencia, especialmente en los acontecimientos que rodean el primer siglo de la vida de Cristo.

Veo la influencia del secularismo en trabajos teológicos, incluso en los que se enseñan en seminarios evangélicos. Por ejemplo, hace varios años uno de mis asociados pidió al bibliotecario de un enorme y prestigioso seminario estadounidense que le proveyera una lista de las obras de referencia usadas con más frecuencia en la biblioteca, en especial los libros que usaban los seminaristas de primer año. El bibliotecario hizo una lista que incluía veintisiete obras, la mayoría de varios volúmenes, entre las que estaba *El nuevo diccionario de teología neotestamentaria* y enciclopedias como *La nueva enciclopedia católica*. Mi socio analizó minuciosamente cada volumen, anotando las páginas dedicadas a sanidad, milagros,

y señales y prodigios. De 87.125 páginas revisadas, he aquí el total de ellas (y el porcentaje del total) dedicadas a esos temas:

|                      | <u>Páginas</u> | <u>Porcentaje</u> |
|----------------------|----------------|-------------------|
| Sanidades:           | 71             | 0,08              |
| Milagros:            | 131,5          | 0,15              |
| Señales y prodigios: | 85             | 0,10              |

Cuando se compara el número de versículos dedicados a sanidades, milagros y señales y prodigios en el Nuevo Testamento (especialmente en los Evangelios) con el bajo número de páginas escritas sobre los mismos temas en la literatura moderna, es razonable suponer que el secularismo moderno ha influido en los eruditos cristianos.

Por supuesto, no todo escepticismo es enfermizo. No estoy diciendo que debamos ser crédulos. El problema está con lo que excluimos de nuestro campo de atención, con aquello a lo que no damos importancia en nuestro pensamiento. Muchos informes de sanidades son falsos: las fantásticas mentiras de Elmer Gantry, hombres y mujeres en busca de lucro a costillas de los fieles, y muchas afirmaciones vienen de individuos autoengañados pero sinceros. La Iglesia Católica Romana tiene un riguroso criterio en lo relacionado con los milagros, introducido para asegurar la autenticidad de estos, especialmente los de sanidad. La sanidad es una de las condiciones para la canonización de un santo. La capacidad de sanar es una confirmación importante de la vida de un santo, un sello sobrenatural de aprobación.

Por tanto, muchos cristianos, atrapados en las redes del secularismo occidental (y pocos no afectados de ninguna manera), tienen que atravesar una formidable barrera antes de poder orar por los enfermos. Esa barrera es la creencia o sospecha de que hoy día la sanidad sobrenatural es imposible.

## CONTRACORRIENTES TEOLÓGICAS

Hay una gran tradición de pensamiento teológico que cree que los milagros ya no suceden. La mayoría de quienes apoyan esta tradición proponen que las Escrituras enseñan la cesación de sanidades en la iglesia primitiva. Dependiendo del teólogo que interpretan, dicen que las sanidades (así como las señales y prodigios en general) cesaron después de que se estableció la autoridad de los apóstoles (el fin de la era apostólica) o después de que la iglesia se estableció con amplitud y se aprobó oficialmente (en relación con lo último, el propósito de las señales y prodigios era validar la autenticidad del mensaje cristiano. Muchos teólogos afirmaron que estas señales y prodigios ya no eran necesarios una vez que la iglesia fue oficializada y establecida ampliamente, después del concilio de Cartago en el año 397 d.C, en que los obispos se reunieron y definieron claramente el contenido del Nuevo Testamento).

Los dispensacionalistas (cristianos que resaltaban diferentes «dispensaciones» o eras de la obra de Dios en la historia) eran los más apasionados defensores de la posición cesacionista. La Biblia de referencia Scofield, en la que la teología dispensacional se enlaza a través de las Escrituras en cientos de notas de pie de página, popularizó la teoría de la cesación entre millones de angloparlantes fundamentalistas y evangélicos.

Muchos cristianos reformados y luteranos también enseñan la teoría de la cesación de los dones.<sup>8</sup> Tanto Calvino como Lutero (este último cambió de parecer al final de su vida) pensaban que los dones carismáticos cesaron después del primer siglo (Calvino y Lutero vivieron casi doscientos años antes del Iluminismo. Negaron la sanidad divina al rechazar la veneración católica de los santos y al aceptar la teología católica del sufrimiento).

Calvino escribió en sus *Instituciones de la religión cristiana*:

[El] don de la sanidad, como el resto de los milagros, que el Señor legó para ser entregado por un tiempo, ha desaparecido con el fin

de hacer para siempre maravillosa la prédica del evangelio ... [La sanidad] ahora no tiene nada que hacer entre nosotros, a quienes no se nos ha comisionado la administración de tales poderes.<sup>9</sup>

Lutero, en sus pioneros *Sermons on the Gospel of St. John* [Los sermones en el Evangelio de San Juan], escribe que los milagros se restringían a la iglesia primitiva y que «los apóstoles predicaron la Palabra y legaron sus escritos; nada más de lo que escribieron permanece para ser revelado; ninguna nueva revelación o milagro es necesario».<sup>10</sup> Se debe observar que Lutero confirmó en sus últimos escritos una creencia en los milagros contemporáneos.

En contraste con muchas teologías protestantes, la católica romana afirma la posibilidad de milagros modernos. Francis MacNutt escribe:

A decir verdad, la sanidad es quizá más fácil de entender para los católicos que para los protestantes, puesto que hemos crecido con una tradición de santos bendecidos con extraordinarios dones, entre ellos la sanidad, el único que aún se exige como examen para canonización. Por consiguiente para la mayoría de los católicos no es difícil creer en la sanidad divina. Lo que les cuesta creer es que la sanidad pueda ser una actividad común y corriente en la vida cristiana.<sup>11</sup>

Los cristianos evangélicos que niegan la sanidad divina se ajustan a la Biblia en un sentido: celosamente defienden el ministerio de sanidad de Cristo, aunque por teológicas razones niegan las modernas señales y prodigios. En relación a esto, sus creencias los conducen a ver las señales y prodigios más como racionalistas y materialistas modernos que como cristianos históricos. Enseñan que ya no es necesaria la fe en Cristo basada en un milagro contemporáneo o en una experiencia de sanidad, puesto que tenemos el Nuevo Testamento. Su teología se motiva en parte para acomodarse al racionalismo y al materialismo, aunque nieguen estos fondos teológicos.

En realidad algunos cristianos ven los milagros como *peligrosos*, ya que Jesús advirtió: «Porque se levantarán falsos

Cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, para engañar, si fuese posible, aun a los escogidos. Mas vosotros mirad; os lo he dicho todo antes» (Marcos 13.22-23). ¡Interpretan este pasaje como una advertencia contra todos los milagros! Este entendimiento de la sanidad (que cumplió su propósito en la iglesia primitiva y que tan sólo puede engañar a los cristianos de hoy día) tiene efectos desalentadores en la transparencia de los cristianos para orar por los enfermos.

La mayoría de cristianos que niegan la sanidad divina malinterpretan este propósito, el cual generalmente limitan para probar el evangelio y los testigos de los mensajeros del primer siglo. Dicen que una vez establecida la iglesia no había la necesidad para la sanidad y otros milagros, así que Dios retiró los dones carismáticos.<sup>12</sup> Aunque la autenticación del evangelio y el establecimiento de la iglesia eran (y aún son) dos de los propósitos de la sanidad divina, existen otros en los que se incluyen:

- Demostrar la compasión y misericordia de Cristo (Mateo 14.14; 20.34; Marcos 1.41);
- Llevar a los testigos a la verdad de las afirmaciones de Cristo acerca de sí mismo (Mateo 8.14-17; Lucas 5.18-26);
- Demostrar que el reino de Dios ha llegado (Mateo 4.23);
- Mostrar que Jesús es quien fue prometido por el Padre (Mateo 11.1-6);
- Ilustrar en el nivel físico lo que espiritualmente Dios quiere hacer por nosotros (Mateo 9.1-8);
- Llevar a las personas a arrepentirse (Lucas 10.8-12); y
- Mostrar que el evangelio está destinado tanto a los gentiles como a los judíos (Lucas 7.1-10).

Sin embargo, la mayoría de cristianos que se oponen a la sanidad divina sobre bases teológicas validan dos aspectos relacionados con los milagros. Primero, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento enseñan que los *milagros tienen*

*una utilidad limitada.* Los milagros no siempre crean fe en los testigos debido a la dureza de corazón de hombres y mujeres. Por ejemplo, una y otra vez Cristo realizó milagros frente a los fariseos sólo para ver que ellos endurecían sus corazones (Lucas 6.6-11; Mateo 12.9-14). En una ocasión Él se negó a hacer un milagro para ellos debido a que eran una «generación mala y adúltera» (Mateo 16.1-4). Segundo, *los milagros son subordinados e inferiores a la fe en Cristo.* Señalan a Cristo, pero en ellos mismos no hay fe. Por tanto, los milagros modernos son útiles para la fe en Cristo, aunque no necesarios.<sup>13</sup>

### ¿Y QUÉ DEL SUFRIMIENTO?

La idea de que todo sufrimiento viene de Dios para nuestro bien es otra importante razón por la que muchos cristianos rechazan la sanidad divina. De acuerdo con este pensamiento, cuando oramos por los enfermos en realidad nos oponemos a la voluntad de Dios. Así que la sanidad es un medio para negar a los cristianos la ocasión de sufrir con Cristo y de esa manera perder la oportunidad de madurar en Él.

*La liberación del dolor y la enfermedad no es la meta primordial de la sanidad, sino la liberación de la culpa por el pecado.* Al hablar de cómo Dios utiliza el dolor y la enfermedad para sacarnos de nuestro estado de rebelión (proceso que los teólogos denominan «mortificación»), C.S. Lewis escribe:

El dolor no es sólo mal reconocible inmediatamente, sino mal imposible de pasar por alto ... Sin embargo el dolor se empeña en que se ocupen de él. Dios nos susurra en nuestros placeres, nos habla en nuestra conciencia, pero nos grita en nuestros dolores: es su megáfono para despertar a un mundo sordo.<sup>14</sup>

Si el dolor es lo que despierta, la sanidad divina es a menudo lo que nos dirige hacia la cruz de Jesucristo, donde se nos libera de la fuente de toda enfermedad: el pecado. Igual que la enfermedad, la sanidad divina puede ser una oportunidad para santificar, porque por ella experimentamos la compasión y misericordia divinas. Algunas veces Dios permi-

te el sufrimiento para atraer a las personas hacia sí, pero esto no quiere decir que debemos aceptarlo pasivamente.

Hace poco se preguntó a un teólogo evangélico: «¿Es el énfasis en la sanidad algo bueno, en especial para las iglesias donde prácticamente no existe? Respondió advirtiendo que la sanidad divina es peligrosa porque puede socavar la obra de formación (santificación) del Espíritu Santo en nosotros, al obrar contra el sufrimiento. Además, él equipara la enfermedad con la idea bíblica de los cristianos llevando el sufrimiento de Cristo; enraiza sus argumentos en la interpretación del «aguijón en la carne» de Pablo como un achaque físico (2 Corintios 12). Su inquietud no es que la sanidad divina haya cesado (afirmó más adelante que esta es posible hoy día); su idea es que la sanidad divina puede socavar la obra de santificación de Dios.<sup>15</sup>

Mi respuesta a esta clase de preocupaciones es que buscar y experimentar sanidad no hace la vida fácil ni para quien ora ni para quien se sana. Es más, mi experiencia ha sido un poco opuesta: orar por los enfermos representa en mi vida una dificultad que no tenía antes. El actual proceso de aprender a orar por los enfermos fue acompañado por la purga del orgullo y la autosuficiencia. Los primeros diez meses que oré por los enfermos fueron diez meses de fracasos. Durante este tiempo se me ridiculizó y calumnió, y sin embargo decidí seguir orando por los enfermos. Muchas veces llegué a enojarme con Dios. Pero Él decidió sanar por mi intermedio sólo cuando agoté mis fuentes personales y reconocí que no podía hacer nada sin Él. Ese proceso continúa: justo cuando creo tenerlo todo, Él me purga de nuevo. Así que no hay nada incompatible entre orar por los enfermos y crecer mediante las dificultades. Tampoco hay personas que experimentan automáticamente la sanidad sino más allá de todas las dificultades en la vida. En este caso son capaces de servir más completamente a Dios. Se les exige que dejen sus vidas por Cristo.

El sufrimiento en la enfermedad juega un papel en el crecimiento espiritual. Dios nos bendice en cualquier circuns-

tancia maligna, cuando confiamos y dependemos de Él. La sanidad divina y la disciplina del sufrimiento no son mutuamente exclusivas; no estamos obligados a elegir una u otra. Sin embargo, esto no siempre es claro para algunas personas.

Poco después de la Segunda Guerra Mundial, el intelectual francés Albert Camus se refirió en su novela *La peste* al interrogante de qué hacer en relación con el sufrimiento.<sup>16</sup> La historia sucedió en el puerto argelino de Orán antes de la guerra, donde la peste bubónica llevada por las ratas separó la ciudad del mundo exterior. Orán se vuelve el escenario de moralidad en el cual Camus lleva a los lectores a decidir entre dos filosofías (como él las define): el humanitarismo y el teísmo. El primero lo simboliza un médico que lucha contra la peste; el teísmo, un sacerdote que no lucha contra la peste y acepta que es la voluntad de Dios.

Camus hace evidente que si los lectores están de parte del médico y combaten la peste están peleando contra Dios que la envió. Pero si se ponen de parte del sacerdote y se niegan a combatir la peste son inhumanos. La conclusión de Camus es que el humanitarismo es bueno y el cristianismo malo.

Pero hay una falla en el razonamiento de Camus: su premisa para combatir la peste es combatir al Dios que la envió. La doctrina tradicional cristiana ha sostenido siempre que la enfermedad es la consecuencia del pecado original y que su origen está en el reino de Satanás. Es decir, la enfermedad es anormal y no es de Dios, y por eso vino Cristo a erradicarla. Ella no existirá en la era por venir. Dios puede permitir (y permite) la enfermedad como un medio de volvernos a Él y purificar nuestra fe, pero Él no es su causa primordial. Así que para corroborar que los cristianos sostienen la posición de Camus se toman de un punto de vista incrédulo acerca de cómo Dios se relaciona con el universo. Camus finaliza atribuyendo todo el bien y el mal a Dios, posición que hace de Dios el causante del mal.

Jesús entendía la enfermedad como un enemigo de hombres y mujeres. Su fuente era el mal y del reino de Satanás. La enfermedad más profunda es el pecado; y todas las demás

consecuencias del pecado, incluyendo la enfermedad física y la pobreza, están subordinadas a él. Esto no significa que toda persona enferma que ora por sanidad la logra en esta vida; significa que el perdón de los pecados se encuentra a disposición de todos, y que para muchos habrá sanidad física. En la era por venir habrá sanidad total en todo para quienes se vuelvan a Cristo: se erradicará toda enfermedad, pobreza, odio y pecado.

Sin embargo, permanece el hecho de que algún tipo de sufrimiento es una marca de la vida cristiana. Pablo escribe en Romanos 8.17: «Y si hijos [de Dios], también herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con Él, para que juntamente con Él seamos glorificados». Tanto Pablo como otros escritores neotestamentarios enseñan que el sufrimiento es un prerrequisito para la gloria. Cristo es nuestro ejemplo de esto: «Que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos» (Hebreos 2.10). Pablo dice que las aflicciones de Cristo abundan en nosotros (2 Corintios 1.5), incluso va más lejos al declarar que quiere conocer «la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a Él en su muerte» (Filipenses 3.10). 1 Pedro 4.1 establece: «Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado». Pedro continúa: «No os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo» (4.12-13).

Por tanto, ¿cómo reconciliamos el sufrimiento humano con la sanidad divina? Creo que la clave se encuentra en un correcto entendimiento de la naturaleza de Dios; que orar por sanidad y crecer mediante el sufrimiento no son conceptos excluyentes entre sí. He aquí cómo funciona mi argumento:

1. Directamente Dios no desea el mal.
2. Directamente Dios quita el mal.

3. Algunas veces Dios vence el mal, no por quitarlo directamente sino por acompañarlo de sus propósitos. Él frustra el mal y lo vuelve a sus buenas intenciones.
4. En la práctica esto significa que experimentamos muchas clases de afección que no aparecen pasivamente.

Antes de aplicar estos cuatro puntos a la enfermedad podría ayudar el aplicarlos primero a la persecución. Muy pocos cristianos discutirían que debemos orar por persecuciones; debemos orar por protección, paz y liberación de los opresores. El cristianismo es una religión de vida y victoria sobre el mundo, la carne y el demonio; no es una religión de muerte y sufrimiento. No obstante, sabemos que Dios al mismo tiempo obra mediante la persecución e incluso triunfa a través de ella. Un obispo del siglo tercero escribió: «La sangre de los mártires es la semilla de la iglesia» (véase también Apocalipsis 6.9-11).

El mismo argumento se puede utilizar con la enfermedad. Los cristianos no oran por la enfermedad; nuestro llamado es a orar por sanidad. Sin embargo, al mismo tiempo sabemos que Dios obra mediante nuestras enfermedades. Mi argumento es sencillísimo: el hecho de reconocer que Dios obra mediante los males no significa que debemos reaccionar pasivamente ante ellos. Además, el principio general se aplica todavía, sea que alguien crea o no que la enfermedad está incluida en nuestra participación de los sufrimientos de Cristo: Dios puede usar la enfermedad, pero nosotros no debemos ser pasivos ante ella.

Aún permanece para algunos el interrogante acerca de lo que quisieron decir los escritores del Nuevo Testamento al hablar de «participantes del sufrimiento de Cristo». A veces olvidamos que toda la vida de Cristo fue sufrimiento: Él fue el único sin pecado en convivencia diaria con el mundo, el demonio y los pecadores. Sus sufrimientos fueron únicos porque ninguno fue por su propio bien. Su muerte en la cruz y los acontecimientos que la rodean fueron la culminación de sus sufrimientos (Romanos 5.6-11). Al igual que Cristo, los

cristianos sufren al vivir en un mundo dominado por el pecado, la carne y el demonio; a diferencia de Cristo, nosotros sufrimos como pecadores. Las tentaciones demoníacas y carnales son una forma de sufrimiento debido a que la vida de Cristo mora en nosotros. También existe la sensación de que la enfermedad es sufrimiento, porque nuestra esperanza es el cumplimiento de la era nueva: el reino de Dios, o como lo llama el Apocalipsis, la nueva Jerusalén. En esta ciudad Dios morará con hombres y mujeres y enjugará «toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor» (Apocalipsis 21.4).

No obstante los escritores del Nuevo Testamento no pensaban ante todo en la enfermedad y la tentación al hacernos el llamado a entrar en los sufrimientos de Cristo. Pedro escribió que deberíamos «participar de los sufrimientos de Cristo» en oposición al sufrimiento causado por nuestra propia maldad. «Si sois vituperados por el nombre de Cristo», escribe, «sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello» (1 Pedro 4.14-16; véase también Mateo 5.11-12; Juan 15.18-20). En otras palabras, cuando los escritores del Nuevo Testamento hablan de sufrimiento se refieren a la persecución.

Existen varias fuentes de las que los cristianos deberían esperar persecución. La primera es de los líderes religiosos, amigos y compañeros de trabajo. Leemos en Juan 1.11: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron». La más grande oposición a Jesús vino de los líderes religiosos de Israel, y Él constantemente advirtió a sus discípulos acerca de la oposición religiosa (Mateo 16.6-12; 23.1-39). Al igual que Saúl, Pablo persiguió a la iglesia a causa de sus escrúpulos religiosos. El sanedrín, la suprema corte judía en Jerusalén, hizo flagelar a

los apóstoles. Pero estos abandonaron la prisión «gozosos de padecer afrenta por causa del Nombre» (Hechos 5.41).

Jesús enfrentó oposición familiar al poco tiempo de empezar su ministerio público. Después de sanar a los enfermos y echar fuera muchos malos espíritus, sus familiares «vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí» (Marcos 3.21). Incluso María, a quien el ángel Gabriel le dijo que daría a luz al «Hijo del Altísimo ... y su reino no tendrá fin» (Lucas 1.32-33), llegó hasta Capernaum para acusar a Jesús. Pero Él no se sorprendió de su oposición. Cuando se le dijo que su madre y sus hermanos estaban afuera y que lo buscaban, Jesús dijo: «¿Quién es mi madre y mis hermanos? ... He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» (Marcos 3.32-35). Jesús debió sufrir profundas heridas y soledad cuando aquellos a quien amaba llegaban contra Él, pero Él no permitió que esas heridas le impidieran cumplir con la voluntad de su Padre.

Pablo da instrucciones a los cristianos casados con cónyuges inconversos a permanecer casados (1 Corintios 7.12-15). Aunque no usa la palabra «sufrimiento» en estas relaciones, surge el interrogante debido a los muchos problemas que se desencadenan en los matrimonios mixtos. Utiliza también los problemas de vivir con incrédulos como un trampolín para discutir las relaciones patrón-empleado. «Cada uno en el estado en que fue llamado, en él se quede» (1 Corintios 7.20). En muchos casos esto significaba permanecer esclavo y sufriendo en manos de un cruel amo (véase también 1 Pedro 2.18). Toda la epístola de 1 Pedro es sobre el sufrimiento y 3.1-7 da a los cristianos instrucciones específicas acerca de vivir con incrédulos.<sup>17</sup>

Otra fuente de persecución son las personas del mundo. Pedro advierte: «Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese» (1 Pedro 4.12). Sin embargo, muy a menudo los cristianos occidentales se sorprenden cuando enfrentan oposición. Lo hacen porque no están acostumbrados a sufrir

de esta manera y no piensan que la persecución pueda ocurrir en la «América cristiana» o la «Europa cristiana». Están equivocados.

Hace poco hablaba con un amigo que me contó su experiencia en un pueblito de Nueva Inglaterra al final de la década de los sesenta. Él y su joven esposa eran profesores de secundaria y mediante un estudio bíblico evangelizaron a muchos de sus estudiantes. Pronto se extendió por el pueblo la noticia de las conversiones de los estudiantes, juntamente con muchos rumores y mentiras acerca de las reuniones. La mayoría del pueblo pertenecía a una o dos denominaciones, y cuando los pastores oyeron que sus jóvenes estaban estudiando la Biblia y volviéndose «religiosos», denunciaron el movimiento desde sus púlpitos (ninguno de ellos habló directamente con la joven pareja). Esto exacerbó a los vecinos del pueblo. Se obligó a la pareja a no continuar con sus estudios bíblicos en las instalaciones del colegio y lanzaron su automóvil por un barranco. Por último, una banda de matones llegó hasta su casa a altas horas de la noche y colocó una cruz negra y una guirnalda negra en el césped. Por supuesto, toda esta oposición *incrementó* el interés de los jóvenes en el evangelio; nunca habían visto a sus padres tan enojados. Sí, la oposición para el evangelio llegará.

A excepción de Juan, todos los apóstoles murieron de manera violenta como consecuencia de la persecución. A todos los grandes reformadores en la historia de la Iglesia, de Agustín a Francisco de Asís o John Wesley, sus contemporáneos los han malinterpretado, calumniado, perseguido y rechazado. Los cristianos del siglo veinte identifican el sufrimiento casi exclusivamente con la enfermedad porque no proclaman y demuestran con eficacia el evangelio (u obtienen la cosecha amarga del sufrimiento por el evangelio).

## LOS MODELOS

Otro motivo por el que muchos cristianos rechazan la sanidad divina es por la exposición a modelos inadecuados.

Pocos pueden evitar la visión de sanadores por fe en la televisión. La más popular sanadora en la década de los sesenta era Kathryn Kuhlman. Me parecía fingida su comunicación, extravagante su vestimenta, teatral su presentación y mística su conducta. No podía entenderla en absoluto. Pensaba que su espectáculo era falso, que era una producción elaborada para engañar al público. Siempre que se presentaba, yo cambiaba enojado de canal y con vocablos de disgusto preguntaba a Carol cómo las cadenas de televisión podían venderle espacios (en una ocasión, sin embargo, no cambié suficientemente rápido de canal; me sentí movido y confuso cuando la escuché predicar el evangelio con claridad). Su *estilo* me alejó en vez de acercarme a ver la obra de Dios. Aunque muchos se sanaban como resultado de sus esfuerzos, no podía creer que fueran genuinos.

(Esto no es para menospreciar el ministerio de Kathryn Kuhlman. Desde ese tiempo he llegado a apreciarla y aprender de ella. Leí su libro *Yo creo en los milagros* y la descubrí predicando que «la Palabra de Dios [fue] el fundamento en el que ... construyó su ministerio, y ella [estaba] segura de su creencia de que si alguien extrae [es decir cumple] de la Palabra tendrá *poder* sin fanatismo». <sup>18</sup> Nunca aseguró que las sanidades vinieran de ella; siempre le dio la gloria a Dios. De igual modo, nunca dejó que las personas salieran de sus reuniones desilusionadas o sintiéndose culpables de no haber recibido sanidad, porque su enfoque era predicar la obra de Cristo realizada en la cruz.)

Carol y yo asistimos a varias reuniones de sanidad (no de Kathryn Kuhlman) y nos enojamos con la aparente manipulación de las personas por las utilidades económicas de los sanadores por fe. Aun cuando parecía que algunos se sanaran, éramos incapaces de aceptar que la sanidad venía de Dios; ¡pensamos que Jesús nunca haría un espectáculo semejante! Vestidos como anunciadores de circo, presionando a la gente y clamando el poder de Dios y del dinero (siempre estaban pidiendo más, llevando a que las personas creyeran que si daban dinero se sanarían).

Mi reacción ante esos sanadores fue más que un choque cultural. Nunca vi a nadie que practicara la sanidad de la manera en que *me gustaría* hacerlo. Mucha de la responsabilidad por no poder entender o aceptar a los sanadores contemporáneos era mi compromiso de tratar de mantenerme «fresco», aunque nunca medí mis propios niveles de «frescura» («frescura» es un eufemismo de los músicos de jazz por orgullo). Yo quería ser socialmente aceptable, muy estimado en la comunidad y sofisticado. La mayoría de los sanadores contemporáneos parecían tontos, misteriosos o grotescos. Pero Dios tiene una manera de usar boberías para confundir a los sabios, de usar personas imperfectas pero *dispuestas* para manifestar su gloria. <sup>19</sup>

Cada generación y cada persona tiene una razón diferente para ser escéptica en relación con los informes de sanidad. En mi caso, no veía cristianos maduros que practicaran el ministerio de la sanidad, e influía en mí la teología antisobrenatural. Observe que dije que no *veía* modelos convincentes; tal vez existían, pero nunca me topé con ellos. Estos dos elementos, errónea teología y malos modelos, se alimentaron entre sí y me consumieron en el proceso. Mientras más escuchaba que hoy día Dios no sana, más criticaba a los sanadores; mientras más grotescos los veía, más receptivo me volvía a la teología antisobrenatural.

## 2. Un sanador improbable

Después de mi experiencia al orar por la sanidad de Sean dirigí mi atención a la evangelización personal. Saqué en conclusión que la sanidad y las lenguas solo llevan a la controversia y a la división. Pensé que lo mejor era hacer lo que claramente enseñan las Escrituras en vez de quedar paralizado ante interrogantes y temores propios de las prácticas polémicas.

Entre 1964 y 1970 Carol y yo ayudamos a entregarse a Cristo a centenares de personas. En 1970 yo dirigía varios estudios bíblicos por semana, con más de quinientas personas en ellos. Muchos se unieron a la misma iglesia a la que asistíamos, lo que contribuyó a su rápido crecimiento. Fue una época fructífera de crecimiento tanto personal como del ministerio.

En 1970 me uní al personal de la Iglesia de los Amigos de Yorba Linda. Aunque tuvieron éxito mis esfuerzos en el trabajo de la iglesia y el evangelismo personal, comencé a perder el tipo de gozo y paz que yo creía que acompañarían ese éxito. No estaba satisfecho con mi vida y no comprendía por qué. Fue un tiempo inquietante y desconcertante.

Cuando me uní al personal de la iglesia empecé también a asistir a la cercana Universidad Azusa del Pacífico, donde me gradué en estudios bíblicos. La escuela bíblica reafirmó mi aceptación de los fundamentos sobrenaturales del cristianismo: el nacimiento virginal, los milagros de Jesús, su resurrección y ascensión, etc. Sin embargo, también contribuyó involuntariamente a un entendimiento más materialista del cristianismo del siglo veinte. Esta influencia fue sutil, más que el resultado de *no* enseñar ciertas verdades que rotundamente pasaban por alto lo sobrenatural.

Esto se ilustra mejor por lo que observé en nuestros círculos en la iglesia acerca de cómo Dios pensaba guiar a los cristianos de hoy. Como joven cristiano se me enseñó que Dios guía a través de cuatro medios. En el primero Él nos da una responsabilidad o carga para hacer algo o no hacerlo. Las cargas son sentimientos o sensaciones subjetivas, aunque las circunstancias las reafirman con frecuencia. Estas sensaciones pueden ser bastante convincentes. Yo estaba dispuesto a dejarme guiar por «cargas» debido a que creía que el Espíritu Santo producía esas sensaciones. Se me enseñó que las cargas siempre eran sospechosas porque eran sensaciones subjetivas con necesidad de verificación objetiva. Un segundo medio por el que Dios guía es la Biblia, generalmente por la iluminación del Espíritu Santo de un versículo o pasaje que se aplica a una situación. Ya que esta guía está enraizada en la Biblia, pensamos que es confiable en todo momento. Lamentablemente, la aplicación de ese principio a situaciones individuales puede ser muy subjetiva. Un tercer medio de guiar es mediante el consejo de ancianos y amigos. De cuando en cuando recibía beneficiosos consejos de amigos, aunque a veces no eran muy útiles. El último medio de guiar es a través de las circunstancias. Sospecho que estas son el medio de dirección más frecuente y el menos confiable para los cristianos occidentales. Los cristianos tienden a confiar ciegamente en las circunstancias como guía de su vida.

Los cuatro son criterios válidos para conocer la dirección de Dios. Sin embargo, a excepción del primero, todos resaltan lo empírico; son fáciles de entender y aceptar dentro de nuestra cultura racionalista occidental. Incluso la sensación de carga, aunque sumamente subjetiva, se entiende más a menudo como un sentimiento que como una unción sobrenatural (estar «en contacto con nuestros sentimientos» es una preocupación de la sociedad occidental, quizá legada por la psicología moderna, una reacción para sofocar el materialismo y la cultura impersonal de masas).

Sin embargo, la Biblia describe medios adicionales de la dirección de Dios para su pueblo. Por ejemplo, el Antiguo y

Nuevo Testamento están llenos de historias de sueños, visiones, profecías y ángeles mensajeros. Aunque en las Escrituras estos son métodos aceptados de guía divina, por años me negué a aceptarlos como válidos hoy día. Los relegué a otra era de la historia de la Iglesia, a una dispensación diferente del obrar de Dios. Llegué a convencerme de que las personas que afirmaban estas clases de experiencias estaban engañados por el diablo o padecían trastornos psicológicos. El medio natural, racional y empírico calzaba mi filosofía occidental; todo lo que excediera mi capacidad de entender racionalmente era peligroso. Pensaba que los sueños y las visiones no compaginaban con la doctrina.

### EXPERIENCIAS DESCONCERTANTES

Pero aun después que aceptara los argumentos que apoyaban que lo sobrenatural no es para hoy, de cuando en cuando experimenté direcciones sobrenaturales. Por lo general esto sucedía durante encuentros de evangelización personal.

Por ejemplo, después de una clase bíblica, una vez vi un estudiante llamado Francisco que caminaba con el profesor. Él y yo éramos los de más edad en la clase: él cuarenta, y yo treinta y ocho. Oré pidiendo a Dios que me mostrara qué pasaba en la vida de Francisco. Me respondió con una idea en mi mente: «Ese es mi Espíritu sobre él, lo estoy invitando a la salvación». Supuse que el profesor iría a evangelizarlo, pero no fue así. Creo que el profesor no reconoció la oportunidad de hablarle a Francisco.

Me acerqué al hombre e intenté hablarle. Pero él estaba inquieto y no quería hablar; de repente me dejó solo. Oré por él, recordando que asistiríamos juntos a la clase siguiente.

En esa clase seguí orando por Francisco. Casi en la hora intermedia sentí el Espíritu de Dios que hablaba de nuevo a mi corazón: «Todo va a salir bien. Tranquilo». Sentí de repente paz y la sensación de que Dios contestaría mis oraciones por Francisco.

Después que terminara la clase todos abandonaron el aula menos Francisco y yo. Cuando caminaba hacia él, metió la cabeza entre los brazos y empezó a llorar. Me miró y me preguntó qué quería. Por qué yo quería conversar con él.

—Creo que Dios me envía —dije después de respirar hondo—, y quiere que llegues a Él.

Me miró fijamente por un instante y empezó a decirme por qué no se podía volver hacia Dios:

—No puedo vivir. No soy lo bastante bueno.

Continué diciendo eso durante más de media hora. Había endurecido el corazón al evangelio. Yo no sabía qué decir. Mientras él seguía diciendo lo mismo yo buscaba desesperadamente las palabras adecuadas. Entonces me vino un extraño pensamiento.

—Francisco —dije—, ¿sabes qué es una comadrona?

—Sí —respondió.

—¿Sabes qué es nacer de nalgas?

—Sí.

—Eso es lo que pasa contigo. Estás naciendo de nalgas. Estoy tratando de que te vires para que puedas nacer de nuevo.

—Haz lo que tengas que hacer —fue su enfática respuesta.

Por alguna razón su actitud cambió instantáneamente. Escuchó en vez de discutir mi argumento. Cuando después oíamos juntos, siguió durante cuarenta minutos con una de las oraciones de fe más elocuentes que yo hubiera escuchado.

Después de orar y llorar una y otra vez preguntó:

—¿Cómo lo sabías?

—¿Cómo sabía qué?

—Que yo era un enfermero.

—No lo sabía.

Él había sido enfermero en el ejército por veinte años. Durante ese tiempo había ayudado a nacer a centenares de bebés, muchos de ellos de nalgas. Él supo que Dios le hablaba cuando comparé su condición con la de los bebés que nacen de nalgas.

Cuando más adelante conté esta experiencia a mis colegas y amigos, ellos se regocijaron con la salvación de Francisco. Sin embargo, estaban desconcertados por el medio que usé. Uno de ellos me advirtió que no repitiera la historia. ¿Qué más podrían decir? En esa época no había lugar en nuestra teología para esa clase de fenómenos.

### «SEÑOR, ¿QUÉ PASA CONMIGO?»

A pesar de mi oculto descontento personal, en los cuatro años siguientes la iglesia Amigos de Yorba Linda creció rápidamente, tanto que tuvimos que construir unas instalaciones más grandes. Nuestra congregación se convirtió en la más grande de la denominación. Estaba dedicado a iniciar otras congregaciones. Me sentía muy orgulloso de mi iglesia, de la congregación, de las instalaciones y de mi elevada reputación entre los demás pastores. Sin embargo, todo cambió rápidamente.

Un domingo de 1974 iba por un pasillo cuando me encontré con un joven que asistía irregularmente a la iglesia. Me confesó tener un grave problema personal y me pidió ayuda. Mi solución fue reprenderlo por no asistir a la iglesia con regularidad. Le dije: «Sabes que no tuvieras ese problema si asistieras más a menudo a la iglesia. Debes estar aquí y tienes que aprender a dar y a rendirte más. Si quieres tener resuelto tu problema, debes estar aquí». Le dije todo eso con sinceridad y oré por él.

Cuando terminé mi pequeño sermón me alejé de él sintiéndome muy bien por lo que había dicho. Entonces el Señor me habló al corazón. Sentí que me hacía una sola pregunta: «John, ¿vendrías a esta iglesia si no te pagaran?»

Mientras examinaba la pregunta comencé a caminar con más lentitud. Esta era *mi* iglesia. Yo había ayudado a diseñar el edificio y a ejecutar muchos de los programas y políticas. Había evangelizado personalmente a muchos de los miembros. Mis huellas estaban en toda la organización. Pero en ese instante sabía mi respuesta a la pregunta del Señor. Mi pro-

blema no estaba en la institución ni en los miembros, ellos eran cristianos amorosos y Dios estaba obrando en la iglesia. El problema estaba en *mí*. Yo había permitido que la iglesia sustituyera a Dios. Busqué la iglesia por seguridad, identidad y provisión económica. En consecuencia mi respuesta fue negativa.

Fue un momento de profunda revelación personal. Había seguido sinceramente lo que pensaba que un pastor debía hacer; en ese instante me di cuenta de que no obraba porque había un problema en mí. El pensamiento me hizo tambalear y me tomó por sorpresa. Me dirigí de prisa a mi oficina, me senté y empecé a preguntarme qué estaba mal en mí. Bajé la vista y dije: «Señor, ¿qué pasa conmigo?»

Él respondió con prontitud mi oración. Me mostró cómo me había atrapado la maquinaria administrativa y organizacional. Estaba más preocupado en presupuestos y edificios cada vez más grandes que en interesarme realmente por las personas. Mis relaciones eran mecánicas y manipuladoras, usando a los demás para obtener mis propios fines, los que giraban alrededor de edificar una gran iglesia y ser reconocido como un pastor de éxito. Estaba enojado y frustrado con los individuos que no cumplían con mis expectativas en la iglesia. Los sermoneaba con regularidad sobre su obligación de apoyar y edificar la iglesia, pero rara vez oraba por ellos o me preguntaba cómo la estaban pasando. Había alcanzado una posición en la que amaba más a la institución que al Cuerpo de Cristo. En cierto sentido yo *era* un pastor de éxito; pero mi prosperidad institucional no podía esconder el hecho de que había algo que no encajaba dentro de mí. El cuadro que Dios me mostró no era hermoso. Pedí: «Dios mío, ¿cómo tomé este camino?»

Dios no perdió tiempo en contestarme. Me mostró cómo había alejado y rechazado el Espíritu de Dios una y otra vez. Me recordó las veces que el Espíritu Santo me había hablado y que en vez de escucharlo y obedecerlo lo había hecho a un lado al hacer lo que me parecía lógico, en orden y mejor para la institución. Les había pedido que salieran de la iglesia a los

que habían tenido experiencias carismáticas y hablaban de ellas. Escuchaba de mala gana cualquier conversación acerca de la intervención sobrenatural del Espíritu Santo. Había caracterizado a todos los que oraban por los enfermos como charlatanes y que robaban el Cuerpo de Cristo. Era ineficaz en ayudar a las personas a vencer graves problemas como adicción a las drogas y homosexualidad, por lo que era severo con ellos y los alejaba de la iglesia. Mi corazón se había endurecido gradualmente, proceso en el que había perdido toda sensibilidad al Espíritu Santo. Tomé siempre el camino fácil, el que tuviera menos problemas y que me permitiera mantenerme en control de la situación. Él me mostró cómo me había entregado a las cosas que no eran de Dios sino a las que eran como Dios y «para» Dios. Al hacerlo, en mi corazón había reemplazado a Dios con mi ministerio.

Estaba aplastado, destrozado en mi interior. Había estado en esa iglesia como miembro o pastor durante trece años. Dios me había dirigido a ver algo malo dentro de mí, pero no estaba a la mano la solución a mi perturbación. No sabía qué hacer. La única conclusión a la que llegaba era que debía dejar el pastorado para poder trabajar en mis problemas. Pocas semanas después se me ofreció un cargo como fundador director del departamento de Crecimiento de la Iglesia que ahora se conoce como Instituto de Evangelización y Crecimiento de la Iglesia Charles E. Fuller. Mi capacidad en crecimiento colectivo no había pasado inadvertida. Acepté el cargo, pensando que Fuller sería un mejor ambiente para trabajar con mis problemas (mi familia y yo permanecimos como miembros de la Iglesia Amigos de Yorba Linda).

Casi después de dejar la iglesia le diagnosticaron cáncer cerebral a una amiga y miembro de la congregación. Los médicos le dieron solo un corto período de vida. Estudié la Biblia, sobre todo el pasaje en Santiago 5.13-16 que describe la unción de los ancianos por sanidad en los miembros. Pensé que si Dios sigue sanando hoy, da a los pastores la autoridad para imponer las manos en las personas y esperar que sanen por completo. Por lo tanto, con fe seguí las instrucciones del

pasaje y oré por mi amiga; pero murió. Otra vez inundaron mi alma las antiguas objeciones para la sanidad divina.

Durante los cuatro años siguientes presenté los principios de crecimiento colectivo a miles de pastores, viajando por todos los Estados Unidos y visitando docenas de denominaciones. Enseñé Crecimiento de la iglesia a través de cursillos y consultas. En ese tiempo, juntamente con otros como Winn Arn, C. Peter Wagner y más tarde Carl George, elaboré solitudes de investigación del movimiento de crecimiento colectivo. Desarrollé un talento para aplicar con éxito esta investigación en situaciones específicas. Mis sugerencias condujeron a muchas congregaciones a un drástico crecimiento.

En el Instituto Fuller para la Misión Mundial (yo era un miembro adjunto de la facultad) conocí profesores como Donald McGavran, Chuck Kraft, Paul Hiebert y Russell Spittler del Instituto de Teología. Su comportamiento y los informes de las señales y prodigios en el Tercer Mundo suavizaron otra vez mi corazón hacia el Espíritu Santo y la sanidad divina. Estaba especialmente impresionado por la relación entre los dones carismáticos como la sanidad y el crecimiento de las iglesias en los países del Tercer Mundo. No solo era crecimiento numérico sino que había vitalidad e integridad en muchas de esas congregaciones.

Esta influencia me llegó como una clave temporal cuando me dispuse a reexaminar muchas de mis creencias acerca del Espíritu Santo. Durante años había llevado una relación con Dios por pura formalidad, orando en raras ocasiones y leyendo la Biblia sin devoción. Estaba muy consciente de la falta de una experiencia personal divina como las que describen tanto la Biblia como muchos de los grandes santos a través de la historia de la Iglesia. También durante esos años de trabajar en la Asociación Evangélica Fuller experimenté una crisis familiar con uno de mis hijos, causada en parte por mis ausencias prolongadas de casa debido a mis viajes. Esta crisis personal me llevó emocional y espiritualmente al final de mi soya.

## UNA PERSONALIDAD FUNDIDA

Casi después de esto, en enero de 1977, Dios me usó para sanar a Carol. Note que escribo en voz pasiva «fui usado por Dios», en vez de la activa «oré por alguien y sanó». Mi participación fue pasiva, en realidad secundaria; ni siquiera supe que había ocurrido hasta que pasó. Déjeme explicar.

Durante mi época en la Asociación Evangélica Fuller, sin que yo lo supiera, Dios estaba alterando la actitud de Carol hacia los dones carismáticos. Hasta ese entonces ella era hostil, más que yo, para todo lo sobrenatural, en especial hacia la sanidad. Es más, en los grupos de estudio bíblico para mujeres en todo el Condado Orange, Carol enseñaba contra la sanidad divina. Como anciana de mi iglesia local fue responsable de expulsar a varios miembros que habían orado por la sanidad de otros y habían hablado en lenguas. Además, sus firmes sentimientos contra la sanidad divina siempre habían influido enormemente en mí.

Sin embargo, por aquel entonces ella había empezado a suplicar a Dios que cambiara a algunas personas a su alrededor. Vio que yo había sido infeliz por varios años y oraba porque obrara en mis problemas. Una noche ella fue llena del Espíritu Santo a través de un sueño. En él se vio predicando un sermón de siete puntos en el que las lenguas no eran para hoy día. No había nada extraordinario en eso; ella conocía el guión bastante bien, a excepción de un cambio en el séptimo punto: ¡Se despertó hablando en lenguas! Después de esto se arrepintió de su actitud hacia lo sobrenatural, llorando intermitentemente durante tres días en nuestro dormitorio y angustiada ante Dios. Abrió su corazón a Dios; aprendió lo que eso significaba a medida que pasaba el tiempo. Sus oraciones por un cambio en mí fueron respondidas a través del cambio en ella.

Más tarde describió su experiencia como una «personalidad fundida». Como consecuencia empezó a dudar mucho de lo que había enseñado acerca de cómo obra Dios, especialmente en lo relacionado con la sanidad divina. Por el sueño reconoció que había herido el corazón de Dios con sus actitu-

des, prejuicios y rechazo al Espíritu Santo. Además pensó que durante todos esos años era la responsable de endurecerme a la obra del Espíritu Santo, robándome del ministerio al que Dios me había llamado. La primera respuesta de Carol a su sueño y consiguiente arrepentimiento fue visitar una por una a más de treinta personas, pidiéndoles perdón por las palabras y acciones de su mal comportamiento pasado. Pronto muchas de esas y otras personas (habíamos conducido a casi todas ellas a Cristo) se unieron en una comunión informal de hogar. Adoraban a Dios, oraban y estudiaban la Biblia; aunque no estaban relacionados con la renovación carismática, tenían una apertura hacia Dios que incluía una disposición de los dones espirituales.

Durante un período de oración un día en que Carol oraba por mí, ella recordó el incidente de hacía catorce años en el que Sean se había curado de las picaduras de abejas. Llegó a la conclusión que yo debía tener el don de la sanidad a pesar de mi hostilidad hacia todo lo carismático.

Ella razonó entonces que si Dios la llenó del Espíritu Santo mientras dormía, podría obrar de la misma manera en mí. Para probar su teoría concibió un cuidadoso plan, usando como prueba de ensayo una dolorosa artritis reumatoidea en uno de sus hombros. Una noche, cuando estábamos en una cabaña en las montañas, ella esperó hasta que yo estuviera dormido y colocó una de mis manos en su hombro. Entonces dijo: «Está bien Señor, hazlo». Una oleada de calor y energía llegó a su hombro y el dolor desapareció. Estaba curada. Yo desperté asombrado porque mi mano estaba caliente. Carol me contó lo que había sucedido. Yo estaba desconcertado con la sanidad, aunque contento de que su dolor hubiera desaparecido. Sin embargo, ni siquiera eso me llevó a practicar la sanidad divina.

Para marzo de 1977 el grupo de oración de Carol había crecido a más de cincuenta adultos. Para casi todos ellos el grupo se estaba volviendo su iglesia. Adoraban a Dios, recibían enseñanza, oraban unos por otros y formaban relaciones de apoyo. Lo único que faltaba era un pastor. Yo no asistía a

las reuniones del grupo de oración y no tenía que conducir ninguna congregación, especialmente un grupo de hogar demasiado grande. Pero el Señor, con la ayuda de Carol, tenía diferentes ideas para mí.

### QUEBRANTAMIENTO EN DETROIT

Poco después del encuentro de Carol con el Espíritu Santo las corrientes de mi desesperación personal y la esperanza de renovación espiritual chocaron durante un viaje ministerial a Detroit, Michigan. En el avión empecé a clamar a Dios. Era una oración familiar, solo que con una gran sensación de urgencia. «Bendito Padre», oré en mi corazón, «¿qué pasa, qué hay de malo en mí? Estoy cansado. Los médicos dicen que estoy cavando mi propia tumba. Mi presión sanguínea está demasiado alta; la cabeza me duele constantemente. Estoy rendido de dictar muchas horas de clases. Estoy cansado de hablar con las personas y me falta tu propósito».

Mi corazón se hundía cada vez más. Recosté la cabeza contra la ventanilla y dije: «Dios, heme aquí sintiendo y pensando que voy a morir. Aún tengo hijos pequeños y no tengo tiempo de conocerlos. He intentado inútilmente perder peso, prometiendo muchas veces controlar la comida. En muchas ocasiones he tratado de fortalecerme y no he sentido cambio. Estoy tan hastiado de mí que ni siquiera me gustas ahora. Esta es la primera vez que oro en mucho tiempo y hasta creo que no me estás escuchando».

Cuando aterrizamos yo estaba llorando. Al desembarcar no había nadie esperándome debido a que era un vuelo adicional. Afuera caía una tormenta de nieve; yo estaba varado en medio de la noche en el aeropuerto metropolitano de Detroit. Así que me hospedé en el hotel del aeropuerto. Pero no podía dormir.

Por primera vez en varios años abrí mi Biblia para mí, en vez de estudiarla para enseñar. Abrí las páginas de Salmos 61:

Oye, oh Dios, mi clamor;  
A mi oración atiende.  
Desde el cabo de la tierra clamaré a ti,  
Cuando mi corazón desmayare.  
Llévame a la roca que es más alta que yo,  
Porque tú has sido mi refugio,  
Mi torre fuerte delante del enemigo.  
Yo habitaré en tu tabernáculo para siempre;  
Estaré seguro bajo la cubierta de tus alas.  
Porque tú, oh Dios, has oído mis votos;  
Me has dado la heredad de los que temen tu nombre.  
Días sobre días añadirás al rey;  
Sus años serán como generación y generación.  
Estará para siempre delante de Dios;  
Prepara misericordia y verdad para que lo conserven.  
Así cantaré tu nombre para siempre;  
Pagando mis votos cada día.

Como dice el salmista, vi mi vida y mis deseos; todo acerca de lo que había orado en el avión. Me di cuenta de cuán desesperada era mi condición espiritual, así que me arrodillé al pie de la cama y pedí a Dios que me mostrara las equivocaciones de mi vida. Quedé dormido antes de encontrar respuesta. Más tarde me sentí incómodo físicamente, desperté, subí con dificultad a la cama y me volví a dormir.

Desperté a medianoche; Dios estaba hablando a mi corazón: «John, he visto *tu* ministerio y ahora voy a mostrarte el *mío*».

Comencé a llorar de nuevo. «Dios mío», dije, «eso es lo que siempre he querido». No entiendo lo que me sucedió esa noche, pero dejó una huella en mi relación con Dios.

Mientras rememoraba los acontecimientos de las cuatro horas anteriores me di cuenta de que Dios me había llevado a la apertura de la obra sobrenatural en mi vida. Empezaba a ver las razones por las que Él sana hoy. Discuto algunas de estas razones en el resto del capítulo.

## LA SANIDAD EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Vemos en el Antiguo Testamento que Dios estaba preocupado por la salud de Israel. La ley bajo el antiguo pacto era que quienes obedecieran podían esperarla, mientras que los pecadores esperarían la enfermedad. No había dudas de que Dios sanaba.

En el Antiguo Testamento Dios trató con el pueblo de Israel como grupo. Por lo tanto, las experiencias personales de las bendiciones y disciplina de Dios estaban determinadas por los convenios de Dios con la nación israelita. Lo que sucediera individualmente era secundario; es decir, con frecuencia los individuos bondadosos sufrían porque eran miembros de una nación desobediente.<sup>1</sup> Los gentiles, que no eran miembros de Israel, estaban «alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza» (Efesios 2.12), aunque unos pocos gentiles, por ejemplo, Rahab y Rut, pudieron obtenerla. Esa comunidad afectó la identidad de salud en los individuos.

Durante su cautiverio en Egipto, Dios le dijo a Israel:

Si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, e hicieres lo correcto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti; porque *yo soy Jehová tu sanador* (Éxodo 15.26).

Cuando la nación se negó a escuchar el mensaje de Dios y hacer lo correcto ante sus ojos permitió a Satanás que enviara plagas y enfermedades. Cuando la nación escuchó, creyó y lo obedeció, Dios envió buena salud como recompensa. En consecuencia, el estado de la salud física de la nación era un reflejo de su condición espiritual (véase también Proverbios 4.20-21).<sup>2</sup>

Esta manera de relación de Dios para la nación como un todo se mantuvo a través de los tres pactos más importantes del Antiguo Testamento: con Abraham (Génesis 12.2-3; 15.1-21; 17.1-27); con Moisés (Éxodo 20; Deuteronomio 28) y con David (2 Samuel 7). Esos pactos, similares en forma a los tratados de vasallaje del Cercano Oriente (sobre todo los

realizados entre los hititas para conquistar pueblos en los años trece y catorce de nuestra era), contienen condiciones que el Señor espera que su pueblo conozca. Si el pueblo es leal y obediente, llegan las bendiciones como salud y prosperidad. Si es desleal y desobediente, las promesas son maldiciones como enfermedad y pobreza.<sup>3</sup>

Casi toda enfermedad mencionada en el Antiguo Testamento fue el resultado del pecado y la desobediencia. Un ejemplo es la locura de Saúl, causada por su injusticia (véase 1 Samuel 17—23; 31). Por eso el problema del sufrimiento de los justos se ve rara vez en el Antiguo Testamento. Por el contrario, el Antiguo Testamento está más interesado en por qué a veces los malos prosperan.

En las pocas ocasiones en que no hay una cadena definida entre el pecado y la enfermedad, el acontecimiento se informa solo para constar la intervención divina con la sanidad (por ejemplo, véase la sanidad de Ezequiel en 2 Reyes 20.1-11). Job es la única excepción. Se debe notar que la mayor parte de su sufrimiento no fue por enfermedad sino por la pérdida de su familia, propiedades y reputación. Job fue un precursor de la total revelación que llegaría con Cristo, ya que su historia es una indicación de que el vínculo entre la desobediencia y la enfermedad no es absoluta.

Un nombre que se usa para Dios en el Antiguo Testamento muestra que Él es un sanador. C.F. Keil y F. Delitzsch, al comentar Éxodo 15.26 escriben: «Lo único claro e indudable es que ... Jehová mismo se hizo conocer ante el pueblo de Israel como su médico».<sup>4</sup> Su nombre señala el nuevo pacto en el que la venida de Cristo traería el cumplimiento de la misericordia y del poder sanador de Dios.<sup>5</sup> (En el apéndice «C» se encuentra una lista completa de las referencias bíblicas de sanidad en el Antiguo Testamento.)

## LA SANIDAD EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento Jesús siempre combinó la sanidad con la proclamación del reino de Dios. Mediante la sanidad de los enfermos Él venció a Satanás y demostró su gobierno.

En el Nuevo Testamento ocurrieron más sanidades individuales que en el Antiguo. Con la venida de Cristo hubo un flujo de la misericordia y compasión sanadora de Dios, y la salud o la enfermedad ya no fueron exclusivamente recompensas por la obediencia o juicio por el pecado. En el Nuevo Testamento se ve a la enfermedad como extensión y efecto del pecado, y es por consiguiente maligna en su origen, representando el reino de Satanás (esto no contradice al Antiguo Testamento; a Dios todavía se le entiende por sobre toda la creación, incluso sobre el demonio, aunque Dios mismo no tienta a nadie con el mal. El Nuevo Testamento clarifica, no contradice, al Antiguo Testamento; muestra un cuadro más complejo, revelando el papel de Satanás).

Jesús anunció al comienzo de su ministerio público que el reino de Dios estaba cerca (Marcos 1.15) e inmediatamente empezó a sanar enfermos y echar fuera demonios. Cuando sanó a un endemoniado que era ciego y mudo, les dijo a los fariseos: «Si por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios» (Mateo 12.28). En Lucas 17.21 proclamó que el reino de Dios, su gobierno, está entre nosotros, y en 1 Corintios 10.11 Pablo escribe que «los fines de los siglos» nos han alcanzado. Por tanto, Jesús trajo el siglo por venir en nuestro «presente siglo malo» (Gálatas 1.4; Efesios 1.21), pero todavía gustamos solamente «los poderes del siglo venidero» (Hebreos 6.5), no el cumplimiento de ese siglo.

Sin embargo, ¿cómo será el cumplimiento de este siglo venidero? Un elemento será la salud perfecta:

Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron (Apocalipsis 21.4).

Los hombres y mujeres que aman a Jesús serán completos física, emocional y espiritualmente. Las buenas nuevas es que los cristianos pueden experimentar esto ahora: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas (2 Corintios 5.17). Aun hoy podemos tener unidad completa en Cristo, la que incluye la sanidad de nuestros cuerpos, emociones, mentes y espíritus. Pero debido a que aún no ha llegado el cumplimiento del reino, el ministerio de sanidad es parcial, presente ya en esta época, pero no íntegro.

## TODO ASPECTO DE VIDA

El Nuevo Testamento enseña también que la sanidad divina encierra más que la sola integridad física o espiritual; toca todo aspecto de vida humana que puede llegar bajo el poder o influencia de Satanás. La sanidad divina significa:

- Perdón del pecado;
- Recuperación de la enfermedad;
- Rompimiento de las estructuras que sostienen la pobreza y la opresión social;
- Liberación del poder e influencia demoniaca; y
- Resurrección de los muertos.

La idea de totalidad es la raíz que viene de *iaomai*, uno de los cinco verbos traducidos en el Nuevo Testamento como «curar». Esta palabra se usa veintidós veces en tratamiento físico (por ejemplo, véase Mateo 15.28); se emplea cinco veces como figura de sanidad espiritual (véase Mateo 13.15); y en Santiago 5.16 («confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados») *iaomai* se puede referir a sanidad tanto física como interior.

Otro verbo griego para «sanidad», *sôzô* (y su forma intensa *diasôzô*) se emplea dieciséis veces en historias de sanidad de Jesús. Lo interesante de esta palabra, tomada de un vocablo arameo, es que tiene el doble significado de «hacer vivir» y

«hacer sanar». En Marcos 3.4, en la sanidad en sábado de un hombre con la mano seca, Jesús preguntó a los fariseos: «¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla?» La frase «salvar la vida» (*psuchên sôzai*) sugiere la salvación tanto espiritual como física.<sup>6</sup> John Wilkin-son escribe en relación con este doble significado:

Es claro que la amplia aplicación [de *sôzô*] en los Evangelios indica que los conceptos cristianos de sanidad y salvación se sobrepone en parte hasta un grado en que varían en diferentes situaciones sin llegar a separarse por completo. La sanidad del cuerpo nunca es puramente física y la salvación del alma nunca es puramente espiritual; sin embargo, ambas se combinan en liberación total del hombre, liberación anunciada e ilustrada en los milagros de sanidad de Jesús en los Evangelios.<sup>7</sup>

Otro verbo griego que se usa en el Nuevo Testamento brinda un significado más completo de la sanidad. *Therapeuô*, la palabra usada con más frecuencia, indica que la sanidad divina es «inmediata y completa restauración de la salud ... sin necesidad de más atención».<sup>8</sup> El verbo que queda, *apokat-histêmi*, significa «restaurar a la antigua condición de salud».<sup>9</sup>

La sanidad es integral porque el reino de Dios tiene que llegar para crear un nuevo orden, una nueva creación. Las sanidades son señales de la presencia y el poder del reino de Dios. Por eso cuando Juan el Bautista envió mensajeros a preguntar a Jesús si era el Mesías, este respondió:

Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí (Lucas 7.22-23).

## EL CONFLICTO CON SATANÁS

El Nuevo Testamento muestra que la sanidad se asocia con el arrepentimiento del pecado y el conflicto con Satanás. La salud se determina a menudo por pecado o virtud individual (Marcos 2.1-12; Juan 5.1-11; Santiago 5.14-16). También hay

versículos en el Nuevo Testamento que indican, como bajo el antiguo pacto, que la desobediencia colectiva y el pecado nos disponen a la debilidad, enfermedad y muerte (Hechos 5.1-11; 1 Corintios 11.27-32). Los cristianos occidentales vivimos en una sociedad individualista y fragmentada. Pocos piensan que el pecado cometido por una persona pueda afectar el bienestar y hasta la salud de todo un grupo. A este respecto, el pecado privado tiene implicaciones colectivas. El propósito de la obra disciplinaria colectiva, al igual que para el individuo, es que podamos arrepentirnos de nuestros pecados y crecer en gracia.

A diferencia del Antiguo Testamento, la minoría de todas las enfermedades en el Nuevo Testamento son consecuencia directa del pecado habitual en el individuo. Por tanto, mientras nuestra pecaminosidad *puede* causar la enfermedad, no *toda* enfermedad es causada por ella. Muchas enfermedades son causadas por Satanás. Cuando sanó al ciego de nacimiento, Jesús explicó la enseñanza del libro de Job: que el vínculo entre la desobediencia y la enfermedad no es absoluta. En esta ocasión Él dijo: «No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él» (Juan 9.3). La regla en el Nuevo Testamento es que los *justos* sufren casi todos los ataques satánicos. Como lo señalé en el capítulo 1, Jesús mismo sufrió inocentemente; a excepción de Juan, todos los discípulos murieron violentamente y todo el libro de 1 Pedro es acerca del sufrimiento de Cristo.

Esto motiva la pregunta de por qué sufren los justos. En parte, la respuesta es que nos hemos lanzado a una guerra contra Satanás, y como en toda guerra, hay accidentados. En cualquier momento durante el conflicto el Señor puede decidir que nos necesita al frente de la batalla.<sup>10</sup>

## EL EJEMPLO DE JESÚS

Una de las razones que nos anima a orar por los enfermos es que Jesús sanó a muchos. Si Él es nuestro modelo de fe y práctica, no podemos pasar por alto su ministerio de sanidad.

Desde el principio los cristianos se han reflejado en los milagros de Cristo y han extraído grandes beneficios de ellos. Su actitud nos señala que así deben ser los ministerios cristianos. Jesús nunca obtuvo beneficio en la enfermedad de las personas; Él sanó dondequiera que iba. Los evangelios mencionan cuarenta y un casos de sanidad física y mental efectuados por Jesús. Esto de ninguna manera representa el total de sanidades individuales, porque muchos de esos casos son resúmenes de las sanidades en muchísimas personas. Los relatos individuales son descripciones de las sanidades más espectaculares. Al resumir el ministerio de Jesús, Juan escribe:

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre ... Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir (Juan 20.30-31; 21.25).

De los 3.774 versículos de los cuatro Evangelios, 484 se refieren específicamente a la sanidad de la enfermedad física y mental y a la resurrección de la muerte. Más impresionante es que de los 1.257 versículos narrativos en los Evangelios, 484 (38,5%) se dedican a describir los milagros de sanidad de Jesús. Salvo el análisis sobre los milagros en general, la atención dedicada al ministerio de sanidad de Jesús es mucho mayor que la dedicada a cualquier otra clase de experiencia. (El apéndice D es una mirada desde los Evangelios al ministerio de sanidad de Jesús, en él incluyo referencias bíblicas y descripciones de cada sanidad.)

Jesús encarnó el Reino de Dios, al salvar y sanar personas. También equipó a los discípulos para que sanaran, para que pudieran promover con eficacia el Reino de Dios. Preparó a los doce y a los setenta y dos (Lucas 9.1-9; 10.1-24); incluyó la sanidad en la Gran Comisión (Marcos 16.14-20); y a través de Hechos los discípulos sanaron enfermos. (El Apéndice E es un resumen del ministerio de sanidad de otros, tal como lo

narran los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, y también el libro de Hechos.)

## HISTORIA DE LA IGLESIA

Aunque los cristianos han tenido diferentes puntos de vista acerca del significado de la sanidad divina a través de la historia de la Iglesia, los ejemplos en la historia misma confirman mi interpretación de las Escrituras. Cuando investigaba la sanidad en la historia de la Iglesia, me sorprendió encontrar numerosos relatos de los enfermos sanados. Durante los primeros cien años de la Iglesia, la llamada era apostólica, la sanidad era una actividad común en la vida cristiana. Es más, las sanidades (y otros fenómenos milagrosos) ayudaron a explicar el admirable crecimiento del cristianismo durante este período.

Un informe de Ireneo (125–202) en su primer *Tratado contra las herejías* es típico del siglo segundo:

Algunos en realidad y con seguridad expulsan demonios, por tanto a quienes se ha limpiado de espíritus malignos con frecuencia creen [en Cristo] y se unen a la Iglesia. Otros vaticinan el porvenir: ven visiones y pronuncian expresiones proféticas. Otros hasta sanan a los enfermos al imponer las manos sobre ellos, y todos ellos se realizan. Más aun, ya he dicho que incluso muertos han resucitado y permanecen entre nosotros por muchos años. ¿Qué más puedo decir? No es posible nombrar la cantidad de dones que la Iglesia [esparcida] en todo el mundo ha recibido de Dios en el nombre de Jesucristo, quien fue crucificado bajo Poncio Pilato, lo que ella emplea día a día para beneficio de los gentiles, sin engaño de ninguna manera ni tomando recompensa de ellos [sobre la base de tales interpretaciones milagrosas]. Como ella lo ha recibido gratuitamente de Dios, también lo tiene que impartir [a otros] de forma gratuita.<sup>12</sup>

Los registros de cada siglo de la historia de la Iglesia tienen informes similares al testimonio de Ireneo.

De acuerdo con los documentos existentes, parece que las sanidades fueron frecuentes durante los primeros cuatro siglos de la historia de la Iglesia. A través de la Edad Media y

hasta la Reforma se reducen los informes de sanidades, aunque todavía existen historias interesantes. Desde la Reforma hasta hoy día hay un firme incremento en los informes de sanidades, teniendo el siglo veinte las cifras más destacadas (la abundancia de informes del siglo veinte se puede deber en parte a los métodos modernos de información.).

### EVANGELIZACIÓN PODEROSA

Otra razón para orar por los enfermos es que la sanidad ayuda a la evangelización. Es un «promotor del evangelio». Aprendí esto de estudiantes del Tercer Mundo reclutados en el Instituto de Visión Mundial del Seminario Teológico Fuller. Aunque sus informes de sanidades individuales eran interesantes, el consiguiente crecimiento y la madurez espiritual eran sorprendentes. Los estudiantes del Tercer Mundo en Fuller sostenían que era más fácil orar por la sanidad de las personas que hablarles de Cristo. Es más, decían que es muy fácil hablar a las personas acerca de Cristo *después* que se habían sanado. La Biblia verifica esto; note cómo Cristo frecuentemente sanó primero a los enfermos y luego proclamó el evangelio del Reino de Dios.

### EL SENTIDO COMÚN

Una razón final para la sanidad divina es un sentido común de deducción que la Biblia nos enseña acerca de Dios: Él es todo amor, todopoderoso y todo sanidad. La mayoría de los hombres y las mujeres no creen que Dios sea maligno, que deliberadamente ocasione calamidades en el mundo y que disfrute al ver sufrir a las personas. Para los cristianos, Dios es todo amor, todopoderoso y omnisciente, Él tiene «contentamiento en su pueblo; hermoseará a los humildes con la salvación» (Salmo 149.4). En otras palabras, Dios es amable y prefiere que las personas estén saludables antes que enfermas. Decir que Dios es amable y que desea sanar no es negar su soberanía ni dictaminar su conducta, Él sigue siendo el Dios del universo cuyo reinado no se debe cuestionar. En vez de

eso, estoy describiendo la naturaleza de Dios, la manera en que siempre demuestra su amor a los hombres y mujeres, de modo especial en Jesús, quien lo reveló perfectamente.

La mayoría de las personas prefieren estar saludables y llevan a cabo pasos prácticos para permanecer sanas. Además, las personas buenas quieren ver bien a sus amigos. Jesús es más que un buen amigo; su bondad es más profunda que cualquiera que podamos experimentar. Él murió por nosotros. Cargó con el sufrimiento del mundo. ¿Cómo no podría estar comprometido a darnos buena salud? Se necesita más fe para creer argumentos teológicos complicados que niegan que la sanidad divina es para hoy que para creer que Dios obra ahora como lo hizo en el siglo primero.

En 1977 mi actitud hacia la sanidad divina cambió del escepticismo a la apertura; mi creencia en que Dios podía sanar hoy a los enfermos cambió de negación a aceptación. Pero las actitudes y creencias cambiadas no aseguraban que yo actuaría en realidad. Es más, aun después de la noche en que Carol colocó mi mano en su hombro y pidió a Dios que la sanara, me abstuve de orar por los enfermos. Todavía enfrentaba un grave problema: ¿cómo quería Dios formar congregaciones maduras, saludables y espiritualmente preparadas? Poco sabía que parte de la respuesta me llevaría a la sanidad divina. Esa historia es el tema del capítulo siguiente.

### 3. Una visión de la compasión y misericordia de Dios

Para 1977 ya creía en el actual poder sanador de Dios. Hubo muchos factores que contribuyeron en la evolución de mi actitud y manera de pensar con relación al divino poder sanador: nuevo conocimiento adquirido a través de la oración y el estudio de la Palabra; mi experiencia con la sanidad de la artritis de Carol; y el continuo empuje, disciplina y sondeo del Espíritu Santo. Sin embargo, no creía en que la posibilidad de que Dios pudiera sanar significaría que en realidad yo tenía que orar por los enfermos. No me daba cuenta de cómo podrían converger esas líneas de influencia y llevarme al ministerio de la sanidad.

Poco después de haber regresado de Detroit, Carol me insistió en que asistiera a una de sus reuniones de hogar. La pequeña comunidad se reunía en una casita sin aire acondicionado. Las personas alababan a Dios, cantaban, leían las Escrituras y sudaban. De cuando en cuando alguien levantaba las manos, algo a lo que yo no estaba acostumbrado. «Dios mío», pensaba, «¿en qué me ha metido Carol?» Sin embargo, a pesar de mis reservas, había algo que no podía negar aunque no lo entendía: todos se veían muy contentos y llenos de gozo. ¿Podría Dios desear que su gente estuviera encerrada en un cuarto caliente, cantando y sudando hasta muy entrada la noche? Espiritualmente estaba ciego a lo que Dios estaba haciendo en el grupo.

Después de la reunión Carol y yo salimos a comer una hamburguesa. Mi estado de ánimo estaba irritable (debido a la reunión) cuando Carol empezó a relatarme cómo había cambiado su vida. La mayor fuente de su cambio provenía del

libro de Ralph C. Martin *Hungry for God* [Hambre de Dios].<sup>1</sup> Me dijo que el escrito sobre la naturaleza cercana de nuestra relación con Cristo había sido un medio para entregar por completo su vida al poder del Espíritu Santo.

—Supongo que ahora me contarás que hablas en lenguas —le dije.

—Sí —dijo.

Estaba demasiado sorprendido para responderle.

—Bueno —inquirió luego—, ¿qué piensas del grupo de oración?

—No tiene rumbo —respondí—. No hay liderazgo. No hay dirección. No va a durar.

Carol vaciló, luego se volvió a mí y dijo:

—John, te he dicho siempre que no deseo que vuelvas a ser pastor, pero si en algún momento Dios te dijera que lo hagas quiero que sepas que estoy de acuerdo.

Durante los dos meses y medio que siguieron, Dios me mostró su deseo de que volviera al pastorado. Por ejemplo, en una ocasión que volaba en compañía de C. Peter Wagner, él se volvió a mí y dijo: «John, ¿por qué no te vas y comienzas una iglesia en Yorba Linda?» Pocos días después me encontraba en la ciudad de Nueva York dirigiendo un cursillo sobre iglerecimiento cuando un pastor luterano se me acercó y dijo: «Me siento extraño acerca de esto, pues nunca he experimentado algo similar, pero el Señor me ha dado un mensaje para ti. Lo escribí. Aquí está. No lo comprendo». Tomé el mensaje y él se alejó. Abrí el papelito y leí estas palabras. «Regresa». La dirección del Señor era clara, así que lo obedecí y regresé al pastorado.

El Día de las Madres en mayo de 1977 prediqué mi primer sermón como pastor de lo que hoy se denomina Comunidad Cristiana Vineyard. (Seguía trabajando a tiempo completo como consultor de crecimiento de la iglesia.) Hablé acerca del Evangelio según San Lucas, y continué enseñando sobre Lucas durante los diez meses siguientes.

## EL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

Al regresar como pastor del grupo de hogar de Carol me había formulado algunas reflexiones sobre la sanidad de los enfermos. Mi preocupación se relacionaba con la iglesia. Quería ver lo que Dios haría con un grupo de personas que escuchaban y obedecían sus mandatos, un grupo que podría madurar hasta que todos se prepararan, adiestraran y trabajaran en el ministerio.

Al principio éramos en apariencia una típica iglesia bíblica, con énfasis en la enseñanza de la Palabra de Dios, alabanza, oración y hermandad. La única diferencia aparente consistía en que no cantábamos los himnos tradicionales sino otros más contemporáneos, e incluso escribíamos nuestra propia música. Yo hacía varias de las cosas que anteriormente había aprendido como pastor, con una diferencia sustancial: Ahora buscaba que Dios moldeara mi ministerio, porque en Detroit Él me había prometido que «me mostraría su ministerio». Sabía que debía dejar que Dios estuviera a cargo y permitirle que Él nos dirigiera, independientemente de lo que yo pensara. Por lo tanto, era muy flexible y sensible a nuevas ideas y dirección de Dios, lo que no era fácil para mí.

Experimentábamos la presencia de Dios en nuestras reuniones. La clave de nuestra renovación espiritual era la alabanza. Por horas cantábamos y alabábamos a Dios, y siempre llegaba su presencia renovadora.

Mientras yo predicaba sobre Lucas los domingos por la mañana, John Amstutz, profesor de la Universidad Life Bible de los Ángeles, enseñaba en nuestras reuniones nocturnas de los miércoles acerca de los dones espirituales. A través de las enseñanzas de John algunos miembros de la congregación empezaron a mostrar interés en los dones carismáticos, en especial en la sanidad. Como mi trabajo requería viajar a menudo me perdí muchas de esas reuniones de los miércoles. En consecuencia, muchas de las personas se me adelantaron en su interés y deseo de orar por los enfermos.

Me vi obligado a comenzar alguna clase de enseñanza acerca del ministerio de sanidad de Jesús, debido a que el

Evangelio según San Lucas está lleno de relatos sobre él. La razón de mi apertura hacia la sanidad brotó de una preocupación por la vitalidad de la iglesia. Cuando comenzaba a predicar sobre la sanidad me sorprendía ver que algunos miembros oraban inmediatamente por los enfermos. Es más, ¡ellos habían orado por los enfermos durante más tiempo que yo!

En agosto de 1977 (cuando llevaba cuatro meses enseñando acerca de Lucas) le preguntaba a Dios si la sanidad era un elemento vital en la vida de la iglesia. Me había dado cuenta de que la iglesia tenía un puesto para la sanidad y que Lucas me la colocaba en el centro de mi atención. En esa época el Espíritu Santo indujo en mi corazón el ministerio de sanidad. Esta fue la culminación de muchos años en que Él me ablandaba el corazón hacia lo sobrenatural. Lo hizo durante uno de los pocos estudios bíblicos nocturnos de los miércoles a los que yo podía asistir.

A medida que John Amstutz enseñaba, los pensamientos sobre mis enseñanzas dominicales me trastornaban. Por lo tanto, oré en silencio y Dios indujo en mi mente Mateo 9.1-8, el pasaje en que Jesús sanó a un paralítico. Lo busqué y lo leí para mí:

Entonces, entrando Jesús en la barca, pasó al otro lado y vino a su ciudad. Y sucedió que le trajeron un paralítico, tendido sobre una cama; y al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados. Entonces algunos de los escribas decían dentro de sí: Este blasfema. Y conociendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? Porque, ¿qué es más fácil decir: Los pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa. Entonces él se levantó y se fue a su casa. Y la gente, al verlo, se maravilló y glorificó a Dios, que había dado tal potestad a los hombres.

Muchos interrogantes afloraban a mi mente a medida que meditaba en este pasaje. En primer lugar, pregunté a Dios si

mi actitud acerca de la oración por los enfermos debía ser igual a mi actitud acerca de la evangelización personal. En este pasaje Jesús actuó como si predicar y sanar fueran actividades regulares del reino. Sentí que Dios me decía: «Sí, los cristianos están llamados a sanar a los enfermos de la misma manera en que están llamados a evangelizar». Jesús consideró en Mateo 9 que la sanidad no es más difícil que el perdón de los pecados («¿qué es más fácil»). En realidad, de sus palabras podemos deducir que sanar a los enfermos es *más fácil* que perdonar los pecados.

Eso me llevó a un segundo interrogante: «Señor», pregunté, «¿están renuentes casi todas las personas (entre ellas yo) a orar por los enfermos debido a que las inhibe el no entender tu naturaleza (quién eres y cómo obras)? En seguida sentí que Él me decía: «Sí, casi todas las personas titubean, y hasta temen, al orar por la sanidad de los demás porque interpretan mal mi compasión y misericordia. Saben acerca de mí, pero no siempre me conocen».

En Mateo 9 Jesús recriminó a los escribas por pensar mal en sus corazones. Ellos conocían la doctrina, pero sus corazones estaban nublados de orgullo. No conocían a Dios. Por consiguiente no podían reconocer a Dios cuando sanaba a los enfermos. En ese momento supe que, aunque por años me abstuve de orar por los enfermos basado en una teología que negaba el que Dios pudiera sanar hoy, mi plataforma doctoral era una falsa apariencia para el mal de la incredulidad y el escepticismo en mi corazón.

Finalmente pregunté: «¿Quieres decir que debemos orar por los enfermos?» Dios respondió: «Sí. Solo yo doy autoridad para predicar el evangelio del perdón de los pecados, así como doy autoridad para sanar a los enfermos». En el pasaje de Mateo 9, la gente se maravilló que Jesús pudiera sanar al paralítico y perdonar sus pecados. En respuesta glorificaron a Dios «que había dado tal potestad a los hombres». Las consecuencias de este pasaje me parecieron claras: Los cristianos estamos comisionados por Dios para sanar a los enfermos. Yo estoy comisionado para sanar a los enfermos.

## LOS LLAMAMIENTOS

Después de la concepción viene la gestación, la nutrición y el desarrollo. El período de gestación del ministerio de sanidad para mí empezó el domingo siguiente y continuó por cerca de seis meses. Durante este tiempo en casi todos los sermones prediqué acerca de la sanidad divina. A las pocas semanas de estar en este período Dios me indujo a que hiciera un llamamiento después de cada sermón para orar por los enfermos. Yo no quería hacer llamamientos, pero en obediencia a Dios el domingo siguiente invité a los enfermos a pasar al altar y oramos por ellos.

En el primer llamamiento no sanó nadie. Es más, ¡algunos de los que oramos agarramos las enfermedades de los enfermos! Yo agarré la gripe, me resfrié y hasta me dieron dolores de cabeza. Fue una experiencia humillante. Camino a casa oré: «Señor, nunca vuelvas a humillarme de esa manera».

Sin embargo, el domingo siguiente me volvió a decir que hiciera un llamamiento tanto en el culto matutino como en el nocturno. Obedecí, más temeroso de las consecuencias por desobedecer que de la vergüenza. Repetí el llamado al altar el domingo siguiente y lo volví a hacer a partir de entonces por ocho o nueve semanas, pero tampoco sanaba nadie.

Durante este tiempo estaba dolido y frustrado. Algunas personas abandonaron la iglesia; sentían que no podrían tomar parte de tal insensatez (no podía recriminarlos). Muchos de estos individuos no estaban ofendidos por la *teoría* de la sanidad divina sino por la *práctica* de la oración por sanidad.

No me sorprendía en absoluto su reacción. Como consejero de la iglesia a menudo noté discrepancia entre lo que los cristianos creían y lo que practicaban. Por ejemplo, asesoré algunas iglesias en las cuales los pastores manifestaron que creen en la evangelización, pero cuando evalué su crecimiento descubrí que habían muy pocos miembros nuevos. La práctica de la evangelización no era primordial para ellas. No tenían personal, presupuesto o programas dedicados a la evangelización. Me di cuenta de que mi creencia en la validez de la sanidad hoy día era como mi creencia en el mandato de

evangelizar: generaba una necesidad de llevarlo a cabo. Los llamados al altar eran una forma de darle lugar a la oración por los enfermos.

### «PREDICA MI PALABRA»

Pero me descorazonaba a medida que pasaban las estériles semanas. Un día mientras preparaba mi sermón dominical me enojé tanto que dije: «No predicaré más sobre la sanidad». Entonces Dios me habló claramente: «O predicas mi palabra o te vas».

«¿Te vas?», inquirí temeroso, «¿qué quieres decir con “te vas”?»

Haciendo caso omiso de mi pregunta, el Señor habló a mi corazón: «Predica mi mensaje, no tu experiencia». Como un niño castigado tomé con mucha seriedad la amonestación del Señor. Por tanto continué enseñando acerca del ejemplo de Cristo de orar por los enfermos y por la necesidad que nosotros continuemos haciendo lo que Él hizo.

Seguimos orando por los enfermos y a través de nuestros fracasos nos dimos cuenta dolorosamente de cuán poco conocimiento teníamos acerca de *cómo* orar. Comencé a buscar en la Biblia para entender más sobre la sanidad, especialmente en el ministerio de Jesús. Leí también todos los libros cristianos que pude encontrar relacionados con el tema. Leí *Healing [Sanidad]*,<sup>2</sup> de Francis MacNutt, un inteligente argumento para el ministerio de sanidad. Mi motivación no era solo aprender cómo *yo* podría orar con eficacia por los enfermos, sino aprender a adiestrar a *cada miembro* de mi equipo en la congregación a orar por los enfermos. ¡Al recordar ahora me doy cuenta de lo ridículo que era estar preocupado de equipar a los demás en la oración por los enfermos cuando aún no habíamos visto *una* sola sanidad! Empecé también a buscar otros que con éxito estuvieran orando por los enfermos, hombres con los que pudiera establecer relación y aprender de ellos. Noel Weiss, que para ese entonces era pastor del Centro Cristiano Melodyland en Anaheim, era un cristiano por me-

dio del cual Dios había sanado a muchos. Localicé fácilmente a Noel, tal vez debido a que antes de ser cristiano había sido músico de jazz igual que yo. Su método de orar por otros era moderado y de ninguna manera manipulador. Mi conocimiento y mi fe en la sanidad de los enfermos se incrementó enormemente al observar y platicar con Noel Weiss y con otros que tenían ministerios eficaces de sanidad.

Pero antes de diez meses de oración infructuosa tuve mi mayor derrota. Para ese entonces nuestra iglesia se reunía en el gimnasio de un colegio que tenía un telón extendido a lo ancho de la plataforma. Al finalizar cada culto invitábamos al público detrás del escenario para orar por ellos. El gimnasio no tenía aire acondicionado; era extraordinariamente caliente y húmedo. En esta ocasión varios hombres y yo oramos por otro hombre (no recuerdo cuál era su condición). Oramos por dos horas, elevando toda plegaria que sabíamos, desesperados por ver sano al hombre. Por último, dejamos de orar desanimados. Yo estaba tan desconcertado que me arrojé al piso y empecé a llorar. «No es justo», grité. «Nos dijiste que predicáramos lo que dice tu libro, pero no respondes a nuestra acción. Henos aquí, haciendo lo mejor que podemos y no sucede nada. Nos dijiste que creyéramos en la sanidad y oráramos por los enfermos, pero no estás haciendo nada. Señor, ¡no es justo!» Mi corazón estaba quebrantado. Unos minutos después me tranquilicé y vi a los otros hombres tendidos conmigo, clamando a Dios. Después de la experiencia todos seguimos quebrantados. Con dificultad llegue a casa y me dejé caer en la cama, preguntándome qué me reservaba el futuro.

### LA ABERTURA

A la mañana siguiente me despertó el timbre del teléfono; era uno de nuestros más nuevos miembros.

—Acabo de conseguir un nuevo empleo y tengo que ir a trabajar hoy —dijo—. Mi esposa está afiebrada. No puedo

quedarme en casa para cuidar a los niños y no podemos encontrar una niñera. ¿Puedes venir a orar por ella?

—Voy para allá.

Colgué el teléfono y miré al cielo raso. «Dios mío», dije, «mira lo que tienes para mí en este momento. Este hombre realmente cree estas cosas. Va a perder su empleo a menos que hoy yo cuide sus hijos».

Cuando llegué a su casa el hombre me llevó a la alcoba. Su esposa se veía muy mal. Tenía el rostro enrojecido e hinchado por la fiebre. «Caramba», gruñí. «Este caso está difícil». Caminé hasta ella y le impuse las manos, mascullé una oración sin fe, me volví al esposo y comencé a explicarle por qué algunas personas no se sanan, charla que había perfeccionado durante los diez meses anteriores. Cuando le daba mi explicación sus ojos miraban algo detrás de mí. Entonces empezó a sonreír. Me volví y vi a su esposa fuera de la cama, mirando como una nueva persona.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Estoy bien —respondió—. Me sanaste. ¿Te quedas a tomar una taza de café o a desayunar?

No podía creerlo. ¡Estaba bien! Amablemente rechacé su gesto de hospitalidad y salí. Cuando me hallaba en mi auto a mitad de camino, pude darme cuenta de lo que había sucedido. Todos los meses de incertidumbre y desesperación, de entusiasmo y desencanto, de revelación y humillación, toda la fuerza de esas emociones y esperanzas se vertían sobre mí. Entonces me sentí eufórico y alocado.

«¡Logramos uno!», grité con todas las fuerzas de mis pulmones.

La desesperación de la noche anterior se transformó inmediatamente en gozo y exaltación. El período de gestación había terminado; el ministerio de sanidad había nacido en mí, en el momento más inesperado. Inicié el camino sabiendo que me estaba embarcando en un nuevo viaje de fe, sin estar totalmente preparado para lo que habría en el próximo recordo.

## MÁS DULCE QUE LA MIEL

«Resulta en realidad», pensaba mientras me ponía en camino a casa, «y Dios *me* usa como instrumento de su misericordia sanadora». Luego una increíble visión sobresaltó mi jubiloso estado de ánimo.

De repente apareció en mi mente una masa de nubes superpuestas a través del cielo. Nunca había una masa de nubes como esa, así que saqué el auto del camino para apreciarla mejor. Entonces me di cuenta de que no era una masa de nubes sino un panal de abejas con la miel goteando sobre la gente. Las personas tenían diferentes poses. Unos eran reverentes; estaban llorando y sostenían las manos en alto para agarrar la miel y saborearla, incluso invitaban a otros a tomar algo de su miel. Otros estaban irritados, limpiando la miel de sí mismos y quejándose porque se untaban. Yo estaba atemorizado. Oré sin saber qué pensar: «Señor, ¿qué es esto?»

Él respondió: «Es mi misericordia, John. Para algunos es una bendición, pero para otros es un obstáculo. Hay suficiente para todos. Nunca más me ruegues por sanidad. El problema no está en mi parte, John. Está allí». (Para los lectores que nunca han tenido una visión o nunca han «oído» a Dios de esta manera: *físicamente* yo no escucho hablar a Dios. Experimento más que una impresión, una sensación espiritual de que Dios me habla. El tiempo ha probado que es verdadero lo que creo haber oído.)

Esa fue una experiencia conmovedora y profunda; revolucionó mi vida más que cualquier otra experiencia desde que me convertí al cristianismo. Nunca volví a ver la sanidad de la misma manera desde entonces.

Lo que hizo muy poderosa esta experiencia fue lo que confirmó mi recién encontrada convicción, enraizada en la Biblia, que recibiremos abundante gracia de Dios, incluso sanidad divina, si solo creemos. Aprendí esa lección de la historia en Marcos 9.14-32, cuando Cristo sana a un hombre poseído por un demonio y en consecuencia era mudo. Después que los discípulos habían fracasado en sanar al muchacho, el padre se acercó a Jesús y le pidió ayuda. Jesús no perdió

tiempo en identificar la razón del fracaso en los discípulos: incredulidad.

Después de explicar a Jesús que desde la niñez su hijo estaba poseído por un espíritu, el hombre manifestó: «Pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos» (v. 22).

Jesús dijo: «Si puedes creer, al que cree todo le es posible» (v. 23). La clave para experimentar la sanidad misericordiosa de Dios es creer, creer en el Dios que sana.

«Creo», dijo el padre. «Ayuda mi incredulidad» (v. 24). Con esta confesión, la que Jesús llamó «fe como un grano de mostaza» en Mateo 17.20, Él echó fuera del muchacho un espíritu mudo y sordo, y el muchacho sanó inmediatamente.

Lo que Dios me mostró a través de pasajes como Marcos 9, de mi primera sanidad, y de la visión del panal es que Él es más grande de lo que nunca pude imaginarme, y que con solo el mínimo acto de fe yo podía experimentar su compasión y misericordia. También me di cuenta de que la misericordia de Dios cae constantemente en nosotros, ya que todo lo que Él hace se relaciona con lo que es: «El Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones» (2 Corintios 1.3-4; véase también Éxodo 34.6 y Nehemías 9.17). El Salmo 145.9 dice: «Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras». Tito 3.5 dice que el Señor nos salvó «por su misericordia».

Sin embargo, demasiado a menudo no vi a Dios en la inmensidad de su gracia y misericordia. Confié en que Él me guiara, pero no confié en que me proveyera; tuve fe para recibir la salvación y el perdón por mis pecados, pero no tuve fe en la sanidad divina. Nunca me di cuenta de que la misericordia estaba disponible inmediata y abundantemente para mí como la miel estaba disponible para todos debajo del panal.

Mediante la visión del panal entendí también que mi primera sanidad fue solo el principio de mi experiencia con la misericordia de Dios, si yo solo decidía creer y recibirla. En la visión, algunas personas se regocijaban, recibían gratuita-

mente y gratuitamente daban. Cuanto más daban, tanto más recibían. «Hay suficiente para todos», me dijo el Señor, «nunca más me ruegues por sanidad».

Pero otros, llenos de incredulidad y escepticismo, no podían recibir la gracia, las bendiciones y los dones de Dios. No podían ver que la misericordia y sanidad de Dios eran mayores que el entendimiento de ellos sobre cómo obra Él. «El problema no está en mi parte», dijo el Señor. «Está allí». Somos nosotros, no Dios, quienes colocamos incredulidades y limitaciones sobre la compasión y la misericordia de Dios. Estamos invitados a cooperar con su Espíritu al entrar en un divino compañerismo que nos guía y nos da de sanidad.

## LO QUE APRENDÍ

Durante el período de diez meses de estéril oración estuve sometido a muchos cambios. Antes que Dios me hablara en el estudio bíblico nocturno de John Amstutz yo creía en la sanidad divina, pero no creía que tanto yo como la mayoría de los cristianos estamos llamados a orar por los enfermos. Después de este momento otros miembros de la congregación y yo empezamos a orar en serio, aunque durante meses no vimos resultados.

Ese período de fracaso fue una experiencia de aprendizaje, una época en la que fui limpiado de mi orgullo y autosuficiencia. Fui humillado y recibí una lección de humildad. Dios tenía primero que limpiar el vaso antes de llenarlo con su precioso aceite de sanidad. Creo que Dios comenzó a sanar a los enfermos a través de mí sólo después que llegué a tener total dependencia de su gracia y misericordia.

Aprendí también acerca de la obediencia al mensaje de Dios. En el pasado había sido capaz de conseguir buenos resultados sin la ayuda de Dios. Sin embargo, orar por los enfermos era diferente. Me di cuenta de que no podía conseguir resultados sin la unción de Dios. Mi trabajo era obedecer, orar y descansar en su misericordia soberana; su parte era sanar.

Mi experiencia no es típica de lo que ocurre cuando la mayoría de las personas empiezan a orar por los enfermos. En realidad, ¡he conocido y hasta capacitado siempre a muchos cristianos que sanan a los enfermos la primera vez que oran por ellos! Tienen éxito porque reciben indicaciones prácticas acerca de la sanidad divina, algo que yo no tuve durante esos difíciles diez meses. Es más, escribí el resto de este libro para informarle a usted sobre cómo Dios sana y cómo usted puede orar por los enfermos. Pero a medida que lea estos capítulos le recuerdo que ningún consejo le será útil si rechaza los principios fundamentales de obediencia al mensaje de Dios y la confianza en su compasión y misericordia.

## SEGUNDA PARTE:

### ¿Qué sana Jesús?

## 4. La sanidad de la persona en su totalidad

La misericordia de Dios no solo está siempre al alcance para que todos la reciban, sino que toca todos los aspectos de nuestra vida. La miel que vi en la visión estaba disponible gratuitamente y cubría en forma completa a las personas, exactamente como la gracia de Dios (su bondad, su favor inmerecido y su amor perdonador) que no se nos ha escatimado (Efesios 2.4-9). Darse cuenta de la extensión de esa gracia es de especial importancia para la sanidad divina, ya que muy a menudo la sanidad está limitada solo a una clase, como por ejemplo, física, emocional, demoniaca o social. No obstante, la Biblia enseña que la sanidad está disponible para la persona como un todo.

Un factor clave para determinar la extensión de la sanidad divina es nuestro entendimiento de la naturaleza humana. El Antiguo Testamento afirma que nuestra humanidad es unidad esencial: cuerpo y alma siendo aspectos diferentes de nuestra composición. En otras palabras, el énfasis está en la unidad de nuestra naturaleza (para conformar un complejo unido), no en partes separadas. Tanto hombres como mujeres somos seres completos integrados en vez de colecciones de compartimientos. Génesis 1.26-27 y 2.7 dice: «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza ... Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente». Por lo tanto, vivimos en una paradoja: estamos separados de la creación física debido a que portamos la misma imagen y majestad de Dios; sin embargo, al mismo tiempo somos simples productos del polvo.

Al decir que hombres y mujeres son portadores de la imagen de Dios quiero decir que somos divinos; poseemos una naturaleza moral que tiene la capacidad de escoger entre lo bueno y lo malo (Mateo 7.18; 12.34). Antes que Adán cayera de la gracia en el huerto del Edén, nuestra naturaleza y deseos del alma eran buenos (Génesis 1.31); después de la caída el pecado entró en la especie, inclinándonos hacia el mal.<sup>1</sup>

Dios creó el ser humano (cuerpo y alma) para experimentar la comunión eterna con Él. Esa relación se perdió cuando el pecado entró en la especie. La imagen de Dios se mancilló, se empañó y se manchó; morimos espiritualmente. Perdimos el gobierno del reino de Dios.

Con eso no queremos decir que nuestra humanidad se borró, que cada parte de nuestro ser es absolutamente pecaminoso. Todavía somos capaces de obras y pensamientos altruistas y seguimos teniendo capacidades espirituales, aunque en nuestras fuerzas siempre tendemos a separarnos de Dios y a no cumplir su voluntad. Es más exacto decir que cada parte de nuestro ser, aunque no se haya anulado, se ha contaminado con el pecado. Eso incluye nuestras funciones físicas, psicológicas, emocionales, intelectuales, sexuales, sociales y por supuesto espirituales. Solo somos una sombra de lo que Dios originalmente intentó; siempre nos quedamos cortos en la comunión con Él (Génesis 3.8,10,24; Romanos 3.23).

El Nuevo Testamento enseña además que nuestra humanidad es una completa unidad. En 1 Tesalonicenses 5.23-24 Pablo escribe: «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará».

Esta idea de la humanidad difiere en algo del concepto griego que subraya las diferentes partes del ser humano como cuerpo y alma, o como cuerpo, alma y espíritu.<sup>2</sup> La comprensión griega gira alrededor de la idea de un alma inmortal, idea que Platón popularizó. Se decía que la meta del alma era liberarse del cuerpo, opinión que Pablo consideraba antinatu-

ral (2 Corintios 5.1-4). El teólogo G.C. Berkouwer resume de la siguiente manera la opinión griega sobre el ser humano:

Por una parte se consideraba inmaterial al alma, y por la otra adaptada al cuerpo. Se le consideraba inmortal a medida que esta se apropie del *nous* [mente] o *pneuma* [espíritu], pero carnal y mortal a medida que se relacione con el cuerpo.<sup>3</sup>

Atanasio y Agustín en la Iglesia primitiva, y después Lutero y Calvino durante la Reforma, afirmaron nuestra humanidad como una unidad integrada con aspectos diferentes y sostuvieron que el individuo total efectúa cada uno de nuestros actos. Nuestras almas no pecan solas: pecan hombres y mujeres. Nuestros cuerpos no mueren solos: mueren hombres y mujeres. Nuestros espíritus no reciben redención solos: se redimen hombres y mujeres.

Aunque es cierto que el alma y el cuerpo se separan con la muerte, la resurrección de Cristo nos asegura que algún día nuestra salvación será completa al unir el alma y el cuerpo en la redención de nuestra humanidad.

## CONSECUENCIAS DEL MINISTERIO DE SANIDAD

De acuerdo con esta comprensión de nuestra humanidad se deduce que la enfermedad puede atacar varios puntos en nuestra vida con repercusiones que afectan a todo el individuo. La sanidad llega en las siguientes esferas correspondientes:

1. *Sanidad del espíritu.* Se refiere a la sanidad de la enfermedad espiritual ocasionada por el pecado.
2. *Sanidad de los efectos de heridas pasadas.* Frecuentemente esta se refiere a la «sanidad interior», que la mayoría de los escritores explican como la sanidad de recuerdos dolorosos y emociones afectadas. Por supuesto que los recuerdos en sí no se curan; sanan las personas y se liberan de los efectos de recuerdos nocivos y de la esclavitud de sus emociones: consecuencias como culpa, ver-

güenza y depresión. La sanidad interior es la aplicación de la gracia y el perdón de Dios en aquellos aspectos de nuestra vida interior que nos impiden gozar de vida abundante. Al quitar estos obstáculos, las personas se liberan y viven enteramente para Dios.

3. *Sanidad de enfermedades demoniacas y mentales.* En la cultura occidental la posesión demoniaca (la influencia de actividad demoniaca en la vida de una persona) a menudo se diagnostica incorrectamente como enfermedad mental (en las culturas orientales el caso tiende a ser lo contrario): Se cree que *todos* los trastornos psicológicos son el resultado de espíritus. Tanto la influencia externa de espíritus malvados como la alteración de emociones internas pueden causar enfermedad y ambas necesitan sanidad.
4. *Sanidad del cuerpo.* Esta incluye la curación de enfermedades en las cuales los tejidos del cuerpo se han dañado (por ejemplo, mediante accidentes o infecciones). También incluye la sanidad de trastornos en que las estructuras que parecen estar bien presentan malfuncionamiento (tales como un colon irritado o un dolor de cabeza por contracción muscular).
5. *Sanidad de los moribundos y de los muertos.* Esto implica tanto consolar y fortalecer a los que están en agonía, como rara vez resucitar a los muertos.

Los próximos capítulos explican detalladamente cada una de estas sanidades. La enfermedad puede golpear cualquier parte de nuestro ser y sus consecuencias se filtran en otros aspectos de nuestra vida. Por ejemplo, los que sufren trastornos psicológicos severos pueden presentar problemas físicos relacionados como úlceras y presión alta. En muchos casos los médicos no pueden asegurar la verdadera causa del mal. Es decir, ¿ocasiona la enfermedad mental problemas físicos o viceversa? De acuerdo con la sanidad divina, esto quiere decir que no podemos afectar una parte del individuo sin afectar a la persona en su totalidad.<sup>4</sup>

## UNA CONCLUSIÓN SORPRENDENTE

Jesús utilizó la cura de la enfermedad para ilustrar en el plano físico lo que quiere hacer por nosotros en lo espiritual. En Juan 9, cuando sanó a un ciego de nacimiento, Jesús dijo a sus discípulos que el hombre había nacido ciego «para que las obras de Dios se manifiesten en él» mediante la sanidad (v. 3). Las «obras de Dios» constituía la sanidad física que autenticó la actividad mesiánica de Cristo y que confundió a los fariseos. Los discípulos habían preguntado si la razón de la ceguera se debía al pecado de este hombre o al pecado de sus padres; la suposición de ellos sobre una línea indisoluble entre pecado y enfermedad era la misma de los maestros de la Ley en Marcos 2. De acuerdo con el pensamiento de Jesús, la realidad espiritual que la sanidad perseguía, el perdón de pecados y la revelación progresiva de la actividad mesiánica de Cristo, eran más importantes que el milagro físico en sí.

Luego en Juan 9 Jesús hace entender su propósito cuando se le acercaron fariseos incrédulos afirmando que «no procede de Dios porque no guarda el día de reposo» (v. 16). Después que el ciego que fue curado les manifestó que Él, Jesús, era el Hijo de Dios (v. 35, afirmando así que era el Mesías): «Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, y los que ven, sean cegados». Al comentar este versículo, Leon Morris escribe:

Su venida representa un juicio, ya que los hombres se dividen según la manera en que reaccionan ante su venida (véase Juan 3.18; 8.15). En este pasaje la idea se desarrolla en términos de visión y ceguera. El resultado de la venida de Cristo es que los ciegos ven. Esto tiene una importancia obvia en los acontecimientos de este capítulo, y tiene que comprenderse a fin de abarcar tanto la recuperación de la vista espiritual como física.<sup>5</sup>

Jesús continuó diciendo a los fariseos: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece» (v. 41). La consecuencia de las palabras de Cristo, sin duda una sorpresa para los fariseos que probablemente no esperaban que dijera que ellos eran ciegos, es que

quienes tienen conocimiento espiritual (los que pueden «ver») no creen en Él y nunca podrán recibir sanidad espiritual. Leon Morris comenta adicionalmente sobre este pasaje:

Su significado es que tienen suficiente conocimiento espiritual como para ser responsables. Si hubieran actuado en su mejor conocimiento habrían dado la bienvenida al Hijo de Dios. Pero no lo hicieron. Creían tener visión, pero actuaron como ciegos. Por lo tanto, no se ha quitado su pecado y permanece en ellos.<sup>6</sup>

Los fariseos conocían el sistema de sacrificio (un conjunto de prácticas en las que había ofrendas inmoladas, ofrendas de granos, de paz, de pecados, de culpas; véase Levítico 1.7) y de consiguiente perdón; sin embargo, fallaron en ver a Cristo como el cumplimiento de ese sistema.

Muchos creen que la causa de la «sanidad divina» a los problemas físicos es un acto psicológico, no espiritual. Existen algunos fundamentos para pensar así. Investigaciones médicas recientes, en especial dentro del sistema de inmunidad del cáncer, señalan que «las enfermedades sicosomáticas son reales, no engañosas».<sup>7</sup> Creo que la influencia sicosomática puede tener algunos efectos en la sanidad de las personas. Pero acreditar el «poder de sugestión» psicológico, como fuente primordial o exclusiva de la sanidad mediante la oración, exagera el caso y no se puede probar científicamente.<sup>8</sup> En realidad, la sanidad de la enfermedad mental es en la mayoría de los casos más difícil, y probablemente más compleja que la sanidad de la enfermedad física. Entre todas las especialidades médicas, la psiquiatría y la psicología tienen un índice de éxito que dista mucho del que les gustaría tener.

Esto lleva a una sorprendente conclusión: los problemas físicos son las enfermedades menos complejas por las cuales orar. Lo que complica la enfermedad física se asocia con problemas espirituales, psicológicos y demoníacos. Por ejemplo, Mercedes («Meche») Herrera, miembro de la Comunidad Ágape en Costa Rica, escribe que la clave para su sanidad física fue la sanidad interior:

Todo empezó cuando en un retiro espiritual para nuestra comunidad escuché el testimonio de Lynn Marshall, una hermana que venía de Ann Arbor (Michigan), acerca de cómo el Señor la había sanado de escoliosis. Yo sufría demasiado con este problema de la espalda, pero había aceptado que era algo con lo que tenía que vivir. No obstante, la vivencia de Lynn me hizo pensar que tal vez el Señor quería hacer algo por mí.

Lo que más me preocupaba era que me sentía indigna. Quería con toda mi alma ver la acción del Señor en mi vida, pero no podía dejar de pensar que eso era solo para los demás. Esos pensamientos fluían a mi mente durante una de las sesiones de oración de fin de semana, en que había una palabra de conocimiento relacionada con problemas de la columna vertebral. Con una mezcla de angustia y esperanza, pasé adelante, solo porque me animaron otras hermanas del grupo musical. Estaba terriblemente temerosa de la depresión que me vendría si no sanaba.

Tres hermanas, incluso Lynn, comenzaron a orar por mí y al principio parecía que mis temores se iban a cumplir. Pero en el momento en que mi frustración casi había vencido, el Señor trajo a mi mente algunos recuerdos que no esperaba. Rompí en llanto y lloré hasta que no tuve más lágrimas. A través de esto fui tan llena del Espíritu y de una gran paz que sencillamente abrí el corazón al Señor y a su poder sanador. Eso ocurrió cuando Lynn impuso sus manos en mi espalda. En ese momento tuve una visión en la que veía mi columna enderezándose y tomando su forma original. ¡Entonces escuché a las hermanas gritar de júbilo cuando la visión se llevó a cabo delante de sus ojos!

Ahora tengo tres centímetros más que antes y tomo mi sanidad física como una señal de la aun más grande sanidad interior que experimenté durante ese par de horas en que el Señor vino a mí y me abrazó con firmeza. ¡Con este recuerdo permanente como prueba, no puedo olvidar cuánto me ama!<sup>9</sup>

Observe que para Mercedes Herrera la «más grande» sanidad fue su sanidad interna, la derrota de un sentimiento de indignidad personal y del rechazo que prácticamente la hacían inclinarse.

## EL AMOR DE DIOS

Los practicantes de la medicina moderna tienden a tratar la enfermedad física y mental solo en el plano material, desconociendo las complejas dimensiones psicológicas y espirituales de la asistencia médica. Un médico cristiano admitió: «A las personas les ofende el hecho de ser tratadas como si fueran un amplio conglomerado de sistemas orgánicos en vez de personas totales».<sup>10</sup>

Existen al menos dos actitudes extremas hacia la medicina moderna que los cristianos deben evitar. La primera es practicar solo sanidad por oración, rechazando cualquier ayuda de la medicina moderna. En muchos casos esto significa saltarse importante sanidad que se puede brindar mediante modernos tratamientos médicos. Por ejemplo, muchas clases de enfermedad mental se pueden controlar mediante la farmacoterapia.

El segundo extremo que debe evitarse es limitar la manera en que Dios sana usando solamente la medicina moderna. Como nuestra naturaleza es tal que un aspecto puede afectar el otro, y como la medicina moderna no trata algunos aspectos en que puede estar la causa de un problema, todo el tratamiento pudiera ser ineficaz. Por ejemplo, con frecuencia sucede que al orar por personas que tienen una enfermedad física descubro que tienen además graves pecados en su vida. Después que confiesan y se arrepienten de sus pecados, la condición física desaparece. Opino que a menudo la enfermedad física es causada por influencias espirituales, emocionales o hasta demoniacas.

Este entendimiento integral de la naturaleza humana tiene otra repercusión: *A medida que oramos por la sanidad de la afección de una persona debiéramos orar también por la persona.* Jesús siempre fue amable y considerado cuando oró por los enfermos, mostrando amor y afecto por la persona. Nunca regañó a nadie por su mal. Cuando la oración por sanidad divina se lubrica con amor, la compasión de Dios controla la forma en que oramos. La gracia y compasión de Dios se da a la persona para curar ciertas afecciones, pero el enfoque está

en la persona como un todo. Esto significa que la misericordia de Dios se debe comunicar siempre con amor, dulzura, cordialidad y compasión; debemos hacer por otros lo que esperaríamos que hicieran por nosotros.

## LA SANIDAD DEL ESPÍRITU

La sanidad de nuestro espíritu, en que nuestra relación con Dios se renueva y restaura, es el aspecto más fundamental de la sanidad. La sanidad de nuestro espíritu es sin duda el elemento de unión alrededor del cual giran todas los demás aspectos de sanidad.

El espíritu humano es la capacidad de nuestro ser interno de relacionarse con Dios y con el mundo espiritual. En Génesis 2.7 se nos dice que Dios primero formó al hombre del polvo de la tierra y luego «sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente». Este «aliento de vida» es lo que nos separa del resto de la creación como portadores de la imagen de Dios (Génesis 1.27; Salmo 8.5-8). David C. Needham señala:

Con seguridad es cierto que la intención original y final de Dios para el hombre es que existiera fisiológicamente. Nuestros cuerpos, tanto los presentes no redimidos como los futuros glorificados, no fueron diseñados como pecaminosos en esencia o sin importancia alguna. Pero de cuando en cuando Dios usa los dolores para recordarnos que somos esencialmente seres espirituales.<sup>11</sup>

Pablo dijo a los cristianos en Corinto: «Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios» (2 Corintios 7.1; véase también 1 Tesalonicenses 5.23). El escritor de Hebreos declaró que la palabra de Dios «penetra hasta partir el alma y el espíritu» (Hebreos 4.12); es decir, penetra y trata de descubrir nuestro más íntimo ser interior. En los dos pasajes los autores están interesados en la salud y la pureza de la vida de las personas, incluso de su espíritu.

El origen de nuestra enfermedad de espíritu se remonta a la conocida historia en Génesis 3.1-24, del huerto del Edén, en que Adán y Eva fueron tentados por la serpiente. El episodio empezó con los espiritualmente sanos Adán y Eva correteando por el huerto, disfrutando de una franca relación tanto con Dios como entre ellos mismos. Entonces Satanás apareció en forma de serpiente, tentando a la mujer al pecado de comer la fruta del árbol del conocimiento del bien y del mal; acto este que Dios claramente había prohibido al hombre y la mujer. Eva desobedeció al igual que más tarde lo hizo Adán, y el pecado entró en la especie humana. Los resultados fueron catastróficos:

En primer lugar, «fueron abiertos los ojos de ambos, y supieron que estaban desnudos» (v. 7). El pecado despertó la vergüenza en ellos, y la respuesta correspondiente a la vergüenza fue tratar de cubrirse: «Entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales». Más tarde Adán intentó echar la responsabilidad de su pecado sobre Eva (v. 12), una indicación más del distanciamiento de ambos. Con el tiempo el Señor «hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió» (v. 21), posiblemente una temprana indicación de la provisión de Dios para cubrir la vergüenza de nuestro pecado mediante el derramamiento de sangre (en este caso la sangre de los animales de los cuales hizo las túnicas). Por lo tanto, el pecado ocasionó trastornos sociales y de relación.

En segundo lugar, «el hombre y la mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto» (v. 8). En otras palabras, el pecado de Adán y Eva creó sentimientos de culpa, los que motivaron a que ellos se escondieran de la presencia de Dios. Después el Señor los desterró del huerto del Edén (vv. 23-24). Por lo tanto, el pecado provocó trastornos espirituales: la interrupción de la relación con Dios. Murieron espiritualmente cuando pecaron.

Dios les había dicho que si comían del árbol prohibido seguramente morirían. Aunque no murieron en lo físico, en ese momento murieron en el espíritu. Con esto no quiero decir que hubieran perdido toda capacidad de relacionarse con

Dios o con otros seres espirituales. Quiero decir que se alteró y aisló su capacidad para conocer total y libremente a Dios. Como Él es santo y sin pecado, ya no podía tener un libre compañerismo con ellos.

Sin embargo, la naturaleza de su muerte espiritual fue más profunda que el aislamiento de Dios hacia ellos. Su humanidad, su corazón, el núcleo de su ser cambió por el pecado. Fueron incapaces tanto de desear totalmente una relación voluntaria y franca con Dios como de conocer con libertad a Dios.

En tercer lugar, cuando el Señor los encontró, el hombre dijo: «Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí» (v. 10). El pecado produce miedo; emocionalmente Adán ya no fue capaz de llevar una relación franca y voluntaria con Dios.

En cuarto lugar, su pecado trajo la frustración del trabajo físico y duro (la tierra trabajó contra ellos en vez de trabajar para ellos), y la muerte llegó a la especie humana. Nos volvimos mortales. El Señor dijo a la mujer: «Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos» (v. 16). A Adán le dijo: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás» (v. 19).

Las repercusiones de la enfermedad en el espíritu de Adán y Eva fueron en realidad enormes. Los aspectos sociales, psicológicos, emocionales, ambientales y espirituales se orillaron. El género humano nunca más volvió a ser el mismo. En su libro *The Cross* [La cruz], Martyn Lloyd-Jones resume cómo nos afectó la enfermedad espiritual:

Todos los variados y complejos problemas del género humano moderno, de la misma manera que siempre han sido a través de los siglos, emanan solo de un aspecto: que el hombre tiene una indebida relación con Dios. Está separado de Dios. Hay un estado de guerra entre el hombre y Dios. Esta es la causa de todos nuestros problemas. El desorden vino al mundo como resultado directo e inmediato de la rebelión del hombre contra Dios, y ha continuado desde entonces.<sup>12</sup>

## EL NUEVO TESTAMENTO

El Nuevo Testamento tiene también muchos ejemplos de la relación entre la enfermedad espiritual y otras clases de problemas. Marcos 2.1-12 describe cómo Jesús sanó a un parálítico. Sus amigos lo llevaron a una reunión repleta de gente (lo tuvieron que bajar por una abertura en el techo). Jesús, reconociendo la fe de los amigos, dijo al parálítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (v. 5).

Habían allí en ese momento algunos escribas que pensaban: «¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?» (v. 7). Jesús dijo: «¿Por qué caviláis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir al parálítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda?» (vv. 8-9). Luego, exactamente como lo había hecho con los pecados del parálítico, Jesús declaró la sanidad de su cuerpo: «A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a casa» (v. 11). El hecho de que Jesús perdonara primero los pecados del hombre indica que Él entendía la enfermedad espiritual, causada por el pecado, como el asunto principal en la vida del parálítico y que su afección de parálisis estaba directamente relacionada con ella.

Juan 5.1-15 describe uno de los más grandes milagros de Jesús: la sanidad en el estanque de Betesda de un hombre que estaba parálítico desde hacía treinta y ocho años. Era un hombre amargado y solitario que parecía enojado con la vida y las personas, y que estaba sin esperanza (v. 7). Como muchos que sufren de enfermedades crónicas, él estaba lleno de incredulidad, exacerbado por años de fallidos intentos de sanar («llevaba ya mucho tiempo así» [v. 6]).

Jesús preguntó al hombre si quería estar bien, es decir, que si quería alejarse de su amargura y enojo así como también sanar de su problema físico. El parálítico contestó tratando de justificar la vergüenza por su incredulidad: «No tengo quién me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo» (v. 7). Es decir, él pensó que Dios no lo podía curar debido a las faltas de otros en ayudarlo. Este hombre ilustra nuestro problema: que nues-

tra fe y esperanzas son limitadas. Juan Calvino escribe al comentar esta respuesta: «El hombre enfermo hace lo que casi todos hacemos. Limita la ayuda de Dios a sus propias ideas y no se atreve a prometerse más de lo que concibe en su mente».<sup>13</sup>

Cristo respondió a la letanía de autocompasión e incredulidad del parálítico sanándolo. Es muy importante lo que dijo Jesús cuando lo curó. Primero le ordenó: «Levántate» (v. 8). Mediante esa firme orden los pensamientos del parálítico se libraron de otros fracasos en ser responsable de su propia vida. Entonces Jesús le dijo: «Toma tu lecho, y anda» (v. 8). Este fue un llamado a la obediencia y la fe, obediencia a las palabras de Jesús y fe en su poder. Al ordenar de esta manera al parálítico, Jesús le pedía que creyera que Dios aún podía sanar. El hombre sanó cuando actuó de acuerdo con las palabras de Cristo.

Lo que a menudo se pasa por alto en esta historia es cómo Jesús más tarde encontró al hombre en el templo y le dijo: «Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor» (v. 14). Aparentemente Jesús sabía en este caso que la raíz del problema del hombre era la enfermedad espiritual causada por el pecado. La gracia sanadora de Dios se le dio abundantemente, pero el hombre aún tenía que creer y volverse del pecado que lo había tenido cautivo por treinta y ocho años.

Hace cerca de cinco años una mujer cercana a los cincuenta me pidió que orara por su sanidad. Sufría de artritis y trastornos crónicos del estómago. Cuando comencé a orar por ella recibí la visión de que estaba amargada. Así que le pregunté si sentía hostilidad, enojo o resentimiento hacia alguien; me sentí guiado a preguntarle específicamente si esos sentimientos eran hacia su hermana.

No contestó a medida que se ponía tensa:

—No he visto a mi hermana en dieciséis años.

—¿Estás segura? —le pregunté luego.

Entonces me contó cómo años antes su hermana se casó con un hombre al que ella amaba y que después se divorció de él.

—No puedo perdonar a mi hermana por eso —admitió.

—Si no la perdonas —le dije,— tus «huesos se consumirán» exactamente como David se dolió por lo que hizo cuando mantuvo en silencio su adulterio con Betsabé.

—¿Qué debo hacer? —transigió al escuchar mis palabras.

Le dije que escribiera una carta a su hermana perdonándola y pidiéndole que restauraran su relación. Escribió inmediatamente la carta, pero no la franqueó en varias semanas. Durante este tiempo su enfermedad se agudizó a tal punto que creía morir. Entonces recordó la carta. De alguna manera sacó fuerzas para conducir hasta la oficina de correos y franquearla. En el mismo instante en que depositaba la carta en el buzón experimentó alivio, y cuando llegó a su casa estaba completamente sana.

## NUEVOS HOMBRES Y MUJERES

Lo que vimos en Adán y Eva y en las ilustraciones del Nuevo Testamento es que la enfermedad espiritual tiene otras repercusiones para nuestra vida: altera nuestras emociones, nuestras relaciones y hasta nuestros cuerpos físicos. Veamos ahora la obra principal que Dios realiza para restaurar nuestra vida espiritual.

Nuestra salvación se inició en un acontecimiento único en que nacimos de nuevo (nos regeneramos) al alejarnos de nuestros pecados y enrumbarnos hacia Cristo. Este suceso de «nacer de nuevo» produce muchos cambios en nuestra vida y es la base para nuestra sanidad espiritual. La descripción más clara de estos cambios se encuentra en los primeros ocho capítulos de Romanos. Pablo enseña en los primeros cuatro que somos justificados mediante la fe en Cristo (es decir, que nuestros pecados son perdonados y el Padre nos declara justos): «La justicia de Dios [viene] por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (3.22-24).

«La justificación por fe», como llaman los teólogos a esta verdad cardinal de la vida cristiana, tiene dos partes. En primer lugar, Dios *perdona* los pecados que hemos cometido, por lo que ya no tenemos que vivir vinculados a la culpa y al miedo; segundo, Dios *nos declara justos* con la misma justicia de su propio Hijo.

La cualidad admirable acerca de nuestra justificación es que es *gratuita*: «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5.8). Esto es difícil de aceptar para muchos porque hay algo en nosotros que desea ganar la vida eterna; queremos hacerlo a nuestra manera y con nuestras propias fuerzas. Sin embargo, los dones de gracia y misericordia de Dios no se pueden ganar, solo se pueden recibir.

Dios nos perdona en Cristo y nos declara justos. Nos adopta como sus hijos e hijas. Nos cambia hacia su semejanza.

Tan completa es nuestra muerte en Cristo que ahora somos nuevas criaturas: «Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado» (Romanos 6.6-7). Esto es lo que significa «nacer de nuevo» (que los teólogos denominan regeneración): tenemos nuevas naturalezas y nuevos corazones que ahora quieren obedecer a Dios.<sup>14</sup>

Pablo escribió en 2 Corintios 5.17: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas». *La clave de nuestra sanidad espiritual, y punto único que debemos entender y experimentar para que tenga sentido lo que escribo en el resto de este libro, es llegar a ser nuevas criaturas en Cristo y llevar nuestra vida como personas completamente perdonadas y reconstruidas.* Respecto a nuestra «sanidad inicial del espíritu», se parece más a una operación de trasplante de corazón, ya que Dios no añade vida nueva a un corazón viejo sino que crea uno nuevo en nosotros con nuevos deseos y capacidades para conocerlo a Él (Salmo 51.10). Este es el cumplimiento de la promesa de Dios que encontramos en

Jeremías 31.33: «Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón».

Pablo hace el mismo señalamiento en Efesios 1.4-6, donde escribe: «En amor habiéndonos [el Padre] predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado».

Bajo las leyes romanas un hijo adoptado era reconocido de la misma manera que un hijo natural. Es más, en el momento de la adopción todos los archivos de la vida anterior del adoptado eran destruidos, indicando que él era una nueva persona y que tenía todos los privilegios de un hijo natural, entre ellos los derechos de herencia. Eso se parece a ser cristiano: ya no estamos atados a nuestra vieja herencia de pecado y deseos pecaminosos; somos nuevas criaturas (véanse también Colosenses 3.1-11; 1 Juan 3.6-7).

Acostumbraba decir a las personas que «soy un pecador salvado por gracia». Mas ya no lo digo más. En realidad, una vez fui un pecador que se arrepintió y creyó, y como resultado fui salvado por gracia. Pero ahora soy un hijo de Dios, sanado de mi enfermedad espiritual; y liberado del pecado, vine a ser siervo de la justicia (Romanos 6.18). Es decir, mi identidad fundamental es que soy un hijo de Dios, una nueva creación.

David C. Needham comenta sobre esta nueva identidad en su libro *Birthright* [La primogenitura]:

En contra de la enseñanza popular, la regeneración (nacer de nuevo) es más que haberse despojado de algo (perdón de los pecados) o que algo se haya añadido a ti (una nueva naturaleza con la asistencia del Espíritu Santo); es convertirse en alguien que nunca has sido antes. Esta nueva identidad no está en el nivel carnal sino en el espiritual, en el más profundo yo. Este milagro es más que un acto «judicial» de Dios. Es un acto tan real que es correcto decir que la naturaleza esencial de un cristiano es recta en vez de pecaminosa. Todas las demás identidades menores que cada uno de nosotros pueda tener se podrían entender y apreciar solo por la aceptación y respuesta a este hecho.<sup>15</sup>

## ¿Y QUÉ DEL PECADO?

Decir que somos nuevas criaturas y que nuestra vieja naturaleza está muerta no es lo mismo que decir que los cristianos ya no luchan con el pecado. «Si decidimos que no tenemos pecado», dice 1 Juan 1.8, «nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros». Juan estaba señalando que en esta época continuaríamos luchando con el pecado. Pero él también enseña que podemos llevar vidas rectas: «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios» (1 Juan 3.9).

Muchos cristianos se deprimen al leer este pasaje. «No puedo vencer al pecado», piensan. «Mi vieja naturaleza todavía es demasiado fuerte». ¿Mas cómo puede algo que ya murió tener un asidero en nosotros?

Continuamos luchando, pero ya no hay «dos hombres» (una buena persona y una mala). Soy una nueva criatura en Cristo; solo existe un yo.

En realidad, muchos cristianos sí continúan pecando y sufren las consecuencias de la enfermedad de su espíritu al entregarse al pecado que aún mora en sus cuerpos (Romanos 6.12). Se entregan al pecado porque no entienden y creen que son nuevas criaturas en Cristo: perdonadas, renovadas y con poder de justicia por el Espíritu Santo (Romanos 8.9-12). Por lo tanto, los efectos de la enfermedad del espíritu quizá tienen asidero una y otra vez por pecados intencionados y no confesados, por vinculación con ciertos pecados y por el rechazo de su relación con Dios y su pueblo. El impacto de su pecado puede causar gran daño a su salud psicológica y física.

Si el antiguo yo muere, ¿cómo hace el pecado para vivir todavía en nuestros cuerpos? Nuestra carne, en la que mora el pecado, tiene aún que ser redimida. El problema es que nuestra nueva naturaleza convertida está atada a un cuerpo de carne. La carne es el «principio del pecado» obrando en nosotros y con el que ya no nos identificamos como hombres y mujeres redimidos. Este «principio de pecado» trata de afectar nuestro ser total y se debe vencer progresivamente.

Por tanto, hay una lucha para integrar nuestra nueva personalidad con esta realidad.

Sin pretender minimizar el grado de lucha moral que experimentan los cristianos, podemos y debemos esperar que el Espíritu Santo haga un cambio en nosotros hasta el punto que la lucha aminore. El cambio es en lo que queremos: rectitud; y en lo que hacemos: obedecer a Dios. Por lo tanto, no es que la vida del cristiano se haga más fácil sino que se vuelve más fácil vivir en rectitud.

Estoy convencido de que la razón más común para caer en pecado es que las personas no entienden su verdadera identidad y propósito como cristianos. Se pueden tomar acciones por las cuales sanar los efectos de la enfermedad del espíritu. El siguiente es un sencillo acto de fe de cinco pasos:

1. *Enfrentar el pecado.* La mayoría de las personas conocen sus pecados. Cuando están de acuerdo con Dios (que en Él está la verdad y que estamos equivocados) permiten el acceso sanador de Dios en su espíritu, su mente y su cuerpo.
2. *Confesar el pecado.* La confesión va un paso más adelante en el reconocimiento de que tenemos pecado; es la buena disposición, mediante la oración, de admitir nuestros pecados a Dios y de pedir su perdón.
3. *Realizar acciones adecuadas de arrepentimiento.* Muchos pecados requieren arrepentimiento ante otros a quienes hemos dañado (por ejemplo, miembros de la familia o de la iglesia), restitución (como cuando hemos robado algo) o un cambio en el estilo de vida (por ejemplo, de una relación inmoral).
4. *Recibir el perdón de Dios.* Hay muchos que reconocen ante Dios su pecado, lo confiesan y hasta cometen actos apropiados de arrepentimiento. Sin embargo, no reciben completa sanidad porque no creen que Dios los ha perdonado. Recibir perdón requiere humillación y reconocimiento de que no podemos hacer nada para ganar la gracia de Dios. Todo lo que podemos hacer es creer,

y para hacerlo debemos reconocer nuestra total dependencia de Él.

5. *Perdonar a otros así como Dios perdona.* Jesús dijo: «Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mateo 6.14-15). La gracia de Dios tiene la maravillosa característica de ser inagotable; es más, cuanto más la damos, tanto más se multiplica en nosotros. Cuando nos negamos a dar lo que Dios nos ha dado gratuitamente (al mantener los pecados de las personas en su contra), la gracia de Dios se seca y desarrollamos enfermedad del espíritu. Nuestro incumplimiento en perdonar es malo para nosotros.

Quizás usted esté sufriendo de enfermedad del espíritu mientras lee estas páginas. Si es así, los cinco pasos que acabo de describir son para usted. La sanidad vendrá a medida que los dé y su relación con Dios se restaurará (o se establecerá), y se verán sus efectos en cada parte de su vida.

## 5. Cómo superar los efectos de las heridas del pasado

En septiembre de 1984 la Comunidad Cristiana Vineyard de Anaheim se desprendió de más de seiscientas personas para establecer una Comunidad Vineyard en la vecina Yorba Linda. En ese tiempo cuatro mil personas asistían a Vineyard Anaheim, así que cedimos cerca de quince por ciento de nuestra iglesia. Pero calcular el número de personas que salió revela solo parte de la pérdida para Vineyard Anaheim y quienes permanecemos.

Mi concuñado Bob Fulton, uno de los pastores originales de Vineyard Anaheim, fue nombrado pastor principal del nuevo grupo. Él y su esposa Penny (hermana de mi esposa) habían supervisado el desarrollo de nuestro sistema de grupos pequeños (casi todos los que asisten a nuestra iglesia pertenecen también a grupos de entre quince y cuarenta personas que se reúnen semanalmente). Además, muchos de los seiscientos que fueron a Yorba Linda eran nuestros más recientes convertidos y amigos íntimos. En ellos se incluían muchos de los líderes clave de la iglesia. Las cargas de dar cuidado pastoral aumentaron hasta sustituir a esos cristianos maduros y capacitados. Había que formar nuevas relaciones, reclutar líderes jóvenes, adiestrar y utilizar; se nos avecinaba mucho trabajo.

Aunque eso significaba nuevas oportunidades y más trabajo en Vineyard Anaheim, Carol estuvo de acuerdo con mucho entusiasmo en el inicio de la nueva iglesia en Yorba Linda. Ella sabía que la nueva iglesia era una manera en que Dios extendería su evangelio en el condado Orange. Sin embargo, Carol no contaba con las heridas personales que resultarían de perder el compañerismo dominical con sus dos

hermanas de sangre y casi todos sus viejos amigos. Poco después que empezara la nueva iglesia ella luchaba subconscientemente con sentimientos de abandono y pérdida.

«Era incapaz de articular de manera racional lo que sucedía en mi interior», dice ahora Carol. «Si me hubieras preguntado en ese tiempo cómo me sentía, te habría dicho: “¡Perfectamente! Nunca había estado mejor”. Pero en el corazón, en mi más profundo interior estaba dolida. Empecé también a buscar excusas para no ver a mis hermanas y amigos durante la semana».

En el verano y en el otoño de 1985 los sentimientos de dolor y abandono de Carol empeoraron. Entonces un domingo de octubre ella hizo un descubrimiento alarmante. «Había tenido una semana ajetreada y estaba desanimada física y espiritualmente, cuando descubrí en el seno un quiste del tamaño de un limón. Al principio no sabía qué hacer. ¿Y si era maligno? ¿Qué pasaría si me tuvieran que operar?»

Esa noche oré sin resultados por la sanidad física de Carol. El lunes por la mañana reservó para el martes una cita con su médico. «Esa noche oré, preguntando a Dios su voluntad para mí en todo esto», dice Carol. «Mientras lo hacía, Él me mostraba que el quiste en el seno estaba relacionado en proporción directa con mis sentimientos de soledad y abandono. Hasta ese momento no me había percatado de lo profundamente dolida que me encontraba. En mi infancia había desarrollado un miedo a ser abandonada, y había permitido que ese temor controlara mis sentimientos hacia la pérdida del vínculo regular con mis hermanas y amigos».

Carol se me acercó y me dijo que sospechaba que había una relación entre sus heridas del pasado y sus comunes actitudes pecaminosas con el quiste. No entendíamos la conexión entre las dos, pero aceptamos la revelación divina de que estaban relacionadas. Así que oramos juntos y ella se arrepintió sinceramente de su amargura. Luego desde su corazón bendijo a sus hermanas y amigos y el trabajo de la nueva iglesia. «El resultado fue como un enorme peso del que se aliviaba mi alma», dice ella. «Dios me volvió a asegurar que nunca me

dejaría y desde entonces he tenido más confianza en mis relaciones».

Oré de nuevo por la sanidad en el quiste de su seno. Cuando le pedí al Espíritu Santo que descendiera sobre Carol, sentí una oleada de poder que iba desde mis manos hasta ella. «Sentí el poder de Dios sobre mí» declara Carol. «Sentí que el quiste se calentaba y adormecía, entonces empezó inmediatamente a contraerse. Para el martes en la mañana se había encogido hasta el tamaño de una uva, por lo que cancelé la cita con el médico. El martes en la noche Blaine y Becky Cook vinieron a casa y oraron por mí, y el miércoles el quiste había desaparecido».

La sanidad de Carol fue más allá de la desaparición del quiste: las relaciones con la familia y amigos se renovaron. Hoy día disfruta amplia y libremente del compañerismo con ellos.

## SANIDAD INTERIOR

Por años un temor irracional de que Dios y sus amigos la abandonaran acechaba bajo la superficie de la personalidad firme y dotada de Carol. La aparente pérdida de la familia y amigos por mudarse a otra iglesia fue hecha a la medida para sacar a relucir ansiedades y afectar su conducta. Cuando ese temor se desbocó la condujo a la soledad, depresión, eludir a los amigos y a la falta de confianza en Dios. El síntoma final fue el quiste en su seno.

Cuando ella se enfocó en la promesa de Dios de que nunca la dejaría, y cuando se arrepintió de sus actitudes pecaminosas y acciones contra sus hermanas y amigos, recibió el perdón de Cristo y sanó del daño psicológico y emocional que se había enraizado en las experiencias de su niñez. Ya no se vio más como una víctima de heridas del pasado; su importancia se desvaneció a medida que empezó a ver la experiencia pasada desde la perspectiva de Dios.

Una consecuencia de su sanidad fueron las relaciones renovadas. El relacionarse bien con los demás de una manera

franca, voluntaria, cariñosa y confiada reforzó la sanidad que recibió cuando se arrepintió y creyó en la verdad de Dios. Ahora los amigos de Carol le dicen que ni ellos ni Dios la abandonarán jamás.

Las heridas emocionales y psicológicas sobreviven en forma de malos recuerdos (pensamientos de experiencias dolorosas del pasado) y de barreras para el crecimiento personal. Pueden incluso llevarnos a varias formas de pecado, problemas emocionales y enfermedades físicas.

Las heridas emocionales y psicológicas, incluyendo malos recuerdos, son causadas tanto por nuestro pecado como por sentirnos ofendidos. La sanidad de estas heridas del pasado restablece el fuero interno (oculto e invisible) de hombres y mujeres, a diferencia de la sanidad puramente física, visible o externa. De allí que la sanidad de heridas del pasado sea llamada comúnmente «sanidad interior».<sup>1</sup>

Según David Seamands, sanidad interior es «ministrar y orar por emociones dañadas y recuerdos insanos».<sup>2</sup> Michael Scanlan escribe:

La sanidad interior es la sanidad del hombre interior. Por hombre interior queremos decir aspectos intelectuales, volitivos y afectivos denominados comúnmente como mente, voluntad y corazón, pero incluyendo otros aspectos relacionadas con las emociones, la síquis, el alma y el espíritu. La sanidad interior es diferente de la sanidad exterior llamada comúnmente sanidad física.<sup>3</sup>

Dennis Bennett lo dice de manera más concisa: «La sanidad interior es sencillamente la cooperación con el Señor para permitirle que cure y extraiga de nuestra naturaleza psicológica lo que impide fluir al Espíritu Santo».<sup>4</sup>

Yo defino la sanidad interior como *un proceso en el cual el Espíritu Santo trae perdón de los pecados y renovación emocional a las personas que sufren daños en la mente, voluntad y emociones*. Es una manera de llevar el poder del evangelio a un aspecto específico de necesidad.

## HERIDAS INTERNAS

Casi todas las experiencias hirientes y dañinas que llevan a la necesidad de sanidad interior caen dentro de una de tres categorías. La primera es el daño que se produce como resultado de haber nacido en un mundo de pecado. Estas experiencias no son el resultado de las acciones de otras personas realizadas a propósito contra nosotros. Incluyen varias experiencias que no las decidimos y que están fuera de nuestro dominio; tres ejemplos serían las enfermedades hereditarias, los accidentes y la pobreza. Estas experiencias que no controlamos contribuyen a lo que la psicóloga Karen Horney denomina ansiedades elementales, sentimiento de soledad e impotencia en un mundo hostil.<sup>5</sup>

La segunda categoría son las heridas que otros nos infligen. Los padres y miembros de la familia, los amigos, los conocidos y hasta los extraños pueden haber pecado en contra de nosotros, con o sin intención. Entran en esta categoría los hijos de padres alcohólicos o los hijos de padres que han abusado de ellos física o psicológicamente. Esta categoría abarca todo tipo de hechos crueles que nos han infligido, tan innumerables como para narrarlos, aunque algunos abusos merecen mención especial. Algunos de los problemas más dañinos y complejos por los que oro incluyen las relaciones frustradas con padres poco cariñosos. Además encuentro muchos ejemplos de abuso sexual como violación o incesto en los que la víctima está esclavizada con furia e ira contra su agresor.<sup>6</sup>

La última categoría es el daño que viene como resultado del pecado personal que cometemos. Frecuentemente son pecados de conducta como fornicación, adulterio y homosexualidad. En los años recientes he orado con varias mujeres y hombres por el daño que ha resultado del pecado de aborto. Las actitudes pecaminosas como la codicia, el ánimo de competencia y los celos también llevan a daños emocionales y síquicos. Estos hechos y actitudes de pecado provocan culpa y sentimientos de culpabilidad. Muchas veces he orado por personas que saben que Dios los ha perdonado, pero que

sufren de sentimientos de culpa. Lo que saben intelectualmente no ha penetrado en sus corazones.

Las malas decisiones también pueden ocasionarnos daño emocional. Esas no necesariamente son pecaminosas, aunque son frustrantes y ocasionan fracaso. Con frecuencia las experiencias de frustración conllevan problemas de ira y sentimientos de culpa. A veces las heridas que otros nos han provocado, en combinación con nuestro propio pecado, nos crean debilidad.

Por ejemplo, Michael Flynn, un sacerdote episcopal, recibió la siguiente carta de una mujer después que él hablara sobre sanidad interior en una conferencia a la que ella asistió:

[Después de la conferencia] estaba lidiando con Satanás por un problema de naturaleza sexual y supliqué a Dios que me mostrara dónde estaba el «anzuelo» que Satanás tenía sobre mí. Me llevó a una situación anterior en que yo trabajaba con un grupo de personas que tenían un estilo de vida bastante disipado y que influyó mucho en mí. Entonces Dios me recordó algunas palabras que yo en realidad había pronunciado, una promesa interior. Luego me mostró cuánto le había dolido ... Por tanto rompí la promesa, confesé mi pecado y pedí que me perdonara. El poder de Dios vino y sentí su corriente en todo mi ser, entonces supe que la atadura se había roto y me sentí libre. Supe que realmente podía seguir a Jesús si lo decidía. ¡Qué agradable victoria! Me impactó que Satanás se apareciera en ese mismo instante para tentarme otra vez. Todavía me encontraba deleitándome en la dicha que había descubierto. ¿Cómo podía atreverse? Y fue entonces cuando me di cuenta de que la batalla continuaba. Me volví a Jesús y Él me dijo: «No tienes que hacerlo otra vez, porque yo me hago cargo de eso». Lo vi como mi roca, mi Salvador y mi protector. Y Satanás huyó.

No es necesario haber sido víctima de abuso o haber cometido pecado sexual para necesitar la sanidad interior. Por ejemplo, hay quienes sufren del «síndrome del hermano mayor». Como el hermano mayor en la parábola del hijo pródigo (véase Lucas 15.11-32), nuestro orgullo nos lleva a resentirnos y amargarnos cuando nuestras expectativas, basadas en nuestros sentimientos de superioridad, no se cumplen.

También se da el problema de la exagerada meticulosidad, común entre quienes se han criado en familias evangélicas o católicorromanas. En una ocasión oré por un hombre que sufría en gran manera de sentimientos de culpa derivados de un pequeño incidente de su niñez. Cuando él tenía diez años de edad su madre encontró una carta de juego con el cuadro de una mujer desnuda en el bolsillo de su pantalón (él la había hallado en su camino de regreso de la escuela a su casa). La madre lo castigó por tener la carta, ¡y él guardó sentimientos de culpa por más de treinta años! El sufrimiento que tenía era tan grande como el de aquellas personas por quienes yo había orado y que habían cometido pecados muchísimo más graves.

## EL DIAGNÓSTICO

Las experiencias dañinas y dolorosas nos dejan dudas emocionales latentes y permanentes que limitan nuestra libertad para experimentar por completo la gracia de Dios. Quienes ayudan a otros en sanidad interior han observado que algunos patrones afectivos y de conducta se dan en personas que no han aplicado adecuadamente la gracia y el perdón de Cristo a los problemas ocasionados por recuerdos dañinos. Las siguientes características descritas por Theodore Dobson, Michael Scanlan, Francis MacNutt y Rita Bennett se dan a menudo en personas necesitadas de sanidad interior:

La carga de pecado que todos llevamos consume nuestra energía de la actividad creativa y productiva, y nos hace sentir indignos, culpables, desesperanzados, quebrantados e imperdonables.

Esta carga ya sería lo bastante destructiva si sus efectos no fueran más allá, pero ese no es el caso. Estos pensamientos negativos, con el tiempo convertidos en actitudes, empiezan a desarrollar en nuestro interior patrones negativos de conducta, y nuestro pasado comienza a destruirnos el presente. Esto que de por sí es malo empieza a querer destruirse a sí mismo y por lo tanto desarrollamos hábitos de autodestrucción o de pecado.<sup>7</sup>

Algunas de las manifestaciones iniciales ... fueron: un juicio espiritual severo y exigente consigo mismo y con otros, una fuerte actitud

perfeccionista que exige lo imposible de sí mismo y de los demás, un firme patrón de temor en los acontecimientos futuros, una sensación de soledad y abandono en momentos decisivos, una preocupación por la culpabilidad propia y una reacción compulsiva para competir por posición y éxito ... Generalmente hay una expectativa constante por un crecimiento o un gran avance hacia una nueva libertad espiritual, lo que no ocurre debido a que el corazón está herido.<sup>8</sup>

La sanidad interior se indica cuando llegamos a estar conscientes de que estamos sujetos en alguna manera a las heridas del pasado. Todos sufrimos de una u otra manera esta clase de esclavitud, algunos en grado severo y otros en grado mínimo. Cualquier temor, ansiedad o compulsión irrazonables causados por patrones levantados en el pasado se pueden romper con la oración, siempre y cuando la persona dé lo mejor de sí misma para disciplinar su vida de manera cristiana. La vida de muchos cristianos se entorpece por aspectos tales como obsesión de indignidad, ataques de ira, ansiedad, temores irrazonables, conducta sexual compulsiva y otros problemas que les gustaría solucionar, pero se dan cuenta de que no los pueden enfrentar en la base del arrepentimiento y determinación de cambio.<sup>9</sup>

Un cristiano, incluso uno reconocido como líder, puede tener gran necesidad de sanidad interior. ¿Qué cosas puede haber en él para necesitarla? He aquí algunas: pobre autoidentidad; autoinquina; sensación de que Dios no lo ama; odio hacia otros; falta de perdón en sí mismo o en otros; autosuperioridad; egoísmo, mal temperamento; actitud supercrítica; vergüenza por impedimento físico, emocional o mental; soledad; rechazo; depresión; persecución; divorcio; culpabilidad; variedad de problemas sexuales, etc.

Pueden haber necesidades no sanadas por la muerte de un ser querido, por ser la causa de un accidente, por temores o recuerdos de preñez y parto, etc.<sup>10</sup>

Pueden aparecer problemas físicos como migrañas, dolores de cabeza, indigestión, pesadillas, mareos y muchos otros disturbios cuando no se trata con las afecciones emocionales y psicológicas de recuerdos dolorosos.<sup>11</sup> Este era el caso de Carol cuando desarrolló un quiste en el seno.

## EL PROPÓSITO DE LA SANIDAD

La sanidad interior se propone lograr personas emocionalmente sanas, liberadas de la esclavitud emocional y psicológica que han producido experiencias pasadas. Utilizo el término «emociones» en un amplio sentido, que incluye todas las reacciones internas que sentimos por las situaciones a nuestro alrededor o por lo que sucede en nosotros. Las emociones son reacciones interiores, de las que somos conscientes y que influyen en nuestra conducta.

Resalto una diferencia entre reacciones y respuestas. Una emoción es nuestra reacción; lo que hacemos o decimos es nuestra respuesta. De alguna manera esta diferencia no siempre es clara para nosotros, ya que no siempre es fácil distinguir exactamente por qué tenemos una emoción o cuál de ellas está causando cierta respuesta. Esta diferencia es útil porque subraya algo que es crucial acerca de la sanidad de heridas pasadas: nuestra meta es tener reacciones emocionales que refuercen el amor de Dios y del prójimo, de modo que las reacciones negativas que nos llevan al mal camino no estén descontroladas.

Las personas emocionalmente sanas son:

1. *Individuos cuyas reacciones emocionales los ayudan a llevar la vida cristiana.* Es decir, sus emociones tienden a reforzar la rectitud y el amor. Estas personas tienen lo que los psicólogos llaman personalidades bien integradas, que les hace posible creer y recibir todo lo que Dios tiene para ellos. Santiago 1.5-8 describe individuos inseguros de su identidad en Cristo, cuya vida emocional y psicológica se enfrenta con la verdad de Dios acerca de ser nuevas criaturas en Cristo:

Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos.

La palabra griega traducida en este pasaje como «doble ánimo» es *dipsuchos*, que quiere decir un hombre con dos almas o dos mentes dentro de él. William Barclay comenta: «Una cree, la otra no cree; y el hombre vive una guerra civil en que la confianza y la desconfianza en Dios emprenden una batalla continua entre sí». <sup>12</sup> Por lo tanto, las personas emocionalmente sanas tienen una mente, la mente de Cristo, quien forma y mantiene la vida emocional y psicológica de ellas.

2. *Individuos cuyas reacciones emocionales obran correctamente por instinto.* Cuando pensamos acerca de las emociones es fácil suponer que primero debemos reflexionar en las situaciones dadas y luego responder a ellas. Sin embargo, esto es represión de nuestras emociones que por lo general se basa en el miedo de no poder manejarlas, en vez de basarse en intentar encontrarles un lugar adecuado en nuestra vida. El punto de vista bíblico es que en Cristo tenemos una nueva naturaleza (que incluye las emociones) que nos capacita para responder instintivamente de la manera correcta.

Michael Scanlan describe esta situación cuando se tiene la paz de Jesús. «La paz de Jesús es un don definido del Señor» que tiene muchas señales: regocijo, generosidad, oración, vigilancia y el fruto del Espíritu (Filipenses 4.4). <sup>13</sup>

3. *Individuos cuyas reacciones emocionales están subordinadas a las respuestas correctas.* Se supone que las reacciones emocionales no deben manejar nuestra vida; deben apoyar respuestas correctas, ser siervas de justicia y amor. Esto significa que nuestras emociones debieran estar subordinadas a la verdad bíblica de nuestra naturaleza en Cristo. Esto subraya la importancia de aprender a confiar en lo que Dios nos dice, en vez de confiar en lo que sentimos de nosotros mismos. Steve Scott y Brooks Alexander escriben:

La representación bíblica de nuestra naturaleza es con seguridad una evaluación más verdadera y confiable que la provista por nuestros temores, iras y recuerdos, para no mencionar las acusaciones del maligno (Romanos 8.1-2). *La sanidad interior debiera ayudar a reeducarnos (mediante la Palabra de Dios) como a quienes estamos en Cristo. A medida que entendemos tanto la provisión que Dios ha hecho para*

nuestro crecimiento cómo la forma en que Él nos ve, comenzaremos a desarrollar una autoestima que corresponde precisamente a nuestra dependencia de la justicia de Cristo y no en la nuestra (Romanos 12.3, énfasis mío).<sup>14</sup>

## RECUERDOS DE CÓMO ÉRAMOS

Es imposible corregir actitudes y emociones erradas producidas por heridas del pasado sin cambiar en cierta forma la manera de sobrellevar los recuerdos dolorosos de esas malas experiencias. Estas actitudes y maneras de pensar, tan profundamente marcadas en nuestro corazón, limitan subconscientemente nuestra creencia de lo que Dios dice acerca de nosotros.

La epístola de Pablo a los efesios nos enseña que podemos experimentar una vida de integridad, bendición y libertad para servir a Dios en el mundo: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él» (1.3-4). Note que su dádiva de «bendición espiritual» se refiere a un hecho consumado; ¡lo único que nos resta es confiar en Él para las bendiciones!

Dios decidió hace mucho, «antes de la fundación del mundo», darnos en herencia el perdón de los pecados y las riquezas de su gracia. Ahora somos hijos e hijas de Dios, partícipes de su gloria y libertad:

En Él también vosotros, habiendo oído la Palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en Él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria (Efesios 1.13-14).

Pero cuando interfieren la culpa y el dolor de los malos recuerdos dejamos de gozar lo que ya hemos adquirido. Michael Scanlan dice que a menudo estos recuerdos dolorosos provocan amargura, que él describe como «el centro de amor

interior destrozado, para nunca más ser la misma fuente de dar y recibir amor».<sup>15</sup> El corazón dolido se restaura a través de la liberación de ataduras a recuerdos penosos, un proceso que incluye perdón y reconstrucción emocional bajo la guía del Espíritu Santo.

Muchas personas no pueden enfrentar sus recuerdos tristes y sufren del inevitable trauma emocional. Dice Scanlan que para enfrentar el pasado necesitan el poder del Espíritu Santo y el don de la fe, de este modo se liberan a sí mismos para vivir completamente en el futuro. Entendido de este modo, la «sanidad de recuerdos» no es la eliminación de recuerdos dolorosos de nuestra conciencia; es el Espíritu de Dios que se lleva su estigma y que sana el daño emocional ocasionado. Esa fue la experiencia de Carol cuando confesó su pecado y se convenció de que Dios nunca la abandonaría. Ella se liberó al instante de las garras de los malos recuerdos, aunque sin duda aún puede recordar las experiencias.

Otra manera de ver la sanidad de recuerdos dolorosos es que a pesar de que Dios no los elimina, los remodela a fin de que ya no sigan siendo factores importantes en nuestro sentir, pensar y actuar. Su dolor retrocede cuando sobresale el conocimiento y la seguridad de nuestra identidad en Cristo. Entonces nos consideraremos como nuevas criaturas en Cristo, y no como víctimas de las heridas del pasado, por muy terribles o injustas que puedan haber sido.

La manera en que nuestro cerebro guarda recuerdos es algo complejo, aunque los descubrimientos de la medicina moderna han desentrañado algunos aspectos interesantes.

A principios de la década de los cincuenta el doctor Wilder Penfield, un neurocirujano de la Universidad McGill de Montreal, realizó operaciones cerebrales en pacientes epilépticos bajo anestesia local. A lo largo de las operaciones efectuó varios experimentos. En uno de ellos estimuló eléctricamente la corteza cerebral con un pequeño electrodo. Los pacientes informaron experiencias semejantes al sueño que de hecho se habían grabado como recuerdos del pasado, muchos de ellos

olvidados. Como resultado de estos experimentos, el doctor Penfield llegó a las siguientes conclusiones:

1. El cerebro graba todas nuestras experiencias.
2. También almacena nuestra percepción de los sentimientos asociados con estas experiencias.
3. Mediante la función del recuerdo podemos estar conscientes del presente mientras revivimos una experiencia del pasado.
4. Los archivos de muchas de nuestras experiencias permanecen en el cerebro aun cuando no seamos conscientes de ellas; algunas tal vez se recuerden en cierto momento, mientras que otras se han enterrado profundamente en la mente subconsciente y se encuentran disponibles a través de sueños o estímulos externos (tal vez todas).
5. Estas experiencias del pasado no solo influyen en el presente, sino también en el futuro, moldeando, guiando y a veces limitando nuestro comportamiento.<sup>16</sup>

La investigación de Penfield confirma que los recuerdos tienen un poder de influencia en nuestro comportamiento y actitudes. Cuando recordamos los hechos que rodean ciertos sucesos experimentamos también las emociones asociadas con ellos. Si estas emociones incluyen terror, depresión, ira, sentimientos de culpa, etc., desarrollaremos problemas emocionales traumatizantes.

Aun cuando conscientemente no recordemos acontecimientos dolorosos, seguimos sintiendo sus efectos. Theoddo-re Dobson escribe:

Las heridas acumuladas saldrán a flote como «ataques» de ira, celos o depresión. La culpa acumulada puede expresarse en enfermedad psicológica o física. Las fobias (temores irracionales hacia aspectos inofensivos o nada peligrosos) pueden surgir de espantosos episodios olvidados en la historia de una persona. Esta clase de dolor es más dañina y destructiva que el dolor original que los ocasionó, puesto que estos son más difíciles de tratar y hallarles solución.<sup>17</sup>

Michael Scanlan sostiene que debemos distinguir entre recuerdos «superficiales» y «profundos». Los superficiales son para él los que «se pueden provocar dentro de la conciencia de la persona».<sup>18</sup> Ejemplos de recuerdos superficiales son un incidente lamentable, un momento de pánico o una acción llena de sentimiento de culpa. Mediante el poder y gracia del Espíritu Santo esos recuerdos deliberadamente se pueden revocar, enfrentar y orar por ellos. El individuo puede entonces experimentar paz y liberación.

Los recuerdos profundos son más difíciles de detectar. Están arraigados íntimamente en la mente subconsciente del individuo, debajo del nivel de conciencia. Scanlan escribe:

Existen muchos recuerdos perturbadores establecidos sobre un recuerdo profundo. Se obtiene muy poco éxito al orar por la sanidad de estos recuerdos superficiales. Son como partes del iceberg sobre el agua. Hay que sanar una realidad bajo el agua ... Algunas veces el objeto de sanidad es un recuerdo reciente de rechazo; otras veces es un recuerdo reprimido y escondido de la infancia; a veces es una serie de recuerdos; a veces es un patrón de vida que actúa casi independientemente de cualquier recuerdo ... Cuando sana la raíz, se experimenta nueva libertad en toda una serie de otros recuerdos.<sup>19</sup>

El Espíritu Santo puede investigar a fondo en nuestra mente inconsciente y arrancar de raíz los efectos de dolores pasados que nos impiden crecer.

## EL PERDÓN

El ingrediente más importante en la sanidad interior es la oración por sanidad; esta es la clase de oración que afecta los más profundos recuerdos y heridas asociadas que frenan nuestro avance de verdadera libertad en Cristo; es la moneda de dos caras: el arrepentimiento y el perdón (ambos perdonándose entre sí y a los demás).

La prescripción de Santiago para el doble ánimo fue la purificación del corazón: «Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, y lamen-

tad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza» (Santiago 4.8-9). Purificar no es experimentar preocupación por nosotros mismos; es sentir preocupación por nuestros pecados y volvernos de ellos. Es la puerta abierta para recibir el perdón.

La parábola del siervo malvado que se encuentra en Mateo 18.21-35 ilustra la importancia de recibir perdón y de perdonar. La pregunta de Pedro, acerca de cuántas veces debemos perdonar a los que pecan contra nosotros, motivó la parábola. «¿Hasta siete?», preguntó Pedro. Jesús respondió: «No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete» (vv. 21-22). Jesús introdujo la parábola para decir que no hay pecado cometido contra nosotros que no podamos perdonar; enseñó luego mediante la parábola que siempre podemos perdonar a otros debido a que Dios ya nos ha perdonado mucho más de lo que debemos perdonar a los demás.

En la parábola, un siervo que debía diez mil talentos fue llamado ante su rey para hacer cuentas. El siervo era incapaz de pagar, así que el rey ordenó que él, su esposa y sus hijos fueran vendidos como esclavos. El siervo entonces se postró a sus pies, pidiendo más tiempo para pagar la deuda. En vez de eso el rey «movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda» (v. 27). Diez mil talentos equivaldrían a millones de dólares (¡el PNB de Palestina en esa época era quizá de mil talentos!), una suma imposible de reunir para cualquier individuo.<sup>20</sup> El Señor perdona pecados imperdonables. El asunto es que cuando hemos errado contra Dios o contra alguien más debemos aprender a recibir perdón, por muy grandes que sean nuestros pecados.

Pero hay algo más en esa parábola. Después que el siervo dejó al rey, salió y «halló a uno de sus conservos, que le debía cien denarios» (v. 28). Cien denarios era solo el salario de tres meses, una mísera cantidad en comparación con la deuda que el rey le había perdonado. El primer siervo agarró al otro y «le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes» (v. 28). Entonces, cuando el deudor pidió tiempo para pagar la deuda (el mismo pedido que el siervo había hecho al rey), el siervo no

tuvo misericordia, no quiso perdonarlo y lo echó en la cárcel. Cuando el rey lo supo, dijo: «Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu conservo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía» (vv. 32-34).

El rey estaba enojado porque el siervo no perdonó del modo que había recibido perdón. Note que el deudor de los cien denarios no pidió perdón, solo pidió tiempo para pagar la deuda. Jesús estaba enseñando que debemos extender el perdón para quienes ni siquiera hubieran pedido que se les perdonara. ¿Por qué? Creo que debido a que no tener misericordia es una carga agobiante que nos lleva a la hostilidad (ira dirigida hacia otros), la culpa (ira dirigida hacia nosotros mismos) y la ansiedad (temor injustificado).

Finalmente Jesús enseña que no perdonar causará toda clase de tormentos personales en la tierra: espirituales, mentales, emocionales, físicos y sociales. El resultado de todo esto es la eternidad en el infierno. «Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas» (v. 35). El principio es sencillo: Dios ha dado su misericordia para que podamos extenderla a otros, y si perdonamos a otros continuaremos experimentando el perdón de Dios.

Hay un último principio relacionado con el perdón que es importante para mantener la salud emocional: cada cristiano es responsable en todo conflicto de enderezar sus asuntos al recibir y brindar perdón. No tenemos el derecho de negar el perdón o de negarnos a recibir perdón, porque Dios ha extendido su misericordia hasta nosotros.

Jesús dice en Mateo 5.23-24: «Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda». Si hemos pecado contra alguien, tenemos la responsabilidad de disculparnos, pedir perdón y, si es necesario, hacer restitución.

Jesús enseñó también que si han pecado contra nosotros, tenemos la responsabilidad de acercarnos al ofensor y reprenderlo: «Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano» (Mateo 18.15). Extender el perdón es un requisito para la reconciliación en esas situaciones.

## LA TERAPIA DE CONVERSIÓN

Un segundo ingrediente en la sanidad por oración es ver nuestra experiencia pasada desde la perspectiva de Dios. Quienes ven sus heridas del pasado a través de los lentes de la misericordia de Dios pasan por lo que algunas veces llamo «la terapia de conversión». Ellos aprenden a evaluar sus emociones y experiencias pasadas sobre la base de un criterio nuevo: el del evangelio.

La negación que hizo Pedro de Jesús y su restauración futura es uno de los más grandes episodios de terapia de conversión en el Nuevo Testamento (véanse Lucas 22.31-34; 54-62; Juan 21.15-22). Después del arresto de Jesús, Pedro lo siguió hasta la casa del sumo sacerdote, donde se sentó en el patio alrededor de una fogata. De noche tres criados del sumo sacerdote, que nunca antes lo habían visto, acusaron a Pedro de ser compañero de Jesús. Pedro negó vigorosamente sus afirmaciones y al hacerlo negó su relación con el Señor.

A la tercera negación, «entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces» (Lucas 22.61). Pedro estaba abrumado por su propia infidelidad y fracaso, y «saliendo fuera, lloró amargamente» (v. 62). Desde ese instante, cada vez que Pedro pensaba en el rostro de Jesús debió haber recordado su propia negación y la mirada fija del Señor.

Pedro «lloró amargamente». Las lágrimas de amargura no son iguales a las de arrepentimiento. Las lágrimas de amargura nacen de la autocompasión. Él salió y lloró, «Oh, pobre de mí. Todo fue cierto. He cometido el peor de los pecados,

justo lo que prometí al Señor que no haría». Durante la Última Cena él había dicho «Señor, dispuesto estoy a ir contigo no solo a la cárcel, sino también a la muerte» (Lucas 22.33). Poco después de esto, en Getsemaní, Pedro desenvainó una espada en defensa de Jesús. Pero cuando el Señor tomó la espada de su mano, Pedro no supo cómo pelear: no sabía cómo pelear la lucha interior en el reino espiritual. Pedro había estado seguro de su propia fuerza e ideas, pero sabía poco de la fuerza de Dios y de sus caminos. Y después que negara a Cristo todo lo que quedó de sí mismo fue desilusión.

Satanás trató de ganar control de los discípulos a través del trauma emocional y espiritual de la crucifixión de Jesús. Jesús sabía que esto sucedería, y en la Última Cena oró para que «la fe de Simón no falte» durante este tiempo de prueba (Lucas 5.4-11). Luego, sentados alrededor de la hoguera, Jesús le preguntó tres veces «Pedro, ¿me amas?» (Juan 21.15-19). Tres veces había negado Pedro al Señor, y ahora tres veces Jesús le comisionaba: «Apacienta mis ovejas», que lo renovaba espiritual, emocional y relacionamente.

En el tercer intercambio de palabras entre Jesús y Pedro, este dijo: «Tú lo sabes todo; tú sabes que te amo» (Juan 21.17). En efecto lo que Pedro dijo fue: «Tú sabes todo sobre mí, incluso lo que voy a decirte ahora mismo. Te he negado; he sido un tonto y un renegado. Lo he hecho todo. Tú conoces el fondo de mi corazón». Cuando Pedro reconoció que Jesús conocía sus limitaciones y debilidades tuvo aptitud para recibir la comisión de Jesús: «Apacienta mis ovejas». En su sencilla comisión Jesús en efecto dijo: «Ahora eres San Pedro. Te amo y te perdono. Tengo gran confianza en ti. No pienses de ti más de lo que debes».

Pedro nunca más se volvió a ver como traidor. Desde ese momento creyó que era una nueva creación en Cristo y vivió basándose en esto. El libro de Hechos no menciona jamás los errores pasados de Pedro. Sus cartas están llenas de fe en Dios y confianza en su gracia y perdón. Sanó por completo y se convirtió en una persona emocionalmente saludable.

## LA RESTAURACIÓN EN EL PRESENTE

La restauración de Pedro ilustra lo rápido que pueden curarse los recuerdos traumáticos cuando las personas abren sus corazones y sus mentes a la obra del Espíritu Santo y creen que es cierto lo que dice sobre ellos la Palabra de Dios. Después que Carol sanara el año pasado del tumor en el seno, reevaluó cómo había estado orando por la sanidad de las consecuencias de recuerdos nocivos de las personas.

«Podía pasar semanas, meses e incluso años trabajando con individuos que trataban de recuperarse de varias clases de traumas de la infancia», dijo. «Pero después de mi sanidad, que ocurrió apenas en pocos minutos, me di cuenta de que anhelábamos principalmente la sanidad de la vieja persona, en vez de ayudarles a creer que eran nuevas criaturas en Cristo. Además, observé que en casos como los de Pedro, los individuos se restauran con rapidez».

Los recuerdos nocivos afectan la habilidad de las personas para creer pasajes bíblicos como 2 Corintios 5.17: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas». Así que en lugar de enfocarse en las heridas pasadas, Carol pensó que debía hacerlo en la esencia de los sufrimientos actuales de las personas; suponía que muchos no creían en realidad lo que Dios dice sobre ellos.

Para comprobar su teoría, junto con Gloria Thompson, Carol comenzó a aceptar citas los lunes para orar por otros. Decidieron que las personas debieran obtener una gran mejoría de inmediato y que no las verían más de unas pocas veces. La suposición de ella se basaba en que la gracia de Dios es ahora suficiente para la sanidad interior.

En meses siguientes tuvieron resultados notorios en la ayuda substancial a las personas después de solo una o dos sesiones de oración. «Descubrimos», dijo Carol «que a menudo las personas no creen de verdad. Cuando les preguntamos acerca de recibir el perdón de Cristo y de creer que son nuevas criaturas en Él, vacilan y por lo general admiten que tal vez “no pueden recibir perdón debido a la gravedad de lo que han

cometido” o debido a los terribles hechos que otros han efectuado contra ellos».

En una conferencia sobre ese tema se pidió a Carol que orara por una mujer cuyos entumecidos dedos se arqueaban hacia los codos y cuyos brazos y hombros se contraían cada vez que entraba a una pieza donde habían personas alabando. «Se veía como un cangrejo y atormentada», dijo Carol, «un fenómeno que había visto en otros». Después de llevar a la mujer a un cuarto privado, Carol la entrevistó. Connie (nombre ficticio) tenía veinticinco años y había sido una cristiana comprometida durante cuatro años. Luego de que Carol discernió que su problema no tenía origen demoníaco (en la tercera parte describo en detalle cómo se produce esto), continuó su entrevista. He aquí la historia de Connie:

Cuando tenía trece años mis padres se divorciaron, y entonces supe que no me amaban ni se preocupaban por mí. Me abandonaron. Así, en pago al egoísmo de mis padres, me volví promiscua. Durante los siete años siguientes tuve muchos hombres ... y dos abortos. Además tenía problemas de masturbación, algo con lo que todavía lucho.

Cuando a los veintidós años Connie convirtió su vida a Cristo, fue una experiencia de cambio de vida. Su estilo de vida cambió de inmediato; se apartó de su promiscuidad y se hizo miembro de una iglesia fuerte y estable. Aunque había heredado vida eterna, un nuevo estilo de vida y nuevos amigos, nunca aceptó completamente el perdón de sus pecados, ni tampoco extendió el perdón a sus padres por los pecados en su contra. Entonces cuando entraba en un ambiente en el cual obraba el Espíritu Santo, una reunión especial de alabanza, experimentaba un *trauma emocional* atroz asociado con el divorcio de sus padres y su vida promiscua.

Durante la entrevista Carol empezó a sospechar que Connie no estaba consciente de cómo se relacionaban sus pecados pasados y los pecados cometidos en su contra, con su presente condición. Estos recuerdos y el trauma emocional asociado estaban grabados en lo profundo de su mente subconsciente. Pero cuando vino el Espíritu Santo, la vergüenza y el miedo

estallaron en su conciencia, ocasionando un lenguaje corporal estafalario y la incapacidad de orar y alabar con libertad.

Carol invitó al Espíritu Santo a llegar sobre Connie y a revelar le sinceramente su gracia y misericordia. Luego Carol le pidió que se arrepintiera y recibiera el perdón por el pecado de odio hacia sus padres, por su promiscuidad, masturbación y aborto. Al principio Connie no podía hacerlo, pues estaba convencida de que sus pecados eran muy grandes. «Dios nunca podrá perdonarme», dijo, «soy muy indigna». Carol leyó en voz alta Efesios 1 que trata sobre la gracia y el perdón de Dios; la Palabra de Dios encendió una llama de esperanza y fe en Connie. Aquella luz tocó algo en su corazón: empezó a creer en el perdón de Dios para su pecado, y al final de la sesión le fue posible perdonar a sus padres. Cuando Connie recibió y extendió su perdón, su cuerpo se relajó y desapareció la extraña rigidez de cangrejo. Ella tomó parte en el resto de la conferencia y por primera vez en su vida cristiana pudo alabar con libertad a Dios. Estaba sana por completo.

## 6. Sanidad del endemoniado

Judy, de treinta y ocho años, era la esposa de un misionero que regresaba de Europa a California. Poco después del arribo, ella se quejó ante su esposo de ver rostros extraños y retorcidos sobre el suyo propio, cuando de noche miraba distraída por la ventanilla. Le dijo también que tenía sueños espantosos que se habían iniciado en Francia después que oró por un hombre que decía tener problemas demoníacos. Estaba confundida y asustada por los extraños rostros y por los espeluznantes sueños. Judy (nombre ficticio) tenía también otros problemas con los que había luchado toda la vida. Por ejemplo, hasta donde podía recordar se había encaprichado con hombres casados, teniendo en fantasías relaciones sexuales pero en realidad sin llegar a tener contacto físico con ellos.

La historia familiar de Judy nos ayuda a explicar por qué tenía esas experiencias. Sus padres habían participado en el ocultismo (se casaron en una iglesia espiritista). Se divorciaron cuando Judy era niña y ella vivió con su madre. Judy nunca se enredó con el ocultismo y dice haber sido cristiana desde los cuatro años. Se casó con un cristiano fiel. Sin embargo, hasta donde puede recordar luchaba con pensamientos impuros y ahora la atormentaban esas visiones y sueños retorcidos y extraños.

Poco después de su regreso a California, Judy asistió a la reunión de un pequeño grupo dirigido por Blaine y Becky Cook. Durante la reunión se comportó de forma extraña. Sin razón aparente, gritó, se tiró al suelo y empezó a lanzar todo a su alrededor. Nunca se había comportado de ese modo. Cuando Becky se le acercó para ayudarla, algo en Judy le dijo: «Te odio». Las palabras que balbuceó no parecían suyas; no era en absoluto su vocabulario normal. Judy dijo después que durante la experiencia se había sentido como un espectador,

como si no tuviera dominio sobre lo que sucedía. Entonces Blaine la llevó a otro cuarto para orar en equipo. En el camino Judy golpeó a Blaine en la boca. Para entonces Blaine sospechaba que Judy estaba bajo la influencia de un demonio, así que ordenó al espíritu detener sus violentos ataques.

Blaine y el equipo identificaron durante el período de oración demonios que sacaban a relucir sentimientos de rebeldía, ira y temor, y el deseo de cometer adulterio en Judy. Blaine impuso sus manos en ella y dijo: «Fuera de esta hija de Dios, demonios que producen tentación de cometer adulterio, ira y temor». Mientras Blaine oraba, Judy cayó al suelo y experimentó un inmediato e impresionante alivio de su opresión. Desde entonces no ha tenido problemas con las habituales fantasías sexuales, con sueños demoníacos o con ver espíritus malignos en su rostro. Por poco tiempo continuó teniendo problemas con la ira, lo que se solucionó gradualmente a medida que continuaba reuniéndose con Blaine en busca de consejo y oración, y con un pequeño grupo de otros cristianos en busca de ánimo e instrucción. Experimentó también una mejora importante en su capacidad de relacionarse con otros. Hoy día Judy está en Europa de nuevo sirviendo al Señor como misionera.

## ¿EXISTEN EN REALIDAD LOS DEMONIOS?

El fenómeno que experimentó Judy, tanto su conducta como su testimonio posterior, sugiere firmemente que estaba afectada por espíritus malignos. No obstante, muchas personas modernas del mundo secular preguntan: «¿Existen en realidad los demonios? O pertenecen solo al mundo de los mitos y folclore, de falsas ilusiones de histéricos o de individuos supersticiosos a quienes la ciencia moderna no ha iluminado?» Muchos piensan que mucho de lo que se piensa que pertenece a la actividad sobrenatural es mejor explicarlo en términos psicológicos o fisiológicos, y que creer en el diablo no es progresista ni actualizado.

Esta manera de pensar no es propiedad exclusiva de seculares. Muchos cristianos orientales luchan con la misma clase

de interrogantes. En ciertos momentos las personas atribuían todo a la intervención directa del diablo; hoy día los hombres y mujeres modernos no atribuyen nada al diablo. El de ahora es un problema de visión mundial: estamos obligados a escoger entre el diablo y la ciencia, ¡no ambos! Por ejemplo, hace poco un sicólogo evangélico, Christian Hageseth, medio en broma afirmó: «El porcentaje de diagnóstico de las personas en la posesión [demoniaca] es inversamente proporcional a su educación en las ciencias de conducta». <sup>1</sup> Creo, sin embargo, que el entendimiento de Jesús y de los apóstoles acerca de la importancia de Satanás y los espíritus malignos es más que una parte del Nuevo Testamento de la que no podemos pasar por alto su existencia e influencia. <sup>2</sup>

C.S. Lewis predice el surgimiento de una extraña mezcla de ciencia y religión en su típica descripción de la estrategia demoníaca: *Cartas a un diablo novato*. El libro está escrito en forma de una serie de cartas de un demonio anciano (Screw-tape) a un joven tentador (Wormwood). Screw-tape describe en la séptima carta lo que ve como una tendencia prometida en la sociedad moderna:

Nuestra política momentánea es ocultarnos. Por supuesto que eso no siempre ha sido así. En realidad nos enfrentamos a un cruel dilema. Cuando los seres humanos no creen en nuestra existencia, perdemos todos los encantadores resultados del terrorismo directo y no hacemos magia. Por otra parte, cuando ellos creen en nosotros, no podemos hacerlos materialistas y escépticos. Al menos, no todavía. Tengo enormes esperanzas de que al debido tiempo aprenderemos a emocionalizar y hacer mitológica su ciencia, hasta tal amplitud que sea en efecto una creencia en que nosotros (aunque no bajo ese nombre) entraremos sigilosamente mientras la mente humana permanece cerrada a creer en el enemigo. La «fuerza vital», la adoración del sexo y algunos aspectos del psicoanálisis pueden probar aquí su utilidad. Una vez que podamos perfeccionar nuestro trabajo (hacer que el mago materialista, el hombre, no use sino en realidad adore, lo que él vagamente llama «fuerzas», mientras niega la existencia de los «espíritus»), el fin de la guerra está a la vista. Pero mientras tanto debemos obedecer nuestras órdenes. No creo que vayamos a tener

mucha dificultad en mantener la paciencia en la oscuridad. Nos ayudará el hecho de que los «diablos» sean predominantemente figuras cómicas en la imaginación moderna. Si empieza a brotar en su mente cualquier leve sospecha de tu existencia, sugiérele la figura de algo en mallas rojas y persuádelo de que como no puede creer en ella (es una antigua forma de confundirlos) tampoco puede creer en ti.<sup>3</sup>

Finalmente la respuesta a la pregunta acerca de la existencia de Satanás y los demonios está en la Biblia. El Nuevo Testamento enseña con claridad la existencia tanto de Satanás como de los demonios (Lucas 10.17,20; Apocalipsis 12.7-10). La vida y el ministerio de Jesús están llenos de enfrentamientos continuos con demonios 4.31-37,41; 6.18; 7.21; 8.2,26-39; 9.37-43; 11.14-26), y Él les dio autoridad a sus discípulos para expulsar demonios (Lucas 9.1,49-50; 10.17-20; Marcos 16.17). En el Nuevo Testamento hay enseñanzas de la Iglesia primitiva acerca de la autoridad de los cristianos sobre los demonios (1 Corintios 2.6-8; 10.20-21; Efesios 6.10-18; Colosenses 1.13-16; 2.20), y de numerosos incidentes en que hubo exorcismos (Hechos 5.16; 8.6-8; 16.16-18; 19.11-12).

A lo largo de la historia de la Iglesia primitiva hay evidencias innegables para creer en los demonios. Todos los padres de la Iglesia y todos los reformadores creían en la existencia del diablo y en que su obra se manifiesta dolorosamente entre nosotros.<sup>4</sup> La experiencia humana en sí es testigo de la existencia del diablo, como lo demostró la historia de Judy.<sup>5</sup> ¿Existen en realidad el diablo y los demonios? La Biblia, la tradición de la Iglesia y la experiencia humana contestan con un enfático sí.

## LA GUERRA ESPIRITUAL

Una vez aceptada la existencia de Satanás y los demonios, es necesario entender su importancia. El Padre envió a Jesús para destruir el reino de Satanás y su obra maligna (Juan 12.31; 1 Juan 3.8) y para establecer el reino de Dios. Hay cuatro puntos clave en la instrucción de Jesús sobre el reino de Dios:

1. El reino de Dios entró al mundo en la persona de Jesús (Mateo 12.28).
2. Al arrepentirse del pecado personal y creer en Jesucristo, los hombres y mujeres son redimidos del mundo, la carne y el maligno, y entran bajo el reino de Dios (Juan 3.1-21).
3. El reino de Dios está destruyendo al reino de Satanás (1 Juan 3.8).
4. Satanás será destruido eternamente en la venida de Cristo, cuando Él sea el preludio del cumplimiento del reino de Dios (Mateo 13.36-43).

El ministerio público de Jesús tuvo dos elementos: la *proclamación* de las nuevas del reino de Dios y la *demonstración* de su poder a través de echar fuera demonios, sanidad de los enfermos y resucitar a los muertos. En su primer sermón en la sinagoga de Carpernaum Jesús encontró en un hombre un demonio que preguntó: «¿Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos?» (Marcos 1.24). Jesús vino como un invasor divino para destruir a los demonios y liberar para vida eterna a hombres y mujeres, lo que explica por qué la presencia del Señor hacía temblar de miedo a los demonios. El ministerio de Jesús estaba marcado por un conflicto continuo con Satanás y los demonios debido al propósito de Dios de establecer el reino de Dios en la tierra.

Jesús comisionó a los doce y a los setenta para predicar el reino del cielo, sanar a los enfermos y echar fuera a los demonios (Mateo 10.5-15; Lucas 10.1-20). Nosotros también hemos recibido la comisión de predicar el reino de Dios y se nos ha dado autoridad para sacar demonios. La naturaleza de nuestra autoridad sobre los demonios refleja el dilema de vivir en el tiempo que antecede a la venida de Cristo y a la plenitud del reino. Jesucristo venció a Satanás en la cruz, y mediante esa victoria también tenemos autoridad sobre él. Pero debemos ejercer plenamente esa autoridad antes de la venida de Cristo. Por tanto aunque el reino de Satanás fue contundentemente derrotado a través de la muerte y la resu-

rrección de Jesús, todavía no disfrutamos de la plenitud del reino de Dios. En otras palabras, hasta la venida de Cristo estamos en lucha con el mundo, la carne y el demonio y sus súbditos (Juan 16.33).

Al entrar en relación con Cristo recibimos vida eterna, perdón de pecados y una nueva naturaleza. También recibimos liberación de las ataduras del reino del maligno y obtenemos vida en el reino de Dios. Al andar con Dios accedemos a la protección del perjuicio de Satanás y lo vencemos (1 Juan 2.13-14, 4.4). Pero Satanás aun está activo y «el mundo entero está bajo el maligno» (1 Juan 5.19). Los que no se han vuelto a Dios son presa de Satanás, pero él continúa batallando contra los santos (Apocalipsis 12.17). Por tanto aunque tenemos todo cuanto necesitamos para la vida eterna; sin embargo, nos desenvolvemos en un medio hostil gobernado por el maligno. Eso quiere decir que Satanás puede atacarnos en muchos de los aspectos de nuestra vida.

Michael Scanlan y Randall Cirner señalan:

El hecho es que muchos cristianos no creen en la completa libertad de los hijos de Dios porque muchos aspectos de su vida están atados a Satanás. Pecados, hábitos no deseados, enfermedades físicas, heridas afectivas, problemas psicológicos, «mala suerte», relaciones quebrantadas, problemas en la relación con Dios, temores y compulsiones son solo algunas de las formas en que Satanás lucha contra los hijos de Dios.<sup>6</sup>

Eso no implica que estos problemas sean siempre o frecuentemente ocasionados por demonios, solo que su influencia *podiera* deberse a la influencia de demonios. Y su causa puede ser compleja, una combinación que implica factores psicológicos, físicos y demoniacos.

El hecho de que Satanás luche abiertamente contra los santos, en combinación con el mandamiento de Cristo de «hacer discípulos a todas las naciones» (Mateo 28.19-20), significa que nos mantenemos en guerra espiritual antes de la venida de Cristo. Estamos llamados a liberar y recuperar territorio para Cristo Jesús de manos de los espíritus engaña-

dores que hablan mentiras hipócritas (1 Timoteo 4.1-2). Cuando vencemos en esta lucha, las víctimas del poder de Satanás reciben liberación, se acerca el final de su dominio y se aproxima el establecimiento del gobierno de Dios en la tierra.

Debemos enfrentar al enemigo; tenemos que luchar. Al igual que el mismo Jesús, tenemos que llevar a cabo una tarea: *proclamar* el reino de Dios y *demostrarlo* mediante la sanidad de los enfermos y la expulsión de los demonios (Juan 20.21). Este deber incluye enseñar, disciplinar, cuidar de otros, congregarnos, etc. La Biblia es clara acerca de la seriedad y objetividad de la guerra espiritual para el creyente:

Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo (1 Pedro 5.8-9).

Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (Efesios 6.10-12).

Lo que todo cristiano debe conocer acerca de la guerra espiritual es que aunque Satanás es fuerte, Cristo es más fuerte. No tenemos nada que temer de Satanás o de los demonios mientras vivamos con fidelidad y rectitud, sin volvernos atrás cuando el maligno nos desafía.<sup>7</sup>

## ¿QUÉ SON LOS DEMONIOS?

La Biblia y la tradición de la iglesia ofrecen visiones de la naturaleza y origen de Satanás y los demonios. Sin embargo, veamos primero un comentario para saber qué y quién *no* es Satanás. Él no es un ser no creado o eterno como Dios, solo de naturaleza opuesta. O como lo señala C.S. Lewis: «Satanás, el

líder o dictador de los demonios es el opuesto, no de Dios, sino de Miguel». <sup>8</sup> Halagamos a Satanás e interpretamos mal la bondad eterna de Dios cuando elevamos a Satanás al nivel de un dios. No, Satanás no es dios, y no debemos temerle como un dios.

En el principio Dios creó a Lucifer («Ser de luz») para que le sirviera y amara, pero él se rebeló y se convirtió en Satanás («Adversario»). Algunos creen que Isaías 14.12-15, que se refiere directamente al rey de Babilonia, es también una descripción de la caída de Satanás. En este pasaje alguien llamado «hijo de la mañana» es derribado a tierra después de intentar derrocar a Dios. ¡Quería la suprema autoridad de Dios! El pasaje de Isaías 14 dice: «Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo». Él se rebeló en orgullo y con el tiempo llegó a codiciar lo que no le pertenecía. Se le llama también «el príncipe de la potestad del aire» (Efesios 2.2), señalando que por ahora su morada es la tierra. Llegará el momento en que será echado para siempre en el infierno.

Orígenes, un teólogo de Alejandría (ca. 185–254) escribió en el siglo tercero:

Con relación al diablo, sus ángeles y sus poderes enemigos, la enseñanza eclesiástica reconoce que estos seres sí existen en verdad; pero lo que son o cómo existen no se explica con suficiente claridad. Sin embargo, la mayoría sostiene esta opinión: que el diablo era un ángel que habiendo apostatado persuadió a tantos ángeles como le fue posible a caer con él; y estos, aun en la presente época se denominan sus ángeles. <sup>9</sup>

Los pocos vistazos que recibimos de la Biblia confirman la opinión de Orígenes.

Como generalmente es verdad hoy día para todo pecado, la rebelión de Satanás afectó a otros (en este caso a otros ángeles). El Nuevo Testamento señala que los demonios son ángeles que pecaron y fueron arrojados al infierno o descen-

didados a la tierra. «No difieren en naturaleza de los buenos ángeles», escribe C.S. Lewis, «pero su naturaleza es depravada». <sup>10</sup>

Tres pasajes del Nuevo Testamento describen el origen y condición común de los demonios:

Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio (2 Pedro 2.4).

Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día (Judas 6).

Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le habían vencido mediante la sangre del cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual alegraros, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo (Apocalipsis 12.7-12).

De estos pasajes aprendemos que hay dos grupos de demonios. El primero corresponde a quienes han sido confinados a «lóbregos calabozos» y «amarrados en cadenas eternas» (véanse también Colosenses 2.15; 1 Pedro 3.18-22). Sospecho que son demasiado dañinos para permitirles actuar libremente en el mundo. El segundo grupo son quienes deambulan por el mundo y de alguna manera sirven a Satanás (véanse también Mateo 12.24-26; Apocalipsis 9.1-11; 20.1). Son numerosos y están bien organizados, otra indicación de que Satanás

puede ser muy efectivo en guerrear contra la humanidad (Efesios 6.11-12).

Otros pasajes en el Nuevo Testamento revelan las características siguientes acerca de los demonios:

- Tienen inteligencia (Hechos 16.16-18; 19.15-16);
- Son espíritus (Mateo 8.16; 12.43-45; Lucas 10.17-20; 24.39; Apocalipsis 16.14);
- Se manifiestan en diferentes formas (2 Reyes 6.17; Apocalipsis 9.1-12; 16.13-14);
- Son malevolentes (Mateo 12.43-45; Marcos 1.27; 3.11; Lucas 4.36; Hechos 8.7; Apocalipsis 16.13)
- Conocen su propio final (Mateo 8.29; 25.41; Santiago 2.19);
- Tienen fuerza espiritual (Mateo 12.29; Marcos 5.4; Lucas 8.29; Hechos 19.13-16); y
- Deben inclinarse ante el nombre de Jesús (Mateo 8.28-34; Marcos 5.17; Lucas 8.26-33).

## ¿CÓMO NOS AFECTAN LOS ESPÍRITUS MALIGNOS

Los cristianos hemos nacido en conflicto con Satanás y los demonios porque estamos identificados con Cristo, el primer blanco de Satanás (1 Pedro 4.12-13). Esta es una guerra en serio; el reino de Satanás es poderoso, bien organizado y puede afectar de muchas maneras a los hombres y mujeres (Efesios 6.12; 1 Pedro 5.8). Muchas personas experimentan crónicos problemas espirituales, psicológicos y físicos, de los que nunca encuentran sanidad verdadera a través de la medicina, la psicología, la psiquiatría o la oración. Creo que los demonios son a menudo la causa de estos problemas.

Satanás nos ataca de tres maneras:

1. *Tentación*. La Biblia algunas veces habla de la lucha entre el espíritu y la carne (Gálatas 5.17) y en otros casos habla de que Satanás tienta a hombres y mujeres (1 Tesalonicenses 3.5). Ambas influencias a menudo actúan juntas: la carne nos pre-

dispone a la influencia satánica y Satanás es el autor de la tentación.

Creo que casi todas las tentaciones son la consecuencia de nuestras propias decisiones y de la influencia del mundo (Jeremías 17.9; Marcos 7.20-23; Santiago 1.14-15). Pero la Biblia también describe una segunda categoría de tentación que se relaciona de manera más directa con la influencia demoníaca. Por ejemplo, Satanás tentó directamente a Cristo en el desierto (Mateo 4.1-11); tentó a Ananías a mentir acerca de sus bienes personales (Hechos 5.3); e incitó a David a pecar haciendo un censo en Israel (1 Crónicas 21.1).

El mundo, la carne y el demonio actúan en conjunto para tentarnos. Poseen una diabólica interrelación que busca atrapar tanto a hombres como mujeres en el pecado y la muerte. Cuando cedemos a la tentación de la carne y del mundo, nos volvemos más vulnerables a otras tentaciones demoníacas.

Satanás es el cerebro, el manipulador de la carne y del mundo. Por ejemplo, sacó partido del pecado de orgullo de David mediante la influencia del mundo, para debilitar su capacidad de resistir la tentación para efectuar un censo (1 Crónicas 21.2-8). El amor de Judas por el dinero lo hizo susceptible a la tentación de Satanás para traicionar a Jesús (Juan 12.4-6; 13.2,27). Por lo tanto, cuanto más pequeños tanto más susceptibles somos a la tentación demoníaca (Juan 8.34; 2 Pedro 2.19).

La palabra bíblica para tentación implica también prueba, porque Dios permite la tentación para probar y fortalecer la fe de los cristianos. En este aspecto una persona tentada y que no cae no incurre en culpa. Las tentaciones de Satanás son eficaces solo si cedemos a ellas (Santiago 1.14-15).

2. *Oposición*. Michael Scanlan y Randall Cirner escriben:

Satanás y sus espíritus malignos también atacan a la humanidad en general y a los cristianos en particular, al tratar de evitar la enseñanza del evangelio y la extensión del reino de Dios. Ellos intentan impedir que el Señor llegue a las vidas de los individuos y que crezca una relación más profunda con el Señor.<sup>11</sup>

Estas no son tentaciones que nos llevan a obrar mal. Hablo acerca de accidentes, falsos dones sobrenaturales y otras desviaciones.

La oposición generalmente viene en forma de ataques, como hacer que alguien enferme, causar un accidente, armar un escándalo, etc. Los ejemplos de oposición demoniaca incluyen: «El príncipe de los reinos persas» (aparentemente un demonio que en interés de Satanás ejerce influencia en el reino persa), la resistencia al mensajero celestial que había llegado en auxilio de Daniel (Daniel 10.1-15), el mago Barjesús oponiéndose a Pablo y Bernabé en la isla de Pafos (Hechos 13.6-10) y la muchacha esclava que tenía espíritu de adivinación y que formó un espectáculo callejero cuando Pablo trataba de predicar (Hechos 16.16-18).

3. *Posesión.* Satanás y los demonios también pueden atacar a los hombres y las mujeres dominando su personalidad y su vida física. La Biblia describe tres aspectos de nuestra vida que pueden verse afectados por la posesión: físico, mental y espiritual. Las aflicciones físicas eran numerosas, incluían a la mudez y la ceguera (Mateo 9.32; 12.22), la epilepsia (Marcos 9.14-29), la fiebre alta (Lucas 4.38-39) y la invalidez (Lucas 13.10-17).

Algunas formas de esclavitud demoniaca fueron causas de patrones habituales de tentación o debilidad moral que no cambiaron por el arrepentimiento, por ejemplo; al dificultar la pronunciación de las palabras de un nombre, la oración o el conocimiento de Dios. En muchos casos estos patrones iban acompañados de problemas emocionales como miedo, ansiedad y lujuria. La locura de Saúl en el Antiguo Testamento es tal vez la mejor prueba de esto (1 Samuel 16.14-23). Muchos fueron engañados por medio de mentiras. Por ejemplo, el diablo engañó a Eva en el huerto (Génesis 3.1-5), incitó a mentir al corazón de Ananías (Hechos 5.3), y Santiago describe un caso en que los celos amargos y la ambición son inspirados por demonios (Santiago 3.15). Pablo advierte a Timoteo que «en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe,

escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios» (1 Timoteo 4.1).

Algunas veces estos patrones habituales de tentación o debilidad moral iban acompañados de acciones violentas (Lucas 8.26-29). Vale la pena observar dos puntos a este respecto:

En primer lugar, la Biblia establece diferencias entre las causas naturales y demoniacas de la enfermedad mental y física. En algunos casos se describía a los enfermos como «endemoniados» y en otros sencillamente se les llamaba «enfermos». Esas distinciones se hacen en diecisiete oportunidades en los evangelios y en Hechos (Mateo 4.24; 8.16; 10.1; 10.8; Marcos 1.32-34; 3.10-11; 6.13; 16.17-18; Lucas 4.40-41; 6.18-19; 7.21; 8.2; 9.1; 13.32; Hechos 5.16; 8.6-7; 19.11-12).

En segundo lugar, en estos ejemplos Cristo y los apóstoles oraron en forma diferente por los enfermos, dependiendo de la causa de la enfermedad. Hacían expulsión de demonios en aquellos cuya enfermedad mental o física era causada por demonios. No había liberación de espíritus en los casos en que la causa de la enfermedad era física (véanse Mateo 8.1-4,5-13; 9.1-8,18-26; 20.29-34; Lucas 17.11-19; Juan 5.1-15; 9.1-12; Hechos 3.1-10; 14.8-10).

La Biblia se refiere con frecuencia a personas que «tienen demonios». Los términos griegos usados para describir estas personas son imprecisos. Es más, en muchas traducciones al español se puede interpretar mal «tener un demonio» con «posesión demoniaca». El término griego original no se puede traducir con esta precisión. Esa traducción es inapropiada porque la palabra «posesión» evoca imágenes de demonios que poseen absoluto control de las personas todo el tiempo. Pero no creo que los demonios puedan poseer completamente a las personas mientras estas vivan en la tierra; aun cuando ellos obtengan un enorme grado de control, las personas pueden tener un grado de libertad que los puede guiar a la liberación y salvación. La palabra griega empleada para tener un demonio (*daimonizomenoi*) se traduce más como «endemoniado» (véanse Mateo 4.24; Marcos 1.32; Lucas 8.36; Juan

10.21), que significa estar influido, afligido o atormentado de alguna manera por poder demoniaco.

Los endemoniados sufren bajo varios grados de esclavitud. Unos pueden estar atormentados por pensamientos perturbadores o estar abiertamente controlados por un demonio (de lo que por lo general se deduce el término «posesión»); sin embargo, el Nuevo Testamento diría solo que ambos son «endemoniados». Por lo tanto, no es bíblico referirse a todas las personas endemoniadas como poseídas; esto es inadecuado y tiende solo a confundir y molestar emocionalmente a las personas. Prefiero no usar el término «posesión». En vez de eso hablaré de personas seriamente endemoniadas.

El término «endemoniado» se refiere a individuos que se encuentran en varios grados o niveles de esclavitud demoniaca. En todos los casos de esclavitud, las personas están sometidas a ataques periódicos de uno o más demonios que las pueden afectar física, mental y espiritualmente. En la literatura sobre los endemoniados, los términos usados para describir sus más leves formas incluyen influencia, opresión, obsesión y sujeción. Las formas más graves se describen como ataques, asaltos y posesión demoniaca.

En la forma leve, la influencia de espíritus malignos varía desde el hostigamiento hasta clases más extremas de esclavitud. La opresión demoniaca resulta en ceguera y endurecimiento de corazón hacia el evangelio (2 Corintios 4.4), apostasía y corrupción doctrinal (1 Timoteo 4.1; 1 Juan 4.1-3), y permisividad al pecado y conducta deshonrosa (2 Pedro 2.1-12).

La influencia demoniaca puede crear muchos de los mismos problemas espirituales, emocionales y físicos que crea en los seriamente endemoniados, pero no se trata de lo mismo. La diferencia es asunto de niveles: la persona seriamente endemoniada pasa por períodos largos y frecuentes de manifestación demoniaca. Merrill Unger escribe:

En los seriamente endemoniados uno o más espíritus malignos moran en el cuerpo del individuo como casa y a veces toman completa

posesión de él. En esta condición la personalidad y conciencia de la víctima se «desvanece» completamente, y la personalidad del demonio toma el dominio total. Este piensa, habla y actúa a través del cuerpo del poseído.<sup>12</sup>

Los casos de endemoniados seriamente son escasos, mientras que la influencia demoniaca es más común.

## LOS SERIAMENTE ENDEMONIADOS

La sanidad que realizó Jesús del endemoniado gadareno (el nombre de la región y las tradiciones textuales varían en los Evangelios) presenta una ilustración típica de los seriamente endemoniados (Mateo 8.28-34; Marcos 5.1-20; Lucas 8.26-39, al relato de Lucas es al que me voy a referir). En esta historia, cuando los demonios salieron del hombre entraron en un hato de cerdos. El resultado fue la completa sanidad del hombre. Un examen minucioso de este relato revela características que diferencian la enfermedad mental de la leve y sería posesión demoniaca:<sup>13</sup>

1. La persona seriamente endemoniada tiene todavía *algún* control sobre su propia vida. El endemoniado gadareno fue al encuentro de Jesús cuando Él llegaba desde Galilea; el ir al encuentro de Jesús fue quizás una señal de que quería sanidad.
2. Los demonios residentes ejercen influencia periódica, causando a menudo ataques parecidos a los epilépticos con convulsiones y otros síntomas como rigidez, gritos y espuma en la boca. Por ejemplo, cuando el endemoniado gadareno vio a Jesús «lanzó un gran grito, y postrándose a sus pies exclamó a gran voz» (v. 28). Los ataques son algunas veces autodestructivos y pueden durar solo unos pocos minutos o continuar durante varios días.
3. Los espíritus malignos pueden en realidad vivir en una persona severamente endemoniada. La Biblia dice que «muchos demonios habían entrado en él» (v. 30). Ellos

- toman a voluntad casi todo el control del individuo, borrando incluso su conciencia. Algunas veces la persona puede ser incapaz de hablar o escuchar (Marcos 9.25; Lucas 11.14). Se convierte en esclavo y herramienta de los demonios.
4. La persona seriamente endemoniada tiene con frecuencia extraordinaria fortaleza física. «Hacia mucho tiempo que [el espíritu inmundo] se había apoderado de él; y le ataban con cadenas y grillos, pero rompiendo las cadenas, era impelido por el demonio a los desiertos» (v. 29; ver también Hechos 19.16).
  5. La persona seriamente endemoniada proyecta con frecuencia una nueva personalidad. El demonio habla directamente a otros por medio de la persona en que habita. Se refiere a sí mismo en primera persona, los transeúntes en segunda persona y la persona en que habitan es la tercera persona. El hombre se aproximó a Jesús cuando este llegó por primera vez a tierra, entonces el demonio que habitaba en él lo hizo postrarse y rogar a Jesús que no lo atormentara (vv. 27-28).
  6. Una persona seriamente endemoniada tiene una firme resistencia y oposición a Jesús. «¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes» fue lo que dijo el demonio cuando se acercó Jesús (v. 28).
  7. Un individuo seriamente endemoniado tiene a menudo la capacidad de transmitir conocimiento al que la persona en que habita no tiene acceso en su estado normal. El demonio supo inmediatamente quién era Jesús, aunque el hombre nunca antes lo había visto. Reconoció también la autoridad de Jesús para expulsar demonios (vv. 29,31; véase también Hechos 16.16-18).
  8. Las personas seriamente endemoniadas hablan a menudo con voces e idiomas diferentes de los suyos. El hombre «exclamó a gran voz», una extraña manera de hablar (v. 28). He sido testigo muchas veces de personas que hablaban con voces extrañas (por ejemplo, mujeres que hablan como hombres). Más tarde, después que se expulsa un demonio de ellas, ya no hablan más con esas voces.
  9. Las personas seriamente endemoniadas se caracterizan por una moral depravada, dependiendo de la personalidad que habita en ellas. A menudo viven desnudas. Este hombre «desde hacía mucho tiempo ... no vestía ropa, ni moraba en casa, sino en los sepulcros» (v. 27). Toda persona seriamente endemoniada por quien he orado lucha con alguna forma de grave pecado sexual. Muchos luchan contra el abuso de drogas y alcohol.
  10. La liberación inmediata del espíritu inmundo es posible para los seriamente endemoniados. La sanidad es inmediata para quienes su enfermedad mental es causada solo por demonios. Aquellos cuya enfermedad mental tiene otros orígenes tienen que pasar por un largo y costoso proceso de sanidad psicológica. El hombre seriamente endemoniado fue sanado de inmediato y por completo: «Y vinieron a Jesús, y hallaron al hombre de quien habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido, y en su cabal juicio; y tuvieron miedo. Y los que lo habían visto, les contaron cómo había sido salvado el endemoniado» (vv. 35-36).
  11. Por último, cuando los demonios dejan una persona buscan otros cuerpos dónde habitar. «Había allí un hato de muchos cerdos que pacían en el monte; y [los demonios] le rogaron que los dejase entrar en ellos; y les dio permiso. Y los demonios, salidos del hombre, entraron en los cerdos; y el hato se precipitó por un despeñadero al lago, y se ahogó» (vv. 32-33).

William P. Wilson, doctor del centro médico Duke de Durham, Carolina del Norte, describió en el año 1975 un incidente en el cual creyó que había serio dominio demoniaco en uno de sus pacientes. El siguiente documento fue el informe presentado en enero de 1975 ante un simposio patrocinado

do por la Asociación Médica Cristiana en la Universidad de Notre Dame:

Esta mujer de treinta y dos años, y casada por segunda vez, ingresó debido a que sufría de ataques para los cuales se le había tratado con medicamentos anticonvulsivos. Fue examinada en neurocirugía y, después que salieron negativos todos los exámenes, incluso los electroencefalogramas, escanogramas y neumoencefalogramas, se le envió al servicio de psiquiatría. El examen de su estado mental no llamó la atención, y todo el personal comentó que parecía normal hasta que tuvo su primer «ataque».

Ella estaba de pie en la puerta de la sala de estar cuando fue arrojada al piso de manera violenta, quedando su brazo marcado gravemente. La levantaron y la llevaron a su cuarto mientras se resistía violentamente. Cuando llegó el autor [el doctor Wilson], ocho personas la dominaban mientras ella se retorció en la cama. *Su expresión facial era de ira y odio.* La hicieron dormir con sedantes. En las semanas que siguieron la trataron con sicoterapia y se supo que ella había hecho muchos disturbios en el hogar de su infancia, pero como era «linda» la habían malcriado. Se casó con el típico individuo descrito por Jackson Smith como el primer marido de una mujer histérica. Ella «vivía a su manera» y después de su separación y divorcio sus padres la rechazaron. Se volvió a casar y su segundo marido era «bueno» pero no entusiasta. Ella continuó viéndose con los amigos de su «vida a su manera». Comenzó a tener los «ataques» cuando su esposo le ordenó que abandonara sus amigos y fiestas.

El tratamiento sicoterapéutico para la histeria incluía interrogatorios bajo la influencia de amytol sódico que solo agravaban sus ataques. Fue aislada en un cuarto de reclusión lo que le trajo una conducta agresiva, después de la cual le venían estados de mutismo, especialmente cuando se hablaba de temas religiosos. Más impresionante fue el momento en que se pronunció el nombre de Jesucristo, cuando ella entró en trance. En una ocasión mientras se encontraba en coma, en medio de la desesperación se le exorcizó un demonio y sus ataques cesaron. Como consecuencia ella aceptó a Cristo como su Salvador y desde entonces ha estado bien.<sup>14</sup>

A menudo se me pregunta si un cristiano puede estar poseído por un demonio. Si la pregunta fuera: «¿Puede un demonio poseer y tener dominio absoluto de un cristiano?» la

respuesta es no. Pero como ya lo mencioné antes, el concepto de posesión no es bíblico.

Una pregunta más bíblica e importante es: «¿Puede un creyente ser endemoniado?» Creo que tanto los creyentes como los incrédulos pueden ser endemoniados.

Hace dos años conocí a un ex pastor de veintinueve años con graves problemas emocionales y espirituales que se descubrió que eran motivados por enormes influencias demoniacas. Bill (nombre ficticio) era un hijo único que se había criado con sus padres cristianos en la región de los Estados Unidos. Su infancia fue aparentemente normal, convencional y tranquila. Creció en una iglesia evangélica y a los diez años se convirtió a la fe en Cristo en un campamento cristiano. Siendo adolescente Bill sintió que Dios lo llamaba a convertirse en pastor y poco después estaba asistiendo a la universidad bíblica. Se graduó como uno de los mejores alumnos y luego sirvió en varias tareas pastorales provisionales.

Pero al cumplir veintisiete años Bill abandonó el ministerio. Cuando lo conocí, él estaba bajo cuidado psicológico. En realidad fue su psicóloga quien me pidió que hablara con Bill y con ella. La psicóloga había asistido a un curso que dicté en un seminario cercano y pensó que yo podía ayudar a Bill. Él me confesó que tenía un problema de por vida con el deseo de ver pornografía y hacer llamadas telefónicas obscenas. Durante dos de sus pastorados los miembros de sus congregaciones habían descubierto su conducta pecaminosa y se le obligó a renunciar. En ninguno de los casos se trató su problema. Él estaba empleado por una organización importante paralela a la iglesia. Su psicóloga había intentado cambiar su conducta antisocial al tratar con su problema de odio hacia sí mismo, aunque no presentaba progreso. Ella trataba de resolver la consecuencia de todos los problemas, la culpa, en vez de tratar con sus raíces: los demonios.

En nuestra primera cita un demonio se manifestó a través de Bill. Era la primera vez que le había sucedido algo así. La voz y la personalidad de Bill cambiaron, su rostro se contor-

sionó y el espíritu desafió mi autoridad de estar allí. Hasta ese momento Bill había desechado la posibilidad de poder estar bajo la influencia de demonios, puesto que se le había enseñado y creía que en la actualidad los demonios no podían influir a los cristianos. Dije: «Identifíquense». Dijeron que hacían que Bill usara pornografía y practicara la masturbación; ellos causaban su ira y odio a sí mismo. Dije: «En el nombre de Jesús dejen a Bill ahora mismo» (véase Lucas 10.17). Al principio los demonios se resistieron a mis órdenes, por tanto oré más y volví a pedirles que se fueran. Se fueron después de casi treinta minutos de oración. Bill me manifestó que por primera vez en muchos años se sentía libre de las obsesiones de pecados sexuales.

Una semana después nos encontramos de nuevo con Bill debido a que aunque ya no luchaba con el deseo de ver pornografía y efectuar llamadas telefónicas obscenas, sentía todavía mucha ansiedad. Durante esta segunda sesión echamos fuera a los espíritus que ocasionaban miedo, automaltrato y falsa religiosidad.

Hace poco me encontré con Bill. Ya son casi dos años que no se ha visto envuelto con pornografía o llamadas telefónicas obscenas. Aún frecuenta a su psicóloga, pero sus problemas ya no son demoníacos.

Historias como las de Bill dan lugar a otras preguntas con relación a los cristianos y los demonios: «¿Qué protección tiene el cristiano contra la posesión de los demonios?» La respuesta es que tenemos la promesa de una protección absoluta contra ellos (aunque no la promesa de que no nos ataquen) si caminamos en fe y vivimos en justicia. Colosenses 1.13-14 dice: «El cual [el Padre] nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados». 1 Juan 4.4 dice: «Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido [a los espíritus]; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo». Además ahora tenemos nueva naturaleza por medio del Espíritu Santo que

mora en nosotros (Juan 14.16; 2 Corintios 5.17). Somos vasos de la gloria de Dios, no herramientas de Satanás (1 Corintios 6.19).

Sin embargo, los espíritus malignos pueden afectar y hasta controlar a los cristianos si estos viven con serios pecados no confesados. Nuestra situación con los demonios es análoga a la situación con la carne y el mundo. En Cristo somos perdonados y nacidos de nuevo, pero viviremos en pecado si decidimos creer las mentiras del mundo y ceder a nuestra carne. La influencia de los demonios actúa de la misma manera: somos libres del poder de los demonios aunque todavía nos pueden afectar. Aún Satanás tiene que ser «lanzado en el lago de fuego y azufre» y atormentado «día y noche por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 20.10).

La Biblia tiene varias ilustraciones de creyentes que estuvieron endemoniados. En el Antiguo Testamento, Saúl fue un creyente que había profetizado y recibido la unción del Espíritu Santo (1 Samuel 10.1,9-13). Después de pecar (Samuel comparó el pecado de Saúl con la adivinación en 1 Samuel 15.23), Saúl fue atormentado por un espíritu maligno (1 Samuel 16.14). Sus síntomas, ataques de ira, asesinato, temor, adivinación y suicidio, son todos de una persona endemoniada.

El Nuevo Testamento también tiene ejemplos de creyentes endemoniados. En Lucas 13 Jesús sanó a una mujer paralítica a quien describió como «hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años» (v. 16). En otra ocasión Jesús señaló que un «hijo de Abraham» había recibido la salvación (Lucas 19.9), y Pablo escribió en Gálatas 3.7: «Sabed, por tanto, que los que son de fe, estos son hijos de Abraham». Judas fue uno de los doce, pero terminó su vida como un hombre endemoniado (Lucas 22.3). Jesús señaló que Satanás iba a zarandear a Pedro como trigo (Lucas 22.31). El propósito de zarandear era para determinar el buen trigo del malo; Satanás quería zarandear a Pedro para descubrir su punto débil, el sendero demoníaco en su vida. Para Pedro el punto de acceso pudo haber sido su

orgullo (Lucas 22.33) y la negación de Cristo pudo haber sido el resultado de usarse por el demonio (22.54-62). Más tarde Pedro nos advirtió: «Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar» (1 Pedro 5.8).

El Nuevo Testamento enseña que cuando los cristianos viven en pecado se arriesgan a caer en las redes de Satanás. Satanás fue la causa de la muerte de Ananías y Safira cuando los tentó, cayeron y sufrieron las consecuencias de la ira de Dios (Hechos 5.1-11). Pedro dijo: «Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?» (Hechos 5.3). En ese tiempo ellos también eran considerados entre los creyentes mencionados en Hechos 4.32-35.

Los cristianos también pueden endemoniarse si heredan demonios (demonios que pasan de padres a hijos) o por demonios que adquieren por otros medios y que no son expulsados de su vida. Esta era la actitud de la Iglesia primitiva, la que realizaba el rito de exorcismo cristiano en todos los nuevos convertidos y creyentes, niños y adultos. Hipólito (170-236), quizás el más importante teólogo del siglo tercero en la iglesia romana, escribió un ensayo titulado *La tradición apostólica*. En él anima a los candidatos a miembros de la iglesia a ser exorcizados (oraba por la liberación de espíritus malignos) por sus padrinos al final de cada enseñanza semanal, por sus maestros y por sus obispos inmediatamente antes del bautismo (el ritual católico romano del bautismo todavía incluye el exorcismo). La iglesia primitiva utilizaba también el exorcismo en cosas (agua y comida), lugares (especialmente santuarios de iglesias) y personas diferentes a candidatos a la membresía de la iglesia (incluyendo creyentes).<sup>15</sup>

## PUNTOS DE ENTRADA

Los demonios se afianzan de varias maneras en la vida de las personas. La primera, como ya lo mencioné, es el pecado. La ira injusta, el odio a sí mismo y a otros, la venganza, la falta de perdón, la lujuria, la pornografía, el mal uso del sexo, las

perversiones sexuales (como travestismo, homosexualidad, bestialidad, sodomía) y el abuso de alcohol y drogas abren comúnmente la puerta a la influencia demoniaca.

La Biblia menciona en especial el peligro de la asociación con el ocultismo (Éxodo 20.3-5; Levítico 19.31; 20.6-8). Por eso cuando oro por quienes sospecho que están afligidos por espíritus malignos, siempre les pregunto si ellos o algún familiar cercano han estado asociados con el ocultismo o falsas religiones, en especial las orientales. Si alguien se ha asociado con lo oculto es casi inevitable que tenga un problema demoniaco.

Recibí en 1985 la siguiente carta de un pastor de Oregón. En la primera parte narra que él y su esposa recientemente habían orado por el bebé enfermo de una pareja nueva en la iglesia. Su historia continúa así:

El siguiente acontecimiento que ocurrió fue cuando visitábamos otra pareja en Vancouver, Columbia británica. [En la reunión de nuestro pequeño grupo de la iglesia] la madre del bebé por quien habíamos orado se mostró consternada. Empezó a comportarse de manera extraña, diciendo que oía voces que la incitaban a matar a su esposo. El líder y el asistente del grupo comenzaron a orar por ella. En ese momento se iniciaron las típicas manifestaciones de la actividad demoniaca (voces alteradas, ojos y expresiones faciales anormales, entumecimiento del cuerpo, gritos, etc.). Oraron contra la fuente de esas manifestaciones. Después de un rato ella se tranquilizó y parecía ser la persona controlada que conocíamos. La llevaron a su casa porque ella pidió que oraran por ella y por el lugar en que vivía. Una vez allí se dieron cuenta de que estaba asociada fuertemente con el ocultismo. Las manifestaciones [demoniacas] volvieron cuando empezaron a orar. Aparentemente la casa estaba llena de objetos que se habían usado para propósitos ocultistas. Para acortar la historia, ellos estuvieron allí hasta las tres de la mañana. Sus oraciones tuvieron el apoyo de otro ministro que fue llamado por una amiga de la dueña de casa. Él tenía muchos años de experiencia en estos asuntos y pudo expulsar varios demonios de ella. Al día siguiente mi esposa y yo visitamos a la señora para aconsejarla (en realidad yo estaba muy enojado cuando escuché todo este asunto, ya que según mi mentalidad esa era para nosotros el aspecto menos desarrollado

teológica y experimentalmente. Parece que a Dios no le interesaban estas preocupaciones mías). Cuando la entrevistamos y oramos luego por ella me convencí de que esta había sido en realidad una liberación genuina. Oramos por la plenitud del Espíritu Santo ... Ella renunció por completo a cualquier asociación con el ocultismo y destruyó todos los objetos ocultistas. En este momento comprendí mejor por qué su bebé se había aquejado tan repentinamente unos días atrás. Hay muchos asuntos relacionados con este ministerio que no entendemos. Por ejemplo, al día siguiente que fuimos a hablar con ella, no recordaba nada de lo que había pasado la noche anterior.

Los demonios pueden también ganar el acceso a hombres y mujeres a través de los pecados cometidos contra ellos. «Yo soy Jehová tu Dios», dicen los Diez Mandamientos, «fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen» (Éxodo 20.5). Aunque esto no significa que los demonios pasan siempre de una generación a otra, en algunos casos sí puede ocurrir. Por ejemplo, los individuos contra quienes han pecado sexualmente por lo general tienen graves problemas demoniacos. Setenta por ciento de los hijos de alcohólicos se vuelven alcohólicos; creo que en muchos casos la influencia demoníaca contribuye a su problema.

He percibido muchas veces que la causa de enfermedades físicas y emocionales en las personas son espíritus que se han transmitido de sus padres. Las maldiciones expresadas por parientes, maestros y amigos pueden también ser caminos para la influencia demoníaca, así como toda clase de hechicería practicada por otros contra confiados individuos. Los traumas, tales como violación, abandono de los padres y accidentes graves crean también temores y pánicos que son vías para los demonios.

Además, mi opinión es que hasta cuando regrese Cristo viviremos en territorio enemigo, un mundo pecaminoso vinculado con el terror de Satanás. Por lo tanto, no debíamos sorprendernos de la extensión de hechos diabólicos y su influencia.

## NUESTRAS ARMAS

Hasta ahora he pintado un cuadro desalentador de circunstancias de los cristianos. Nuestro astuto y poderoso enemigo está en todas partes, buscando siempre destruirnos con sus muchos medios. Estas son malas noticias. Pero las buenas nuevas es que Cristo nos ha preparado adecuadamente para la batalla.

Nuestras armas se describen en Efesios 6.10-18:

Por lo demás hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.

La palabra griega traducida «por lo demás» al principio de este pasaje se pudo traducir fácilmente «en lo sucesivo» o de «aquí en adelante». Quizá Pablo advertía a los efesios que hasta la venida de Cristo no habría cese en las hostilidades de Satanás, ni siquiera una tregua temporal. Todo el universo es un campo de batalla en el que se encuentran astutos e ingeniosos gobernadores, autoridades, poderes y fuerzas espirituales del diablo, todos ellos nombres para diferentes clases de espíritus malignos.

Pablo estaba preso cuando escribió la Epístola a los Efesios (3.1; 4.1). En esta epístola se llama a sí mismo «un embajador en cadenas». La costumbre de la época era encadenar a los prisioneros por la muñeca a un soldado romano. Puedo ima-

ginar a Pablo orando por cómo equipar a los efesios para la guerra espiritual, entonces mirando la armadura del soldado para una analogía perfecta. Primero les dice que se fortalezcan «en el Señor, y en el poder de su fuerza», es decir, que confíen en la fuerza del Señor y no en la suya propia. Luego los exhorta a vestirse «de toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes» (6.13); es decir, les dice que deben cooperar con Dios en la lucha contra las fuerzas del maligno. La capacidad divina y la cooperación son las claves para vencer las fuerzas del diablo. Pablo emplea seis piezas del equipo como analogías para las armas espirituales (mas otra que no tiene equivalente en la armadura romana):

1. *Ceñirse con la verdad*. El soldado romano usaba un cinturón para arremangar su túnica, esta era la primera pieza de su armadura que se colocaba. Esto le aseguraba que podría pelear sin el impedimento de una prenda de vestir al aire. Otro uso del cinturón era sostener sus armas, tanto la espada grande como la pequeña. Pablo dice que el cinturón del cristiano es la verdad; con ella podemos movernos libre y rápidamente. Ceñirse la verdad de Dios significa vivir fuera de este mundo (ser sinceros en nuestra fe, y no llenos de hipocresía religiosa). Por lo tanto, «ceñirse con la verdad» se refiere al carácter e integridad cristianos, un estilo de vida que se ajusta a las Escrituras. El carácter, no la fuerza bruta, es el primer paso para ganar la batalla contra Satanás.

2. *La coraza de justicia*. La coraza cubría tanto el frente como la espaldas del soldado. Era una importante pieza del equipo que le protegía el corazón. Proverbios 4.23 dice: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida».

En Efesios 4.24 y 5.9 Pablo utiliza la justicia para referirse al levantamiento del carácter y la conducta. La justicia es ante todo una condición del corazón, y este es el que determina el curso de nuestra vida. El buen carácter, no las palabras, es la mejor defensa contra las acusaciones.

3. *Calzados los pies con el apresto del evangelio*. Los soldados romanos usaban calzado protector y de apoyo. Atadas a sus tobillos y canillas con correas ornamentales, sus botas los equipaban para largas marchas y le daban una postura sólida. Pablo resalta dos puntos. En primer lugar, debemos estar preparados para hablar del evangelio de paz en todo momento. Eso significa saber cómo hablar a otros acerca de Cristo y ser sensibles a la guía del Espíritu Santo en situaciones específicas. En segundo lugar, los cristianos podemos pararnos firmes en el evangelio de la paz, es decir, debemos estar siempre espiritualmente preparados para hablar del evangelio porque nuestra paz está con Dios.

4. *El escudo de la fe*. El escudo al que aquí se refiere es el más grande de los dos que portaba el soldado romano. Medía normalmente metro y medio de alto por ochenta centímetros de ancho y tenía forma ovalada. Consistía de dos capas de madera unidas y cubiertas de cuero. El soldado podía plantar el escudo y agacharse detrás de él.

Los misiles incendiarios («flechas encendidas») eran armas peligrosas en esa época. Se sumergían en brea, se prendían y se lanzaban contra el enemigo. Con frecuencia antes de la batalla los soldados sumergían sus escudos en agua para extinguir más fácilmente las flechas llameantes.

Cuando tomamos en serio la Gran Comisión y vamos a la ofensiva contra el reto de Satanás, la lucha empieza con flechas flameantes. Nos ataca y ataca todo lo relacionado con nosotros: nuestra iglesia, cónyuge, hijos, negocios, etc. Nuestro escudo contra estos ataques es la fe, la creencia en la capacidad de Dios para protegernos y la confianza en su palabra.

5. *El yelmo de la salvación*. Esta pieza del equipo estaba generalmente hecha de bronce resistente o de aleación de hierro. A menudo tenía una visera puesta con bisagras para añadir protección. Ninguna clase de hacha podía penetrarla. Protegía, desde luego, la cabeza. La cabeza es la base de nuestra vida intelectual. Muchos cristianos están incapacita-

dos porque no saben cómo proteger su vida intelectual. Satanás nos bombardeará con temor, odio, recelo, depresión, desconfianza y otras distracciones mentales.

El yelmo del cristiano, nuestra protección, es la salvación, que es liberación del diablo. Nuestra salvación proporciona el perdón de los pecados del pasado y la fortaleza para vencer los pecados del futuro. A medida que confiamos en nuestra salvación y agradecemos a Dios por ella, se protege nuestra vida intelectual, tanto por nuestro perdón como por la confianza en sus bendiciones futuras.

6. *La espada del Espíritu.* Esta pieza de la armadura es la única que se puede utilizar tanto para atacar como para defendernos. La clase de espada a la que se refiere era un instrumento parecido a un cuchillo de treinta a treinta y cinco centímetros de largo cuya punta era aguda y cuya afilada hoja podía cortar en cualquier dirección. Se usaba en la lucha cuerpo a cuerpo. El soldado romano buscaba aberturas en la armadura del contrincante y entonces atacaba con su espada.

La Palabra de Dios es la espada del cristiano. Es nuestra arma defensiva contra el pecado y ofensiva contra la invasión demoniaca. Hay dos términos griegos que por lo general se traducen «palabra»: *logos* y *rhema*. Pablo usa *rhema*, que en este versículo significa palabra hablada. Aquí él se refiere a las palabras habladas por el poder del Espíritu para asistirnos en nuestra defensa contra el enemigo. Esto es exactamente lo que Jesús hizo cuando enfrentó a Satanás y los demonios: los reprendió y los expulsó.

7. *Orar en el Espíritu.* Aunque se menciona de última y no se parece a ninguna pieza de la armadura romana, esta es quizá la más grandiosa arma del cristiano. Pablo nos invita a la oración continua, intensa y desinteresada que es controlada por el Espíritu.

En resumen, vivir lo más lejos posible del pecado (evitando en especial la asociación con el ocultismo) y vivir tan uniformemente como sea posible en el poder del Espíritu Santo son las más grandes fuerzas disuasivas para la influen-

cia demoniaca. Se nos ha dado total autoridad sobre los demonios. Pero esto no quiere decir que el encuentro con ellos nos deba agarrar por sorpresa. Dios nos ha preparado para la batalla y espera que usemos toda la armadura para el avance de su reino.

## LA DERROTA DEL ENEMIGO

Casi ninguno de los endemoniados está consciente de su situación, pero hay muchos síntomas presentes en ellos que nos ayudan a identificar a los demonios. Aquí es necesario advertir: *la presencia de uno o más de estos síntomas indica la posibilidad, aunque no la seguridad, de que la persona está endemoniada.* No todos los síntomas que parecen demoniacos lo son. Por experiencia propia he observado que casi ninguno de los que afirma estar endemoniados lo está. Tenga eso en cuenta mientras lee la siguiente lista incompleta de síntomas:

1. Reacciones físicas con contorsiones, especialmente cuando se presenta el poder del Espíritu Santo, como un culto de adoración o reunión de oración;
2. Adicción a drogas y alcohol;
3. Un problema con compulsiones tales como trastornos en el comer, lujuria, fornicación, pornografía, masturbación, homosexualidad, robo, asesinato, mentira o suicidio;
4. Esclavitud a emociones como temor, depresión, ansiedad y furia;
5. Esclavitud a emociones pecaminosas como odio por sí mismo, inclemencia, amargura, resentimiento y desprecio;
6. Enfermedad física crónica, en especial las que han estado en la familia por varias generaciones;
7. Una historia de asociación con el ocultismo;
8. Una historia familiar perturbadora que incluye, por ejemplo, incesto, alcoholismo y varias formas de maltrato infantil.

Tal vez a medida que haya leído este capítulo haya empezado a sospechar que tiene un problema demoníaco. Si es así, hay algo que usted mismo puede hacer ahora. El alivio de la esclavitud de los demonios se llama liberación. Michael Scanlan y Randall Cirner describen cuatro clases de liberación. La primera es personal o autoliberación, «cuando la esclavitud se rompe por el individuo, sin una sesión especial del ministerio».<sup>16</sup> Si usted sospecha un problema personal con los demonios, lo animo a que siga ahora mismo estos pasos:

1. Vuélvase a Cristo con fe, entregando todo aspecto de su vida a su señorío.
2. Confiese y renuncie a la esfera de pecado y tentación con la que ha tenido dificultades.
3. Tome la autoridad y el poder que le corresponde en Cristo y ordene salir a cualquier espíritu que sienta presente. Esto se puede hacer con una sencilla oración como: «En el nombre de Jesús te ordeno, espíritu de [temor, homosexualidad, etc.] que salgas de mi vida y permanezcas fuera de ella».
4. Destruya todos los objetos asociados con la esfera de pecado con que está luchando, sobre todo objetos y libros sobre ocultismo.

Algunas personas están demasiado endemoniadas para que la autoliberación sea efectiva. Necesitan otras clases de liberación. La liberación fraternal ocurre cuando hermanos y hermanas cristianas ayudan a expulsar demonios. La liberación pastoral, ministerio de pastores, es útil en casos más graves de posesión de demonios. En estos casos hay por lo general la necesidad de seguir cuidado pastoral después que la persona se haya liberado. La última clase de liberación viene de personas a las que Dios les ha dado «dones especiales de discernimiento, revelación y autoridad para vencer a Satanás y los espíritus malignos en sus más profundos niveles de actividad».<sup>17</sup> En la tercera parte tengo más que decir acerca de

las tres últimas clases de liberación, donde describo cómo ayudar a otros que necesitan liberación.

## 7. Sanidad del cuerpo

De las diferentes clases de sanidad humana, la sanidad divina de las condiciones físicas es la más difícil de creer para la mayoría de las personas en la civilización occidental.

Esto no significa que la sanidad física sea en realidad más difícil que la espiritual. No hay milagro más grande que el perdón de los pecados. El problema para la mayoría de las personas es la *verificación* de una sanidad. Cualquiera puede decir: «Tus pecados están perdonados» y no tener que preocuparse por ninguna demostración de los efectos de las palabras; ¿cómo se mide el perdón? Pero la expresividad no es un problema al decir: «Sé sano de tu parálisis». Tal información se puede probar o desmentir basándose en el resultado de la oración: si la persona camina existe la probabilidad de que se haya sanado.

Por supuesto que los escépticos también pudieran decir que incluso la capacidad del parálítico para caminar después de la oración por sanidad solo prueba que fue «curada» una *aparente* parálisis, o que una parálisis real fue sanada por razones diferentes de la intervención sobrenatural. George Bernard Shaw resaltó esto en una ocasión. Mientras visitaba la ermita de Lourdes en Francia, le mostraron a Shaw un montón de muletas abandonadas por quienes ya no las necesitaban para caminar. Él comentó que unas pocas piernas de madera habrían sido más convincentes.

Esta fue precisamente la situación de Jesús en Marcos 2, cuando pronunció el perdón de los pecados del parálítico y los escribas lo retaron inmediatamente al preguntar: «¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?» Jesucristo respondió aceptando el reto:

¿Qué es más fácil, decir al parálítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al parálítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa» (vv. 9-11).

Según la fe judía, solo Dios podía perdonar pecados. Que un hombre perdonara pecados era blasfemia y merecía castigo de muerte, de preferencia por apedreamiento (véase Levítico 24.16). Su problema fue que no reconocieron que Jesús era Dios y que como Dios tenía la potestad de perdonar pecados.

Pero Jesús retó los razonamientos y la ceguera de los escribas al sanar al parálítico. Esto significó que se les obligó a admitir que el milagro más grande de perdón de pecados también había ocurrido y que el reclamo de la deidad de Jesús era verdadera. Sin embargo, la ceguera espiritual es poderosa, llena de incredulidad y odio a las personas; los escribas se negaron a aceptar la revelación de la deidad de Jesucristo o, como consecuencia, sus milagros de perdón y sanidad.

Los fariseos y los escribas sostenían una teología bien desarrollada de perdón de pecados, basada en el sistema expiatorio del Antiguo Testamento. Cuando Jesús pronunció el perdón al parálítico, retó las prácticas y prejuicios religiosos de fariseos y escribas. Estaban amenazados y reaccionaron a la defensiva, sin reconocer que Jesús era en efecto el cumplimiento de su sistema. Al mismo tiempo la teología, práctica y experiencia de los escribas *no* excluía la sanidad divina. Su preocupación no era el interrogante de la posibilidad de milagros; ellos cuestionaron la fuente y significado de los milagros de Cristo y cómo los milagros apoyaban o debilitaban su sistema teológico. Por lo tanto, intentaron atrapar a Jesús al lograr que Él realizara un milagro en el día de reposo (véase Lucas 14.1-14); de este modo Jesús violó su interpretación del día de reposo, así que podían invalidar su obra.

Los cristianos occidentales son incrédulos acerca del entendimiento del perdón por parte de los escribas, pero sospecho que los escribas no estarían menos incrédulos acerca de

la actitud de muchos cristianos occidentales hacia la sanidad divina. La ironía es que la actitud de los escribas judíos hacia la sanidad divina demostrada por una fe más grande de la capacidad de Dios para obrar sobrenaturalmente era mayor que la que tienen muchos cristianos occidentales hoy día. A menudo estos cristianos niegan la *posibilidad* de los milagros; ellos no tienen teología, modelo, práctica o experiencia con la sanidad divina, por lo tanto la rechazan de igual manera que los escribas negaron el perdón de Cristo.

Mi opinión es que la mayoría de los occidentales, incluso los cristianos, no piensan con sensatez acerca de la sanidad física. En vez de eso reaccionan con sospecha a cualquier modelo novedoso de práctica que sugiere cambiar su entendimiento corriente. Con la sanidad divina la mayoría de los cristianos occidentales tienen pocos modelos en la Iglesia y muy escasas experiencias positivas.

## CATEGORÍAS DE SANIDAD

La Biblia tiene buenas y malas noticias acerca de nuestras afecciones físicas. La mala es que uno de los resultados de la caída fue que la muerte entró en el género humano. Los sufrimientos físicos de la enfermedad, accidentes, trastornos hereditarios y por último la muerte afectan a todos los seres humanos. Los efectos de la caída son tan profundamente contrarios a las intenciones de Dios para nosotros que Pablo escribe: «Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo» (Romanos 8.22-23).

Las buenas nuevas es que a través de la resurrección corporal de Cristo se nos asegura la inmortalidad. «He aquí», dijo Pablo a los cristianos en Corinto, «os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta;

porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados» (1 Corintios 15.51-52).

También hay buenas nuevas mientras aún estamos en la tierra. La Biblia tiene ejemplos de sanidad en muchas clases diferentes de enfermedad, aunque las palabras que se usan para describir estas enfermedades no son las mismas que comúnmente se usan en la medicina moderna. El Antiguo Testamento tiene ilustraciones de sanidad divina del cuerpo como ya lo comenté en el capítulo 2 (véase también el apéndice C). En el Nuevo Testamento, los Evangelios tienen veintiséis relatos de sanidad física de individuos. El libro de Hechos tiene cinco. Pero la sanidad física se menciona solo casualmente en las epístolas (en dos de las cuatro listas de dones: 1 Corintios 12.8-11,28-30). Santiago 5.13-16 es el único pasaje en que encontramos instrucciones específicas sobre cómo orar por los enfermos. Hay varias razones para la disminución del énfasis de la sanidad divina en las epístolas. La primera y más importante es que la información sobre la sanidad no tiene que ser repetitiva para que podamos entenderla. No hay nada en las epístolas que nos lleve a modificar las enseñanzas del Evangelio sobre la sanidad. ¿Por qué se pretende que las epístolas digan algo sobre el tema de la sanidad? ¿No son adecuados los Evangelios y Hechos? Si la sanidad se enseña en un lugar no se tiene que enseñar en otro. Las epístolas no alteran lo que ya es parte de la revelación en los Evangelios. Orar por los enfermos se daba por sentado en la época en que las epístolas se escribieron. En Santiago 5 y 1 Corintios 12 no hay indicios de que la sanidad divina fuera polémica o divisoria en la iglesia primitiva.

Los domingos por la mañana he predicado sobre sanidad en la Comunidad Cristiana Vineyard de Anaheim solo tres veces en los últimos tres años. ¿Por qué? Porque la oración por sanidad divina es parte normal de la vida de nuestra iglesia, disponible a veces todos los días de la semana por parte de varios miembros de la iglesia (por supuesto que los nuevos

miembros necesitan conocer acerca de la sanidad y para ellos ofrecemos un curso en nuestro centro de capacitación semanal).

Además, hay muchos ejemplos de una sección de la Biblia que supone profundo conocimiento por parte de los lectores sobre temas tomados de otra sección. Por ejemplo, Hebreos 6.1-2 se refiere a «los rudimentos de la doctrina de Cristo» y a «la doctrina de bautismos»; el escritor supone conocimiento acerca del bautismo que se encuentra en los Evangelios. La sanidad no es el único tema importante que disminuye en las Epístolas. Hay muy poca enseñanza acerca de la evangelización e inicio de iglesias. A diferencia de los Evangelios, las Epístolas tienen mucho que decir sobre la vida de la Iglesia, la moral cristiana, la obra de la cruz y patrones de comunicación. ¿Por qué? Porque el enfoque primordial de los Evangelios es engendrar nuevos cristianos, mientras el enfoque primordial de las epístolas es elevar el nivel de madurez espiritual en los cristianos. En mi libro anterior *Evangelización de poder*, discuto que los dones espirituales, en especial la sanidad, fueron importantes para la evangelización eficaz. No es de maravillarse que la sanidad divina se describa más abundantemente en los Evangelios.<sup>1</sup>

Al mirar en los Evangelios y Hechos descubrimos tres categorías de sanidades en el Nuevo Testamento; dos de ellas son físicas y una tercera (enfermedad mental) tiene a menudo causas físicas o síntomas relacionados:<sup>2</sup>

1. *Trastornos orgánicos* son aquellos en los que un médico puede observar o detectar daños a los tejidos o estructura del cuerpo. Los trastornos orgánicos incluyen defectos congénitos (defectos de nacimiento como el síndrome de Down o enfermedades congénitas del corazón), infecciones, lesiones traumáticas (como fracturas), trastornos tóxicos (los causados por contacto con agentes tales como drogas, productos químicos, contaminantes, etc.), desórdenes endocrinos (por ejemplo, problemas de las glándulas tiroideas y adrenales), trastornos oncológicos (tumores benignos y malignos), tras-

tornos degenerativos (crisis del sistema debido a la edad como, por ejemplo, la osteoartritis) y la enfermedad cardiovascular (por ejemplo, ataques y enfermedades cardíacas). Los trastornos orgánicos pueden ser el resultado de problemas del estilo de vida (el fumar, por ejemplo) que en muchas ocasiones lleva a crónicas enfermedades obstructivas de los pulmones, enfermedades cardíacas y cáncer.

En los ejemplos bíblicos de trastornos orgánicos se incluyen fiebres (Mateo 8.14; Marcos 1.30; Lucas 4.38; Juan 4.52); heridas por cortadas (Lucas 22.50); enfermedades del sistema nervioso como parálisis (Mateo 9.2; Marcos 2.3; Hechos 8.7; 9.32-35) y ceguera (Mateo 9.27, 20.30; Marcos 8.22; Juan 9.1; Hechos 9.8-9,17-19); sordera y tartamudez (Marcos 7.32); y heridas mortales (Hechos 20.9). La mayoría de las sanidades de Jesús rectifican las condiciones de esta categoría.

El siguiente es un típico informe de sanidad de un trastorno orgánico:

6 de julio de 1986

Querido pastor Wimber:

Voy a relatarle una historia sobre la asombrosa y amorosa gracia de Dios, que se produjo debido a su última venida en marzo de 1984. El viernes en la noche, cuando usted estaba predicando, había una joven madre con su nenita de cuatro años y medio en la primera fila. La niña nació con un terrible daño cerebral y era microencefálica, lo que significa que no podía tener todo su cerebro. Malfuncionaba totalmente, no se podía alimentar por sí misma, ni siquiera se chupaba el dedo. Era incapaz de hablar y su cuerpo era un constante despliegue de terribles desfiguraciones, contorsiones y movimientos sin sentido a excepción de algunas horas que descansaba en las noches. Sus brazos y piernas eran rígidamente espasmódicos, sus ojos estaban por lo general en blanco y no podía sostener la cabeza erguida ni por un instante. Esa noche Dios nos dijo claramente a cuatro personas del público y a mí que quería sanarla.

El nombre de la niña era Tina. El miércoles siguiente la recogimos con su familia para ver lo que el Padre iría a hacer. Nosotros cinco pudimos testificar con claridad el hecho de que inequívocamente Dios nos había dicho que la sanaría, y por lo tanto nos pusimos a

clamar en el nombre de Jesús y para la gloria del Padre. Eso inició una serie de acontecimientos milagrosos. Primero que todo empezamos a notar cambios inmediatos en Tina. Los movimientos sin sentido cesaron en tres semanas. La rigidez de brazos y piernas comenzó a disminuir de manera muy visible y en cuatro o cinco semanas dejó de babear; los movimientos de sus ojos se volvieron casi normales y ella estaba muy atenta a todo lo que sucedía a su alrededor. Ahora se chupa el dedo, algo que nunca había hecho desde su nacimiento ... Está empezando a usar las piernas de manera sincronizada y a gatear levemente. Se puede impulsar a sí misma en la sala, una distancia aproximada de cuatro a cinco metros. Está intentando sentarse por sí misma. Tenía el desagradable hábito de morder a todos, hábito que ya no tiene. Asiste a una escuela especial para niños minusválidos con daños en el cerebro y las notas de los maestros son una cronología exacta de este milagro.

El milagro de milagros, sin embargo, está sucediendo en la familia. Tres semanas después que empezamos a orar, Debbie (la madre de Tina) aceptó a Cristo como su Salvador. Eso es absolutamente asombroso si se consideran sus traumatizantes experiencias. Violada de niña, violada y maltratada de joven, casada con un alcohólico, traumatizada horriblemente por el nacimiento de su anormal criatura y por tener que enfrentarse con la horrible responsabilidad de criarla sola; por tener que proveer para ella y para sí misma, siendo cada vez más rechazada por el mundo. En fin, ella fue transformada milagrosamente y hace dos semanas tuvimos el privilegio de bautizarla junto con otros dos sus familiares ...

Su hermano en Cristo,  
Dr. James R. Friend,  
Bakersfield, California

El doctor Friend describe con gran detalle los trastornos orgánicos de Tina, pero la sanidad espiritual y emocional de su madre fue aun más grande. Aquí Dios utilizó una enfermedad física para evangelizar a la familia.

2. *Los trastornos funcionales* son los que delatan que en definitiva hay una alteración de la forma en que funciona el cuerpo, pero el órgano u órganos afectados parecen normales en su estructura. El motor de un automóvil ofrece una gran

analogía para entender la diferencia entre trastornos orgánicos y funcionales. Una bujía defectuosa que afecta el rendimiento del motor es como un trastorno orgánico; un motor acelerado, aun cuando todos sus componentes estén en buenas condiciones, es como un trastorno funcional.

Los trastornos funcionales son a menudo difíciles de diagnosticar y frustrantes de tratar. Un médico cristiano comenta: «Los médicos tienen grandes dificultades con las afecciones funcionales, es decir, aquellas en que no hay una patología identificable. Por ejemplo, un paciente que se queja de muchos dolores, retortijones o jaquecas».<sup>3</sup>

En los ejemplos de trastornos funcionales se incluyen algunas clases de dolores de cabeza, dolores de espalda, trastornos estomacales y alta o baja presión sanguínea. Uno de los trastornos funcionales más comunes es el molesto síndrome del inodoro, en el cual durante muchos años el paciente puede sufrir periódicos retorcijones abdominales.

La Biblia no habla de sanidades de trastornos estomacales y de dolores de cabeza, aunque es posible que muchos trastornos funcionales fueran sanados cuando Jesús ministró a grandes multitudes (Mateo 4.24; 8.16; Marcos 1.32,39; 3.10-12; 6.13; Lucas 4.41; 6.18; 7.21).

En abril de 1986 recibí este informe de D.M., un veterano de Vietnam que hace poco asistió a un cursillo sobre sanidad dirigido por Bob y Penny Fulton en la Comunidad Cristiana Vineyard de El Atascadero (California):

Sábado  
¡Ningún dolor de cabeza!

[Durante el tiempo de ministración] subí y caminé hacia Bob [Fulton] y le pregunté cuál era mi problema.

Bob tomó a alguien de su equipo y a algunos de mis amigos, incluyendo a mi esposa, para orar por mí. Le expliqué lo de mis dolores de cabeza, de cómo algunas veces duraban hasta seis días seguidos y cómo me encantaría librarme de ellos.

Ellos comenzaron a orar y no me pareció que sucediera nada. Me preguntaron cómo me sentía y dije [que no sentía] nada, por lo que

oraron más. Ataban cosas como al espíritu de temor y al de opresión, y pidiendo al Espíritu Santo que llegara, tomara posesión y manifestara qué o quién podría estar relacionado con la razón de mis dolores de cabeza.

Me preguntaron de nuevo qué había sentido o visto. Esta vez vi una cabaña de paja parecida a las del Vietnam y me vi chorreando sangre; la sangre de otras personas. Sabía que era el responsable de esa sangre. Vi palabras que flotaban alrededor y que iban y venían, disparándose como rayos.

Para ese momento ya estaba perdiendo el control, gimiendo y perdiendo el equilibrio (estábamos todos parados en círculo). Así que me sentaron y alguien salió en busca de ayuda ... Se mantuvieron preguntándome cómo me sentía, qué veía, qué estaba haciendo exactamente ahora y todo sucedía tan rápido que no podía mantenerme al tanto. Por ejemplo, me veía llegando a un helipuerto en un helicóptero o prendiéndole fuego a una villa o disparando en medio de la hojarasca del arroz, estaba disparando, disparando, disparando.

Las palabras que veía ir y venir, primero rápido de arriba abajo, luego despacio, en todas las direcciones que se pueda imaginar eran palabras como muerte, odio, asesino, etc. Sin importar qué veía u oía, siempre me podía ver con sangre que chorreaba de mí. Parecía que saliera de todo mi cuerpo, sobre todo de las manos.

Todo esto parecía continuar por siempre y en el fondo podía escuchar al equipo del ministro orando ... en poder. Ellos me preguntaban algo y yo les respondía algo, luego se referían a algo en particular y me ayudaban a tratar con eso usando la Palabra de Dios y mucho amor y paciencia. Hacían esto una y otra vez, haciendo siempre que pidiera perdón a Dios, que me perdonara a mí mismo y que pidiera perdón por los que había herido aun cuando ya no vivieran.

Cada caso fue llevado ante la cruz, clavado en ella o tendido a los pies de la cruz. En cierto momento Dios me dio una visión de su reino bañado en luz dorada. Tomó mis manos que chorreaban sangre y marcó su cruz en ellas. Tomó los nombres que yo me había dado, como asesino y odio, y me dio uno nuevo que es «Dador de vida». Me bendijo una y otra vez, una y otra vez ...

Mi deseo para mi familia y para mí es ser utilizables para Dios y luego ser usados por Él.<sup>4</sup>

Algunas personas piensan que hoy día casi toda sanidad cristiana cae en esa categoría (o en la esfera de la enfermedad mental, que de ninguna manera asocian con los demonios). Puesto que las enfermedades funcionales no se pueden diagnosticar como si tuvieran causas orgánicas, se concluye que su sanidad tampoco se puede atribuir sencillamente a las influencias psicológicas. Pero ¿qué pasaría si muchos trastornos funcionales tienen en realidad orígenes psicológicos? ¿No puede el Espíritu Santo traer sanidad psicológica que resulte en sanidad física? ¿No son acaso reales los trastornos físicos? La sanidad física de D.M. parece estar relacionada con el daño psicológico y espiritual de su experiencia en Vietnam; no obstante, la obra del Espíritu Santo llevó a destapar la causa y traer el perdón de Dios, su verdad y su poder sanador sobre él. Como resultado de su sanidad psicológica y espiritual, sus dolores de cabeza también desaparecieron al mismo tiempo.

Aun cuando el origen de un trastorno funcional sea psicológico en su origen, el Espíritu Santo puede aún ser el agente de sanidad. El Espíritu Santo tiene la capacidad de esclarecer los trastornos en todos los aspectos de nuestra vida, incluso los complejos trastornos psicósomáticos.

3. *La enfermedad mental.* Las perturbaciones emocionales y de personalidad en la enfermedad mental resultan de males del cerebro, factores emocionales o posesión de demonios. Jesús normalmente sanó enfermedades de esta categoría. En ella se incluyen:

- Trastornos esquizofrénicos en los que se encuentran problemas de comunicación oral, falsas ilusiones (tales como individuos que creen que otros le siembran ideas en la cabeza), alucinaciones (en particular escuchar voces que vienen del exterior), emociones embotadas y pérdida de contacto con la realidad y con los demás.

- Trastornos paranoicos, los que incluyen delirios de persecución y celotipia.

- Trastornos afectivos, entre los que están las perturbaciones del estado de ánimo caracterizadas por grandes depresiones o manías.

- Trastornos de ansiedad, que incluyen las fobias (tales como miedos intensos e injustificados a objetos o personas), trastornos generalizados de ansiedad y trastornos obsesivo-compulsivos.

- Trastornos somáticos, que son los que no tienen causa psicológica conocida e incluyen múltiples quejas físicas para las cuales las personas toman medicinas o consultan médicos; pérdida de la función sensorial o motora como la parálisis o la ceguera; dolores agudos y prolongados y la interpretación incorrecta de sensaciones físicas menores como enfermedades serias (un ejemplo de estos trastornos [provisto por un médico] sería la repentina parálisis de las piernas de una joven cada vez que se ve bajo condiciones de estrés).

- Trastornos disociadores, que incluyen la amnesia, fuga (en que una persona repentina e inesperadamente viaja a una nueva localidad, establece una nueva vida y se olvida de su identidad anterior) y múltiples personalidades.<sup>5</sup>

John Wilkinson señala que en muchos casos de la Biblia las condiciones físicas agudas se asociaban con problemas demoniacos y emocionales: epilepsia (Marcos 1.26; Lucas 4.35); manías graves (Mateo 8.28; Marcos 5.2-7; Lucas 8.29); mutismo (Mateo 9.32-33) y mutismo acompañado de ceguera (Mateo 12.22).<sup>6</sup>

Las causas de la enfermedad en estas tres categorías (orgánica, funcional y mental) son bastantes complejas. El origen de la enfermedad física puede ser demoniaco, emocional, espiritual (del pecado), psicológico o químico.

## DIOS SANA

Los ejemplos bíblicos de sanidad nos enseñan mucho acerca de cómo actúa la sanidad física. En 2 Reyes 5.1-15 leemos que Naamán, general del ejército del rey de Siria (probablemente una referencia a Ben-Hadad II, 853 a.C.), fue sanado

de lepra, un trastorno orgánico. Por una esclava judía supo que las personas sanaban a través del profeta Eliseo (v. 2). Naamán recibió de su rey autorización y muchísimos regalos para viajar a Samaria en busca de sanidad (v. 6).

Cuando finalmente encontró a Eliseo, Naamán cometió dos equivocaciones en la búsqueda de sanidad. En primer lugar, pensó que podía comprar su sanidad (v. 15). Eliseo se negó a aceptar nada de Naamán, aun después que este sanara.

Es común que a las personas que Dios unge con sanidad se les ofrezcan regalos. Mi política es nunca aceptar regalos por sanidad. La codicia y el materialismo son tal vez las causas más comunes de anulación de muchos hombres y mujeres con ministerios de sanidad.

Trágico es el daño hecho por los sanadores de fe a quienes se les ha sorprendido viviendo en la opulencia, racionalizando su riqueza material como señal de «bendición de Dios». Cuando oro porque Dios dé a las personas ministerios de sanidad, siempre los alecciono a *nunca* aceptar dinero por la sanidad.

El segundo error de Naamán fue suponer que Eliseo oraría por él de cierta manera: «He aquí yo decía para mí: Saldrá él [Eliseo] luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzaré su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra» (v. 11). Eliseo le había mandado que se bañara siete veces en el Jordán. Naamán se enojó; su orgullo casi le costó la sanidad: «Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? Si me lavare en ellos, ¿no seré también limpio?» (v. 12). Por supuesto que la respuesta fue no, porque la fuente de sanidad no era el agua de un río específico, sino Dios que le ordenaba obedecer. Eliseo lo instruyó que se lavara siete veces en el Jordán como acto de fe.

Afortunadamente para Naamán sus siervos razonaron con él, y hubo un cambio en su corazón. Se humilló, se zambulló siete veces en el Jordán y al instante «su carne se volvió como la carne de un niño» (v. 14). Por último, su sanidad física creó en él un corazón para Dios. Naamán le dijo a Eliseo: «Ahora

conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel» (v. 15).

Historias como la de Naamán no se limitan a los tiempos bíblicos. Hace varios años un joven de la Comunidad Cristiana Vineyard de Anaheim estaba en una cafetería sentado cerca de un anciano que sufría de grave parálisis en las manos. El temblor del anciano era tanto que regaba la comida cuando trataba de comer. Lleno de compasión, el joven caminó hasta él, agarró las manos del hombre y dijo: «Jesús sanará esto». El temblor cesó inmediatamente. Todos en la cafetería miraron mudos de asombro. Entonces el joven dijo: «Ahora Jesús sanará su corazón así como sanó sus manos». Poco después el anciano estaba orando de arrepentimiento y fe en Cristo.

### ¿QUÉ DEL TRATAMIENTO MÉDICO?

En 2 Reyes 20.1-11 leemos acerca de la sanidad de Ezequías, quien fue rey de Judá entre el 729 y 687 a.C., después que Jerusalén fuera milagrosamente perdonada por el ejército asirio, Ezequías «cayó enfermo de muerte» debido a una llaga. Dios reveló al profeta Isaías que Ezequías iba a morir. Debido a esto Isaías no oró por la sanidad de Ezequías. En vez de eso le dijo: «Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás» (v. 1).

Ezequías recordó sus buenas acciones y lloró amargamente ante Dios, rogando misericordia y sanidad (v. 3, ver también Isaías 38.10-18). Ezequías respondió desanimado. Pero tuvo el valor y la fe para hablarle a Dios de sus problemas, y Dios escuchó la oración de Ezequías diciendo a Isaías: «Vuelve y dí a Ezequías ... Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano ... añadiré a tus días quince años» (vv. 5-6). Así que Dios le dio a Ezequías la promesa de sanidad.

Isaías le administró medicina natural (una masa de higos) a la llaga y Ezequías se recuperó. La historia de la sanidad de Ezequías demuestra que algunas veces Dios usa tratamiento médico para sanar. Algunos cristianos citan 2 Crónicas 16.12-13 como prueba de que nunca debieran consultar médicos:

«En el año treinta y nueve de su reinado, Asa enfermó gravemente de los pies, y en su enfermedad no buscó a Jehová, sino a los médicos ... y murió en el año cuarenta y uno de su reinado». Pero en esos días los «médicos» usaban prácticas ocultistas para curar enfermedades. El pecado de Asa fue no buscar al Señor por sanidad, lo que no se opone a buscar legítimo cuidado médico.

Pablo alentó a Timoteo a utilizar un poco de vino para sus problemas estomacales, porque el vino tenía beneficios medicinales (1 Timoteo 5.23). Se relacionaba al aceite y la saliva con propiedades curativas, y el mismo Jesús y los discípulos los usaron en sus sanidades (Marcos 6.13; 7.33; 8.23; Juan 9.6). El asunto no es si estos tratamientos poseían o no cualidades curativas científicas. Jesús los asociaba con tratamientos médicos; es más, parecía autorizarlos. En consecuencia, como lo demostrara Isaías con la enfermedad de Ezequías, la sanidad divina no descarta el tratamiento médico. Dios es la fuente de sanidad, y Él sana mediante gran variedad de medios.

Aliento a la mayoría de las personas por quienes oro a que busquen ayuda médica, sobre todo si tienen una enfermedad que les amenaza la vida. Este es un buen ejemplo de la interacción positiva entre el tratamiento médico moderno y la sanidad divina:

17 de diciembre de 1984

Querido pastor Wimber:

Hablé con usted en el cursillo celebrado en Anaheim entre el 5 y 7 de noviembre de 1984 acerca de la sanidad que mi madre recibió cuando visitó Vineyard a fines de septiembre. He aquí la conversación por escrito:

Al final del culto usted tenía una palabra de conocimiento para una señora que, debido a un grave accidente sucedido hacía varios años, tenía la pierna izquierda rota en tres partes. Pregunté al Señor si ella era mamá, y Él respondió: «¡Sí!» Todos pasamos al cuarto de oración y ... dos [miembros del equipo de oración] oran por la sanidad de la pierna de mamá y también por su cáncer pulmonar.

Mientras orábamos por el cáncer, Suzy dijo que sintió que el tumor había desaparecido.

Mamá fue a su examen programado después de haber regresado a Portland, Oregón. No había señales del tumor en las radiografías, aunque anteriores radiografías tomadas desde el mismo ángulo mostraban una masa más grande que una pelota de golf. Los exámenes de sangre confirmaron que el cáncer había desaparecido.

El verano siguiente al descubrimiento del cáncer pulmonar, mamá se sometió a siete semanas de radiación para destruir el tumor hasta donde se pudiera. Durante todo el tiempo en su iglesia habían estado orando por ella. S. [su amiga] oró diariamente por ella antes del tratamiento.

Desde el punto de vista médico no se esperaba que el tumor hubiera desaparecido totalmente. Sin embargo, ella pasó el examen con solo una pequeña molestia (sensibilidad de la piel y un leve resfriado) y ganó peso.

En cuanto a su pierna, el día siguiente de la oración ella caminó por todas partes en el barco *Queen Mary* y en el avión *Spruce Goose*, como no lo había podido hacer antes. Su rótula, que antes estaba rígida y era difícil de encontrar (tan difícil de encontrar que su actual médico pensó al principio que se la habían quitado), está ahora fácilmente visible y se mueve como si ...

Sinceramente,

J.P.

Pasadena, California

Quizá la mejor recomendación para usar la oración y la medicina se encuentra en el libro apócrifo de *Eclesiástico* (llamado también la *Sabiduría de Jesús, Hijo de Sirach*) escrito por un escriba judío probablemente alrededor del año 180 a.C.:

Honra al médico; porque le necesitas ... porque de Dios viene toda medicina ... El Altísimo es quien creó de la tierra los medicamentos, y el hombre prudente no los desechará ... Hijo, cuando estés enfermo no descuides de ti mismo, antes bien haz oración al Señor, y Él te curará ... y después da lugar a que obre el médico: pues para eso le ha puesto el Señor, y no se aparte de ti, porque su asistencia es necesaria. Puesto que hay un tiempo en que has de caer en manos

de los médicos y ellos rogarán al Señor que te aproveche lo que recetan para tu alivio y te conceda la salud (38:1,2,4,9,11,12-14).

## LA FE

Leemos en Mateo 8.5-13 la sanidad del esclavo paralítico y atormentado del centurión. Un centurión era un oficial militar romano encargado de cien soldados. Para un hombre de este rango acercarse a Jesús (Lucas dice en su Evangelio que él en realidad envió ancianos judíos como intermediarios) y pedirle que orara por su siervo significaba gran humildad. Jesús respondió de inmediato al pedido: «Yo iré y le sanaré» (v. 7).

Sin excepción, en toda ocasión conocida en que se le pidió que orara por los enfermos, Jesús accedió (aunque una vez Él demoró la oración; ver Juan 11, la historia de la muerte de Lázaro). Ya escribí que cuando oro por el ministerio de sanidad en las personas siempre les doy instrucciones de no aceptar dinero; también les enseño que nunca nieguen la oración por sanidad a quienquiera que la solicite.

Jesús sanó al esclavo debido a la fe del centurión. Este fue tan humilde que dijo: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará» (v. 8). Sin duda el centurión sabía que un judío se profanaba a sí mismo al entrar en la casa de un gentil, y su declaración revela su profundo sentido de humildad ante Jesús.

La fe del centurión fue marcada con tres características: primero, un humilde sentido de indignidad; segundo, una comprensión y creencia en la autoridad y poder de Jesús sobre el orden creado; y tercero, una creencia en el poder sanador de la palabra de Jesús. El centurión sabía que Dios no está limitado por el tiempo o la geografía, y tenía fe en que su siervo sanaría si Jesús expresaba la orden.

Después de maravillarse de la fe del centurión, Jesús sanó a su siervo a través de una orden: «Ve», dijo al centurión, «y como creíste, te sea hecho» (v. 13). He aquí un hombre cuya

fe era tan firme que Jesús no tuvo que sanar al siervo en persona. En ese mismo instante el siervo sanó.

La fe es el medio por el cual Dios libera su poder sanador. Casi todas las sanidades divinas llegan como resultado de la fe de alguien en Dios. Jesús decía a menudo después de sanar a alguien: «Tu fe te ha salvado» (Lucas 18.42; ver también Lucas 8.48; 17.19). En Listra, Pablo reconoció la fe para recibir sanidad en un paralítico: «Este oyó hablar a Pablo, el cual, fijando en él sus ojos, y viendo que tenía fe para ser sanado, dijo a gran voz: Levántate derecho sobre tus pies. Y él saltó y anduvo» (Hechos 14.9-10). Después de un incidente similar, Pedro dijo a los que miraban: «Por la fe en su nombre, a este, que vosotros veis y conocéis, le he confirmado su nombre; y la fe que es por Él ha dado a este esta completa sanidad» (Hechos 3.16).

Pero sería un error suponer que la fe ejercida por la persona por quien se ora es necesaria para la sanidad. Es más, la Biblia está llena de ejemplos de personas *diferentes* de aquellas por quienes se ora, que son la fuente de la fe sanadora. Este fue el caso del centurión cuyo siervo sanó. En el pasaje que tratamos a principios del capítulo que describe la sanidad del paralítico, Jesús perdonó los pecados del paralítico y después lo sanó cuando vio la fe de los hombres que lo habían bajado a través de un orificio en el techo (Marcos 2.5).

Los familiares también son con frecuencia la fuente de sanidad por fe. Después que Jairo, el principal de la sinagoga, recibió la noticia de que su hija había muerto, Jesús le dijo: «No temas, cree solamente» (Marcos 5.36). Poco después la niña se convirtió en la primera persona resucitada en el ministerio de Jesús.

Un tercer grupo de personas cuya fe es una vía para la sanidad es el de quienes oran por los enfermos. Jesús sanó al hombre que nació ciego y *después* le preguntó: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?» (Juan 9.35). Tanto la pregunta de Jesús como la respuesta del hombre («¿Quién es, Señor?») muestran que el hombre era un beneficiario pasivo de la gracia de Dios.

Jesús ejerció la sanidad por fe antes que el hombre tuviera cualquier conocimiento de que Él era el Hijo de Dios. Solo después de la sanidad el hombre dijo: «Creo, Señor» (v. 38).

En el Nuevo Testamento solo quienes oraban por la sanidad de otros eran reprendidos por cualquier falta de fe; a la persona enferma nunca se le reprende por la falta de fe. Jesús pronunció algunas de sus más severas palabras a los discípulos cuando no lograron sanar al muchacho endemoniado en Marcos 9. «¡Oh generación incrédula!», les dijo. «¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar?» (v. 19). Después que Jesús liberó al muchacho del espíritu maligno, los discípulos le preguntaron por qué ellos habían fracasado. «Este género», les contestó, «con nada puede salir, sino con oración» (v. 29). Habían dejado completamente de creer en el poder sanador de Dios.

Jesús dijo en Juan 14.12: «De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre». ¿Cuál fe es más importante para la sanidad divina? ¿La de las personas enfermas? ¿La de los amigos? ¿La de los familiares? ¿La de quienes oran? La respuesta es la de «*cualquiera* que tenga fe» en que Jesús hace milagros.

Esto tiene aplicaciones prácticas cuando oramos por los enfermos.

Dondequiera que oro por los enfermos siempre busco entre los presentes quienes tengan fe: otros miembros del equipo de sanidad, la persona por quien se ora, los familiares (niños inclusive, quienes por lo general tienen una gran fe en la sanidad), amigos y por supuesto yo mismo. Cuando los reconozco les doy instrucciones de imponer sus manos cerca de la parte del cuerpo que necesita sanidad, entonces le pido a Dios que libere su poder sanador.

## EL PODER DE DIOS

Leemos en Marcos 5.25-34 sobre la sanidad de una mujer que padecía de flujo de sangre. No se conoce la naturaleza

exacta de su mal, pero ella «había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor» (v. 26). De acuerdo con la ley judía, cualquiera que la tocara sería inmundo (Levítico 15.25-30), un hecho que le debió haber producido a la mujer graves problemas sociales y afectivos.

Jesús estaba atravesando una multitud en el camino a la casa de Jairo para sanar a su hija cuando se dio cuenta del «poder que había salido de Él» (v. 30). Debido a su fe, cuando tocó el manto de Jesús «en seguida la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote» (v. 29).

«Temiendo y temblando» ella le dijo a Jesús lo que había hecho, y Él le respondió: «Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote» (v. 34). Ella había buscado sanidad por doce años y persistió a pesar de las desilusiones. Había perdido todo: amigos, dinero, paz en la mente, pero no había perdido la fe en Dios. Ahora en vez de confiar en los médicos confiaba en Jesús. «Si tocare tan solamente su manto», pensaba, «seré salva» (v. 28). Ella podía verse a sí misma haciéndolo, lo hizo y fue salva.

Jesús la sanó a través del toque de ella. Un flujo de poder sanador salió de Él. Ambos lo sintieron y ella inmediatamente sanó física y emocionalmente (v. 34). El poder del que hablamos aquí es difícil de entender o describir. A través de los años he sentido algo parecido centenares de veces cuando oro por la sanidad de las personas.<sup>7</sup>

## LA ORACIÓN POR SANIDAD

En Marcos 7.31-37 leemos acerca de la sanidad de un sordomudo en la región del Lago de Galilea. Otras personas, tal vez sus amigos o miembros de la familia lo llevaron hasta Jesús «y le rogaron que le pusiera la mano encima» (v. 32). Casi todas las sanidades de Jesús se realizaron en público, porque ellas eran por lo general un catalizador para la fe tanto

en los testigos como en la persona sanada. Pero en este caso, alejado de la gente Jesús tocó al hombre.

Me he encontrado en muchas situaciones en que los amigos y miembros de la familia crean un ambiente que enfría la fe en la sanidad. Están tan desesperados y llenos de temores y ansiedad que es difícil para mí o para la persona por la que oro tener mucha fe en la sanidad. Normalmente les pido que salgan, dejando solo a quienes saben cómo orar y que no se dejan arrastrar emocionalmente por la situación. Sospecho que Jesús llevó aparte al sordomudo por las mismas razones.

Jesús hizo entonces algo extraño: metió los dedos en las orejas del sordomudo, escupió y le tocó la lengua con saliva. La literatura secular del siglo primero señala que se pensaba que la saliva tenía propiedades medicinales, pero creo que Jesús hizo eso por otras razones. Al meter los dedos en las orejas del hombre, Jesús le indicaba que se abrirían los oídos; al tocarle la lengua con saliva le indicaba que sanaría la lengua. Sin embargo, era una manera extraña para sanar al hombre.

Algunas veces el Padre realiza sanidades mediante medios poco comunes. Una vez yo estaba orando por un hombre que tenía un grave problema en las encías que le producía mucho dolor. A medida que oraba sentía que el Señor quería que le pegara una bofetada al hombre. Yo no podía hacer eso; por lo que le di una suave palmadita en el hombro. No pasó nada, porque darle una palmada no era lo que Dios me ordenaba que hiciera. Así que lo golpeé en la frente con la palma de mi mano (no tanto que le hiciera daño) y el dolor en sus encías se fue de inmediato. ¿Cuál era la relación entre mi golpe y su sanidad? ¡No lo sé! (Más tarde su dentista le dijo que las encías habían vuelto a la normalidad.)

He visto muchas otras cosas extrañas hechas por quienes oran por sanidad. Por ejemplo, hace varios años me encontraba en Cape Town, Sudáfrica, en una reunión en que un hombre que estaba llorando dijo: «¿Hay aquí alguien ciego?» Otro pastor le escuchó y sucedió que cerca había un hombre

tuerto. El hombre que lloraba dijo entonces: «El Señor dice que si tomo lágrimas de mis ojos y las coloco en los de ese hombre, sanará». Así que el pastor tomó algunas lágrimas y las colocó en el ojo tuerto. Inmediatamente sanó. Yo estaba estupefacto. Después el pastor me dijo que todo lo que hizo fue realizar un acto y que había muy poca fe de su parte. Mi opinión es que algunas veces Dios sana a través de medios extraños.

Jesús oró con compasión y autoridad. Después de tocar al sordomudo ordenó sencillamente que sus oídos se abrieran y de inmediato el hombre fue capaz de oír y hablar. Casi todas las sanidades del Nuevo Testamento fueron inmediatas, aunque no todas. Por ejemplo, en Marcos 8.22-26 Jesús tuvo que orar dos veces para sanar a un ciego. Después de escupir en sus ojos y de ponerle las manos encima, Jesús le preguntó si veía algo. «Veo los hombres como árboles», contestó el hombre. «Pero los veo que andan» (v. 24). Por lo tanto, Jesús le colocó otra vez las manos sobre los ojos «y vio claramente a todos» (v. 25). Aquí se ve con claridad un proceso de sanidad que nos enseña a no ser impacientes cuando oremos por otros. Francis MacNutt escribe:

Uno de los más grandes descubrimientos en mi vida ha sido que cuando una oración corta no parece surtir efecto, a menudo un «baño» de oraciones trae la sanidad que estamos buscando. He revisado una y otra vez el efecto de la oración preguntando a grupos enteros cuántos fueron *totalmente sanados* cuando hicimos una oración corta y cuántos *mejoraron*. El número de personas que experimentan alguna mejoría por lo general superan a los que sanan por completo en proporción de cinco a uno. Esto me llevó a ser consciente de que una oración corta normalmente tiene algunos efectos físicos (y siempre un efecto espiritual) sobre una persona, pero que casi todos necesitamos más tiempo en que oramos por los enfermos.<sup>8</sup>

Casi todas las sanidades cumplen un proceso, aunque algunas veces hay otros factores (afectivos, psicológicos, demoniacos) con los que se debe tratar primero. A veces algunos enfermos no logran mejorar, no importa cuánto oremos. Por qué sucede esto es el tema del capítulo siguiente.

## 8. No todos se sanan

En enero de 1983 fui con dos de mis amigos a Inglaterra a orar por David Watson, un gran amigo. Los médicos le habían informado que tenía cáncer en el hígado. Le dieron un año de vida. Le dije por teléfono que estaba orando por su sanidad. Es más, mi congregación, la Comunidad Cristiana Vineyard en Anaheim, California, estaba orando por él. Oré por su sanidad con una mezcla de desesperación (porque él era mi amigo del alma) y confianza (porque en el pasado había visto sanidad en algunas personas en las mismas condiciones).

Cuando mis compañeros y yo llegamos a Londres, quisimos expresar a David nuestro amor e interés. Como habíamos volado toda la noche, decidimos ir directamente al hospital, saludarlo y decirle que oraríamos por su sanidad el día siguiente cuando estuviéramos descansados. Pero esa mañana, un miércoles, nada salió como lo planeamos.

Después de llegar al hospital charlamos acerca de los acontecimientos que lo habían llevado a hospitalizarse y empecé a explicar nuestro plan para volver al día siguiente. Noté que David estaba muy ansioso por su afección, por lo que pedí a Dios que nos hiciera instrumentos de su amor y paz. A medida que hablábamos sentíamos la presencia de Dios en el cuarto. Sentí las sensaciones que me llegan cuando la presencia del Espíritu Santo está en mí: una hermosa calma que hace desvanecer el miedo y la incertidumbre. Sugerí que continuaríamos orando. Oramos tranquilamente, agradeciendo a Dios por su compasión y misericordia.

A través de la oración y la adoración nuestras actitudes se transformaron de temor y ansiedad en confianza y paz. Cuando oré por la sanidad de David, todos recibimos visiones de su condición espiritual de las que no habíamos tenido conocimiento previo. La Biblia llama visiones a esas «palabras de

conocimiento». El Espíritu Santo nos reveló esas visiones, y ellas nos ayudaron enormemente a saber cómo orar por David. Es más, después del tiempo de oración y durante el resto del día recibimos constantes visiones del mal de David; esto nos indicaba que Dios verdaderamente nos condujo allí a orar. Esa mañana oramos durante hora y media, totalmente conscientes de la presencia y paz de Dios. Cuando terminamos de orar, dije: «Siento que el trabajo por el que vinimos está hecho». Aunque dije que volveríamos a orar, yo creía que este había sido el tiempo clave de oración.

David experimentó las mismas sensaciones de la presencia del Espíritu Santo que en otras oportunidades yo había observado en los cuerpos de quienes con el tiempo sanarían de cáncer. Sintió calor y hormigueo, lo que describió como «energía» que entraba a su cuerpo. (Muchos emplean palabras como «energía» o «electricidad» para describir las sensaciones que tienen durante la oración por sanidad. El poder sanador de Dios no es literalmente energía ni electricidad. Cuando oro por los enfermos no busco energía o electricidad sino la presencia de Dios.) Todos tuvimos una sensación de paz cuando sucedió. Le dije a David que esas señales de sanidad podrían indicar que en el futuro el cáncer moriría. Lo que habíamos ido a hacer, orar, se había cumplido; ahora todo estaba en manos de Dios. No le dije que pensaba que se había sanado ni que su futura sanidad estaba asegurada.

En una carta escrita a C. Peter Wagner, fechada el 15 de marzo de 1986, Anne Watson comentó sobre cómo enfoqué la oración de sanidad con David. Ella gentilmente me dio permiso de reproducir aquí parte de esa carta:

John Wimber nunca prometió a David una garantía de sanidad ni tampoco lo escuché proclamar su sanidad. Es más, la verdad es lo contrario. En más de una ocasión él nos recalcó el hecho de que no había reclamado o prometido sanidad y nos pidió que entendiéramos y aceptáramos que solo estaba de acuerdo con orar. Yo no estaba en el hospital cuando John y sus demás pastores oraron inicialmente por David, pero este me contó lo que había experimentado. Le inquirí sobre el asunto de la sanidad y me contestó lo que ya escribí.

Aunque yo tenía mis reservas acerca de prometer sanidad, no estaba renuente a orar una y otra vez por la sanidad de David. En diciembre de 1983, Teddy y Margaret Saunders llevaron a David Watson a mi hogar en Yorba Linda en una visita de ocho días. Equipos de oración de Vineyard oraron por David día y noche durante este período. Orábamos por él durante horas cada vez. Pero su cuerpo continuaba reteniendo los líquidos; yo sabía que él estaba muriendo. A duras penas podía mirarlo, lo amaba mucho.

Un día al final de su visita tuve una conversación larga y franca con él. Hasta ese momento él aún hacía planes para el año venidero como si pensara que no estaba enfermo.

—David —le dije—, estás muriendo y lo niegas.

—Lo sé —contestó.

—A menos que intervenga Dios soberanamente, vas a morir —dije—. Vete a casa y arregla todos tus asuntos. Tu fe en Cristo ha sido para mí una fuente constante de ánimo. Pero tienes que reconocer que estás muriendo.

David dijo que ya sea que su salud mejorara o no, su confianza en Dios no flaquearía. Entonces me acerqué y lo abracé, lloré por primera vez desde que supo que estaba enfermo.

—John —dijo después—, si muero, prométeme que seguirás predicando el evangelio del reino de Dios y orando por los enfermos.

Le aseguré que lo haría.

David no sanó. Murió en febrero de 1984. Quizá nadie, a excepción de la esposa e hijos de David, está más desilusionado que yo de que David no hubiera sanado. No sé por qué no sanó; perdí uno de mis más queridos amigos, pero continué orando por los enfermos y lo haré siempre.<sup>1</sup>

#### CUATRO QUE NO SANARON

Me gustaría poder escribir que David Watson vive hoy día y que está completamente curado del cáncer; también quisiera poder decir que sané de los problemas de corazón que descri-

bí en la introducción de este libro. Pero no sería verdad. La muerte de David Watson y mis problemas físicos hacen emerger un gran interrogante acerca de la sanidad divina: ¿Qué pasa con quienes no sanan?

Las epístolas tienen cuatro casos específicos en que los enfermos no sanaron inmediatamente y por lo menos dos casos posiblemente nunca sanaron. El primer caso se refiere a Epafrodito, un líder de la iglesia en Filipos que había viajado a Roma a visitar a Pablo en la cárcel y había contraído una enfermedad grave (no conocemos la naturaleza de la enfermedad). Pablo escribió a los filipenses: «Pues en verdad [Epafrodito] estuvo enfermo, a punto de morir; pero Dios tuvo misericordia de él, y no solamente de él, sino también de mí, para que yo no tuviese tristeza sobre tristeza» (Filipenses 2.27). La preocupación de Pablo revela un amor por su amigo y un deseo por su sanidad. Basado en esto, parece que Epafrodito recibió oración de sanidad que no surtió efecto inmediato. Podría ser que la enfermedad hubiera seguido su curso o que más tarde la oración por sanidad fuera efectiva. En ambos casos Epafrodito estuvo al borde de la muerte.

El segundo caso tiene que ver con Timoteo. Pablo le recomendó en 1 Timoteo 5.23: «Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades». Pablo tenía más que decir acerca de la fe que cualquier otra persona (excepto Jesús) en el Nuevo Testamento; y Timoteo, el discípulo más amado, tenía muchos títulos: evangelista, pastor, maestro, apóstol. Sin embargo, Pablo le dijo que usara un poco de vino por el bien de su estómago, lo que en esa época se consideraba una recomendación de buenos hábitos de comida.<sup>2</sup> ¿Por qué Pablo le dio esta recomendación? Posiblemente porque para esa época la oración por sanidad no había sido efectiva para las enfermedades de Timoteo.

El tercer caso tiene que ver con Trófimo, el cristiano gentil de Éfeso que acompañó a Pablo en su tercer viaje misionero (Hechos 20.4), y que inconscientemente fue la causa del posterior arresto de Pablo en Jerusalén (Hechos 21.27-29). Pablo

escribe en 2 Timoteo 4.20: «A Trófimo dejé en Mileto enfermo». Hay la posibilidad, basada en la palabra griega traducida en este versículo «enfermo», que Trófimo se hubiera recargado de trabajo y debilitado su cuerpo.<sup>3</sup>

En realidad, todas las enfermedades de Epafrodito, Timoteo y, como lo veremos a continuación, también de Pablo podrían ser el resultado del gran esfuerzo físico y espiritual asociado con sus ministerios. En otras palabras, ellos podrían ser culpables de lo que muchos pastores, incluyéndome, hacen hoy día: abusar de sus cuerpos al desobedecer las leyes naturales de la salud, que incluyen gimnasia, sueño suficiente, comer adecuadamente, recreación, etc. Sin embargo, admitiendo esta teoría sobre la enfermedad específica de Trófimo, seguimos enfrentándonos con el hecho de que las oraciones de Pablo no fueron suficientes para sanarlo cuando él escribió 2 Timoteo. Si alguna vez Trófimo encontró sanidad, fue después.

El cuarto caso tiene que ver con Pablo mismo. En Gálatas 4.13-14 él escribe: «Pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio; y no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo». Algunos comentaristas han sugerido que la enfermedad de Pablo tenía que ver con una aflicción en el ojo, mientras que otros suponen que fue malaria o epilepsia.<sup>4</sup> Cualquiera que haya sido la enfermedad específica, Pablo no se sanó en ese tiempo.<sup>5</sup> Gálatas fue una de las primeras epístolas de Pablo, escrita entre 48 y 49 d.C. ó 53 y 57 d.C., dependiendo de qué teoría de fecha se acepte. Puesto que nunca más mencionó su enfermedad, seguramente con el tiempo Pablo sanó o se recuperó.

Lo que hace aun más notorio a estos cuatro ejemplos en los que Dios no sanó es que estos incluyen a hombres que eran talentosos y de gran estima, líderes cristianos maduros. En el caso de estos hombres no son verosímiles las supuestas explicaciones como pecado personal, fe defectuosa o ignorancia de quienes estuvieron enfermos o de quienes oraron por sanidad.<sup>6</sup> Pablo continuó teniendo éxito al orar por los enfermos,

aunque en estos casos no se produjo sanidad inmediata (Hechos 28.8-9).

Otra visión importante de la sanidad divina tal vez Dios es selectivo con relación a quién sana. Por ejemplo, por un lado Jesús sanó a todos los que le trajeron (Mateo 4.24; 8.16; Marcos 1.32; Lucas 6.18-19), mientras que por otro lado en el estanque de Betesda (equivalente a un hospital en el primer siglo, lleno de gente que buscaba sanidad física) la Biblia menciona que Jesús sanó solamente al hombre que había estado inválido por treinta y ocho años (Juan 5.1-9). Pudo haber sido que Jesús fuera selectivo en sanar solo a una persona.

La única conclusión que se podría sacar de estos ejemplos en las Epístolas y por indicaciones de los Evangelios es que no todos sanaron cuando los discípulos oraron por ellos.

Hay muchas razones por las que las personas no sanan cuando se ora por ellas. Casi todas tienen que ver con alguna forma de pecado e incredulidad:

- Algunas personas no tienen fe en la sanidad divina (Santiago 5.15).
- El pecado personal y no confesado crea una barrera para la gracia de Dios (Santiago 5.16).
- La desunión persistente y generalizada, el pecado e incredulidad en grupos de creyentes y familias impiden la sanidad en miembros individuales del cuerpo (1 Corintios 11.30).
- Debido a diagnósticos incompletos o incorrectos de lo que ocasiona sus problemas, las personas no saben cómo orar debidamente.
- Muchas personas suponen que Dios siempre sana al instante, por lo que dejan de orar cuando no reciben sanidad inmediata.

## LA SANIDAD Y LA EXPIACIÓN

¿Y qué de quienes perseveran en la oración por sanidad y creen que Dios puede lograrla, y sin embargo no se curan? La respuesta a esa pregunta se descubre en la relación entre sanidad divina y la muerte de Cristo en la cruz.

Los teólogos se refieren a la muerte de Cristo, los sucesos que la rodearon y los resultados de la expiación. El término anglosajón «expiación» significa «poner de acuerdo», indicando un proceso de llevar a quienes están fuera de Dios a la unidad con Él. El pecado es universal y aleja de Dios a todos los hombres y mujeres (1 Reyes 8.46; Romanos 3.23); es algo serio (Habacuc 1.13; Colosenses 1.21); y no es algo que cualquiera de nosotros podamos hacer por nosotros mismos (Números 32.23; Romanos 3.20). La expiación es esencial en el cristianismo porque mediante ella nuestros pecados son perdonados y nos reconciamos con Dios.

La muerte de Cristo en la cruz es el fundamento del cristianismo, nos garantiza perdón y sanidad en esta era para nuestras almas. Cada suceso del Antiguo Testamento, especialmente el sistema sacrificial, apunta a la cruz, y todo a partir de entonces mira hacia atrás para encontrarse con ella. Mediante el misterio de la muerte de Cristo, Dios relevó su amor por nosotros mandando a su Hijo «el cual fue entregado por nuestras transgresiones» (Romanos 4.25).

No solo que Cristo murió por nuestros pecados, Él murió *por nosotros* «Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron» (2 Corintios 5.14). Su identificación con nosotros era tan profunda, que Él tomó nuestro lugar para juicio. El pasaje de 2 Corintios 5 continúa: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él» (v. 21). En efecto, Pedro enseña que esta identificación incluso alcanzó los efectos que el pecado causa en nuestros cuerpos físicos.

Quien llevó Él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados (1 Pedro 2.24).

Todo lo que el maligno introdujo en los hombres y mujeres fue deshecho por Jesús en la cruz, lo que obviamente incluye la enfermedad. Jesús, el nuevo Adán, vino a restaurarnos, a reproducir su imagen en nosotros, que toca a cada parte de nuestro ser. Mateo 8.16-17 dice:

Y cuando llegó la noche, trajeron a Él muchos endemoniados; y con la Palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isafas, cuando dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias (Isafas 53.4).

Comentando este pasaje, R.A. Torrey escribe:

A menudo se dice que este versículo enseña que la muerte expiatoria de Jesucristo es de provecho para nuestras dolencias tanto como para nuestros pecados; o dicho en otras palabras: «La sanidad física está en la expiación». Opino que se trata de una justa deducción de estos versículos si se ve en su contexto.<sup>7</sup>

La frase clave de la declaración de Torrey es «la sanidad física está en la expiación». Esta es una frase extraña, pero lo que quiere decir es que basados en lo que Jesús experimentó en la cruz, podemos en consecuencia experimentar ciento por ciento de sanidad en el mundo.

Existe más debate sobre si la sanidad está o no en la expiación,<sup>8</sup> y sobre lo que significa que la sanidad esté en la expiación. Al menos, podemos deducir basándose en la declaración de Mateo que la muerte de Jesús «era para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isafas», de que la expiación es la base de la sanidad física. Mateo está diciendo que Cristo vino para redimir al hombre total del pecado y *los efectos del pecado*, que incluyen la enfermedad.

J. Sidlow Baxter afirma que «la sanidad de nuestros cuerpos mortales *no* está en la expiación»:

Esta conclusión se apoya en el hecho de que el perdón de los pecados y la limpieza de la culpa se ofrecen gratis y definitivamente mediante la cruz, y al instante para todos quienes creen con sinceridad; sin embargo, la sanidad para todos nuestros padecimientos y enfermedades *no* se ofrece gratis y definitivamente en el presente para todos los que creen. A ninguno de los que han creído en el perdón y la limpieza se les ha negado, pero a miles y miles que han creído en la sanidad física se les ha negado.<sup>9</sup>

Colin Brown también discute que la sanidad no está en la expiación.<sup>10</sup> Al igual que Baxter, Brown también pone objeciones al hecho de equiparar la disponibilidad de la sanidad física con la sanidad espiritual, y también se niega a hacer valer la afirmación de que «Dios vence la enfermedad en esta época» así como «vence al pecado». El perdón de los pecados se basa en un pacto de gracia: Dios quiere que *todos* los que confían en Él experimenten el perdón de los pecados. Sin embargo, Brown dice que la sanidad física es diferente: muchos se sanan, muchos no:

Tenemos que reconocer que hay diferencias entre lo que Dios ha pactado y lo que no ha pactado, entre lo que Dios puede hacer y lo que ha prometido hacer. Dios es el sanador (Éxodo 15.26) y el único que está detrás de toda sanidad. Pero en el Antiguo Testamento la salud y la sanidad se garantizaban automáticamente para la membresía en el pacto.

El nuevo pacto no promete ahora sanidad para todos. Promete el perdón de los pecados (Mateo 26.28). En el Nuevo Testamento no hay promesa específica e incondicional de salud y sanidad para quienes tienen fe. No obstante hay promesas de perdón y gracia para los que se arrepienten y creen (por ejemplo, Mateo 11.28; Juan 1.12; 3.16-18; Hechos 2.38-39; 16.31; 17.30). A la Iglesia se le dio la autoridad de pronunciar el perdón de los pecados en el nombre de Cristo y la autoridad del Espíritu (Juan 20.23; comparar con Mateo 18.15-20). No hay autoridad paralela para la sanidad. Si Dios sana, es una misericordia fuera de pacto. Pero cuando perdona es una misericordia dentro del pacto.<sup>11</sup>

Aunque Baxter y Brown niegan la idea de que la sanidad física esté en la expiación, ambos creen que la sanidad divina

es para hoy día. Es más, Baxter escribe que la expiación es la *base* para la sanidad física: «Sin embargo, es verdad que la sanidad divina para las enfermedades nos llega *mediante* la expiación, exactamente como todas las demás bendiciones de salvación».<sup>12</sup>

Baxter no tiene pelos en la lengua cuando distingue entre la sanidad *en* la expiación como lo opuesto a la sanidad *mediante* la expiación. Debido a que nuestros pecados son perdonados en la cruz y que nuestra resurrección corporal futura está asegurada por la resurrección de Cristo, el Espíritu Santo puede irrumpir, y lo hace en esta época, con señales y seguridades del cumplimiento del reino de Dios.

Al asegurar que la sanidad física es un resultado de la expiación en vez de estar en la expiación, Baxter y Brown evitan sacar conclusiones equivocadas. Por ejemplo, algunos de los que creen que la sanidad está en la expiación concluyen que todos debieran esperar y experimentar sanidad física en esta época, y que si no sanan es siempre debido a su fe viciada.

## LA TOTALIDAD DE LAS ESCRITURAS

No todos los que creen que la sanidad física está en la expiación concluyen que la sanidad es automática e inmediata. Sin embargo, Donald Gee, un pentecostal británico que cree que la sanidad está en la expiación, se niega a concluir que esto significa que debemos esperar en esta era completa liberación de la enfermedad del cuerpo. Al hacerlo, dice él, se profana la totalidad de las Escrituras que enseñan que la plenitud del reino y la vida en resurrección aún están por venir (Romanos 8.16-25; 2 Corintios 5.1-5). Gee escribe:

Dar por sentado que la sanidad de nuestros cuerpos se refleja idénticamente con la autoridad de la sanidad de nuestras almas, mediante la obra redentora de Cristo nuestro Salvador, puede acarrear serios problemas de fe personal y confianza en aquellos débiles en la fe si ven casos manifiestos en los que la sanidad física no llega, a pesar de «clamar» por ella.<sup>13</sup>

Gee prosigue: «En el análisis final ... nos hacemos problema con la sanidad divina debido a nuestra tendencia empedernida de llevar a los extremos cualquier verdad revelada».<sup>14</sup>

Él resalta estos dos extremos:

1. *Presumir de la soberanía de Dios.* «Nos hemos equivocado al rechazar cualquier aspecto de nuestra doctrina, por muy insuficiente que sea, debido a la voluntad soberana de Dios. Pedir sanidad divina sin acompañarla de un “pero hágase tu voluntad y no la mía” es como si tomáramos una actitud aparte fuera del resto de las actitudes correctas que debemos tener en la oración ... Nos hacemos problema puesto que el Todopoderoso no siempre hace lo que nosotros, en nuestras apresuradas y equivocadas ideas, pensamos que debe hacer».<sup>15</sup>

2. *Sugerir que toda sanidad divina debe producirse de manera sobrenatural.* «Parece que hemos rechazado de manera injustificada cualquier modo de ministración de sanidad física en la voluntad de Dios, a no ser que sea por medios completamente sobrenaturales y milagrosos».<sup>16</sup>

#### EL YA Y EL TODAVÍA NO

Baxter, Brown y Gee están de acuerdo en que la sanidad divina es algo actual. También coinciden en que aunque sin dilación se brinda el perdón por los pecados a todos los hombres y mujeres que se arrepienten sinceramente de ellos, la sanidad divina no se recibe de la misma manera. Otro modo de decirlo es que nuestras almas reciben completa salvación en esta era, pero que anhelamos el día en que «seremos transformados» y «que esto corruptible se vista [en el futuro] de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad» (1 Corintios 15.52-53; ver también 2 Corintios 5.4). Por tanto el cuerpo no se redimirá hoy del modo en que será redimido después de la segunda venida de Cristo, en la plenitud del reino de Dios.

Eso puede explicar por qué no todos se sanan cuando se ora por ellos. Vivimos todavía en el tiempo que aguarda la plenitud del reino de Dios, lo que la Biblia llama la era por venir o «regeneración» de todas las cosas (Mateo 19.28). Aho-

ra «conocemos en parte», pero se nos promete que un día «conoceremos enteramente» (1 Corintios 13.12).

El hecho de que vivamos entre la primera y la segunda venida de Cristo, lo que George Ladd llama vivir entre «el ya y el todavía no», da una clave interpretativa para entender por qué no siempre experimentamos hoy día la sanidad física que Cristo nos asegura en la expiación o mediante ella. Su soberanía, señorío y reino son los que brindan sanidad. Nuestra parte es «orar para que el reino venga» y confiar en Él para cualquier sanidad que recibamos por su gracia. Y en caso de que la sanidad no venga en este tiempo, tengamos la seguridad por su expiación de que la recibiremos en el tiempo por venir.<sup>17</sup>

Los ejemplos de Epafrodito, Timoteo, Trófimo y Pablo (y David Watson) constituyen modestos recordatorios de que la plenitud de nuestra salvación está todavía por revelarse a la venida de Cristo; y que aunque la muerte expiatoria nos provea de sanidad divina, no tenemos derecho a presumir que si Dios no sana cada caso entonces hay algo errado en nuestra fe o en la fidelidad de Él.

#### NUESTRO PROBLEMA

Hay otra razón, creo que es la más importante, por la que más personas no se sanan cuando se ora por ellas. No buscamos a Dios de todo corazón como debiéramos. En otras palabras, Dios puede hacer milagros grandiosos que aún no hemos visto, si solo persistimos en buscarlo.

Cuando Jesús y sus discípulos regresaron a Nazaret, su pueblo natal, la Biblia dice que Él no pudo hacer milagros y que solo curó a unas pocas personas (Marcos 6.1-6). La explicación de estos escasos resultados es la falta de fe de las personas.

En Lucas 11.1-13 uno de los discípulos preguntó a Jesús cómo orar. Él narró una parábola para enseñar a los discípulos la importancia de la audacia y persistencia en la oración, para asegurarles que Dios contesta las oraciones. En la historia un hombre fue a medianoche donde su vecino para pedirle tres

panes, «porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante» (v. 6). El vecino, probablemente algo irritado, se niega al principio: «No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme y dártelos» (v. 7). Pero el hombre siguió golpeando hasta que recibió el pan. «Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite» (v. 8).

El significado completo de esta historia es difícil de comprender sin adentrarnos en el primer siglo de la cultura del Oriente Medio. En ese tiempo, cuando llegaba un huésped a un pueblo, su cuidado representaba un asunto de honor y responsabilidad para todo el pueblo. Por tanto, el persistente hombre del que Jesús habla tenía el derecho de despertar a su vecino; el honor del pueblo estaba en juego.

La aplicación de Jesús para la oración a través de esta lección era obvia: así como el pueblo tenía la responsabilidad de suplir para el huésped, Dios por honor de su Hijo tiene la responsabilidad de suplir para su pueblo. «Yo os digo», dice Jesús «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (v. 9-10). En otras palabras, si buscamos a Dios con audacia y persistencia, Él contestará nuestra oración. Por su honor está obligado a hacerlo.

La norma de fe y oración para sanidad no es nuestra experiencia presente. Nuestra norma es el corazón de Dios que está lleno de gracia y compasión. Debemos estar agradecidos por su gracia actual, pero la gracia de hoy no es suficiente para mañana. Él desea que le pidamos más. Para aplicarlo a nosotros, Jesús continúa en su explicación de la historia del vecino pertinente:

¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si pescado en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan? (v. 11-13).

Habrás más gracia, más misericordia, más poder y más sanidad divina, si solo persistimos en buscarle.

## ¿QUÉ DE LA ENFERMEDAD CRÓNICA?

La mayoría de los cristianos tienen amigos o familiares que han sufrido por largos años de alguna dolencia, de muchos padecimientos o de una serie de enfermedades. En algunos casos ellos han estado orando prácticamente por sanidad cientos de veces sin haber visto resultados. A veces pierden la fe en la sanidad y se resignan a aceptar su condición o se niegan a recibir más oración. ¿Quién puede culparlos?

Esto no implica que Jesús nunca haya curado enfermedades crónicas. Por ejemplo, en el Capítulo 4 me referí al hecho de que Jesús curó a un hombre ciego de nacimiento (Juan 9) y a una mujer que había padecido de flujo por doce años (Marcos 5). En realidad, de los cuarenta y un ejemplos de sanidad efectuada por Jesús, treinta y tres parecen haberse tratado de casos crónicos. Así que para quienes han sufrido por varios años no se excluye la posibilidad de que puedan encontrar sanidad en este tiempo. *Hay* buenas nuevas para quienes están crónicamente enfermos. Nunca deben darse por vencidos a recibir oración por sanidad divina. Pero si la sanidad no se produjera en este tiempo, se les asegura su completa restauración en el tiempo por venir.

Un denominador común en la curación de enfermedades crónicas de varios cristianos fue la evangelización. En preparación para un cursillo que Michael Flynn, un sacerdote episcopal, dirigió en un congreso celebrado en febrero de 1986 en la Comunidad Cristiana Vineyard Anaheim, se estudiaron veintiséis casos de curaciones bíblicas de enfermedades crónicas. He aquí el resultado de su investigación (cada caso se puede citar en más de una categoría):

- En diecisiete casos las sanidades se produjeron en ambientes evangelísticos (Mateo 4.24; 8.16; 9.2-8; 9.32-33; Marcos 1.23-28; 9.14-27; 10.46-52; Lucas 8.42-48; 13.10-

13,16; 14.1-4; 17.11-19; Juan 4.28-30; 5.1-9,14; 9.1-7; Hechos 3.1-10; 8.5-8; 14.8-10).

- En dieciséis casos las sanidades tuvieron un resultado evangelístico (Mateo 9.2-8; 9.32-33; 12.9-13; Marcos 1.23-28; 5.1-13,18-20; 7.32-37; 9.14-27; Lucas 5.12-14; 13.10-13,16; 17.11-19; Juan 4.28-30; 9.1-7; Hechos 3.1-8; 8.5-8; 9.32-35, 14.8-10).
- En veintiuna de las veintiséis sanidades hubo un ambiente o un resultado evangelístico.
- Dios parece gozarse en sanar casos difíciles durante reuniones evangelísticas. Estas sanidades confirman la predicación del evangelio y son demostraciones del poder de Dios.

Basado en estas observaciones, Michael Flynn recomienda a los enfermos crónicos llegar a las reuniones evangelísticas a fin de recibir oración por sanidad o ir a testificar allí sobre el poder sanador de Dios si han recibido sanidad cuando se ha orado en privado.<sup>18</sup>

Sin embargo, los propósitos evangelísticos dan una explicación incompleta sobre la sanidad de enfermos crónicos. Santiago 5.14-15 instruye a los cristianos:

¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados.

Este pasaje sugiere que la sanidad es un don de Dios dado gratuitamente a su pueblo, no solo un simple medio para ganar nuevos cristianos. Por tanto la sanidad pastoral, la misericordia y la bendición de Dios derramadas en su pueblo, son la razón más importante por la que los cristianos crónicamente enfermos pueden confiar en que Dios los sanará.

Jesús trajo sanidad principalmente a la nación de Israel, pero Él no niega seguir dando sanidad. En Mateo 15.21-28 leemos sobre la mujer sirofenicia, una gentil, que rogó a Jesús

sanidad para su hija endemoniada. Jesús respondió: «No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos» (v. 26). Ese es uno de los pocos pasajes bíblicos en que Jesús se niega a curar inmediatamente a alguien (véase también Mateo 12.38-45; Lucas 23.8-12). La mujer sirofenicia entendió las palabras de Jesús y dijo: «Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos» (v. 27). Ella creyó que las migajas de la mesa de Jesús eran suficientes para curar a su hija. La respuesta a las palabras de la mujer es similar a la respuesta al centurión gentil en Mateo 8.5-13: «Grande es tu fe; hágase contigo como quieres» (Mateo 15.28). Su hija sanó en ese instante.

Creo que Jesús no estaba haciendo esperar a la sirofenicia, sino más bien clarificando la naturaleza de su ministerio: Él vino principalmente para dar pan a sus hijos, luego a los demás. El punto relevante para la enfermedad crónica es que Jesús, el pan de vida, provee de pan para los suyos. Ahora la Iglesia, los circuncisos de corazón, es el Israel de Dios (Romanos 2.28-29; Gálatas 6.16). Por tanto podemos confiadamente orar con fe por los cristianos con enfermedades crónicas, puesto que Dios quiere dar a sus hijos el pan de la sanidad.

## EN CUANTO A LA MUERTE Y EL MORIR

A menudo recibo llamadas de personas que me piden ir a orar por un amigo cercano o un familiar que está al morir. Después que escucho los detalles de la persona en mención, pregunto a Dios: «¿Es su tiempo de partir?» Si es el tiempo de morir de la persona, debemos dejarla a Dios. Oro así, puesto que aún estamos en espera del tiempo de la completa redención de nuestros cuerpos.

Dios señala el tiempo de muerte de las personas. La Biblia enseña que «hay un tiempo de morir» (Eclesiastés 3.2). Este momento varía mucho; en algunos casos Dios se lleva a un bebé o a un niño pequeño; en otros, a una persona mayor. Somos rápidos en cuestionar la muerte de un bebé, pero las preguntas concernientes a su muerte son incógnitas dentro

del amplio interrogante de la muerte misma. El pecado introdujo la muerte en la creación, y Cristo vino a conquistar a la muerte. Eso es lo que la expiación hizo por nosotros, la derrota del poder de la muerte en nuestra vida. «Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte», escribe Pablo (1 Corintios 15.26; ver también Romanos 5.12; Hebreos 2.14). Para el pueblo de Dios, la muerte física lleva a algo mejor: «Pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor» (2 Corintios 5.8).

Hace varios años recibí una llamada de un angustiado padre. Sollozaba y hablaba con dificultad: «Mi bebita está aquí en el hospital», dijo, «y le han colocado en todo el cuerpo tubos de máquinas. Los médicos dicen que no pasará de esta noche. ¿Podrías venir?»

Le dije que iría al hospital. Después de hablar por teléfono oré: «Señor, ¿estás llamando a esta bebita?» Sentí que el Señor decía que no. Entré en el hospital con la seguridad de que era un representante de Cristo, un mensajero que tenía un regalo para esta pequeña.

Cuando entré en la habitación infantil, pude sentir a la muerte, por tanto dije suavemente: «Muerte, sal de aquí». Se fue, y cambió todo el ambiente de la habitación, como si se hubiera quitado un peso. Luego me acerqué a la niña y oré por ella. Solo minutos después supe que iba a recuperarse, igualmente sintió su padre. La esperanza regresó a sus ojos. «Ella va a estar bien», dijo. «Estoy seguro».

A los veinte minutos mejoró mucho; algunos días después la dejaron salir, sana por completo.

No soy un iluso con relación a mi salud física. Aun cuando estoy completamente sano de mi afección cardiaca, algún día moriré de otra cosa (a menos que Jesucristo vuelva antes de eso). Mi cuerpo se va desgastando; está sujeto a los efectos del otoño. Aunque sepa que no puedo controlar el tiempo en que Dios me llevará, también estoy consciente de que no moriré por los efectos de mi pecado personal antes de mi tiempo estipulado.

En 1 Corintios 11.17-34, Pablo escribe a la iglesia en Corinto sobre el juicio que han traído sobre su vida por haber tomado la cena del Señor indignamente. Fueron culpables de pecado voluntario y sobre el que no se arrepintieron cuando se acercaron a la cena de Dios. ¿El resultado? «Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen» (v. 30). Puesto que no desearon obedecer a la Palabra de Dios, enfermaron y muchos murieron. La historia de Ananías y Safira, que se halla en Hechos 5.1-10, es otra ilustración de cómo puede evitarse la muerte a través de la obediencia y de la fe.

La manera de evitar la suerte de los cristianos de Corinto y de Ananías con Safira es apropiándonos de la victoria de Cristo mediante la fe. La protección del Padre nos apartará del pecado: «Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca» (1 Juan 5.18).

## MINISTRACIÓN A LOS ENFERMOS DESAHUCIADOS

Hay ocasiones en las que el Señor dice: «Ha llegado la hora de partir». Ofrecer una falsa esperanza de sanidad a personas en esta condición trae dolor innecesario y desvía su atención de confiar en Dios para vida eterna. Después de todo, aunque deseemos con toda el alma la buena salud y la sabiduría, son vanas a no ser que estemos debidamente relacionados con Dios. Decir la verdad frente a la muerte es uno de los aspectos más útiles que podemos hacer por un enfermo desahuciado. De ese modo la persona puede hablar sobre esto y evaluar su relación con Dios.

La muerte tiene significado por la expiación. A través de esta los seres humanos obtienen aceptación delante de Dios, a pesar de sus pecados y limitaciones. Note que dije que somos aceptos a Dios a pesar de nuestros pecados *y limitaciones*. Las limitaciones no son pecaminosas: ninguno de nosotros es Dios. Muchas personas piensan que, si viven como deben, no habrá limitaciones en su vida. Pero cuando llega el

tiempo de la muerte, y con ella el recordatorio de sus debilidades, no tienen manera de enfrentar sus limitaciones.

Algunos cristianos encuentran difícil aceptar sus limitaciones, porque durante su vida han servido a los demás, pero no han recibido ellos mismos el favor de otros. A personas así les cuesta aceptar la ayuda de otros, puesto que nunca han comprendido o aceptado completamente que «por gracia [somos] salvos por medio de la fe; y esto no de [nosotros], pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2.8-10). Es decir que no han entendido ni han creído completamente que por la fidelidad de Dios mediante la expiación tienen vida eterna; han trabajado arduamente para tratar de conseguir el favor de Dios. Debido a su enfermedad incurable, su fe es probada en gran manera, y reciben mucha ayuda cuando se dan cuenta de que son justificados basándose en la fidelidad de Dios y no mediante sus obras.

Los no cristianos de nuestra sociedad también encuentran difícil aceptar su mortalidad. Han crecido en esta sociedad moderna y tecnológica en la que muy rara vez se menciona la muerte, y a menudo no tienen conciencia de que morirán. La única manera en que pueden enfrentar sus limitaciones y la culpa de sus pecados es a través de la sanidad de su espíritu, que se produce mediante el arrepentimiento y la fe en Cristo.

Podemos ofrecer un gran regalo de consuelo y valor a los enfermos desahuciados. Nuestra propia liberación de la ansiedad sobre la muerte, que se inicia con una buena relación con Dios, es una de las claves para poder brindar consuelo y valor. Es difícil enfrentar a una persona con enfermedad incurable, porque eso nos recuerda *nuestras* propias limitaciones. Solo cuando podemos enfrentar la muerte estamos en capacidad de ayudar a otros a enfrentarla.

Samuel Southard, un profesor de teología pastoral del Seminario Teológico Fuller, ha dictado cursos de ministración a los moribundos. Él dice que la oración, tanto para el consolador como para el enfermo desahuciado, es «una de las más grandes herramientas espirituales que Dios ha dado a sus hijos; es una poderosa medicina para el alma».<sup>19</sup>

La oración comienza *antes* de visitar a la persona enferma de muerte. «La oración no debe ser lo último que hagamos en la visita; debe ser un acto de alabanza antes que vayamos a visitar». Si no hemos orado antes de llegar, llevaremos tensiones, ansiedad y hostilidad que podemos haber adquirido de otras actividades. Por tal motivo, nuestra oración es la protección para el paciente. Además la oración nos recuerda que el Espíritu de Dios va delante de nosotros, que Él es el consolador y no nosotros.

La oración efectiva por un enfermo desahuciado comienza al ser buenos oyentes (Proverbios 20.5). Southard destaca cuán importante es escuchar a la persona enferma: «La actitud de oración más importante para una persona enferma podría llamarse un acto de escuchar con sensibilidad, de entender comprensivamente o de comunión espiritual». Solo cuando entendemos el profundo significado de las palabras de un enfermo desahuciado podemos saber cómo orar con eficacia.

Por último, el Espíritu Santo nos hablará y nos revelará el corazón de la persona y la sabiduría para saber cómo orar de manera específica. «Cuando tenemos el oído atento, podemos escuchar lo que el Espíritu de Dios ha dicho a la persona enferma y lo que el Espíritu dirá a esa persona a través de nosotros. La oración que elevemos ante la petición de la persona enferma no será vacía; hablará a las propias necesidades de su corazón».<sup>20</sup>

La ministración a los enfermos desahuciados lleva siempre a ministrar a amigos y familiares de luto. También ellos necesitan sanidad por la pérdida de un ser querido. Llorar sin culpa la muerte de alguien es una parte importante para resignarnos a la muerte de ese alguien. Algunas veces los que están de luto sufren de culpa por haber obrado mal o negligentemente con el que se fue, y nosotros podemos ofrecerles el perdón de Cristo por sus pecados. A menudo ellos encuentran difícil aceptar la pérdida o enfrentar el futuro. Cada persona es diferente. Tal vez el mejor consejo sea ser compasivos y buenos oyentes.

## RESURRECCIÓN DE MUERTOS

Hay pocos ejemplos en las Escrituras sobre resurrección de muertos. Jesús resucitó a la hija de Jairo (Lucas 8.40-56), al hijo de la viuda de Naín (Lucas 7.11-15) y a Lázaro (Juan 11.1-44); Pedro levantó a Tabita (Hechos 9.40-41) y Pablo resucitó a Eutico (Hechos 20.7-12). En estos ejemplos el reino de Dios se desató en esa época, como vislumbre de lo que sucederá con la venida de Cristo (1 Corintios 15.24-26).

Encuentro sumamente interesante el incidente del momento de la muerte de Cristo, narrado en Mateo 27.52-53, en que los sepulcros se abrieron y se levantaron «los santos», tal vez los santos del Antiguo Testamento, que «vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos». De la cruz irradió vida, ¡de modo que aun los muertos se levantaron! Seguramente este acontecimiento fue un simbolismo de la conquista de la muerte a través de la expiación.

En suma, resucitar a los muertos constituía un suceso espectacular y poco frecuente en el Nuevo Testamento, pero algo que creo que todavía es posible hoy día.

En esta sección del libro hemos visto que la sanidad mediante el poder de Cristo está disponible para cada aspecto de nuestra vida. Si le entregamos nuestro corazón, no tendremos necesidad de temer que Él no pueda sanar. Pero creer en la sanidad de Cristo no es lo mismo que experimentarla en carne propia. Cómo orar por los enfermos y experimentar el poder sanador de Cristo es el tema de la última sección.

## TERCERA PARTE:

¿Cómo sana Jesús  
por medio de nosotros?

## 9. Un modelo integrado de sanidad: Principios, valores y prácticas

La manera más eficaz de capacitar y equipar a las personas para cualquier destreza es proveyéndoles modelos eficaces y oportunidades de practicar por sí mismos. Este método está detrás de la mayoría de los programas de capacitación evangelística. Así que me pregunté inmediatamente después de mi primera sanidad: «¿Es posible desarrollar un modelo de sanidad para que muchos cristianos se puedan capacitar en la sanidad de los enfermos?» Creí que la respuesta era positiva y me comprometí a desarrollar ese modelo.

Jesús empleó el método de capacitación que consistía en enseñar, hablar, utilizar y supervisar. Después de llamar a sus discípulos, Él anduvo con ellos, enseñándoles y sanando a los enfermos por donde iban. Luego, después que pensó que los discípulos habían visto y aprendido lo suficiente para intentar por sí mismos, los comisionó, les dio poder e instrucciones y los envió a hacer lo mismo (Mateo 10.1,5-8).

Los resultados de la capacitación de Jesús en sus discípulos se pueden ver claramente en el libro de Hechos. Todos predicaron con enorme poder y eficacia, sanaron cojos y ciegos y expulsaron demonios de los endemoniados. Los once capacitaron también una segunda generación de discípulos, como Filipos y Esteban, para predicar y demostrar el reino de Dios.

### UN MODELO DE SANIDAD

Tuve que aprender por mí mismo antes de capacitar a otros. Lo hice en tres pasos. En primer lugar, empecé orando por los enfermos, aun cuando sabía muy poco acerca de la

sanidad. En segundo lugar, estudié las teologías y prácticas de líderes en diferentes instituciones de sanidad divina.<sup>1</sup> En tercer lugar, apliqué lo aprendido de esos modelos a nuestra situación en la Comunidad Cristiana Vineyard, preguntando específicamente cómo ayudaría a los cristianos a aprender a orar por los enfermos.

Mediante este proceso desarrollé enseñanzas para explicar la teología y metodología de la sanidad divina. El resultado fue lo que denominé un «modelo integrado de sanidad», modelo por el cual los cristianos pudieran aprender a orar por los enfermos. Lo llamo de esa manera ya que describe cómo Dios sana a la persona en su totalidad: cuerpo, alma y espíritu. Después de probar y adaptar este modelo por varios años tanto en mi congregación como en un curso que ayudo a dictar en un seminario local, desarrollé un cursillo sobre sanidad en el que las personas se capacitan para orar por los enfermos. En los últimos años, miles de cristianos de tradiciones protestantes, católicas y ortodoxas se han capacitado en esos cursillos, que ahora dirigimos cerca de veinte colegas y yo.

## PRINCIPIOS GUÍAS

Una buena analogía para los diferentes elementos de un modelo de aprendizaje son las partes de un edificio: cimientos, muros de apoyo, plomería, electricidad y sistemas de calefacción y aire acondicionado. La primera tarea que realiza un constructor es excavar y poner los cimientos. El largo y el ancho de la excavación determinan el largo y ancho del edificio. Cuanto más profunda y firme sea la excavación, tanto más alto se puede edificar. Los principios son para un modelo de sanidad como los cimientos para un edificio. He mencionado casi todos esos principios en otras secciones de este libro, pero es importante resumirlas juntas una vez más.

El primer principio guía es que *hoy día Dios quiere sanar a los enfermos*. La naturaleza de Dios es sanar a las personas, y Él nos ha llamado a reflejar su naturaleza. «Entonces llamando a sus doce discípulos», escribe Mateo acerca de Jesús, «les

dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia» (Mateo 10.1). ¡Muchos cristianos nunca han oído que hoy día Dios quiere sanar! He observado que una vez que se quita el escepticismo de las personas acerca de la sanidad, ellas son bastante dóciles para aprender cómo orar por los enfermos.

Otro principio es *la importancia del ministerio colectivo* (véanse 1 Corintios 14.26; Gálatas 6.2; Santiago 5.16; 1 Pedro 2.9; 4.10). La mayoría de los que asisten a mis cursillos sobre sanidad van en busca de aprender a orar por los enfermos y no por su propia sanidad. Cuando hago pasar adelante a los enfermos para orar por ellos es con el fin de demostrar la sanidad y como ejemplo para enseñar a otros acerca de la sanidad divina. En muy pocas ocasiones oro por los enfermos en mis cursillos. En vez de eso, preparo a personas para que oren mientras describo a los participantes lo que están haciendo y por qué lo hacen. Así que no realizo muchos cultos de sanidad sino cursillos de preparación, en los que todos aprenden a ejercer el poder que Dios les concede.

En tercer lugar, *nuestra confianza en Dios se demuestra por la acción*. Jackie Pullinger escribe en su libro *Chasing the Dragon* [La persecución del dragón]<sup>2</sup> acerca de su ministerio con prostitutas chinas. Cuando era niña ella respondió al llamado de Dios de llevar el evangelio a los guetos de Hong Kong. Jackie me dijo que muchas veces los cristianos le habían preguntado: «¿Cómo puedes hacerlo?» A lo que respondía: «¿Cómo tú no lo haces?» ¿Cómo no orar por los enfermos? No estoy sugiriendo que se sanarán todos por quienes oramos, ¡seguro que no! Sin embargo, afirmo que la Biblia nunca califica quién recibirá sanidad. Nuestra tarea es orar; Dios es el que sana. No podemos enseñar menos de lo que está en la Biblia.

Todos los cristianos podemos orar por los enfermos porque *todos tenemos el poder del Espíritu Santo*, que es el cuarto principio para el ministerio de sanidad. «Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo», dijo Jesús a los discípulos poco antes de Pentecostés (Hechos 1.8).

Pablo escribe que se nos han dado «dones de sanidad por el mismo Espíritu» (1 Corintios 12.9). La fuente de toda sanidad divina es el poder de Dios, no el del hombre. Nuestra responsabilidad es que nuestra vida sea sensible al Espíritu, que confiemos y lo honremos y que recibamos su poder en medio de nosotros.

El quinto principio para la sanidad divina es la *importancia de relaciones de amor con nuestros hermanos y hermanas*. Pablo escribe: «El amor sea sin fingimiento ... Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros» (Romanos 12.9-10; veáanse también 13.8). Las relaciones saludables y de apoyo con los hermanos y hermanas en Cristo son una meta y un ambiente eficaz para la sanidad. La preparación, el ministerio y la necesaria continuidad para la sanidad divina se pueden llevar a cabo más a menudo cuando hay suficiente compromiso, responsabilidad y autoridad entre los cristianos. En otras palabras, uno de los principales beneficios de nuestra unión con Cristo es una vida junto a hermanos y hermanas.

El último principio es que *Dios quiere sanar la totalidad del individuo, no solo afecciones específicas*. En Juan 7.23 Jesús preguntó a los judíos que lo acababan de acusar de estar endemoniado: «¿Os enojáis conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre?» La palabra griega traducida «sané» (*hugiês*) refleja un entendimiento mucho más comprensible de la salud que el del pensamiento popular moderno. John Wilkinson escribe al comentar sobre esta y otras palabras griegas usadas en el Nuevo Testamento:

La salud se entiende en términos de totalidad, bienestar, vida, fuerza y salvación ... Lo que el hombre moderno confiere al cuerpo, la Biblia lo extiende a la integridad de la existencia y la salud humanas. Solo cuando la vida del hombre es total y sus relaciones son correctas este puede describirse como realmente saludable.<sup>3</sup>

En una ocasión escuché decir a alguien que es mucho más importante saber qué clase de persona tiene el virus, que saber qué clase de virus tiene la persona. Con esto quería decir que

es más importante que tengamos información sobre la relación que la persona tiene con Dios y con los demás, que conocer los detalles de su enfermedad. El tener en cuenta que oramos por *personas* y no solo por *afecciones* asegura la protección de la dignidad del individuo. Cuando oro por la sanidad de alguien mi meta consiste en dejarlo con un mayor sentimiento del amor de Dios que el que tenía antes de la oración. Una de las maneras en que expreso el amor de Dios es mostrando interés en cada aspecto de la vida de una persona. A veces esto significa que habrá que orar por el enfermo durante mucho tiempo, tanto al inicio como en sesiones subsiguientes.

## LOS VALORES

Los valores son a los principios como los muros de apoyo a los cimientos; son extensiones visibles de nuestros principios fundamentales. Los muros mantienen unido al edificio. Los valores determinan la dirección y el flujo de nuestros limitados recursos de tiempo, energía y dinero. En otras palabras, los valores determinan lo que alguien hace. Los siguientes cuatro valores manan de los principios guía que describí antes y contribuyen a un radiante ministerio de sanidad:

1. *Un ambiente de sanidad*. Este se produce con frecuencia cuando el Espíritu Santo está presente y cuando las personas están llenas de fe en Dios para sanidad.

Jesús comprendió la importancia de un ambiente de sanidad. Marcos 5.35-42 lo describe resucitando a la hija de Jairo. Jesús iba a orar por la muchacha cuando le informaron que esta había muerto. Los que le dieron la noticia desanimaron a Jesús de ir a la casa de la niña. Pero en lugar de darse por vencido, Jesús insistió en ir a la casa de Jairo, aunque Él no permitió que lo acompañara alguien más fuera de Pedro, Santiago y Juan. Al excluir a los que estaban llenos de incredulidad, Él creó un ambiente de sanidad.

Llegó a una casa y vio «alboroto y a los que lloraban y se lamentaban mucho» (v. 38). Cuando Él les pidió que dejaran

de lamentarse porque la niña estaba dormida, la gente se burló. Entonces «Él echando fuera a todos, tomó al padre y a la madre de la niña, y a los que estaban con él, y entró donde estaba la niña» (v. 40). Por segunda vez excluyó a los de poca o ninguna fe, y luego entró en la pieza y con voz de mando dijo: «¡Niña, a ti te digo, levántate!» (v. 41), y la resucitó.

Cuando oro por los enfermos, busco un ambiente de sanidad, de fe y de esperanza. Conscientemente busco fe en tres sitios: primero, en mí mismo y en otros que están orando por el enfermo; segundo, en la persona por quien se está orando; y tercero, en los testigos.

Por lo general pregunto a la persona por quien oro: «¿Crees que Jesús te puede sanar?» Si responde positivamente le pregunto: «¿Crees que Jesús lo hará ahora?» Continúo adelante con la oración por sanidad si la respuesta es sí, o si un testigo o yo tenemos una sensación firme de que Dios quiere sanar. El punto es que siempre busco la fe y reúno a la gente que tiene fe para sanidad. Si nadie tiene esa sensación, le pido fe a Dios (nunca reprocho a la persona enferma por la falta de fe si la sanidad no ocurre). «Es pues, la fe», afirma el escritor de Hebreos, «la certeza [la substancia] de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (Hebreos 11.1). Rara vez tengo éxito cuando está ausente esa substancia, esa confianza de fe.

He estado en muchas situaciones de sanidad en que, al igual que Jesús, he pedido que salgan quienes luchan con incredulidad, temores o ansiedad, mientras pido que se unan a nosotros quienes sé positivamente que tienen fe en la sanidad. También he observado con frecuencia que una sanidad es un trampolín para muchas otras. Cuando un grupo ve alguna sanidad, la fe crece enormemente, provocando esto un ambiente de sanidad.

Durante el tiempo de oración por sanidad animo a las personas a «bajar la frecuencia», es decir, a calmarse, contenerse y desarrollarse emocionalmente. Revolver las emociones rara vez es positivo par el proceso de sanidad, y por lo general impide aprender acerca de cómo orar por los enfer-

mos. Por lo tanto, trato de crear un ambiente clínico y racional (en mis cursillos llamamos «clínica» al tiempo de oración), que al mismo tiempo sea poderosa y espiritualmente sensible. Por supuesto, la expresión emocional es un subproducto natural de la sanidad divina y no una mala respuesta. Mi opinión es que crear de manera artificial un ambiente cargado emocionalmente milita contra la sanidad divina, y en especial socava la capacitación de otros para orar por los enfermos.

La adoración es una de las maneras más importantes de incrementar la fe en la sanidad. A medida que nos acercamos a Dios, su Espíritu obra en nosotros. Las reuniones de la iglesia pueden ser poderosos ambientes para la sanidad debido a que incluyen la adoración colectiva abierta. Casi todas las reuniones de la iglesia son para adorar, administrar sacramentos y proclamar el nombre de Dios, elementos estos que por cierto pueden conducir a la sanidad y a otras obras de Dios. He aquí algunos elementos de cómo enfocar la adoración:

- En la Comunidad Cristiana Vineyard empezamos casi todas las reuniones con por lo menos treinta minutos de adoración, y cuando adoramos a Dios nuestro corazón se dispone al Señor para sanidad y aumenta la fe en la sanidad. No adoramos a Dios porque Él sana, lo adoramos porque es Dios y nosotros somos su pueblo. En la adoración correspondemos a su amor y Él derrama su luz sobre nosotros a través de la Palabra y el sacramento.
- Invitamos al Espíritu Santo a llegar y ministrarnos. El Espíritu Santo nos hace más sensibles espiritualmente y sentimos su poderosa presencia.
- Si creemos en la sanidad, entonces debemos permitir que ocurra cuando estamos juntos. Dejo un tiempo para sanidad divina en el programa de casi todas nuestras reuniones de la iglesia, en especial durante la adoración del domingo y en las reuniones de grupos pequeños los

días martes. La mayoría de los que participan en las actividades de Vineyard saben que habrá oportunidades de recibir oración por sanidad o de orar por otros.

Cuando nos encontramos en lugares públicos no podemos adorar en voz alta; sin embargo, Dios oye la alabanza y agradece en nuestro corazón enviándonos su Espíritu. Volvamos a 1982 cuando un amigo de Arizona me escribió una nota en la que describía su experiencia de la relación entre la adoración y la oración eficaz por sanidad. Solo algunas semanas antes había escrito para preguntar por qué no experimentaba éxito cuando oraba por los enfermos. Para ese momento ya había descubierto su error:

¡Está sucediendo, John! ¡En los últimos cinco días, seis de cada siete veces que he pedido sanidad para mi familia ha ocurrido a los dos minutos! En lo único que no he tenido respuesta todavía es en los ojos bizcos. Aunque estoy fortaleciendo la fe para ver esta sanidad. *Ahora me doy cuenta de cuál era mi error: por saltar directo a la oración por sanidad sin adorar primero a Dios, en realidad no estaba valorando a Dios.* Él me mostró esto mientras escuchaba un caset de tus cursillos de sanidad. Después me arrepentí con lágrimas en los ojos, subí a la planta alta y sané a mi hija de un salpullido que cubría 80% de su cuerpo. Jesús es maravilloso.

*2. Tiempo de ministración.* Aprender a orar por los enfermos es como aprender a montar en bicicleta. Al principio los padres corren al lado del tambaleante hijo para prevenir lesiones graves. Pero en el momento en que el muchacho está listo para manejar solo, inevitablemente él llega de sus primeros paseos con las rodillas y codos pelados. La mayoría de los padres no se preocupan demasiado por estos accidentes. En vez de eso animan a sus hijos a volver a montar en la bicicleta e intentarlo de nuevo, porque pronto estarán montando con suavidad y seguridad. Aprender a orar por los enfermos es un proceso similar: las primeras experiencias son normalmente desastrosas, pero con el tiempo se vuelven agradables. Estoy más interesado en ministrar que en la prolijidad, por tanto proveo un ambiente en el que los individuos sepan que

tienen aceptación y ayuda aun cuando se hayan equivocado. Consigo esto dando tiempo y espacio a la gente que ora por los enfermos en mis cursillos sobre sanidad y en otras reuniones de la iglesia.

Cada sesión de mi cursillo sobre sanidad se divide en tres partes: alabanza, instrucción y una clínica. En los participantes de las clínicas se observan miembros adiestrados de un equipo de sanidad que oran por los enfermos, mientras describo qué pasa y por qué se efectúan ciertas cosas. Luego todos los participantes se dividen en equipos de ministración y elevan por sí mismos oraciones «de manos en alto» (siempre hay personas presentes que necesitan sanidad). Usando este método, la mayoría de las personas oran por los enfermos incluso desde la *primera* sesión. Siempre me aseguro de tener personas adiestradas a la mano para ayudar a los novicios, fomentando el diálogo entre los miembros del grupo a fin de entender por qué oramos cuando lo hacemos.

Animo a las personas a orar en equipos por varias razones:

- El poder espiritual se multiplica cuando más gente está orando (Mateo 18.19).
- Por lo general se obtiene mayor visión cuando se trabaja con otros, especialmente cuando surge un impase.
- Los equipos proporcionan un buen ambiente de sanidad y enseñanza.
- Los equipos frenan a quienes tienen experiencias de éxito que les llevan a pensar muy exageradamente acerca de ellos mismos.
- Al ministrar en equipo, con seguridad la persona por quien se ora llegará a ser más dependiente de Jesús que de aquel que está orando por ella.
- En equipo siempre habrá un testigo de lo que sucede, lo que constituye una protección para la persona que ora (Mateo 18.16).

- En casos que involucran el echar fuera demonios, es siempre mejor que varias personas se encuentren presentes (Levítico 26.8; Deuteronomio 32.30).

Otros excelentes sitios para que las personas aprendan a orar por los enfermos son los pequeños grupos de hogar dirigidos por líderes adiestrados. En la Comunidad Cristiana de Vineyard disponemos de varios de esos grupos. Los llamamos grupos de parentesco. Por supuesto, son algo más que reuniones de sanidad; abarcan alabanza, hermandad, estudio bíblico y otras actividades que mantienen una vivencia cristiana de éxito; pero son lugares donde la oración de sanidad regularmente ocurre. Ese ambiente proporciona también excelente cuidado y apoyo para los que sanan, aminorando la posibilidad de que retorne su afección anterior.

En cursillos, equipos de sanidad y pequeños grupos estimulo un clima de aceptación para los que oran, en el cual puedan tener éxito o fallar mientras aprenden esta nueva destreza. Les digo: «Juntos aprendemos acerca del poder sanador de Dios. No se preocupen si fallan, ¡fallo todos los días! Pero cuanto más practico tanto más éxito tengo».

3. *Capacitación*. Creo que capacitar a cristianos para la obra de Dios es una de las tareas más importantes y de las menos efectuadas por líderes del Cuerpo de Cristo. Si capacitamos adecuadamente a los líderes, a su tiempo ellos adiestrarán a otros. En Efesios 4.11-13, Pablo dice: «Y Él mismo [Jesús] constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo». La palabra griega *katartismos*, que se traduce «perfeccionar», viene del verbo *katartizein*. Esta palabra se usaba en medicina para indicar la colocación correcta de un hueso fracturado o para poner en su sitio una coyuntura. En política se usaba para juntar a grupos de oposición a fin de que un gobierno pudiera funcionar con normalidad. En Marcos 1.19 se refiere al remiendo de redes y en Gálatas 6.1 al disciplinado de miembros rebeldes del cuerpo hasta que re-

gresen a la iglesia en unidad y paz. En otras palabras, Pablo está hablando de equipar completamente a los cristianos, de modo que el Cuerpo de Cristo pueda llegar a ser todo lo que debe. Los líderes no deben hacer todo el trabajo por las personas, sino adiestrar a otros para que lo hagan por sí mismos. En tanto que los líderes equipan al pueblo, el cuerpo se edifica en unidad. Creo que yo sería negligente si no adiestrara a otros a sanar a los enfermos.

Muchos obstáculos impiden a líderes equipar a otros para la sanidad de enfermos. Uno de ellos es un sentimiento personal de falta de valía, un sentimiento de que no son lo bastante maduros, no lo bastante prósperos. Es importante para los líderes tratar de vivir libres de pecado, pero he descubierto que casi todos los sanadores se encuentran atados en cierto modo. Si los líderes esperan hasta que sean perfectos, tendrán muy poco que ofrecer de esta parte de la venida de Cristo.

Algunos líderes tienen temor de que si capacitan a otros perderán sus ministerios (en muchos casos estos líderes tienen ministerios de sanidad que atraen a grandes masas, sea en iglesias locales o en conferencias de sanidad). Estos líderes debieran recordar un principio fundamental del reino que siempre trabaja en equipo: cuanto más se da (sean dones, habilidades, bienes materiales o tiempo) tanto más se recibe de Dios. Jesús enseñó: «Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir» (Lucas 6.38). Cuanto más personas adiestro para sanidad de los enfermos, tanto más personas Dios nos da para sanar.

4. *Un estilo de vida de sanidad*. Mediante un estilo de vida de sanidad damos al mundo la sanidad de Dios. La sanidad es para mí un estilo de vida. Cuando estoy en casa, en reuniones, caminando por las calles, en plazas o en mi sitio de trabajo, bajo cualquier y en toda circunstancia, estoy dispuesto a que Dios me utilice para orar por los enfermos. Si estoy accesible a ser usado para sanidad divina en todo momento y lugar, no

presumo automáticamente que la sanidad es todo lo que Dios quiere que haga. La sanidad divina no es la única acción que tomamos para fomentar el reino de Dios.

Tengo confianza acerca de llevar sanidad divina al mundo. Puesto que Dios es digno de confianza, supongo que Él dirige y designa las circunstancias de nuestra vida. Cuando me siento impelido a acciones que contradicen la naturaleza de Cristo, supongo que esos sentimientos no vienen de Dios (por supuesto hay siempre situaciones que no caen fácilmente dentro de estas dos categorías, pero se trata de excepciones). Siempre me pregunto: «¿Es esto característico del modo en que obra Dios?»

Por ejemplo, ocasionalmente siento que debo hablar de Cristo a alguien, tal vez a un extraño. Cuando recibo esos presentimientos, no los descarto como inadecuados ni paso mucho tiempo preguntándome: «¿Será realmente la voluntad de Dios que hable a esas personas?» Siempre hablo con ellas. Por lo general responden positivamente a mis preguntas (muchos ponen su fe en Cristo); a veces responden de modo negativo. Pero nunca cuestiono si debí hablarles o no. ¿Por qué? Porque sé que Dios quiere que el evangelio se predique a cada persona del mundo (Mateo 28.18-20).

El mismo pensamiento se aplica en ayudar a los pobres o en satisfacer una necesidad de un hermano o hermana en Cristo. Pienso: «Por esto murió Cristo, para levantar a un pueblo que haga su obra en la tierra. Sus obras incluyen ayudar a los pobres y necesitados. Claro que ayudaré».

Respondo del mismo modo cuando se me pide que ore por la sanidad de alguien, o cuando siento que Dios me solicita orar por alguien que no lo ha pedido. A menudo sanan, a veces no. Pero nunca cuestiono si debí haber orado por ellos o no, puesto que estoy seguro de que mi deber es obedecer y la tarea de Dios es sanar. Si cuando oro Dios no sana, sigo creyendo que la voluntad de Dios fue que yo orara. Cuando no hay sanidad no respondo pensando que fallé o que no soy espiritual. ¿Cómo puedo yo fallar si es Dios el que sana? O como puedo yo llevarme el crédito si alguien sana cuando es

Dios el que lo hace? Entonces, puesto que Cristo es el sanador, tengo un estilo de vida de sanidad.

Los efectos de un estilo de vida de sanidad son física y espiritualmente saludables para la iglesia, con mucha gente ganada para el Reino de Dios.<sup>4</sup>

## LA PRÁCTICA

La práctica es como la plomería, los sistemas de calefacción y aire acondicionado, y las instalaciones eléctricas de un edificio. Disfrutamos sus beneficios: agua corriente, control climático y electricidad, aunque rara vez pensamos en lo complejo de los sistemas de apoyo construidos a través de las estructuras que las hacen posibles. Las prácticas de sanidad son las destrezas, actitudes y actividades que mantienen a la sanidad divina como un ministerio creciente y vital dentro de la Iglesia. Ellas son lo que elaboramos cuando oramos por los enfermos.

Las siguientes son prácticas que deben dominarse para un efectivo ministerio de sanidad. Estas fluyen de los principios y valores que anteriormente expuse. Comparo estas prácticas con los sentidos físicos del oído, vista, habla y tacto:

1. *El oído.* La habilidad fundamental que se requiere en sanidad es la sensibilidad al Espíritu Santo, nos vaciamos y recibimos su dirección y poder. A menudo me topo con personas que buscan un método de sanidad, una fórmula a seguir que les garantice curaciones automáticas. Pero la sanidad divina no es automática ni depende de nuestras justas acciones; se basa en la relación con Dios y el poder de su Espíritu.

La sanidad divina es un don de Dios, un acto de su misericordia y de su gracia. Nuestro deber es escucharlo y llevar a cabo su Palabra. «El cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto», escribe Pablo, «no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica» (2 Corintios 3.6). Hay muchas maneras mediante las cuales practicamos la sensibilidad a la presencia de Dios y a escuchar su

Palabra: el estudio bíblico, la alabanza, la oración y la meditación serían los más importantes.

Cuando hablo de escuchar la voz de Dios, quiero decir desarrollar una práctica de comunión con el Padre en la cual constantemente le preguntamos: «¿Señor, qué quieres hacer ahora? ¿Cómo quieres usarme? ¿Cómo debo orar? ¿A quién quieres que evangelice? ¿Hay alguien que desees sanar?» A veces Él me da instrucciones específicas sobre aquellos por quienes estoy orando. Estas vienen como impresiones: palabras específicas, cuadros mentales, sensaciones físicas en mi cuerpo que corresponden a problemas de sus cuerpos. Estas impresiones me ayudan a saber por quién y cómo orar.

No insinúo con esto que tengo una «línea directa» infalible con Dios, o que siempre escucho su voz y sigo su mandato. Pero el asunto es que soy sensible a la voz de Dios. Lo escucho y confío en su dirección (Juan 14.26; 16.13-15).

2. *La vista.* La vista espiritual nos capacita para reconocer y trabajar con Dios en el proceso de oír. A medida que oímos la voz de Dios y oramos por las personas, el Espíritu Santo llega sobre ellas. Cuando esto sucede hay fenómenos físicos y emocionales en el individuo por el que oramos, lo que indica que el Espíritu Santo está presente.

Algunos de estos fenómenos son obvios: sollozos, llanto, temblores, sacudidas, tranquilidad, contorsiones y distorsiones corporales, caídas (referidas algunas veces como «derribadas en el Espíritu»), risas o saltos. Otros fenómenos son más sutiles: temblores leves, parpadeos, transpiración débil, brillo en el rostro, tensión en la piel o respiraciones profundas. Ofrezco una visión más amplia de estos fenómenos en el capítulo 12. Mi opinión es que estos fenómenos indican a menudo que el Espíritu Santo está manifestando su presencia en alguien, y que podemos aprender a reconocer lo que esto significa.

3. *El habla.* Lleva tiempo y práctica aprender cómo orar y ofrecer palabras de amor, comprensión y consuelo a las personas que necesitan sanidad. La mejor manera de aprender a

orar por sanidad es estar relacionados con quienes saben hacerlo eficazmente.

Aprender a decir palabras de amor y ánimo es difícil para los individuos que vienen de familias en las que no se expresan adecuadamente amor verbal ni afecto físico. Por lo general ellos necesitan capacitación práctica en cómo honrar y respetar a los demás, resaltando en particular el desarrollo de los patrones de comunicación cristiana.

En la Biblia muchos sanaron por medio de una orden. Por ejemplo, Jesús reprendió la fiebre en la suegra de Pedro y la fiebre desapareció (Lucas 4.38-39); después Jesús colocó en las orejas del sordomudo sus dedos y saliva en su lengua y dijo: «Sé abierto» (Marcos 7.32-35); y Jesús ordenó al paralítico en el estanque de Betesda: «Levántate, toma tu lecho, y anda» (Juan 5.8). Poco después de Pentecostés, Pedro sanó un mendigo cojo diciéndole: «En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda» (Hechos 3.6), y él resucitó a Tabita cuando dijo: «Tabita, levántate» (Hechos 9.40). La literatura se refiere con frecuencia a esto como una «palabra de mando», un mensaje expresado con la autoridad del reino de Dios y mediante el cual se libera un gran poder de sanidad.

He sido testigo y he escuchado de muchos casos en los que Dios guió a alguien que ordenara salir una enfermedad, consiguiendo que la persona sane instantáneamente. Eso le sucedió a mi esposa Carol, antes que ella supiera algo acerca de las palabras de mando. En 1982 una mujer se le acercó después de uno de nuestros cultos dominicales, le pidió que orara por una afección de la piel (eczema) que cubría casi todo su cuerpo. Por el don espiritual de discernimiento de espíritus, Carol sintió que un espíritu maligno era la causa del eczema. El enojo creció dentro de Carol a medida que hablaba, culminando en un grito al espíritu maligno: «¡Déjala!» La irritación de la mujer desapareció y no ha sufrido de eczema desde ese momento.

Algunas veces Jesús hizo una sencilla declaración y la persona sanó. En Juan 4.46-50, un noble pidió dos veces a Jesús que fuera y sanara a su hijo. Finalmente Jesús dijo: «Ve,

tu hijo vive». En Hechos 9.32-35, Pedro dijo al paralítico Eneas: «Eneas, Jesucristo te sana; levántate, y haz tu cama». Después que Pablo descendió sobre el cadáver de Eutico, «se echó sobre él, y abrazándole, dijo: No os alarméis, pues está vivo» (Hechos 20.7-12).

Hay también la oración de petición. En Marcos 7.32-35, en la sanidad del sordo y tartamudo, Jesús levantó «los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto». El hecho de que Jesús levantara los ojos al cielo indica alguna clase de petición. En Hechos 9.36-43, Pedro se arrodilló al lado de Tabita y oró. Solo después que había orado le dijo lleno de fe: «Tabita, levántate».

Por último, algunas veces la sanidad llega después que alguien recibe instrucciones de hacer un acto específico y obedece. En Juan 9.1-7, Jesús coloca lodo, que hizo al escupir en tierra, a los ojos de un ciego y le dijo: «Ve al Siloé, y lávate». El hombre obedeció y sanó.

Otra importante habilidad del habla es aprender cómo ofrecer una sanidad apologética, que levanta la fe en las personas por quienes se ora. Las personas me dicen con frecuencia: «Quiero sanar, pero es difícil para mí creer que Dios lo hará». Por lo general, respondo enseñándoles informalmente acerca de la sanidad divina. Por ejemplo, les hablo de la mujer sirofenicia a la que Jesús le dijo que la sanidad era «el pan de los hijos» (Marcos 7.27). Después les pregunto:

—¿Eres un hijo de Dios?

—Ah, nunca antes lo consideré de esa manera.

—Bien, si eres un hijo de Dios, Jesús ha preparado sanidad para ti.

Les explico entonces cómo la mujer sirofenicia mantuvo la presión en Jesús para que sanara a su hija, y con el tiempo Él reconoció su fe y sanó a la hija. Así que Jesús sanó a la hija de la mujer a pesar de que esta no era israelita. Con cuanta más razón Él está listo para sanar a los hijos del nuevo pacto. Explicaciones como esta ayudan a las personas a entender la sanidad y hacen crecer su fe en ella.

También tenemos que explicar a las personas por qué oramos como lo hacemos y por qué experimentan fenómenos tales como los describí antes en el segundo punto (sacudidas, caídas, etc.). Esto les confirma que Dios está obrando y su fe crece a través de este entendimiento.

Otra práctica importante es saber cómo ofrecer voces de compasión y consuelo cuando alguien no sana. Muchas personas sufren frustración y rechazo cuando no sanan de inmediato. El interés de la sanidad divina es el individuo y no la afección. Debido a esto, si oramos de manera adecuada por ellos tenemos una base para una relación amorosa y tranquila. Les digo: «Te amo y Dios te ama mucho, y me siento bastante mal porque no hayas sanado al instante. Tal vez sanes cuando oremos la próxima vez. Déjame orar de nuevo por ti, ¿está bien?» También les animo con la admonición de Dios que debemos pedir una y otra vez, que perseveremos en buscarlo a Él y a su reino. Cuando me dicen que han estado buscando a Dios una y otra vez les digo que esa es la manera en que Dios obra algunas veces antes de sanar.

Por último, seguir las instrucciones es muy importante para quienes sanan. Si están viendo un médico o sicólogo, les animo a que le hablen de su sanidad. Algunas veces su sanidad es parcial y necesitan cuidado médico. Otra clase de advertencia es de naturaleza más pastoral. Se les debe animar a que participen con regularidad en una iglesia cristiana en la que reciban cuidado y ayuda pastoral. Los problemas de algunas personas tienen complejas causas espirituales, psicológicas y físicas, por lo que necesitan consejería posterior de un pastor o consejero capacitado. Muchas de esas personas reciben sanidad solo para ver que su mal retorna después de algunos días o semanas, debido a que no cambiaron su estilo de vida.

4. *El tacto*. Una mujer que por doce años había tenido flujo de sangre fue sanada al instante cuando tocó el manto de Jesús. Lo notable de esta sanidad es que Jesús no vio cuando ella tocó su manto (estaban en una multitud), pero sintió «el poder que había salido de Él» (Marcos 5.30). Los hombres de

Genesaret «trajeron a Él [Jesús] todos los enfermos; y le rogaban que les dejase tocar solamente el borde de su manto; y todos los que lo tocaron, quedaron sanos» (Mateo 14.35-36).

En el Nuevo Testamento se observó la imposición de manos en la sanidad de los enfermos (Marcos 1.41; 6.5; 16.18; Lucas 4.40; Hechos 28.8), en bendición (Mateo 19.13-15; Marcos 10.16), al ordenar o comisionar (Hechos 6.6; 13.3; 1 Timoteo 5.22) y al impartir los dones espirituales (Hechos 8.17; 19.6; 1 Timoteo 4.14; 2 Timoteo 1.6), cuando Jesús oraba por los enfermos por lo general los tocaba y ordenaba salir a la enfermedad (Mateo 8.1-3; Marcos 7.32-35; Lucas 4.38-39; 7.12-15; véase también Hechos 3.1-5; 20.7-12).

Tuve en 1983 una experiencia en Göteborg, Suiza, que ilustra el poder del toque. Estaba predicando (con la ayuda de una intérprete) en un congreso de sanidad de cuatro días en una iglesia bautista. Habían trescientos asistentes y en los primeros dos días se mostraron bastante reservados, sin demostrar mucha respuesta a mi enseñanza. El tercer día del congreso sentí que Dios quería sanar a una mujer que estaba entre el público y que tenía cáncer en el seno izquierdo.

—Creo que Dios quiere sanar a una mujer que tiene cáncer en el seno izquierdo —dije.

De inmediato se puso de pie una mujer y dijo que había estado intercediendo y ayunando varios días por una mujer en San Francisco que tenía cáncer en el seno izquierdo. Su intervención era elocuente y persuasiva, pero sentí que la mujer para quien tenía palabra de conocimiento estaba entre el público. Así que dije:

—Esto no es lo que Dios está haciendo en este momento. Esta mujer está ahora mismo en el auditorio. Esta mañana fue dada de alta en el hospital. Tiene sesenta años [hoy no puedo recordar su edad exacta] y está sentada directamente frente a mí un poco a la derecha.

—¡Soy yo! —dijo en suizo, mientras se levantaba, una mujer con un abrigo oscuro de lana que la cubría por completo.

Le pedí que pasara adelante para orar y, cuando lo hizo, pedí voluntarios para orar por ella.

Tres hombres de la primera fila pasaron al frente, dos se pusieron detrás de la mujer y el otro delante de ella. Pregunté a la mujer si no le importaba colocar sus manos sobre el seno y permitirle a uno de los hombres que pusiera sus manos encima de las de ella. Estuvo de acuerdo (pido permiso para imponer manos en las personas para mostrar respeto por ellas). Uno de los hombres que estaban detrás colocó las manos en el hombro de ella. Entonces retrocedí un paso y les dije que esperaran por mí para orar.

Pero antes que la intérprete pudiera dar mis instrucciones, sentí una orden de fe dentro de mí.

—¡Sé sana en el nombre de Jesucristo! —grité en inglés.

A duras penas salieron las palabras de mi boca cuando el poder de Dios llegó sobre las cuatro personas. ¡Comenzaron a sacudirse y sus pies golpeaban el piso! Era como si el poder sanador de Dios entraba en la mujer y salía por los tres hombres o viceversa. ¡La intérprete estaba tan anonadada que comenzó a hablarme en suizo y al público en inglés! Los cuatro se pusieron a llorar y a alabar a Dios. La mujer informó después su sanidad.

En este capítulo he descrito los principios guías, los valores y las prácticas de un modelo integrado de sanidad. En el próximo describo los programas, el personal y los dones espirituales.

## 10. Un modelo integrado de sanidad: los programas y el personal

Los programas son como los cuartos y los pasillos de una casa. Cada cuarto está diseñado con un propósito específico en mente: un comedor para alimentarse, un dormitorio para dormir, un baño para el aseo personal, etc. La utilidad de una pieza se determina siempre por cómo contribuye a cumplir el propósito de la casa. Los programas sirven al mismo propósito en un modelo integrado de sanidad.

Pueden interpretarse mal los programas en sí. Recibo con frecuencia cartas o llamadas telefónicas de líderes pastorales que dicen: «El año pasado visité su iglesia por una semana y al volver a casa comencé a hacer lo que usted hace: cursillos sobre sanidad, tiempo de oración por los enfermos en todas nuestras reuniones, equipos de oración y reuniones similares a mitad de semana. Pero no consigo los resultados que usted tiene. ¿Por qué?» En parte la respuesta es que ellos han instituido programas sin construir una sólida base de principios, valores y prácticas. Por lo general estos líderes no han entendido totalmente nuestros valores y prioridades de sanidad.

Existen varias maneras de recibir oración de sanidad en la Comunidad Cristiana Vineyard de Anaheim. Ya he mencionado que en toda reunión general se deja un tiempo para la oración de sanidad, y una clave fundamental en las reuniones entre semana es la oración por sanidad. También algunos de los grupos similares envían su gente a orar por los enfermos y a predicar el evangelio de puerta en puerta. Cada miembro de nuestro personal de pastores está disponible al menos un día en la semana para citas de consejería que a menudo incluyen oración de sanidad. También un pastor asiste si se

presenta una necesidad de visitar a alguien en un hospital de la localidad. Hay equipos de sanidad capacitados a disposición de la iglesia cinco días por semana. La gente llama y reserva citas con un equipo. Este programa tiene mucho éxito. 32% de las personas por quienes se oró durante 1986 obtuvieron sanidad completa, mientras más de 86% mostraron significativa sanidad (mantenemos historias detalladas de las personas que entran a este programa). Nuestra meta es tener equipos de sanidad disponibles mañana, tarde y noche durante toda la semana. Los programas de capacitación son la clave para desarrollar equipos de sanidad. Las personas se capacitan a través de cursillos especiales o cursos sobre sanidad que ofrecemos en un centro de capacitación semanal. Más de tres mil personas han pasado por este centro, que ofrece docenas de cursos sobre muchos temas.

Yo podría escribir mucho más acerca de nuestros programas, pero estos pueden cambiar en el futuro, dependiendo de las necesidades de quienes nos rodean. Los principios y valores permanecen constantes, los programas cambian. Es más, casi todas las culturas del sur de California son muy diferentes, lo que significa que la mayoría de los programas de sanidad divina son probablemente diferentes de los nuestros. Por eso copiar nuestros programas puede conducir a resultados desilusionadores. Nuestros principios y valores son transferibles, nuestros programas no.

### EL PERSONAL

En el personal hay quienes ministran sanidad (practicantes) y quienes capacitan a otros. Todos los creyentes que van a practicar la sanidad deben reunir dos requisitos. En primer lugar, deben tener fe en la sanidad. Tal vez esta fe no sea grandiosa o perfecta; Dios utiliza la poca que tienen, haciéndola crecer con el tiempo. El segundo requisito es la sensibilidad, una disposición al poder sanador de Dios.

Observe que no menciono la madurez espiritual como requisito. Los dones espirituales no se dan solo a las personas con madurez; se dan a las personas serviciales. Es más, algu-

nas de las sanidades más impresionantes que he visto vienen de manos de nuevos cristianos. No sugiero que el carácter sea intrascendente para la sanidad divina. La influencia del carácter de una persona actúa como factor de multiplicación en su ministerio, haciendo incrementar o decrecer los efectos de los dones de sanidad, dependiendo de la fidelidad del practicante. No obstante, todo cristiano joven o anciano, sólido o inmaduro, puede ser usado por Dios para sanar a los enfermos.

Algunas veces se confunden los dones espirituales de sanidad con un talento natural para sanar. Muchas personas tienen la capacidad de animar y edificar a otros. Tienen temperamentos cálidos, son amables y atentos con los demás. Por lo general son sensibles y comprensivos de tal manera que parece que la sanidad, especialmente la de relaciones rotas, mana de ellos. Una personalidad cálida es algo que el Señor utiliza en la reconciliación y otras clases de sanidad interior, pero el elemento clave en la sanidad divina es el don del Espíritu. Ninguna clase sola de personalidad es mejor que otra para practicar la sanidad divina. Los practicantes de sanidad divina pueden ser amables y sensibles, pero estos talentos naturales son menos importantes que la dependencia absoluta de los dones del Espíritu, la confianza en Dios para la sanidad y el aprendizaje de la oración por los enfermos.

Los practicantes de la sanidad divina no se ven a sí mismos como la fuente de la sanidad. La fuente principal de la sanidad divina es el Espíritu Santo y sus dones (1 Corintios 12.11; Hebreos 2.4). El que recibe los dones es el pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo. Cuando recibimos el Espíritu Santo obtenemos acceso a todos los dones que necesitamos para el avance del reino de Dios (Hechos 1.5; 2.4; 11.15-16). Los dones son manifestaciones de la gracia de Dios: «Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios» (1 Pedro 4.10).

Hay una diferencia entre la posesión del don de sanidad y el ser utilizado por Dios para sanar a alguien en un momento u ocasión especial. Muchos enseñan que cada persona tiene uno o dos dones a su disposición. El estímulo para los cristia-

nos es a «descubrir sus dones», con la implicación que solo algunos son llamados a ministerios como la sanidad divina.<sup>1</sup> Creo que esta enseñanza (que todos los cristianos poseen solo uno o dos dones y que están limitados a actuar solo en ellos) es errónea por las razones que discuto a continuación.

Pablo escribe en 1 Corintios 12.4-7 acerca de este tema:

Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para provecho.

La palabra griega traducida «diversidad de dones», *diaresis*, sugiere dos dimensiones de distribución de los dones espirituales: Hay variedad de dones espirituales y diversidad de sus funciones en el Cuerpo de Cristo.

Una clave para la interpretación es comprender que la distribución general de los dones es *colectiva* para la iglesia. Es decir, los dones no se dan principalmente al individuo sino a la totalidad del cuerpo y para la edificación de este. Esta es también una clave para comprender toda la sección de 1 Corintios 11.17 al 14.40, que es quizá la enseñanza más definitiva sobre los dones en el Nuevo Testamento. Al resaltar doce veces en esta sección la naturaleza colectiva y la actividad de la Iglesia, Pablo recuerda a los lectores que los dones espirituales se dan *a todo el cuerpo* (11.17,18,20,33,34; 14.4,5,19,23,26,28,33-34).

Al entender que Pablo habla del funcionamiento de los dones cuando el Cuerpo los recibe se aclara lo que parece ser un aviso contradictorio. Por ejemplo, en pasajes como 1 Corintios 12.30, Pablo pregunta: «¿Hablan todos lenguas?», sugiriendo que no. Sin embargo, en el versículo siguiente dice: «Procurad, pues, los dones mejores», sugiriendo que el lector debiera estar insatisfecho con solo uno o dos dones. Más adelante, en 1 Corintios 14.5, Pablo dice: «Quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas». La clave es que cuando el cuerpo los recibe, no todos debieran practicar los dones al

mismo tiempo; que esto crearía caos. Todos pueden experimentar cualquiera de los dones en diferentes momentos durante las reuniones generales.

Hay por lo tanto una distribución específica de dones en los individuos, que se produce con ocasión de una necesidad específica. Es decir, los dones se dan en una situación específica para que el individuo los use como bendición para los demás. Esto significa que cualquier individuo cristiano puede orar por los enfermos, pero en la congregación este debe ejercitar la oración en un buen orden y por el bien común.

La mayoría de los cristianos por lo general hacen uso de uno o dos dones: enseñanza, administración, hospitalidad, oración, etc., pero de cuando en cuando todos ellos ejercitan un don que normalmente no tienen. A esta distribución específica la denomino una unción especial para desarrollar una tarea ese momento. En 1 Corintios 12.7, donde Pablo dice que «es dada la manifestación del Espíritu para provecho», la palabra griega *phanerôsis*, traducida «manifestación» significa apariciones. Es decir, los dones espirituales son apariciones del Espíritu, son las veces y maneras en que Él aparece entre hombres y mujeres. El Espíritu Santo aparece entre las personas, ungiendo a los cristianos con dones para suplir las necesidades específicas. Los dones de sanidad llegan frecuentemente de esa manera a los cristianos.

Los dones espirituales se dan para provecho común y para glorificar a Dios, y se reciben para ser entregados. Nunca hablo de «mi don»; en vez de eso hablo acerca del don que Dios me dio para entregar. Es más, mediante el proceso de hacer entrega de los dones, estos se enriquecen y se fortalecen.

Recuerdo la primera vez que Dios me dio el don espiritual de la palabra de conocimiento (hechos e información concernientes a ocasiones específicas, personas o cosas que se podrían conocer solo sobrenaturalmente). Yo podía enumerar los secretos de los corazones de las personas. Era un don agradable de tener, y puesto que nadie más en la iglesia lo tenía, los sentimientos de orgullo me inflaban.

Entonces Dios me dijo que debía entregar el don; es decir, debía imponer manos en otros y orar para que ellos también recibieran el don. Debía orar sencillamente: «Señor, dales a estas personas palabras de conocimiento», y casi todas ellas recibieron palabras de conocimiento. Sin embargo, Satanás comenzó a susurrarme, diciéndome que si continuaba dando el don lo iría a perder. Así que dejé de orar para que otros lo recibieran y durante los cuatro meses siguientes no recibí palabra de conocimiento. Por último fui donde algunos amigos, les pedí que oraran por mí y recibí de nuevo palabras de conocimiento. Al día siguiente me di cuenta del engaño que me había labrado el diablo y en consecuencia redoblé mis esfuerzos de oración para que otros recibieran el don.

Todos estamos llamados a orar por los enfermos y a unos pocos se les dan dones especiales para hacerlo. Algunos que tienen el don son también instructores eficientes en cómo hacer que otros oren por los enfermos. El don de la sanidad, y los dones relacionados, se desarrollan en los individuos de acuerdo con el siguiente proceso:

1. *Tarea.* Se puede trazar una analogía entre la oración por los enfermos y la evangelización. En el Cuerpo de Cristo a todos se nos llama a la tarea de hablar a otros acerca del reino de Dios, pero algunas personas tienen el don de la evangelización. Los evangelistas son muy eficaces: evangelizan con gran destreza y capacidad, y recogen abundantes cosechas. Algunos que no son evangelistas son llamados a hacer la obra de un evangelista, como fue el caso de Timoteo (2 Timoteo 4.5).

La sanidad divina obra de manera similar: Todos estamos llamados a la tarea de orar por los enfermos, aunque reconocamos que hay unas pocas personas con unciones especiales y prolongadas para la sanidad (1 Corintios 12.9). Hay unciones ocasionales para quienes no tienen un ministerio corriente de sanidad. Esto es especialmente cierto para padres o ancianos de la iglesia, quienes tienen autoridad especial y poder para orar por sus hijos y parroquianos.

En 1 Corintios 12.8-9,11 encontramos:

Porque a este es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como Él quiere.

He aquí otra clave para la sanidad divina: Dios puede decidir obrar a través de nosotros de manera inesperada, aun cuando no tengamos normalmente el don de sanidad. Por lo tanto, debiéramos estar en todo momento dispuestos a su unción. Cuando se ejercita la fe y Dios unge, la sanidad divina es lo que sigue.

La palabra griega traducida «dones» (*charismata*) en 1 Corintios 12.9 preferimos castellanizarla con «carismatas». Las carismatas dan a entender manifestaciones ocasionales o uncciones de dones para propósitos específicos y por el bien de la congregación.

El pasaje de 1 Corintios 12.9 dice que Dios da «dones de sanidad». En el griego tanto «dones» como «sanidad» son plurales. Hay muchas clases de enfermedades, por lo tanto hay muchas clases de dispensadores de gracia sanadora.

Hay otras carismatas detrás de la sanidad que se usan comúnmente en la sanidad divina. Denomino a un grupo de carismatas de discernimiento como palabra de sabiduría, palabra de conocimiento y discernimiento de espíritus (1 Corintios 12.8,10). Estos son dones de visiones sobrenaturales; uno «ve» las cosas como Dios las ve.

Una palabra de sabiduría es la revelación de Dios de su sabiduría o visión en una situación específica. Las palabras de sabiduría son especialmente útiles en situaciones de consejería, y a menudo se dan con un pasaje bíblico.

Una palabra de conocimiento es la revelación de Dios de hechos sobre una situación que la persona desconoce.<sup>2</sup> Un ejemplo de esto es cuando Dios da a alguien detalles exactos de la vida de una persona para descubrir el pecado, advertir y proporcionar seguridad, revelar pensamientos, brindar sanidad o dar instrucciones.

El discernimiento de espíritus es la capacidad sobrenatural de juzgar si el factor motivador en una persona es humano, divino o demoníaco. Es la visión sobrenatural en la fuente o actividad espiritual. Este último don es en especial importante para saber cómo orar adecuadamente por la sanidad de una persona.

Las carismatas de discernimiento se experimentan de varias maneras:

- Inspiraciones: inundaciones de pensamientos, con factores específicos, situaciones descriptivas;
- Sueños y visiones: figuras mentales; estas pueden incluir rostros, palabras, situaciones;
- Impresiones: un profundo conocimiento en el espíritu propio; algunas veces una palabra al principio de una frase dispara un manojo de impresiones;
- Versículos bíblicos: pasajes que disparan visión para una situación particular; y
- Dolores en el cuerpo: dolores o sensaciones que pueden corresponder a la enfermedad de la persona por quien se ora.

Otro grupo se llama carismatas de poder: fe, milagros y dones de sanidad.

El don de fe es una ola misteriosa de confianza en Dios que crece en una persona cuando enfrenta una situación o necesidad insuperable. Ese don proporciona la seguridad sobrenatural de que Dios está a punto de actuar mediante un mensaje o acción. Lo maravilloso acerca del don de fe es que brota en mí cuando menos lo espero y cuando más lo necesito.

Los milagros son acontecimientos en los cuales las personas y cosas se afectan de manera visible y beneficiosa por el poder de Dios. La palabra griega de la que traducimos «milagros» es *dunamis*, que significa «poder». El milagro más grande, que tomó el mayor poder, fue la resurrección de Cristo (1 Corintios 15.43-44).

Las carismas de poder se experimentan de estas maneras:

- **Unción:** una repentina infusión de poder, sentida por lo general como hormigueo, calor o como una confianza sobrenatural;
- **Desprendimiento:** una sensación de que algo más allá de sí mismo sucede, una conciencia de la obra y presencia del Espíritu Santo;
- **Palabras de fe:** mensajes que llegan inesperadamente a las personas antes que los manifiesten;
- **Sueños y visiones:** un cuadro de milagro o sanidad puede llegar a la mente de alguien y cuando luego surgen las circunstancias, la persona ora con fuerza; e
- **Impresiones:** estos pensamientos llegan como un conocimiento confiado y tranquilo en que Dios sanará u obrará un milagro; por lo general recibo estas impresiones en oración antes de estar a punto de ministrar.

Algunas veces varios dones espirituales obran juntos en racimos de sanidad. La siguiente carta ilustra cómo una palabra de conocimiento, discernimiento de espíritus y un mensaje de mando fueron instrumentos en la sanidad de una mujer:

12 de junio de 1986

Querido John:

He aquí un relato de Mary [nombre ficticio], una hermana en nuestra comunidad que fue sanada en nuestra clínica de sanidad. Estábamos recibiendo palabras de conocimiento dadas por diferentes personas que se encontraban en una clínica de sanidad. Una de las mujeres de la comunidad se puso de pie y dijo que creía que había una mujer de pelo negro que tenía lupus, y que el Señor quería sanarla. Para mi sorpresa una de las mujeres, con pelo negro, que yo conocía en la comunidad se puso de pie y dijo que era ella. Kay, la mujer en la que había el mensaje de conocimiento fue y oró con ella, junto con otras personas. Durante el tiempo en que oró sobre Mary, Kay sintió que el Señor le ordenaba decirle al «perro apestoso» que

saliera de Mary. En ese momento Kay ejerció su autoridad y ordenó al «perro apestoso» que saliera de Mary en el nombre de Jesús. Entonces ella vio la imagen de un lobo escabulléndose a lo largo de los pasillos entre las sillas, y dejó a Mary. Pocas semanas después Mary visitó al médico que le había tratado el lupus durante más de doce años, y para su sorpresa no encontró huellas de la enfermedad. Es más, no podía entenderlo y pensó que quizás había diagnosticado mal todo, basado en el hecho de que no habían quedado rastros de la enfermedad en el cuerpo. Él dijo que no era un asunto de remisión puesto que debiera haber alguna clase de rastro en ella. Mary le preguntó si estaba sana y él dijo: «Sí, estás sana». También fue interesante descubrir que cuando Kay llamó «perro apestoso» a la enfermedad y vio un lobo huyendo, no tenía la menor idea de que al lupus se le conoce como la «enfermedad del lobo». Bien, ¡gloria al Señor!

Su hermano en Cristo,  
Dave Nodar  
El Cordero de Dios  
Baltimore, Maryland

2. *Ministerio.* Cuando la sanidad divina se volvió parte regular de la vida de la iglesia en la Comunidad Cristiana Vineyard, observé unas pocas personas que durante un período fueron especialmente eficaces en orar por los enfermos. Ellos tenían el don de sanidad, y puesto que pertenecían a una iglesia que oraba regularmente por los enfermos, tenían también un ministerio de sanidad (véase 1 Corintios 12.27-31). Algunos con un ministerio de sanidad eran eficaces en orar por quienes tenían problemas físicos, mientras otros eran eficaces al orar por personas endemoniadas o que sufrían los efectos de heridas pasadas. Por ejemplo, C. Peter Wagner (quien es miembro de otra iglesia) es muy eficaz en alargar piernas. A menudo las personas le piden que ore por sus piernas cortas y problemas relacionados con la espalda. Él tiene casi ciento por ciento de éxito en sus oraciones.

Algunas personas que tienen ministerios de sanidad capacitan a otros para orar por los enfermos. Los más eficientes instructores de los santos son los pastores, aunque no todos

los que capacitan tienen una oficina en el recinto de la iglesia. Hace poco fui a Inglaterra y enseñé sobre la sanidad. Me acompañaron más de trescientos hombres y mujeres que tenían ministerios de sanidad en los Estados Unidos. Al finalizar cada reunión esos «equipos», como los llamo, iban a orar entre las multitudes. Otros los observaban, aprendiendo con su ejemplo cómo orar. Los instructores deben ser lo bastante analíticos como para comunicar a los demás un modelo de sanidad divina. Por supuesto, también deben ser capaces de orar eficazmente por los enfermos, lo que significa tener un ministerio de sanidad. Esto se debe a que la mejor manera de que alguien aprenda a orar por los enfermos es observando a otros que lo hacen. Los instructores también reciben poder para pasar la sanidad divina a otros. No todos reciben poder *para orar por otros y para verlos ungidos en sanidad*.

La forma más eficiente de adiestrar a otros en la oración por los enfermos es mediante un proceso lógico y paso a paso. El método que he desarrollado es el tema de los últimos dos capítulos.

## 11. Un proceso de sanidad: entrevista, diagnóstico y selección de oración

Varios métodos bíblicos de sanidad pueden ayudar a los cristianos en su oración por los enfermos. A través de la prueba y el error desarrollé un proceso que llamo «cinco pasos en la oración por sanidad». Cada elemento de los cinco pasos se basa en el método de Jesús al orar por los enfermos, aunque estos pasos no se presentan de un modo sistemático y cronológico en la Biblia. Por tanto la base de este método es la aplicación de la verdad bíblica, y no solo mi experiencia personal.

Cada paso trata de contestar una pregunta sobre la afección de la persona: ¿Cuál es la enfermedad? ¿Cuál es la causa? ¿Por qué debo orar? ¿Cuándo debo dejar de orar? ¿Qué debe hacer la persona para permanecer sana? Estos pasos son bastante prácticos y sencillos de seguir. En una sesión del cursillo la mayoría de las personas aprenden lo suficiente para comenzar *inmediatamente* a orar por los enfermos. En otras palabras, este método les ayuda a saber dónde empezar y cuándo dejar de orar por los enfermos.

Puede emplearse el proceso de cinco pasos en cualquier momento y en todo lugar: en hoteles, en casas de vecinos, en aviones, en la oficina y por supuesto en las reuniones de la iglesia. He estado en conversaciones casuales con gente, incluso con individuos completamente desconocidos, que mencionan algún problema físico. Pregunto: «¿Puedo orar por usted?» Muy rara vez rechazan la oración de sanidad, aun cuando no sean cristianos. Entonces confiadamente oro por ellos siguiendo el método de cinco pasos.

Por lo general trato de encontrar un lugar silencioso y privado para orar por la gente. Eso no solamente los protege de un potencial bochorno sino que los ayuda a ser más sensibles y sinceros respecto a sus necesidades, en especial cuando la causa de su afección es un pecado serio. En grandes reuniones esto significa ir a una esquina, a una pieza separada de oración o a una oficina privada.

Los cinco pasos son:

*Paso uno:* la entrevista

*Paso dos:* la decisión de diagnóstico

*Paso tres:* la selección de oración

*Paso cuatro:* el compromiso de oración

*Paso cinco:* oración posterior de dirección

En este y en próximo capítulo describo cada uno de estos pasos.

## PASO UNO: LA ENTREVISTA

El primer paso en la oración de sanidad es la entrevista. *Esta responde el interrogante: «¿Qué le duele?»* Pregunto: «¿Por qué desea que ore?» Luego escucho la respuesta en dos niveles: el natural y el sobrenatural. A nivel natural evalué la respuesta a la luz de mi conocimiento bíblico, de lo que sé sobre la persona y de mi experiencia pasada al orar por problemas similares de otras personas. No se trata de una cita médica en la que analizamos una historia clínica técnica. La historia médica es importante para tratamientos médicos, pero no para orar por la sanidad de alguien. El Espíritu Santo es el doctor y la sanidad; Él no necesita nuestros conocimientos técnicos para sanar. Además, con frecuencia las discusiones médicas detalladas solo retardan la oración de poder.

## PASO DOS: LA DECISIÓN DE DIAGNÓSTICO

El segundo paso en el proceso curativo es tomar una decisión de diagnóstico, o sea, identificar y clarificar la causa

del problema del individuo. *La decisión de diagnóstico satisface la pregunta: «¿Por qué la persona presenta esta afección?»* Se trata de un paso crucial en el proceso de sanidad, puesto que determina el tipo de oración necesaria para brindar sanidad.

Es más, este proceso coincide con el primer paso. Mientras entrevisto a la persona, en un nivel sobrenatural le pido a Dios una visión de la causa real de la enfermedad. Esta visión por lo general me llega mediante palabras de conocimiento, mensajes de sabiduría y discernimiento de espíritus. Pocas veces las personas conocen la causa fundamental de su problema. Cuando la saben, el Espíritu Santo confirma en mi corazón que sus análisis son correctos.

Tengo siempre la actitud de que es más fácil hacer preguntas que pensar que debo recibir palabras de conocimiento. Pero algunas veces Dios revela que no es correcto lo que piensa la persona por quien oro.

Por ejemplo, hace dos años Kevin Springer oró por una mujer que tenía un grave dolor de espalda. Durante la entrevista Jane (nombre ficticio) dijo que su lesión la causó un percance físico varios años antes. Pero por la respuesta Kevin sospechó que la fuente de su dolor de espalda era algo diferente del daño físico. Después de un corto e inútil tiempo de oración, Jane volvió a su asiento desilusionada porque aún continuaba su dolor (ese era otro fracaso en la sanidad divina para ella).

Cuando ella regresaba a su asiento, Kevin recibió una visión específica de Dios sobre su problema de espalda: estaba relacionado con una relación deficiente con su madre. Esto le llegó como un pensamiento: «Su madre. Su madre. Hay un problema entre Jane y su madre». Debido a esta perspicacia, la llamó de nuevo para orar más por ella.

Cuando la mujer volvió, Kevin le preguntó si tenía problemas con su madre y le dijo: «Aun cuando dijiste que te habías lesionado la espalda en un accidente, creo que el Señor dice que de alguna manera tu problema en la espalda está relacionado con un problema que tienes con tu madre. ¿Qué dices a esto?» Jane confirmó los problemas que había tenido desde la

infancia, aunque al principio no hizo conexión alguna entre su espalda y su madre.

En ese momento Kevin decidió que en efecto la sanidad de la espalda de Jane se relacionaba a la relación con su madre, y que la sanidad interior era necesaria antes que pudiera haber sanidad física. Después de ayudarla a extender el perdón a su madre y a recibir perdón por su pecado, Kevin oró de nuevo por su espalda. Esta vez ella sanó inmediatamente. Un año después Jane escribió a Kevin para confirmar que su espalda permanecía sana.

Las causas fundamentales pueden ser bastantes complejas, como lo ilustra la historia de Jane. Los síntomas de un aspecto de nuestra vida pueden tener causas en otros aspectos distintos. Los siguientes ejemplos ilustran las complejas interrelaciones entre las esferas físicas, espirituales, emocionales y sociales de nuestra vida.

Una vez una señora con artritis me pidió que orara por ella.

—¿Cómo está tu matrimonio? —le pregunté.

—Estoy separada de mi esposo —contestó—. Nos abandonó tanto a mí como a nuestros seis hijos hace tres años.

—Veamos, existe la posibilidad de que tus sentimientos acerca de todo esto se estén convirtiendo en resentimiento y amargura, y que esa sea la causa de tu afección. ¿Qué piensas al respecto?

—No lo creo —respondió la mujer.

—Bien —dije—, solo oremos por eso y veamos qué nos tiene Dios, ¿está bien?

Cuando comencé a orar, el Espíritu Santo vino sobre la mujer y penetró hasta lo más profundo de su corazón. Ella pudo ver su amargura y resentimiento hacia su esposo. Lo perdonó y recibió entonces oración de sanidad para su artritis. Ella aseguró que estaba sana. Varios meses después confirmó que continuaba sana. En este caso la enfermedad física la causaba resentimientos escondidos.

He orado también por hombres y mujeres incapaces de preservar relaciones sanas debido a que han sido heridos por su cónyuge. No pueden recibir o dar amor, ni siquiera entre

cristianos. Ese es un ejemplo de los problemas sociales causados por heridas emocionales que vienen del pecado cometido por ellos o contra ellos.

Con frecuencia enfrento demonios que causan temor, y como consecuencia crean situaciones que resultan en problemas físicos. Un ejemplo es el de una mujer cuyo temor, causado por un demonio, la hizo insegura con su esposo, lo que contribuyó a su problema de sentirse fracasada como esposa. A su vez esos factores causaron esterilidad. Una vez que el demonio fue expulsado de su vida, ella pudo amar a su esposo con más libertad y concebir un hijo. En este caso la influencia demoniaca causó un problema emocional que se convirtió en un problema físico.

Algunas veces oro por personas que durante años han sufrido dolores o parálisis como consecuencia de acontecimientos que rodean un accidente o una operación grave. En algunos casos ya no hay causas físicas debido a sus afecciones, aunque en otros las causas físicas permanecen.

Los accidentes y las operaciones afectan emocional, espiritual y por supuesto físicamente a las personas. Estas son vulnerables a las sugerencias que pueden convertirse en el autocumplimiento de profecías, con efectos desastrosos para su salud. Por lo general durante el momento de una operación o accidente, con buena intención un médico dice: «Tus problemas son tales y tales, y podrías sufrir de tal y tal manera por el resto de tu vida». El médico está convencido de que el paciente no puede mejorar, lo que se vuelve un obstáculo para la sanidad del paciente. Esto sucede de dos maneras.

En primer lugar, el médico señala de tal modo la situación que convence al paciente que no mejorará. Los médicos tienen que ser francos con sus pacientes; no los culpo por esto. Pero algunas veces sus diagnósticos se vuelven un mensaje que impide a las personas experimentar la salud completa. Los médicos ejercen gran autoridad e influencia en sus pacientes; sus palabras tienen el poder espiritual de bendecir o maldecir. Individuos que sufren bajo estas cargas me dicen: «El doctor me dijo que probablemente nunca caminaré de nuevo, y eso

fue hace diez años, por lo tanto debe ser cierto». A lo cual les contesto: «Bien», les contesto, «veamos si Jesucristo quiere cambiar tu situación a pesar de todo». Entonces oro para quebrar el poder de las palabras del médico.

Una segunda manera en que los médicos pueden sin intención crear obstáculos a la sanidad es al informar a los pacientes sobre sus probabilidades de recuperación. Dicen algo así como: «Basado en estudios estadísticos de casos similares al tuyo, tienes cincuenta por ciento de posibilidades de sufrir de nuevo los efectos de tu enfermedad en un año». Esto hace que las personas piensen de sí mismas como números impersonales en un juego universal de ruleta rusa, no como hijos de Dios que viven bajo su gracia. En estos casos los médicos eliminan a Dios, aunque no les digan directamente a los pacientes que no sanarán.

Por lo tanto, las palabras bien intencionadas de un médico pueden crear formidables obstáculos para la sanidad. En muchos casos el Espíritu Santo sana el daño físico solo después que el poder de las palabras del médico se hayan roto.

He orado por esposas maltratadoras; descubro en el proceso de la entrevista que a su vez ellas fueron maltratadas por el padre, el tío o la madre. En casi todos los casos un espíritu maligno aparece en ellas desde niñas. En más de una ocasión, cuando me disponía a expulsar al espíritu maligno, este me dijo: «¡Esta es mía! La he tenido desde que era niña». A menudo los hombres recuerdan experiencias infantiles específicas que cambiaron sus vidas para mal. (Los demonios son mentirosos, así que no se puede confiar en ellos. Sin embargo, les he oído decir esto tantas veces que creo que probablemente ganen acceso en niños y niñas que han sido víctimas de maltrato.) No estoy sugiriendo que estén endemoniadas todas las esposas que maltratan, o todos los que abusan de niños; afirmo que algunos lo están, y hay una relación entre la posesión de demonios y esta clase de conducta inhumana. En este caso los problemas psicológicos son causados por condiciones sociales e influencia demoníaca.

Podría agregar a esta lista muchos otros ejemplos, pero estos son suficientes para ilustrar la necesidad de diagnosticar correctamente la causa de la condición de una persona antes de orar por ella.

Cuando describo la gama de causas de enfermedades (la lista es casi ilimitada), la mayoría de las personas se consideran incapaces de discernirlas. Me miran y dicen: «Es fácil para ti. Mira toda tu experiencia. Te ha tomado años aprender a entender esos asuntos». Admito que con los años ha crecido mi capacidad al diagnosticar estos problemas; sin embargo, considero que he crecido más en sensibilidad para la guía y visión del Espíritu Santo que en un entendimiento académico de la psicología o medicina humanas. Con esto no quiero sugerir que el crecimiento en la comprensión psicológica o médica opera en contra de la sanidad divina. El Espíritu Santo es el único que nos guía a través del paso de diagnóstico. Él camina con nosotros y nos acompaña en el proceso. Pero a fin de cuentas la carga por la sanidad está en Él, no en nosotros.

### PASO TRES: LA SELECCIÓN DE ORACIÓN

El tercer paso del proceso de sanidad es la selección de oración. *Este paso contesta el interrogante: «¿Qué clase de oración se necesita para ayudar a esta persona?»* Esta pregunta esconde otra aun más fundamental: ¿Qué quiere hacer Dios en este momento particular por esta persona? Mientras supongo que Dios quiere sanar, no supongo que quiera hacerlo en el momento exacto en que oro por alguien. Así que pregunto: «Señor, ¿quieres sanar en este instante?»

Un secreto para la oración de sanidad es que viene de Dios, habiendo tocado ya nuestros espíritus; es el pacto con Dios acerca de su voluntad. En parte esto significa recibir una unción por oración de sanidad en una situación específica.

Una unción es un conocimiento en lo más profundo de nuestro corazón de que Dios quiere sanar a alguien. «Esta es la confianza que tenemos al acercarnos a Dios: *si pedimos cualquier cosa de acuerdo con su voluntad, Él nos escuchará*», el

apóstol Juan escribe: «Y si sabemos que Él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho» (1 Juan 5.14-15). El agente de nuestra confianza es el Espíritu Santo. Él no solo llega sobre nosotros y nos muestra la voluntad del Padre, sino que llega también sobre la persona por quien oramos y le trae sanidad.

James Robison recibió la siguiente carta de una mujer tejana, fechada el 17 de marzo de 1984:

Querido hermano James:

Desde hace pocos días el Señor me ha impuesto escribirle y contarle lo que Él hizo por mí en el congreso bíblico de enero. Debo obedecer.

En agosto pasado, después de diez años de matrimonio y con un precioso hijo adoptado, el Señor empezó a renovar el deseo en mí de tener un hijo. Primero Él me confirmó mediante su Palabra en 1 Timoteo 5.14 que esto iba a ocurrir. El Señor me dijo luego que buscara oración con mi pastor y su bendición mediante 1 Samuel 1.17: «Elí respondió y dijo: Ve en paz, y el Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho».

*En este momento la fe comenzó a crecer en mí, aun cuando pasaron varios meses antes que mi fe fuera contestada.*

En enero de este año fuimos a Dallas para el congreso bíblico. No pudimos asistir a todas las reuniones; es más, ni siquiera asistimos los últimos dos días debido a nuestro programa de vacaciones. Sin embargo, estuvimos presentes el jueves cuando John Wimber ministró la palabra de sanidad. A medida que él llamaba para orar por las afecciones físicas del cuerpo, yo prácticamente sentí el poder estimulante de Dios que entraba en mi cuerpo y supe que estaba sana de esterilidad, aun cuando el hermano Wimber no llamó a mi aflicción en la oración.

Pocos días después Dios gentilmente me dio evidencia del cambio que se había llevado a cabo en mi cuerpo. El Señor empezó a llenarme de nuevo de confianza en su promesa y en Él mismo. Pude confesar con valor lo que Dios había hecho y estaba haciendo en mi vida de una manera novedosa para mí.

Entonces la fe venció. El 8 de marzo de 1984, dos días antes de cumplir treinta años, supimos que estaba embarazada por primera vez en mi vida. Es innecesario decir que la gloria a Dios no se ha

detenido en ningún momento, porque nuestro Dios es en realidad grandioso y solo Él tiene el poder para crear vida en un vientre estéril.

En el nombre de Jesús,  
Señora P.

La señora P. oyó hablar a Dios, así que tuvo confianza en su sanidad. Ella sencillamente cooperó con fe en que lo que Dios decía era cierto. Pero su historia no termina allí. Una semana después de franquear esta carta a James Robison, la señora P. comenzó a tener fiebre todos los días, entre 39 y 41 grados, durante una semana. A la fiebre se sumó un dolor insoportable en la nuca y los hombros. Tenía siete semanas de embarazo. La hospitalizaron y los médicos le diagnosticaron dos virus, uno de los cuales por lo general causaba múltiples problemas en el bebé, incluyendo males cardíacos, ceguera y microencefalía. Me escribió una carta describiendo lo que pasó después:

Querido hermano Wimber:

...Huelga decir que yo estaba deshecha. Busqué a Dios sin cesar en los meses siguientes, pidiéndole confirmación de que mi bebé estaba bien. Pero todo lo que dijo fue: «¿Confías en mí?» Por lo tanto, me agarré de: «Aunque Él me mate, aun confiaré en Él». Mi lugar estaba en Él y no en la seguridad del bienestar de mi bebé (a propósito, el Señor dijo «negativo» a todos los exámenes, incluso un ultrasonido de rutina, hasta que tuve ocho meses de embarazo).

A principios de octubre, a casi tres semanas del parto, el Señor me habló durante mi descanso en la mañana. Para ese entonces había dejado de preguntar por una «señal» en el bebé, así que me sorprendió cuando dijo: «Si me pides pan, ¿te daría una piedra?» Él confirmó ese mensaje a través de mi esposo y desde ese momento supe que el bebé estaba bien.

Dos semanas después empecé a sangrar en el consultorio del médico durante un examen vaginal. El médico sospechó que era placenta previa, así que volvimos al hospital para un ultrasonido de emergencia. Sin embargo, todo estaba bien con la placenta y mi médico suspiró aliviado al saber por el ultrasonido que la cabeza del bebé era normal.

Cinco días después nació nuestro bebé: nueve libras de peso y un asombro para todos los médicos que participaron.

¡Alabado sea el Señor!  
Señora P.

Existen muchas maneras en que podemos orar por sanidad. Ya he mencionado varias clases diferentes de oraciones usadas en la sanidad divina: oraciones de petición e intercesión, palabras de mando, etc. Estas clases diferentes de oraciones por sanidad caen dentro de tres categorías: peticiones directas hacia Dios, mensajes que recibimos de Él y dirigirse a una afección o demonio.

*La oración dirigida hacia Dios.* Siempre le pido a Dios me indique cómo interceder por una persona enferma. Recuerde que la clave para una oración contestada es orar de acuerdo con la voluntad de Dios. Si creemos que Él nos escucha y nos suple para nuestras necesidades, podemos confiadamente acercarnos a Él y preguntarle cómo debemos orar. Algunas veces, aun cuando he tenido un claro entendimiento de la causa de una afección, no estoy seguro de cómo orar específicamente. En esos casos oro en mi mente: «Señor, sé que quieres sanar a esta persona. Muéstrame cómo orar por ella». Entonces oro suavemente en lenguas, tiempo durante el cual a menudo (aunque no siempre) Dios me indica cómo quiere que ore por la persona.

¿Por qué oro en lenguas? Orar en lenguas para mí es como levantar mi antena espiritual: se incrementa mi sensibilidad espiritual. En 1 Corintios 14.4 encontramos: «El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica». Eso describe mi experiencia. Cuando hablo en lenguas me edifico; mi fe y mi sensibilidad espiritual se elevan.

Esta práctica genera otra pregunta: ¿Puede alguien que no habla en lenguas orar eficazmente por los enfermos? No sé por qué no. Es verdad que no hay un lugar en la Biblia que junte la oración eficaz por los enfermos con hablar en lenguas. Sin embargo, aunque estoy consciente de esto, todos los que

conozco que son eficaces en la oración por sanidad hablan en lenguas.

Por lo general, Dios me dirige a orar por los enfermos con oraciones de intercesión. La palabra latina para «intercesión» es *intercedo*, que significa «ir (o pasar) entre». Cuando intercedemos por la sanidad de las personas tenemos un profundo interés en ellas. Nos paramos entre ellos y Dios, solicitando su sanidad. La más eficaz oración intercesora es sencilla y franca: «Señor, te ruego que sanes a Mauricio de su afección».

Algunas veces pido a las personas por quienes oro que oren a su vez por su propia sanidad. Lo hago por dos razones: primero, si tienen fe en la sanidad pueden sanar como resultado de sus propias oraciones. Esta es la mejor clase de sanidad, porque saben que Dios (no yo ni ningún otro ser humano) los sanó. En segundo lugar, si oran sin fe (por ejemplo: «Señor, no sé si quieres sanarme, pero...»), entonces sé que debo traer instrucciones acerca de la fe y la oración por sanidad divina. En muchas ocasiones Jesús preguntó a las personas acerca de su fe. Les preguntaba: «¿Crees que puedo hacerlo?» Él estaba buscando provocar en ellos una respuesta de fe. Le complacía hacer que ellos le pidieran sanidad. El típico ejemplo de eso se encuentra en Marcos 9.14-32, cuando Jesús sanó a un muchacho endemoniado. Después que Él enseñó a la multitud acerca de la fe en la sanidad, el padre del muchacho exclamó: «Creo; ayuda mi incredulidad» (v. 24). Entonces Jesús echó fuera el demonio.

*Los mensajes de Dios.* Algunas veces siento que Dios me ordena expresar una palabra de mando cuando oro por sanidad divina. Las palabras, por lo general una frase muy corta, llegan antes que las forme conscientemente. Las palabras de mando vienen con una explosión de fe. Siento que la confianza y el poder de Dios crecen en mi corazón y se liberan a través de mis palabras. Típicamente pongo las manos cerca del lugar afectado y digo: «En el nombre de Jesucristo, quiebro el poder de este mal», o «¡Detente!» Esas oraciones son muy cortas y eficaces.

No entiendo cómo obran las palabras de mando, pero puedo describir mi experiencia. En algunos casos hablo direc-

tamente a los espíritus malignos ordenándoles que salgan. En otros casos pareciera que hablo a la enfermedad misma. Mis manos por lo general se estremecen y se calientan y siento algo parecido a la electricidad que sale de ellas cuando expreso una palabra de mando. He llegado a asociar los sentimientos como el calor y el estremecimiento con una unción de sanidad del Espíritu Santo sobre mí. Otros ejemplos de sensaciones asociadas con una unción por sanidad incluyen dolor o calor en mi cuerpo en el lugar que corresponde a la lesión de la persona por quien oro. El dolor desaparece cuando oro por la persona.

Hace poco recibí una carta de dos suecos en la que describían sus experiencias con palabras de mando:

Estamos experimentando visiones que actúan en sanidad divina. Algunas veces vemos [espiritualmente] en qué parte del cuerpo se localiza el mal de una persona. Otras veces vemos la sombra oscura de la mancha del mal fuera del cuerpo. Algunas veces vemos insectos o animales más grandes como aves de rapiña, cocodrilos, serpientes, etc, localizados tanto dentro como fuera del cuerpo ... Después de haber orado [una palabra de mando] vemos una clase de luz sobre la persona ... exactamente cuando el animal ha desaparecido. Varias veces hemos visto algo parecido a una mano brillante que toca la mancha de la enfermedad.

A pesar de mi falta de claridad acerca de lo que en realidad sucede a través de una palabra de mando, es bíblicamente seguro que con frecuencia Jesús sanó mediante ella.

La palabra de dictamen es similar a la de mando, solo que en vez de hablar a la afección anuncio que la sanidad se efectuó. Con una voz de mando hay una acumulación de poder y sensaciones de hormigueo y calor acompañados de sentimientos de paz sobrenatural, una sensación de que la batalla terminó. Normalmente digo: «El Señor te ha sanado», entonces ofrezco algunas instrucciones de cuidado posterior para ayudar a asegurar que la persona se mantenga en su sanidad.

A veces una palabra de dictamen se encadena con una visión profética. En estos casos sé de repente que el mal sanará no en ese momento sino en el futuro inmediato, por decir, seis

días. Le digo a la persona: «Siento que tu enfermedad sanará completamente dentro de seis días». Entonces oro para que Dios cumpla su mensaje.

Un tercer tipo de palabra de autoridad incluye lo que la Biblia llama una oración de reprensión en la que se echa fuera a los demonios o en la que se rompe su poder. En una oración de reprensión rompemos la posesión de un demonio sobre una persona, contenemos su poder y eliminamos su presencia.

Repender un espíritu maligno es similar a una palabra de mando. Marcos 9.25 dice: «Cuando Jesús vio que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él». Aquí el sencillo mando se dirige hacia el espíritu inmundo. Por lo general digo: «En el nombre de Jesús te reprendo, espíritu inmundo. No tienes sitio en la vida de Wendy».

Las oraciones de pacto son bastante eficaces. Jesús enseñó en Mateo 18.19-20: «Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». La frase clave en este pasaje es «donde están dos o tres congregados *en mi nombre*». La oración de pacto se ha interpretado inadecuadamente como si pudiéramos acordar en algo y que será hecho. Por el contrario, es un acuerdo y creencia con otros cristianos acerca de lo que el Padre ya ha determinado que sea su voluntad (véase Juan 5.19). En otras palabras, es velar por lo que el Padre está haciendo, y luego creer que Él lo cumple. Otro aspecto de la oración de pacto es acordar con otros para llevar a cabo lo que en realidad Él dirige.

La selección de oración es un paso crítico en el proceso de sanidad. Aunque al principio no tengamos confianza en cuanto a la manera correcta de orar, el Espíritu Santo con frecuencia nos confirma o nos da nueva dirección cuando oramos en verdad. Esto lleva al paso siguiente, el compromiso de ora-

ción, la parte más compleja y emocionante de la sanidad divina.

## 12. Un proceso de sanidad: oración, manifestaciones y dirección para después de la oración

### PASO CUATRO: EL COMPROMISO DE ORACIÓN

El cuarto paso del proceso de sanidad es el compromiso de oración. *Ese paso satisface la pregunta: «¿Cuán eficaces son nuestras oraciones?»*

El compromiso de oración consta de oración, imposición de manos y más entrevistas cuando sean necesarias. La manera en que oramos se determina por nuestra decisión de diagnóstico y selección de oración. La descripción de este paso, el más complejo en el proceso de sanidad, requiere casi todo este capítulo.

Normalmente impongo manos en las personas cuando oro por ellas. Cuando alguien sufre de una afección física trato de colocar mis manos cerca de donde se localiza su dolor o sufrimiento (en el caso de una mujer con un mal íntimo como cáncer en el seno o quiste en el ovario, le pido a su esposo o a otra mujer que ponga las manos cerca del lugar afectado; pongo entonces las manos sobre las suyas. Si estoy solo con una mujer, le pido que cruce las manos sobre el lugar donde está el mal y coloco mis manos sobre las suyas. Es importante tratar a las personas con respeto para que puedan mantener su dignidad).

Muchos me preguntan por qué algunos miembros del equipo de sanidad de la Comunidad Cristiana Vineyard extienden sus manos sin tocar en realidad a la persona por quien

oran. Mi respuesta es que algunas veces las circunstancias crean extrañas costumbres; he aquí la historia de una de ellas:

Hasta 1983 la Comunidad Cristiana Vineyard de Anaheim se reunía en el gimnasio sin aire acondicionado de un colegio. En el verano (y a veces en el invierno) la temperatura exterior alcanzaba los treinta y ocho grados centígrados; dentro del encerrado gimnasio hacía más calor. En esas condiciones de calor y bochorno solo un miembro del equipo tocaba a la persona que necesitaba oración de sanidad, mientras que los demás miembros del equipo colocaban sus manos sin tocar en realidad. En 1983 nos mudamos a un edificio con aire acondicionado central, pero noté que cuando las personas oraban por la sanidad de otros continuaron colocando sus manos sin tocarlos. Gente de otras denominaciones y de otras partes del mundo que han asistido a nuestros cursillos sobre sanidad han tomado también esta forma de orar.

No creo que haya algo malo con orar extendiendo las manos sin tocar a la persona enferma, especialmente si un miembro del equipo impone manos sobre ella. Sin embargo, es cómico que miles de personas de todo el mundo hayan aprendido a orar de esta manera solo porque hace unos años nos reuníamos en un gimnasio húmedo y caliente.

Después de imponer manos oro en voz alta para que el Espíritu Santo llegue y ministre a la persona. Mi oración es bastante sencilla: «Espíritu Santo, te invito a venir sobre esta persona y liberar tu poder sanador», o «Espíritu Santo, ven y muéstranos cómo orar», o de modo más conciso «Ven Espíritu Santo».

Las personas responden al poder del Espíritu Santo de maneras que no siempre son previsibles. Estas «manifestaciones» o fenómenos que ocurren entre la gente en respuesta al poder y verdad de Dios varían en forma: caídas, sacudidas, sollozos, risas, gritos, etc. La lista de emociones extrañas y fenómenos físicos es bastante larga. Algunos de estos fenómenos representan horror y aversión al pecado personal o al pecado cometido contra la persona. Otras manifestaciones seguramente son demoníacas; se trata de encuentros de poder

en la persona entre el reino de Dios (el Espíritu Santo) y el reino de Satanás (espíritus inmundos). En muchos casos las personas experimentan el gozo y la gracia de Dios de una manera novedosa y sus emociones reflejan esta recién descubierta paz en su relación con Dios.

Estas clases de fenómenos espirituales se asocian a menudo con avivamientos, y siempre han hecho brotar interrogantes en la mente de los cristianos. Durante el Gran Avivamiento de 1726–52, hombres como Jonathan Edwards, Juan Wesley y George Whitefield fueron testigos de manifestaciones de exceso emocional y estados físicos extraños en las personas por quienes oraban, y por eso estos líderes también sufrieron críticas de otros cristianos.

Algunas veces los críticos se acercaron demasiado a la obra *de Dios y sufrieron las consecuencias*. El 1º de mayo de 1769 Juan Wesley describió en su diario el desconcierto de un indignado cuáquero:

Un cuáquero, que se mantenía al margen, no ocultaba su disgusto ante la gesticulación de estas criaturas, se mordía los labios y fruncía el ceño, cuando estupefacto cayó al suelo. La agonía en que estaba era terrible hasta de contemplar. Le rogó a Dios que no lo dejara volverse loco. Levantó pronto la cabeza y gritó en voz alta: «Ahora sé que eres un profeta del Señor».<sup>1</sup>

Sin embargo, estas respuestas hacen surgir muchos interrogantes en la mente de las personas sinceramente inquietas. ¿Se requieren manifestaciones para la curación? ¿Son estas respuestas inducidas psicológicamente? ¿Pueden venir de espíritus malignos? ¿No reaccionarán así estas personas para atraer la atención hacia ellas mismas?

No cuestiono el hecho de que Satanás pueda falsificar la experiencia cristiana genuina y que la sugestión psicológica pueda cambiar la conducta de las personas. Jonathan Edwards reconocía esta posibilidad: «Pero como abundan las influencias del verdadero Espíritu, así también abundan las falsificaciones: el diablo era un gran imitador de las influencias del Espíritu, tanto de las comunes y corrientes como de

las extraordinarias».<sup>2</sup> No obstante, he visto demasiadas personas que sin tener experiencia previa de estos fenómenos comienzan a sacudirse, llorar o caen cuando se derrama sobre ellos el poder del Espíritu Santo. ¡Después afirman que fue una de las experiencias más importantes y alentadoras de sus vidas! No habría más explicación para su extraña conducta, sino que la verdad o el poder de Dios los había tocado. Por supuesto, también he visto grupos en los que la conducta esperada es que caigan todos aquellos por quienes se ora. Esto no es más que aprender comportamiento, la peor de las religiones.

Tal vez la razón preocupante está detrás de una interpretación errónea de la obra de Dios, específicamente en la idea de que las reacciones físicas y emocionales (en especial cuando las personas parecen perder el control de sí mismas) son contrarias a la paz y al buen orden. Esta queja es antigua: al comentar el avivamiento del siglo dieciocho, Jonathan Edwards dice: «Un objetivo es crear mucha confusión cuando se reúne una gran cantidad ... haciendo alboroto; y decir que Dios no puede ser el autor porque Él es un Dios de orden, no de confusión».<sup>3</sup>

Mi respuesta a este cuestionamiento es que Jesús es el Dios de paz y orden, pero el proceso para ganar eso algunas veces significa desorden. C.S. Lewis alude en sus *Crónicas de Narnia* a esta característica de Dios cuando describe su imaginaria figura de Cristo: «Aslán no es un león indómito». Lewis parece indicar que Dios no es previsible ni controlable.

No estoy afirmando que estas manifestaciones físicas sean un medio obligado o un acompañamiento necesario de la obra del Espíritu Santo. Sostengo más bien que a menudo acompañan en realidad lo que el Espíritu Santo hace. Sin embargo, no debiera sorprender que tales fenómenos físicos acompañen la sanidad de un profundo tumor interno, la aceptación del perdón de pecados graves y el recuerdo de experiencias dolorosas. La sanidad divina encierra un proceso de cambio profundo y fundamental en las personas. ¿No es razonable que las reacciones físicas deban acompañar estos cambios? Si

nuestra cultura fuera menos moderada de lo que es, esta clase de fenómenos llamarían menos atención e interés. Es más, este parece ser el caso de muchos países tercermundistas.

Observe también que estos fenómenos físicos acompañan a sanidades profundas o avivamientos espirituales, que normalmente no se asocian todos los días con la vidas cristianas saludables. Las personas que tienen estas manifestaciones y que continúan bajo el poder del Espíritu Santo no esperarían experimentar más formas extrañas de conducta. El propósito de la sanidad es conseguir personas sanas que puedan llevar vidas completas para Dios.

Cuando viajo, a menudo me preguntan si las reuniones semanales de la Comunidad Cristiana Vineyard de Anaheim son una cacofonía de extrañas manifestaciones físicas del Espíritu Santo. Mi respuesta es: «No, aunque suceden de cuando en cuando a medida que tenemos visitantes que necesitan sanidad». En realidad, en los cursillos ocurren muchas más manifestaciones físicas porque son muchos los asistentes que van en busca de sanidad.

La Biblia está llena de ejemplos de personas que caen, les da convulsiones, se bambolean como borrachos y ríen o lloran en respuesta al poder del Espíritu Santo. Enumero a continuación las clases más comunes de manifestaciones, y señalo en qué parte de la Biblia se pueden ver respuestas similares.<sup>4</sup>

*Las convulsiones y los temblores*, que pueden estar asociados o no con el temor. Pueden ser de diversa intensidad y sentirse solo en una parte del cuerpo (por ejemplo, un brazo o una pierna). Pueden estar acompañados de sudor, respiración profunda e incremento de las pulsaciones. Comúnmente se asocia un suave temblor con una tranquila sensación de paz y gozo, diferentes de las clases de hiperventilación que se asocian con la ansiedad. Sin embargo, los temblores pueden ser también sacudidas violentas. He visto individuos tirados en el suelo cuyas convulsiones continúan por horas; pueden incluso tener periódicos ataques de convulsiones por varios días. La clase más pacífica de sacudidas se asocia con la plenitud del poder del Espíritu Santo para renovación y mi-

nisterio. La sacudida más violenta es algunas veces el encuentro del Espíritu Santo con un espíritu inmundo o el descubrimiento de pecados u ofensas no confesados.

Son numerosos los ejemplos bíblicos de temblores y convulsiones. Con frecuencia los temblores acompañaron al temor de Dios (Génesis 42.28; Éxodo 19.16; Esdras 9.4; Salmos 2.11; 119.120). Los profetas por lo general temblaban cuando se encontraron ante la presencia de Dios (Isaías 66.5; Jeremías 5.22; 23.9; Daniel 10.10). Los temblores eran en el Nuevo Testamento un fenómeno común (Mateo 28.4; Marcos 5.33; Lucas 8.47; Hechos 7.32; 16.29; 1 Corintios 2.3; 2 Corintios 7.15; Filipenses 2.12; Hebreos 12.21).

*Las caídas* (o «ser conmovido por el Espíritu», como las llaman los pentecostales). La historia de la Iglesia y la experiencia moderna tienen muchos ejemplos de personas que caen y permanecen tendidos de espalda o boca abajo durante varias horas. Casi todas ellas están conscientes de una sensación de tranquilidad y sienten una indiferencia sublime ante las circunstancias. Por lo común no se notan efectos posteriores buenos ni malos. A veces dichos estados continúan de doce a cuarenta y ocho horas, durante los cuales se dice que siguen profundos cambios espirituales.

Las más impresionantes caídas son las sostenidas por pastores y ministros, algunos de los cuales parecen ser lanzados por el Espíritu Santo, quedan boca abajo y algunas veces parecen golpear de manera rítmica la cabeza contra el suelo durante una hora más o menos (curiosamente no parecen sufrir daños físicos o dolores de cabeza). Los cambios que siguen a esta experiencia pueden también ser profundos. Sus ministerios se inyectan de nuevo poder y eficacia.

En agosto de 1984 recibí la siguiente carta de un pastor amigo de Idaho:

Querido pastor John:

Quiero escribirle acerca del cursillo sobre señales y prodigios. Descubrí que ese cursillo fue, después que acepté a Cristo, la experiencia más importante de mi vida cristiana.

En la reunión del lunes por la noche recibí el don de lenguas y fui conmovido por el Espíritu (una experiencia que había descartado como teológicamente imposible) ... El martes y el miércoles resultaron de mucha bendición. El jueves reconocí que Dios trataba conmigo. En una visión, que al principio fue aterradora y deprimente, Dios me mostró los frutos de mi labor como pastor fundador de iglesias. Como casi siempre había trabajado por completo en mis propias energías, el cuadro era muy sombrío. El hecho de que yo no tuviera experiencias anteriores de la obra del Espíritu era una excusa muy débil para el Señor. En su misericordia Dios me mostró en la misma visión lo que hubiera sucedido ... (describe entonces la visión).

Pasé desolado casi todo el jueves. Lloré con más intensidad que nunca, estaba terriblemente deprimido (una respuesta muy ajena a mi personalidad) y desesperado por mi vida. Esa noche el Señor probó mi fe. ¿Lo adoraría a pesar de mi aflicción? Lo hice, y mientras cantábamos «oh Señor, ten misericordia de mí y sáname», nuestro amante Padre lo hizo. ¡Alabanzas a su hermoso nombre! Cuando lloraba tendido en el suelo, esta vez con gozo, Él me sanó de algunas antiguas desfiguraciones emocionales y espirituales.

Todo el viernes fue un día poderoso en unción a medida que Dios me usaba. El gozo de mi salvación volvió y las visiones del ministerio aquí en el Idaho norteño volvieron...

Dios ha comprobado su fortaleza desde mi retorno a casa, y nuestra iglesia ha sufrido una transformación radical. Los dones, las bendiciones, las unciones y los ministerios se han multiplicado. También hemos sido muy humildes y ha habido una increíble cantidad de arrepentimiento, perdón y sanidad de relaciones...

Si no hubieras deseado deletrear fe como «r-i-e-s-g-o», yo estaría cuidando una manada de ovejas muertas. Actuar en este reino no ha sido fácil ni siempre es agradable, pero es fantástico y correcto y alabo al Señor por yo ser parte de Él.

Que Dios lo llene de bendiciones,  
Pastor K.T.

Por otra parte, en vez de tratar de producir caídas, animo a sentarse a las personas que sienten que van a caer porque quiero hablar con ellas durante el tiempo de oración. Caer por sí mismos no tiene valor si no se acompaña de un entendimiento profundo de la santidad y gracia de Dios.

Entre los ejemplos bíblicos de personas que caen bajo el poder de Dios están Daniel (dos veces: Daniel 8.17 y 10.8-9), Pablo en su conversión (Hechos 9.4), los soldados en el arresto de Jesús (Juan 18.6), los guardias ante la tumba (Mateo 28.4) y Juan en la isla de Patmos (Apocalipsis 1.17). Dos veces vio Ezequiel caer la gloria de Dios en su rostro (Ezequiel 1.28, 3.23). Hay también casos de personas lanzadas a tierra por los demonios cuando llegaban ante la presencia de Cristo (Marcos 9.20).

*Borracheras.* A menudo ocurre un estado de cuerpo y mente semejante al de una borrachera. Las personas pueden estar eufóricas, por lo general siguiendo una nueva apreciación de la gracia de Dios, una sensación novedosa de la maravilla de su perdón. Se sienten «pesados», incapaces de levantarse, con necesidad de ayuda para caminar o descoordinados en su andar, tropiezan torpemente y arrastran las palabras. Las palabras de Pablo cuando fue lleno del Espíritu, comparadas con la borrachera, podrían tener más importancia de la que parecen tener (Efesios 5.8). Por lo general tal estado se asocia con una fresca lealtad hacia el Señor. Entre los ejemplos bíblicos de «borrachera» con el Espíritu Santo están Ana (1 Samuel 12-17) y Pentecostés (Hechos 2.13,15).

El sacerdote John Bertolucci, un poderoso evangelista católico de la Universidad de Steubenville en Ohio, le narró a mi coautor una notable historia de oración en la ordenación de un joven. En realidad la historia empieza el día anterior:

Un domingo de marzo de 1985 asistí a una reunión en la que Doug Gavrilides, un evangelista laico que ministraba principalmente en Centro y Sudamérica, explicaba cómo había recibido el Espíritu Santo cuando John Wimber oró por él. Yo había conocido a Doug por muchos años y era obvio para mí que su vida se había afectado radicalmente; el poder y la unción de Dios estaban en él de manera novedosa. Lo que encontré interesante fue lo que dijo acerca de la oración de John: «Que el Espíritu Santo y el reino de Dios vengan sobre ti y te consuman». En la enseñanza católica las oraciones «Que el Espíritu Santo venga y nos purifique» y «Venga a nosotros tu reino» se usan de manera intercambiable. Yo estaba conmovido por

lo que Doug dijo, pero aun más conmovido por el poder de Dios que había en su vida.

Al día siguiente asistí al Día de la Recordación en el seminario. Pasé todo el día con estudiantes y profesores, y como consecuencia de mi experiencia con Doug, sentí en mí la presencia de Dios de una forma nueva. El día culminó con la ordenación de un diácono. El obispo local presidió la liturgia. Yo había predicado la homilía en la misa y estaba participando con otros sacerdotes en la ordenación. La liturgia requería que el candidato estuviera postrado en medio de la asamblea, con los presentes rezando las letanías de los santos, que es una petición de intercesión global. Mientras rezábamos recordé las palabras de Doug del día anterior y sentí que Dios me decía que orara por el candidato. En la iglesia católica creemos que las oraciones en silencio sin tocar a una persona pueden ser eficaces. Esa era para mí la única manera adecuada de orar en ese momento. Por lo tanto, fijé la mirada en él y oré: «Señor, haz que tu reino venga sobre él». ¡Para mi asombro él empezó a sacudirse! Esto era bastante raro en un ambiente de ordenación.

Más tarde, en la cena de ordenación, el joven diácono pidió hablar conmigo. Dijo que mientras estaba postrado en el suelo había tenido una de las experiencias espirituales más profundas de su vida. Dijo que durante seis años había sufrido de migrañas tan graves que sus superiores habían pensado en posponer la ordenación hasta que estuviera sano. Él estaba sufriendo de dolores de cabeza debido a la emoción y anticipación de la ceremonia. Pero durante la letanía de los santos sucedió algo notable. Me dijo: «Sentí que un tremendo poder llegaba sobre mí. Entonces algo cayó en mí, seguido de algo que iba a mi interior. Me sentí mareado el resto del culto. Desaparecieron todos los síntomas de mis migrañas. ¡Estaba curado! Nunca en mi vida me había sentido mejor».

Varias semanas después Doug Gavrilides y el sacerdote Michael Scanlan volvían de un cursillo sobre sanidad de John Wimber al Monasterio Espíritu Santo en Steubenville (soy miembro de este monasterio). En el sábado por la noche narraron a doce o trece de nosotros cómo, durante el cursillo, el Espíritu Santo había obrado en sanidad y renovación en las personas. Así que nuestro superior les pidió: «Bien, ¿por qué no oran por nosotros?» Cuando invitaron a entrar al Espíritu Santo, de inmediato un hermano rompió en risas y al poco rato todos estábamos riendo. Entonces yo llegué a lo que solo puedo describir como la gloria de Dios: tirado contra el suelo y me sentía mareado. Cuando intenté ponerme de pie no pude hacerlo.

Grité: «Señor, ¡soy un hombre inteligente, pero no me puedo levantar!» Desde que esto me sucedió he experimentado un mayor despertar de la presencia de Dios y una nueva unción de su poder.

*Estremecimientos y distorsiones corporales.* Estos vienen de muchas formas, incluyendo saltos por todas partes (los llamo «saltarines»), contracción de brazos y manos, y hacerlos como garras, contorsiones del rostro, rigidez corporal, etc. Creo que algunos de estos movimientos indican conflicto sobre un pecado particular, algunas veces de índole sexual. Los movimientos convulsivos violentos, especialmente cuando se asocian con bufidos indican posesión de demonios. Entre los ejemplos bíblicos se encuentran el hombre en la sinagoga de Capernaúm que tenía un espíritu inmundo (Marcos 1.21-26), la sanidad de un muchacho endemoniado (Marcos 9.26) y el gadareno endemoniado (Lucas 8.28).

*Risas y sollozos.* Algunas personas estallan en risitas y carcajadas que pueden continuar por horas y episódicamente por días. Los sollozos vienen de la misma manera; conozco un hombre, Blaine Cook, que sollozó episódicamente durante tres meses. Por lo general la risa y los sollozos indican la necesidad de sanidad emocional. En algunos casos son una respuesta emocional cuando se experimentan la santidad (sollozos) o la gracia (risas) de Dios de una manera novedosa.

En los ejemplos bíblicos de risas y sollozos tenemos a Abraham (Génesis 17.17), Sara (Génesis 21.6) y el llanto del pueblo de Israel cuando Esdras leía la ley (Nehemías 8.9). Proverbios 14.13 dice: «Aun en la risa tendrá dolor el corazón».

*Prolongadas y exuberantes expresiones de alabanza.* Muchas veces las personas comienzan a alabar a Dios durante horas sin detenerse. Sus prácticas personales de oración se alteran para bien. En muchos casos esto se asocia con recibir los dones de lenguas e indica una unción fresca con el poder del Espíritu Santo.

Necesitaría varias páginas para enumerar todos los ejemplos bíblicos de alabanza prolongada. Por eso solo voy a enumerar algunos ejemplos del Nuevo Testamento: El cántico

de María (Lucas 1.46-55), el cántico de Zacarías (Lucas 1.64; 68-79), la sanidad del paralítico (Lucas 5.25), la sanidad del samaritano leproso (Lucas 17.15) y el mendigo cojo (Hechos 3.8-10).

Espero escepticismo en relación con tales respuestas emocionales y físicas extremas, incluso de parte de los cristianos. Pero para quienes experimentan el poder sanador de Dios, estas experiencias son cambios de vida.

Tom Rabaut, de Ann Arbor, Michigan, describe cómo venció su escepticismo durante uno de mis cursillos sobre sanidad:

Era muy escéptico cuando empecé a escuchar acerca de las nuevas maneras en que el Espíritu Santo obra entre nosotros. Mi actitud era: «¿Por qué tenemos que hacer tal énfasis en las manifestaciones físicas?» Sospechaba también que todas esas personas que respondían de manera física a la presencia del Espíritu Santo (al temblar, caerse o reír, por ejemplo) eran personas que estaban predispuestas a ser algo extrañas. Por lo tanto, no estaba muy entusiasmado al entrar al coliseo donde se llevaba a cabo el cursillo sobre sanidad. «En realidad no quiero estar aquí» le dije a mi esposa. Tengo un negocio y me consideraba demasiado ocupado como para sentarme y escuchar charlas durante tres días.

Tan pronto como comenzó el cursillo, mi corazón se conmovió; estaba viendo actitudes que debía cambiar, pecados de los que tenía que arrepentirme. En una de las primeras sesiones empecé a temblar cuando experimenté la presencia de Dios, y entonces comencé a sacudirme y a sollozar. Al mismo tiempo se hacía un llamado al frente a todos los que experimentarían una unción para que toda la asamblea pudiera ver muchas clases diferentes de manifestaciones físicas. ¡Eso era lo último que quería hacer! Sin embargo, sabía que pasar adelante sería para mí un paso muy importante, una señal de que yo quería «dejar todo a Dios». Así que me uní al grupo de personas «raras» en el frente y permanecí allí sacudiéndome por media hora.

«Eso fue fácil para ti, Tom», me dijo alguien más tarde. «Has estado en el grupo de teatro y estás acostumbrado al público». Bien, tengo confianza en el escenario, pero solo cuando tengo el control. ¡Dejar que Dios llegue sobre mí y trate conmigo ante la mirada de seis mil personas no era algo a lo que estaba predispuesto!

Sin embargo, no me importó porque lo que Dios estaba haciendo conmigo era una verdadera renovación y revitalización. Él llegaba a lo más íntimo de mí, sanando las heridas de experiencias pasadas. Me amaba a pesar de quién era yo, de lo que había hecho y de dónde venía. No entendía por completo en cierta manera que la manifestación física me abriera a toda la nueva dimensión del amor de Dios. Estaba tan renovado por el cursillo, que no podía salir del coliseo cada día hasta que fuera la hora de dormir; no salía ni a comer. Pasaba el tiempo orando por otros y recibiendo oración. A medida que lo hacía, parecía que Dios infundía en mí su corazón para sanar individuos.

Debido a lo que Dios había hecho conmigo en el cursillo, llegué a estar espiritualmente más consciente de las heridas que otros habían experimentado, y he tratado de ministrarles el amor de Dios así como Él me ministró a mí. Llegué a sentir tanto amor por el Señor y su Palabra como nunca antes lo había experimentado. Algunas veces mientras me ocupaba de mis asuntos, haciendo las tareas más rutinarias, me detenía y me enjugaba las lágrimas: lo que experimento es la tierna misericordia de Dios.

Quizá muchos de nosotros seamos escépticos al igual que yo lo era. Sin embargo, pienso que Dios quiere borrar todo de nosotros. ¡Una vez que se lo permitamos, ya nunca volveremos a ser los mismos!<sup>5</sup>

Estos fenómenos del Espíritu Santo son obvios aunque otros sean más sutiles. Con frecuencia el Espíritu Santo llega sobre las personas y ellas no lo reconocen. Tal vez experimenten leves temblores, parpadeos, respiraciones profundas o tenue transpiración, muy parecido a un ligero nerviosismo o a la consecuencia de beber demasiado café. Algunas veces sienten un peso en el pecho o «pesadez» en el aire. Por lo general esto indica la presencia del Espíritu Santo, las primeras señales de su llegada para ministrar. He aprendido a reconocer esas características y a preguntar a las personas si las experimentan. Si sienten algo parecido los animo a disponer sus corazones más completamente a Dios. Le pido al Espíritu Santo que continúe derramando su vida en la persona. Oro: «¡Más de tu poder, Señor, más!»

Una advertencia final: la obra del Espíritu Santo es más interna que externa, más preocupada de las actitudes del corazón que de los actos exteriores. En muchos casos cuando oro por alguien, *nada* externo parece sucederles, y sin embargo el poder sanador de Dios está obrando en ellos.

Esto me llegó hace poco cuando oí hablar de un sacerdote episcopal del oeste medio de los Estados Unidos quien invitó al Espíritu Santo a llegar sobre su congregación durante una liturgia eucarística (él había escuchado a otro sacerdote maravillosas historias del toque de Dios en el corazón de las personas, produciendo en muchos casos sanidad y restauración). Por lo tanto, explicó a su congregación el poder sanador de Dios y le pidió al Señor que derramara su Espíritu.

Esperó durante cinco o diez minutos y la congregación lo miraba impasiva y sin inmutarse. Él estaba avergonzado y se sentía como un tonto. Finalmente terminó la liturgia y despidió a las personas. Hubiera preferido que se lo tragara la tierra.

Pero algo había sucedido. En los dos meses siguientes las personas entraban corriendo a su oficina y le hablaban de la obra de Dios en sus vidas. Algunos sanaron, otros se renovaron más. Con el tiempo intentó otra vez invitar al Espíritu Santo, esta vez con manifestaciones espectaculares: personas que caían al suelo y se sanaban. Sin embargo, ¿quién puede decir que esta manera fue más importante que la primera vez que oró?

Se pueden sacar varias conclusiones de esta breve investigación. En primer lugar, por ahora no nos debiera sorprender cómo se manifiesta el Espíritu Santo en las personas. En segundo lugar, las emociones extrañas y los fenómenos físicos son comunes en la Biblia, en la historia de la Iglesia y hoy día. En tercer lugar, estas experiencias no aseguran la sanidad; la sanidad es una obra interna del Espíritu Santo. Por último, no oramos por los demás en busca de esas experiencias, sino porque el poder de Dios llegue sobre ellos y los sane.

He descrito con detalle muchas de las manifestaciones físicas del Espíritu Santo, con el fin de ayudar a las personas

a reconocer la presencia y el poder del Espíritu Santo cuando pedimos sanidad. ¿Por qué? Porque cuando reconocemos que el poder sanador de Dios está en la persona por quien oramos, somos capaces de bendecir su presencia y pedir más poder. Este es un principio fundamental para la oración eficaz de sanidad: honra a lo que el Señor está haciendo y por lo general Él hará más.

Además, cuando reconocemos que el Espíritu Santo está en las personas, las podemos ayudar a entender y así cooperar con la obra en sus vidas. Algunos no se dan cuenta de que Dios se puede manifestar de estas maneras, por lo que se vuelven pasivos o temerosos, incapaces de recibir su sanidad. Cuando no estoy seguro de lo que el Espíritu Santo está haciendo, pregunto: «¿Sientes algo ahora? ¿Calor u hormigueo? ¿Te está hablando Dios?» Algunas personas tienen tan poca fe en la sanidad que no creen que el Espíritu Santo los está sanando, aun cuando Él se manifieste poderosamente. Los animo a no temer y a disponer sus corazones a Dios y recibir su poder sanador. Oro un poco, hablo con ellos y entonces oro de nuevo. Normalmente continúo así durante una hora y algunas veces durante más tiempo.

Muchos son insensibles a sus propios cuerpos. Fallan en entender que el Espíritu Santo causa ciertos fenómenos.

Hace varios años hablaba de sanidad con un grupo de casi diez estudiantes alemanes de teología. Cuando terminamos nuestro diálogo, expresaron graves dudas acerca de lo que les había dicho. Por lo tanto, sugerí que intentáramos un experimento: invitaríamos al Espíritu Santo a llegar en ese momento para ministrarnos sanidad y restauración. Se rieron entre dientes y dijeron:

—¡Claro! ¿Por qué no?

Para su sorpresa, casi todos experimentaron el poder de Dios. En el momento de orar les dije que el Espíritu Santo estaba particularmente poderoso en un joven alto que estaba de pie.

—¿Sientes algo? —le pregunté.

—No, nada.

—Es extraño —dije—, porque creo que el Espíritu Santo está en ti. ¿Por qué no te sientas?

—No puedo sentarme —respondió—. No me puedo mover. No siento nada, no me puedo mover.

Estaba confundido por lo que pudiera suceder, no creía que Dios pudiera obrar de esa manera. Continué orando por él, deteniéndome ocasionalmente para explicar lo que Dios estaba haciendo. Abrió por completo el corazón al poder de Dios, que le estaba sanando sus heridas internas, cuando entendió lo que hacía el Espíritu Santo.

Hacer preguntas durante el paso del compromiso de oración puede también señalar que la causa fundamental es diferente de lo que se pensaba al principio. Por ejemplo, no es raro determinar durante el paso del diagnóstico que una persona necesita sanidad interior, para luego descubrir que también necesita liberación de un espíritu maligno.

Como escribí en la parte II, hay cuatro esferas en que se puede aplicar la sanidad divina: el espíritu, los efectos de heridas pasadas, el cuerpo y la posesión demoniaca. Cada uno de estos requiere una aplicación diferente de oración por sanidad (más adelante describo con lujo de detalles el paso del compromiso de oración, el cuarto paso para cada una de esas esferas). Es importante observar que la mayoría de las personas tienen problemas con dos de ellas por lo menos. Por ejemplo, algunas veces comienzo a orar por las heridas pasadas de las personas, lo que nos lleva a la necesidad de orar por un problema físico, ¡y entonces descubro de repente un demonio! Acostumbro pensar: «¿Cuán complejo puede ser esto?» Luego el Señor me recuerda que los seres humanos *somos* complejos; al fin y al cabo somos hechos a imagen de Dios, pero el Espíritu Santo puede solucionar todos nuestros problemas.

*El espíritu.* Casi todos los problemas espirituales son causados por pecados no confesados e incredulidades. Sigo estos pasos cuando diagnostico la necesidad de sanidad del espíritu:

En primer lugar, pido a las personas que lleguen a un acuerdo con Dios acerca de sus pecados. Pregunto: «¿Estás de acuerdo en que esto es pecado? ¿Estás de acuerdo en que tienes que tratarlo ante Dios? ¿Orarás y confesarás a Dios este pecado? Estoy de acuerdo contigo acerca de eso». Si los individuos no saben cómo orar, les ayudo. Si están renuentes a orar, hablo con ellos acerca de lo que es el pecado y cómo mata a las personas (si todavía se niegan a orar les digo que no tengo nada que ofrecerles).

Luego ayudo a que las personas experimenten el perdón de Dios mediante el ministerio de proclamar en ellos el perdón. Baso esta práctica en la autoridad dada en Juan 20.23: «A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos». Les digo: «En el nombre de Jesús perdono tus pecados». Cuando hago esta oración le pido también al Espíritu Santo que aplique su perdón a las partes más profundas de sus seres, donde mantienen cautiva la culpa y la vergüenza. Esta experiencia, descrita por muchos como una sensación abrumadora de perdón, se asocia normalmente con lo que parecen olas de energía y calor que llegan a sus cuerpos.

Después de esto les pregunto: «¿Cómo te sientes?» Mi propósito es que ellos reconozcan su perdón y que confirmen y aseguren la victoria de Dios. Luego oro de nuevo, agradeciendo a Dios por liberar a los cautivos. En algunos casos, tales como robo u otras formas de ofensa personal, se requiere restitución o disculpas. Para esto doy consejos específicos y resalto su necesidad de hablar con el pastor acerca de más acciones que se requieran.

Les enseño también el proceso de renovación del perdón, en el cual el perdón penetra en un nivel más profundo de sus vidas. Satanás intentará robarles su recién adquirido perdón al enviarles sentimientos de falta de perdón que los puede confundir con la falta de perdón actual. Estarán tentados en volver a la culpa de sus pecados, en especial si no han aceptado totalmente el perdón de Cristo. Les digo: «Cuando llegan esos sentimientos es como cuando un pájaro se posa en su

nido. No les hagas caso en el nombre de Jesús. No te pertenezcan. Después de un tiempo tus reacciones emocionales se conformarán a la verdad de Cristo».

*Los efectos de las heridas pasadas.* Las personas que sufren los efectos de malos recuerdos, ya sea por sus pecados o por pecados ajenos, tienen que recibir y extender el perdón de Dios y recibir el poder sanador de Dios para ser libres de la esclavitud de sus heridas pasadas. La mayoría de las personas necesitan ayuda para entender cómo les afectan sus heridas pasadas. El siguiente bosquejo de una composición tomada de varios incidentes similares es una interacción típica con un hombre que fue maltratado por su madre cuando era niño y que ahora sufre de cáncer:

—¿Cómo te sientes ahora en relación con tu madre? —pregunto—. Creo que un sentimiento natural sería la amargura y la ira.

—No me siento así porque soy cristiano —responde.

Ahora estoy seguro de que esta es la raíz de sus problemas emocionales y espirituales, así que le pregunto:

—¿Estás seguro? Percibo que sí te sientes de esa manera, aunque no puedas describir muy bien esos sentimientos.

En raras ocasiones soy duro y digo:

—Te mientes cuando dices que no sientes de esa manera. Estás enojado con tu madre por lo que hizo y por eso estás enfermo.

—¿Cómo sabes que estoy enojado con mi madre?

—Todavía te sientes dolido cada vez que se toca el tema. Si estuvieras libre no sentirías dolor. Pero el dolor está allí todavía, así que déjalo que se vaya.

Mi propósito es confrontarlo a que reconozca y quiera tratar con su ira y amargura. Mi meta secundaria es que él se libere de la esclavitud de su ira y amargura. Hago esto para lograr que perdone a su madre.

Extender el perdón a quienes han pecado contra nosotros es difícil para muchos, porque ellos en primer lugar han sido implacables con Dios por permitir las circunstancias. En un ejemplo típico la persona preguntaría:

—¿Por qué permitió Jesús que me sucediera eso? ¿Por qué me colocó en una familia tan horrible?

—Quiero que entiendas —le digo después de esperar que su ira se amaine— que a Jesús le hirió cuando tuviste la herida. Él estaba allí contigo, así que Él conoce tu dolor.

La mayoría de las personas no se dan cuenta de que Jesús también es una víctima, que en la cruz Él sufrió todo hecho pecaminoso que se haya cometido.

—¿Quieres decir que Él estaba conmigo y que también se sintió mal?

—Sí —le digo,— por lo tanto déjalo en manos de Dios. Permítele que te limpie de la contaminación del pecado, tanto del que has cometido como del que se ha cometido contra ti, de modo que nunca tendrás que sentirte herido de nuevo.

Luego lo llevo a través de una oración en la que extienda el perdón para su madre y que se arrepienta y reciba el perdón por sus propias actitudes pecaminosas.

Cuando algunas veces invito el Espíritu Santo sobre las personas, ellas recuerdan asuntos sucedidos años antes y que habían olvidado. En algunos casos la herida encerrada en esos recuerdos contribuye a los fenómenos extraños. (Recuerdo haber orado por un hombre que de niño su padre lo había herido profundamente. Cuando invité al Espíritu Santo a que llegara sobre él y lo ministrara, cayó al suelo y empezó a aullar como un perro. Su dolor era palpable.) Cuando salen a la superficie esta clase de recuerdos dolorosos, animo a las personas a entender que Jesús estuvo con ellos en todo momento y que ahora pueden extender el perdón. En otras palabras, reinterpreto su experiencia a la luz del propósito de Dios.

En muchos casos tengo que tomar autoridad sobre problemas que han pasado de padres a hijos. Éxodo 20.5-6 dice: «Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos» (véase también Éxodo 34.7). El alcoholismo es un buen ejemplo de esta clase de problema. Los hijos de los alcohólicos tienen setenta por

ciento de probabilidades de convertirse en alcohólicos. Cuando me topo con adultos hijos de alcohólicos (aunque no practiquen el alcoholismo), oro para romper el poder de la influencia del alcoholismo que se ha levantado en un hogar alcohólico. Digo: «En el nombre de Jesús rompo el poder del alcoholismo y te libero del pecado de tus padres». Esta es una oración poderosa. Mediante ella he visto liberación de su esclavitud en personas que luchaban contra el alcoholismo y otras compulsiones como la pornografía y la homosexualidad.

Para quienes hayan sufrido de pecado sexual compulsivo, cuyas raíces eran los pecados de sus padres, declaro sanidad para esa esfera. Por ejemplo, si una persona ha luchado con el pecado sexual, digo: «Señor, te pido que traigas sanidad e integridad a los órganos sexuales de esta persona. Limpia los órganos con el poder de tu sangre». En varias ocasiones informaron más tarde que se les quitó casi toda remembranza o deseo por ese pecado, y su orientación sexual se volvió la correcta y adecuada.

Algunos individuos tienen esclavitud a ciertos pecados porque los han practicado por mucho tiempo. Ellos son descontrolados y compulsivos, haciendo lo mismísimo que odian. Por lo general no entienden por qué los cometen y se frustran y deprimen por su falta de dominio propio. Por ejemplo, he orado por muchos hombres y mujeres que no pueden dejar de participar en aventuras autodestructivas, aun cuando saben que son malas y que destruyen a otros.

Creo que Dios nos ha dado el poder para romper estas esclavitudes. Jesús dijo a sus discípulos en Mateo 16.19: «Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos». Esta autoridad que Cristo nos ha dado no es para determinar, sino para anunciar la culpa o inocencia. Esto es lo que hago: anuncio la verdad de Dios cuando oro por alguien que está cautivo de su deseo de cometer fornicación o adulterio.

El principio de dedicar partes del cuerpo al Señor también se aplica para romper las ataduras. Algunas veces un residuo de los efectos de las malas acciones de una persona permanece en las partes de su cuerpo que fueron puestas al servicio del mal. Se debe tratar ese residuo para una sanidad completa. He visto personas que eran promiscuas por las que se ha orado por sus órganos sexuales, para que estos sean limpios y se guarden santos. Mientras orábamos, sus cuerpos se estremecían y temblaban, como si el Espíritu Santo los estuviera limpiando. El resultado fue completa libertad de los pecados pasados y gozo y confianza acerca de su sexualidad.

A veces debo romper ataduras espirituales que las personas tienen con otras. Por ejemplo, los ex amantes con frecuencia ejercen influencia emocional en la vida de las personas por muchos años después que la relación ha terminado. También he observado individuos que una vez estuvieron en sectas, o dirigidos por líderes que los maltrataban, luchar por años con el temor y la ira. En muchos de estos casos se han liberado de sus temores e iras cuando rompí la atadura del alma con sus antiguos compañeros, sectas o líderes.

*El cuerpo.* Cuando oro siempre impongo manos sobre la parte afectada del cuerpo o cerca de ella. Las oraciones, como ya lo dijimos, pueden variar enormemente: intercesión, palabras de mando, palabras de dictamen, incluso hacer que la persona misma ore.

Hablo con frecuencia de la afección en sí. Por ejemplo, hace varios años oré por una joven con una escoliosis en la columna. Ella usaba una camiseta, así que cuando miré su espalda pude ver que la columna estaba gravemente deformada, con una diferencia de cinco centímetros desde la mitad hasta la parte superior. Me paré detrás de ella y dije a la columna: «En el nombre de Jesús te ordeno que te endereces». Entonces revisé la columna hacia arriba, colocando mi mano en cada vértebra y vigilando que se colocaran en su sitio. Dije: «¡Esta, Señor, endereza esta!» y esa vértebra se movía. A medida que oraba, la joven sentía calor en todo su cuerpo (comenzó a sudar) y experimentaba lo que más tarde describió como un

estado de éxtasis. Parecía borracha. Al final de nuestro tiempo de oración su espalda tenía solo centímetro y medio de separación.

Observo fijamente por manifestaciones del Espíritu Santo en las personas por quienes oro. Por esto no cierro los ojos cuando oro. Cuando veo las diferentes clases de fenómenos espirituales que ya describí en este capítulo, señalo a la persona lo que veo y le pregunto acerca de lo que está experimentando. «¿Cómo te sientes? ¿Qué te está sucediendo?» A veces no veo que ocurra nada, pero cuando pregunto si está sintiendo algo, la respuesta es: «Sí, nunca había experimentado a Dios de esta manera». Entonces averiguo que han sanado.

En algunos casos les doy una explicación por lo que les sucede. Una vez estaba orando por alguien y parecía que nada pasaba. El hombre miraba tensionado. «¿Qué sucede?», le dije. «La cabeza me pica. Tengo una comezón de arriba abajo», respondió. Habíamos orado por su estómago, pero le picaba la cabeza. Pensé: «Señor, enviaste la sanidad al lugar equivocado». No obstante decidí: «Bien Señor, si eso es lo que estás haciendo, lo bendeciré». Por lo tanto, impuse las manos sobre su cabeza y empecé a bendecir a Dios por su obra sanadora, y sanó el estómago del hombre.

*Los endemoniados.* De todas las clases de sanidad, la oración por los endemoniados es mejor hacerla en un ambiente privado. Esta puede requerir horas de oración y varias sesiones de continuidad para expulsar demonios de personas gravemente endemoniadas.

Las oraciones por estas personas es mejor acompañarla de equipos de dos a cinco personas. Debe haber un líder claramente definido; los demás deben enviar oraciones de apoyo y brindar consejo. Por lo general utilizo personas a cada lado del endemoniado y les pido que oren. En una ocasión pedí a alguien que grabara lo que sucedía, para escribir las funciones y relaciones de los demonios de tal manera que tuviéramos una base para evaluar más adelante si todos los demonios se habían ido o no. Si la sesión continúa por mucho tiempo,

encuentro útil cambiar las posiciones de los miembros del equipo para mantenerlos concentrados.

Con frecuencia los cristianos se equivocan al diagnosticar graves trastornos psicológicos como severa posesión demoníaca. Yo nunca llamo demonio a nada hasta que en realidad haya hablado con él. Utilizo varios criterios para evaluar si estoy hablando con un demonio. Por ejemplo, los endemoniados sufren cambios importantes de personalidad cuando los demonios hablan a través de ellos (Marcos 5.1-5). Sus ojos indican también la presencia de un demonio. Se pueden reducir o agitar, o toda la pupila puede desaparecer, así que todo lo que puedo ver es la parte blanca. Algunas veces los ojos operan independientemente uno del otro o se vuelven inanimados y se cubren de algo que parece una película. También se pueden dilatar tanto que todo lo que puedo ver es la pupila.

Otras manifestaciones físicas sugieren la presencia de un demonio. He visto narices dobladas, labios fruncidos, dentaduras que parecen crecer (aunque en realidad no crecen), gargantas alargarse y cuerpos hincharse. He visto personas caer al suelo, deslizarse y silbar como una serpiente. He escuchado toda clase de sonidos de animales: ladridos, bramidos, gruñidos, etc. He presenciado personas que excretan líquidos hediondos por las aberturas de sus cuerpos. Muchas de estas manifestaciones suceden solo en los severamente endemoniados, pero cuando ocurren no hay duda de la presencia de un demonio.

Cuando sé que estoy tratando con un demonio, llamo su atención mirando directamente a los ojos del endemoniado y digo: «¡Mírame!» Entonces ordeno a los demonios que me digan sus nombres (véase Marcos 9.25): «En el nombre de Jesús, te ordeno espíritu inmundo que me digas tu nombre».

Los espíritus malignos no quieren decir sus nombres debido a que algunas veces esos nombres revelan lo que hacen a las personas. Ellos dirán: «¿Por qué tengo que decirte mi nombre?» O «No quiero decirte mi nombre», o «No tengo nombre». Dirán lo que sea con tal de no decir quiénes son.

Cuando comienzan a hablar de esa manera les digo: «¡No digas eso! Ahora, dime tu nombre».

Aquí es necesario hacer una advertencia especial: ordeno a los demonios que se identifiquen solo cuando una persona está fuera de control, cuando me parece obvio que un espíritu maligno habla por medio de la persona por la que estoy orando. En ningún momento animo a la persona por quien oro a entregar el control al espíritu inmundo.

Cuando me dicen un nombre, lo hacen en un idioma que no puedo entender. Por ejemplo, hace poco uno me dijo que su nombre era Kimutu. Entonces le pregunté: «¿Qué significa?» Se resistió de nuevo pero al fin dijo: «Dolor». Esto tenía sentido; estaba orando por un hombre que tenía dolor en la nuca y cabeza. Inmediatamente le ordené al demonio que saliera: «En el nombre de Jesús te ordeno que abandones esta persona». El hombre sanó.

Algunas veces pregunto al demonio más detalles de lo que hace. Por ejemplo, si uno dice que su nombre es «temor», le pregunto: «¿A qué haces que tenga miedo esta persona?» Cuando más adelante le pregunto a la persona si ese temor en particular era un problema, por lo general me dice que era uno de los impedimentos más grandes para llevar una vida totalmente cristiana.

Los demonios disfrutan en conversar conmigo para distraerme de que los expulse. Mi respuesta siempre es la misma: los hago callar (Marcos 1.34). Algunas veces tratan de negociar conmigo, diciendo: «Hagamos esto y esto». Respondo: «Silencio. No regateo. ¡Debes salir!» Ellos pueden ser muy religiosos, muy «espirituales». Por ejemplo, pueden profetizar, hablar en lenguas, hasta citar la Biblia. Alegarán, algunas veces son muy persuasivos. No pretenden ser demonios. A veces chillan para atraer la atención hacia ellos. También en todos estos casos los hago callar y los echo fuera.

En la mayoría de los casos los endemoniados no son conscientes de que tienen demonios hasta que oro por ellos. Entonces parecen atemorizarse y los demonios los amenazan: «Cuando salga de aquí», dicen los demonios, «voy a matarte».

Cuando sospecho que esto ocurre hago callar al demonio y entonces gano la atención de la persona por quien estoy orando. Cuando estoy seguro de que hablo con ella y no con el demonio, le explico que no tiene nada que temer porque Cristo es más fuerte que cualquier demonio. Entonces le pido que cooperen con Jesús en toda su capacidad para expulsar el demonio.

La expulsión de demonios es un encuentro de poder en el cual el reino de Satanás es echado fuera por el Reino de Dios.<sup>6</sup> Nunca es fácil. Es un examen de fe que requiere concentración, perseverancia y la unción de Dios. La expulsión viene al ordenarle al demonio que salga: «Te ordeno en el nombre de Jesús que salgas». Pero expresar estas palabras no asegura automáticamente que el demonio saldrá. Jesús indicó que algunos demonios son más difíciles de expulsar que otros (Marcos 9.29). Ellos demandan una fe mayor y más oración.

La salida del espíritu maligno está acompañada con frecuencia de algunas reacciones en la persona endemoniada: caídas, lloriqueos, gemidos, exhalaciones profundas, olores fétidos, etc., todos ellos seguidos de una extraordinaria paz (Marcos 9.26). No obstante los demonios tienen muchas tácticas ocultas para llevarme a creer que han salido cuando no lo han hecho. Por ejemplo, solo porque alguien haya caído al suelo y se retuerza cuando ordeno salir a un espíritu no quiere decir que el espíritu haya salido. Normalmente me coloco de rodillas, miro a los ojos de la persona y digo: «Si hay un espíritu ahí dentro, le ordeno que se manifieste».

Otro método de identificar los espíritus inmundos es orar por varias partes del cuerpo, pidiendo al Espíritu Santo que los consagre (véase Romanos 12.1-2). Oro: «En el nombre de Jesús consagro al Señor los pies, tobillos [y así sucesivamente a través de todo el cuerpo]». Consagro estas partes de acuerdo con Romanos 12.1-2. A veces llego a cierta parte del cuerpo y la persona reacciona de alguna manera. Por ejemplo, sus ojos pueden abrirse y entornarse. Cuando eso sucede, detengo lo que estoy haciendo y comienzo de nuevo el proceso de expulsión del demonio: identificarlo, silenciarlo y echarlo fuera.

A veces encuentro un demonio obstinado que no responde a mis órdenes. Para estos he encontrado de gran ayuda retroceder y decir: «Jesús, aquí hay un demonio del infierno que se enfrenta a ti y a tu Iglesia. Encárgate de él». Entonces por lo general vienen los chillidos, porque ellos se asustan de Jesús y del Espíritu Santo.

Después de expulsar un demonio mi objetivo es ver que la persona esté totalmente restaurada para que los demonios no vuelvan (Mateo 9.25; véase también 12.43-45). Solo Jesucristo puede llenar el vacío creado por la partida de los espíritus, así que entrevisto a la persona para asegurarme que tiene una sincera relación con Cristo. Si no la tiene, le predico el evangelio y la invito luego a orar conmigo para recibir a Cristo. En la mayoría de los casos debo guiar a las personas en oraciones mediante las cuales renuncian al ocultismo o a otras formas de participación espiritista. En muchos casos se requiere la sanidad interior y la renuncia al pecado. Luego oro porque el Espíritu Santo llegue y los inunde completamente.

Los casos de leve posesión de demonios son más comunes que los de grave posesión, y más fácil de orar por ellos. Por «leve posesión de demonios» quiero decir personas propensas a ataques periódicos de los espíritus malignos en ciertos aspectos de su vida, como tentaciones sexuales o tentaciones de robar o decir mentiras. Normalmente les pregunto si tienen problemas en esas esferas; si su respuesta es positiva, expulso el demonio con una sencilla palabra de mando: «En el nombre de Jesús, te ordeno que salgas espíritu inmundo». Luego ministro la necesidad de perdón, arrepentimiento y plenitud del Espíritu Santo.

Puesto que la sanidad divina es un proceso, es importante conocer cuándo detener la oración. Cuando al principio empiezo a orar por los enfermos pienso que en cada sesión debo orar por alguien hasta que sane. En algunos casos las sesiones continúan por horas, y aun entonces la persona rara vez consigue sanidad. Allí es cuando comienzo a hacerme la pregunta: «¿Cuándo debo parar de orar?»

Uso varios criterios para saber cuándo finalizar el tiempo de oración en el paso cuatro. La manera más común es cuando el Espíritu Santo me indica que el tiempo se ha terminado, por lo general cuando se retira su poder. Veo que la persona por quien estoy orando no responde a mis oraciones, y noto que se han ido las sensaciones asociadas con la oración por sanidad que yo experimento: hormigueo en las manos, calor y paz sobrenatural. A veces las personas por quienes oro indican que el tiempo de oración ha terminado, que ellas han recibido lo que querían. También me detengo cuando no encuentro sobre quién más orar o cuando he orado por todo y parece que no he ganado terreno. En ese último caso animo a la persona a volver después para orar más por ella.

## PASO CINCO

El último paso en el proceso de sanidad son las instrucciones posteriores de oración. *Las instrucciones posteriores de oración son las respuestas a las preguntas: «¿Qué debe hacer esta persona para permanecer sana?» y «¿Qué debe hacer si no sana?»* Cuando las personas no sanan les aseguro que Dios las ama y les animo a buscar más oración. Normalmente esto significa enviarlos a un equipo de oración o a un grupo similar en el que puedan recibir oración más prolongada.

Doy instrucciones a quienes sanan de no pecar más y no seguir más los caminos de la carne (véase Juan 8.11). Esto encierra una variedad de prácticas de consejería determinadas según el problema, que incluyen asesoramiento acerca de lecturas y estudios bíblicos, oración y obras de justicia. Creo que la clave para mantener estas disciplinas espirituales y vivir libre del pecado es vivir dentro del contexto de total cuidado pastoral. La preparación, la ministración y la necesaria continuidad para la sanidad divina se pueden llevar a cabo solo cuando hay suficiente compromiso y responsabilidad entre los cristianos. Esto significa participar en la congregación de una iglesia y normalmente la participación en alguna

forma de grupo pequeño en el cual las relaciones de apoyo y estímulo nutran la fe y la rectitud.

## Epílogo

Una de las contribuciones clave para la reforma protestante de la Iglesia fue la recuperación de la centralidad de la Biblia en la vida cristiana. Los reformadores percibieron la necesidad de criterios objetivos para juzgar todos los asuntos de fe y práctica, y se dirigieron al Antiguo Testamento en busca de satisfacer esa necesidad. Enseñaron también que todos los cristianos están llamados a someter su fe y práctica directamente a la Biblia. En estos últimos años los católicos romanos también han descubierto una nueva apreciación por el estudio bíblico individual, reconociendo que el poder de Dios se libera a través de su Palabra.

Creo que si el Antiguo y el Nuevo Testamento van a ser una fuente constante de poder en la Iglesia, la doctrina y la práctica de la sanidad divina se deben presentar como bíblicas. Esta es una presunción fundamental en este libro, un enfoque que espero haya incrementado su entendimiento y práctica de la sanidad.

Si tomamos en serio la doctrina de la Reforma (idea que se encuentra en la Biblia), que la iglesia reformada siempre se está reformando, debemos crecer en prácticas como la sanidad divina en la iglesia moderna. La sanidad divina fue sin duda una parte del ministerio de Cristo y algo que Él esperaba que la Iglesia experimentara. Por lo tanto, debemos orar por los enfermos aunque en realidad nunca comprendamos por completo la sanidad divina.

Aún permanecen sin respuesta muchos interrogantes en relación con la sanidad divina. ¿Por qué no siempre experimentamos sanidad cuando la buscamos en oración? ¿Por qué sanan algunas personas y otras especialmente buenas no obtienen sanidad? ¿Por qué algunos sanan solo de manera parcial? ¿Por qué la sanidad divina ha disminuido y se ha debilitado

a través de la historia de la Iglesia? ¿Sabremos en definitiva si Dios permite la enfermedad? ¿Cuál es la relación entre la sanidad y la santificación? ¿Por qué algunos son más eficaces que otros al orar por los enfermos? He ofrecido respuestas para todas estas preguntas, aunque reconozco que a lo mejor son solo respuestas parciales. Hombres y mujeres más capacitados que yo debieran escribir mucho más sobre estos temas.

Sin embargo, no creo que necesitemos respuestas *exhaustivas* a estas y otras preguntas para empezar a orar por los enfermos. La palabra clave en esta frase es «exhaustiva»: es inútil por fe sin ningún entendimiento de su objetivo y contenido. No obstante, estoy convencido de que las demandas cristianas de conocimiento exhaustivo algunas veces son excusas para no creer y actuar en lo que sí conocen. No quiero sugerir que los interrogantes no tengan importancia, ni que sea incorrecto añadir conocimiento a nuestra fe. Pero en este momento, mientras reconozco que nunca entenderé de modo exhaustivo la sanidad divina, estoy satisfecho de actuar en lo que sé ahora, confiando en que sabré más en el futuro. Parafraseo a Blas Pascal: «Creo, por consiguiente, que conoceré ... con el tiempo».

Mi oración por los lectores es que en relación con la sanidad divina estén contentos con ver «por espejo, oscuramente» y con conocer «en parte», porque el día vendrá en que «conoceré como fui conocido» (1 Corintios 13.12). Puesto que el cumplimiento del reino de Dios se acerca, podemos confiadamente vivir con la porción que tenemos hoy.

## Apéndice A: Glosario de términos

**animismo:** creencia de que todos los objetos en el mundo material son habitados por almas o espíritus.

**carismas:** manifestaciones ocasionales o unción de dones para propósitos específicos y para el bien de la congregación.

**demonios heredados:** demonios que se transmiten de padres a hijos.

**discernimiento de espíritus:** una capacidad sobrenatural para juzgar si el factor que motiva a una persona es humano, divino o demoníaco (1 Corintios 12.10).

**don de fe:** una misteriosa fuerza de confianza en Dios que mana cuando una persona enfrenta una situación o necesidad insuperable. Por él la persona obtiene la certeza y seguridad de que Dios va a actuar mediante una palabra de acción (1 Corintios 12.9; 13.2).

**esclavitud:** sujeción o atadura a alguna clase de compulsión, restricción o limitación en cierto aspecto de la vida. En Cristo tenemos el poder de quebrar la influencia de esa esclavitud y liberar a la persona. Las raíces de estas esclavitudes pueden ser espirituales, psicológicas o físicas.

**exorcismo:** oración por liberación de espíritus malignos.

**expulsión:** echar fuera y alejar a los demonios.

**fe sanadora:** sanidad atribuida a la fe de una persona, no a Jesús.

**géneros de lenguas:** idioma espiritualmente inspirado (*glossolalia*) en el que no participa la mente consciente. Es hablar

en un idioma (sea terrenal o angelical) no aprendido por el que lo habla (1 Corintios 12.10,28).

**interpretación de lenguas:** la capacidad dada por Dios para interpretar lenguas habladas en una asamblea, haciendo que el mensaje sea comprensible para los presentes (1 Corintios 12.10).

**liberación:** poner en libertad a alguien de la esclavitud, generalmente de la influencia demoníaca.

**medicina holística:** un movimiento secular de curación influido por las religiones orientales y el ocultismo que se enfrentan al cristianismo histórico (véase también «Movimiento de la Nueva Era»).

**milagros:** acontecimientos mediante los cuales personas y cosas son visible y benéficamente afectadas por el poder de Dios obrando a través de un individuo (1 Corintios 12.10,19).

**movimiento de la Nueva Era:** un grupo de numerosas y diversas organizaciones, grupos religiosos, publicaciones e individuos influidos por pensamientos religiosos orientales y el ocultismo, que a su vez está influyendo en la cultura occidental y en muchos cristianos. Casi todos los miembros de este movimiento creen en el monismo (la idea de que todo es uno), panteísmo (la idea de que todo es dios), iluminismo (la idea de que los seres humanos se deben realizar hasta ser dioses), sincretismo (la idea de que todas las religiones son una) y la evolución cósmica (la idea de que esta época se dirige a una «nueva era» de conciencia y unidad).

**oración de pacto:** una oración en la que dos o más personas disciernen la voluntad de Dios y actúan por fe. Una oración de pacto no es un acuerdo arbitrario en algo y esperar que Dios lo haga automáticamente.

**oración de reprensión:** una oración por la que se expulsan demonios o por la que se rompe su poder (Marcos 9.25).

**palabra de conocimiento:** un don espiritual mediante el cual Dios revela hechos acerca de una situación sobre la cual una persona no tiene conocimiento previo (1 Corintios 12.8).

**palabra de dictamen:** una oración poderosa y efectiva en la cual el orador anuncia que una sanidad está completa o que se completará en algún momento del futuro cercano.

**palabra de mando:** una oración poderosa y eficaz en la cual mediante una frase corta el orador ordena salir a un espíritu o enfermedad de una persona.

**palabra de sabiduría:** un don espiritual mediante el cual Dios revela su sabiduría o visión en una situación específica (1 Corintios 12.8).

**posesión de demonios:** tener influencia, estar afligido o atormentado de alguna manera por el poder demoniaco.

**profecía:** declaración de la pasión de Dios en cuanto a su Iglesia con el propósito de edificación. No es una capacidad, aptitud o talento. Es el habla actual de mensajes dados por el Espíritu de Dios (1 Corintios 12.10,28; Romanos 12.6).

**punto de contacto:** efectuar algunas acciones, como tocar algo, que aligeran y liberan fe para que la sanidad se lleve a cabo. Oral Roberts popularizó esta frase.

**sanidad divina:** sanidad por intervención directa del único y verdadero Dios, el Dios viviente y personal revelado en la Biblia, y en particular en Cristo Jesús.

**sanidad interior:** un proceso mediante el cual el Espíritu Santo trae perdón de pecados y restauración emocional a las personas que sufren daños en la mente, la voluntad y las emociones.

**sanidad milagrosa:** cualquier sanidad sobrenatural, que puede incluir sanidades de Dios, de Satanás y de los demonios.

**sanidad sobrenatural:** un milagro inexplicable que científicamente puede ser sanidad divina, pero que también puede tener su fuente en Satanás o los demonios.

**siquiátrico:** relativo a trastornos emocionales, mentales o de conducta.

**siquis:** esa parte del hombre sensible a las fuerzas sobrenaturales, ya sean de Dios o del diablo.

**visión mundial:** un conjunto de suposiciones o presunciones que sostenemos consciente o inconscientemente acerca de la disposición fundamental del mundo, que afecta profundamente cómo entendemos y nos relacionamos con el mundo.

## Apéndice B: La sanidad en los hospitales

Los hospitales son quizás los lugares más difíciles para orar por sanidad. Creo que esto se debe a que los hospitales, aunque comprometidos con la salud, están a menudo bajo la autoridad de quienes pueden oponerse a la sanidad divina (véase Romanos 13.1-7). Los médicos, por supuesto, están comprometidos a la investigación de la sanidad, en la que puede influir el materialismo y el racionalismo. Esta orientación, intencional o no, mitiga la práctica de la sanidad divina. Por lo tanto, debemos aprender a honrar su autoridad mientras no sacrifiquemos nuestra autoridad para sanar.

Oro por los enfermos en hospitales de la misma manera en que lo hago en otros ambientes. Sin embargo, se necesita una preparación personal especial para tratar eficazmente con el ambiente sin par de los hospitales. Comparo esa preparación con el adecuado uniforme y equipo de un soldado. He aquí un resumen de la preparación que desarrollo siempre en casa:

1. Leo la Biblia y me recuerdo a mismo quién es Jesucristo y qué hizo. Él es el gran Dios, capaz de sanar (Isaías 9.6). Él es el Dios compasivo, que desea sanar (Marcos 1.41). Él dio su vida para hacernos completos (1 Pedro 2.24). Él venció al diablo y reina ahora sobre toda autoridad y poder (Efesios 1.20-23).

2. Leo la Biblia y me recuerdo quién soy en Cristo. Soy un hijo y siervo de Dios (1 Juan 3.1). Soy justo y valgo en Cristo (2 Corintios 5.21). Estoy sentado con Cristo en los lugares celestiales (Efesios 2.4-6). Soy colaborador de Dios (2 Corintios 6.1).

3. Leo la Biblia y me recuerdo mi autoridad y misión para sanar. Fui enviado exactamente como Jesús fue enviado (Juan

20.21). He sido comisionado para sanar (Mateo 10.7-9). Se me ha dado poder para sanar (Hechos 1.8).

4. Me despojo de consideraciones naturales, temores, presunciones y preocupaciones. No puedo hacer nada por mí mismo (Juan 5.19-20; 15.5). Si alguien sana en el hospital es porque Jesús lo hace. Le pregunto a Dios qué quiere hacer y dónde calzo en sus planes.

Cuando llego al hospital sigo el proceso normal de cinco pasos para la sanidad divina. Sin embargo, hay ciertos aspectos de ese proceso que requieren un énfasis especial. Por lo regular hago lo siguiente:

1. Invito al Espíritu Santo que me guíe y me dé discernimiento cuando llego al cuarto del hospital.

2. Pongo mucho cuidado en buscar un ambiente de sanidad. Me digo: «¿A qué se parece el ambiente que hay aquí? ¿Llena de muerte? ¿Sospecha? ¿Temor? ¿Desesperación?» En varias ocasiones he tenido que pedir a la gente que salga, especialmente familiares que no tienen fe en la sanidad. Reprendo cualquier espíritu inmundo que creo que pueda estar presente, lo que afecta en forma impresionante el ambiente del cuarto. Lo mismo que las personas susceptibles a la influencia de espíritus malignos durante tiempos de enfermedad grave. Como resultado estoy sensible a la posibilidad de su necesidad de liberación.

3. Me concentro en lo que Dios me dice que haga, no en la condición del paciente. Solamente las señales de una persona muy enferma (el deterioro físico, las máquinas, las agujas y el personal del hospital) pueden desalentar mi fe. Cuando me concentro en el paciente puedo llegar a sentirme abrumado por la idea de sanidad imposible. Pero cuando entrego mi atención a Dios confío en que Él puede sanar.

4. Le pido a Dios que me ayude a mostrar un amor especial para el paciente. Trato especialmente de tocar a la persona, de comunicar en ella el amor de Dios y mi amor sosteniéndole las manos o tocándole un hombro.

5. Leo la Biblia en voz alta, lo que libera fe para sanidad tanto en el paciente como en mí.

6. Oro en voz alta, pidiendo a Dios misericordia y fe en la sanidad. Animo al paciente a orar conmigo en voz alta.

## Apéndice C: La sanidad en el Antiguo Testamento

|              |            |             |               |
|--------------|------------|-------------|---------------|
| GÉNESIS      | 1 REYES    | PROVERBIOS  | LAMENTACIONES |
| 20.17        | 13.4-6     | 3.8         | 2.13          |
|              | 17.17-24   | 4.22        |               |
| ÉXODO        | 2 REYES    | 12.18       | EZEQUIEL      |
| 4.6-7        | 2.19-22    | 13.17       | 30.21         |
| 15.26        | 4.8-37     | 15.4,30     | 34.4,16       |
| 21.18-19     | 5.1-14     | 16.24       | 47.12         |
| 23.25        | 13.21      |             |               |
| LEVÍTICO     | 20.1-11    | ECLESIASTÉS | DANIEL        |
| 13.1-46      |            | 3.3         | 4.34,36       |
| 14.1.32      | 2 CRÓNICAS | ISAÍAS      | OSEAS         |
| 15.1-33      | 7.14       | 6.10        | 5.13          |
| 16.29-30     | 20.9       | 19.22       | 6.1           |
|              | 28.15      | 30.26       | 7.1           |
| NÚMEROS      | 30.20      | 32.3-4      | 11.3          |
| 12.1-15      | 32.24-26   | 33.24       | 14.4          |
| 16.41-50     |            | 35.5-6      |               |
| 21.4-9       | JOB        | 38.1-8,16   | NAHUM         |
|              | 5.18       | 53.5        | 3.19          |
| DEUTERONOMIO |            | 57.18-19    |               |
| 7.15         | SALMOS     | 58.6-8      | ZACARÍAS      |
| 32.39        | 6.2        | 61.1        | 11.16         |
|              | 30.2       |             |               |
| JOSUÉ        | 32.3-5     | JEREMÍAS    | MALAQUÍAS     |
| 5.8          | 34.19-20   | 3.22        | 4.2           |
|              | 38.3,7     | 8.15,22     |               |
| 1 SAMUEL     | 41.4       | 14.19       |               |
| 6.3          | 55.18      | 17.14       |               |
| 16.14-23     | 103.1-5    | 30.12-17    |               |
| 25.6         | 107.17-20  | 33.6        |               |
|              | 147.3      | 46.11       |               |
|              |            | 51.8-9      |               |

# Apéndice D

## UN RESUMEN DEL MINISTERIO DE SANIDAD DE JESÚS

| #   | DESCRIPCIÓN                    | MATEO             | MARCOS            | LUCAS             | JUAN    |
|-----|--------------------------------|-------------------|-------------------|-------------------|---------|
| 1.  | El hombre con espíritu inmundo |                   | 1.23-25           | 4.33-35           | A B     |
| 2.  | La suegra de Pedro             | 8.14-15           | 1.30-31           | 4.38-39           | B C D   |
| 3.  | Multitudes                     | 8.16-17           | 1.32-34           | 4.40-41           | A B C E |
| 4.  | Muchos demonios                |                   | 1.39              |                   | A F     |
| 5.  | Lepra                          | 8.2-4             | 1.40-42           | 5.12-13           | B C G H |
| 6.  | El paralítico                  | 9.2-7             | 2.3-5             | 5.17-25           | B E     |
| 7.  | El hombre con la mano seca     | 12.9-13           | 3.1-5             | 6.6-10            | B G     |
| 8.  | Multitudes                     | 12.15-16          | 3.10-11           |                   | A       |
| 9.  | El gadareno endemoniado        | 8.28-32           | 5.1-13            | 8.26-33           | A B     |
| 10. | La hija de Jairo               | 9.18-19;<br>23-25 | 5.22-24;<br>35-43 | 8.41-42;<br>49-56 | B C E   |
| 11. | La mujer con flujo de sangre   | 9.20-22           | 5.25-34           | 8.43-48           | G I     |
| 12. | Unos pocos enfermos            | 13.58             | 6.5-6             |                   | C       |
| 13. | Multitudes                     | 14.34-36          | 6.55-56           |                   | E I     |
| 14. | La hija de la sirofenicia      | 15.22-28          | 7.24-30           |                   | A D E   |
| 15. | El hombre sordomudo            |                   | 7.32-35           |                   | B C D   |
| 16. | El hombre ciego                |                   | 8.22-26           |                   | B C D   |
| 17. | El muchacho endemoniado        | 17.14-18          | 9.14-27           | 9.38-43           | A B C E |
| 18. | El ciego Bartimeo              | 20.30-34          | 10.46-52          | 18.35-43          | B C G H |
| 19. | El siervo del centurión        | 8.5-13            |                   | 7.2-10            | D E     |

| #   | DESCRIPCIÓN                  | MATEO   | MARCOS | LUCAS    | JUAN        |
|-----|------------------------------|---------|--------|----------|-------------|
| 20. | Los dos hombres ciegos       | 9.27-30 |        |          | B C G       |
| 21. | El mudo endemoniado          | 9.32-33 |        |          | A           |
| 22. | El ciego y mudo endemoniado  | 12.22   |        | 11.14    | A           |
| 23. | Multitudes                   | 4.23    |        | 6.17-19  | F J         |
| 24. | Multitudes                   | 9.35    |        |          | F J         |
| 25. | Multitudes                   | 11.4-5  |        | 7.21     | F J         |
| 26. | Multitudes                   | 14.14   |        | 9.11     | 6.2 H       |
| 27. | Grandes multitudes           | 15.30   |        |          | F J         |
| 28. | Grandes multitudes           | 19.2    |        |          |             |
| 29. | El ciego y cojo en el templo | 21.14   |        |          |             |
| 30. | El hijo de la viuda          |         |        | 7.11-15  | B H         |
| 31. | María Magdalena y otros      |         |        | 8.2      | A           |
| 32. | La mujer encorvada           |         |        | 13.10-13 | B C         |
| 33. | El hombre hidrópico          |         |        | 14.1-4   | C           |
| 34. | Los diez leprosos            |         |        | 17.11-19 | B F G       |
| 35. | La oreja del siervo          |         |        | 22.49-51 | B           |
| 36. | Multitudes                   |         |        | 5.15     |             |
| 37. | Varias personas              |         |        | 13.32    | A           |
| 38. | El hijo del noble            |         |        |          | 4.46-53 B E |
| 39. | El paralítico de Betesda     |         |        | 5.2-9    | B G         |
| 40. | El ciego de nacimiento       |         |        | 9.1-7    | B C         |
| 41. | Lázaro                       |         |        | 11.1-44  | B           |

A. Expulsión de demonios

F. Prédica de Jesús

B. Palabra hablada

G. Fe de la persona

C. Tocado por Jesús

H. Jesús movido a compasión

D. Oración de otro

I. Persona que toca a Jesús

E. Fe de otro

J. Enseñanza de Jesús

## Apéndice E

### EL MINISTERIO DE SANIDAD DE LOS DISCÍPULOS

| Descripción                                       | Mateo     | Marcos   | Lucas    | Hechos   |
|---|-----------|----------|----------|----------|
| 1. Jesús describe su ministerio                   | 11.2-6    |          | 7.18-23  |          |
| 2. La misión de los doce                          | 10.1—11.1 | 3.13-19  | 9.1-11   |          |
| 3. La misión de los setenta                       |           |          | 10.1-24  |          |
| 4. Los discípulos intentan expulsar demonios      | 17.14-21  | 9.14-29  | 9.37-45  |          |
| 5. El poder de atar y desatar                     | 16.13-20  |          |          |          |
| 6. La Gran Comisión                               | 28.16-20  | 16.14-20 | 24.44-53 | 1.1-11   |
| 7. Jesús describe su ministerio                   |           |          |          | 2.22     |
| 8. Señales y prodigios en manos de los apóstoles  |           |          |          | 2.42-47  |
| 9. La sanidad del mendigo cojo                    |           |          |          | 3.1—4.22 |
| 10. Oración por confianza y señales de sanidad    |           |          |          | 4.23-31  |
| 11. Señales y prodigios en manos de los apóstoles |           |          |          | 5.12-16  |
| 12. El ministerio de Esteban                      |           |          |          | 6.8-15   |
| 13. El ministerio de Felipe                       |           |          |          | 8.4-13   |
| 14. Ananías y Saúl                                |           |          |          | 9.10-19  |
| 15. Pedro sana a Eneas (Lida)                     |           |          |          | 9.32-35  |
| 16. Pedro sana a Tabita (Jope)                    |           |          |          | 9.36-43  |
| 17. El ministerio de Jesús                        |           |          |          | 10.34-41 |
| 18. Pablo deja ciego al mago                      |           |          |          | 13.4-12  |
| 19. Pablo y Bernabé en Iconio                     |           |          |          | 14.1-7   |
| 20. El cojo de Listra                             |           |          |          | 14.8-18  |
| 21. Pablo se levanta en Listra                    |           |          |          | 14.19-20 |
| 22. La muchacha esclava en Filipos                |           |          |          | 16.16-40 |
| 23. Pablo en Éfeso                                |           |          |          | 19.8-20  |
| 24. La resurrección de Eutico                     |           |          |          | 20.7-12  |
| 25. Pablo recuerda a Ananías                      |           |          |          | 22.12-21 |
| 26. Pablo en Malta                                |           |          |          | 28.1-10  |
| 27. Gálatas 3.5                                   |           |          |          |          |
| 28. Hebreos 2.4                                   |           |          |          |          |

## Apéndice F

### Señales y maravillas en Sheffield: un análisis antropológico social de las palabras de conocimiento, de las manifestaciones del Espíritu y de la eficacia de la sanidad divina

Por el doctor David C. Lewis, del proyecto de investigación de la experiencia religiosa de la Universidad de Nottingham, Alister Hardy Research Centre, Oxford

Hay aquí una mujer cuyo nombre empieza con L ... tiene treinta y dos años, ha tenido una afección en la garganta por ocho años y ha tomado medicina pero no ha encontrado mejoría.

Hay una mujer con el apéndice inflamado y no sé si ella sabe o no que también está embarazada.

Hay aquí un joven de aproximadamente treinta y cinco años con muchos problemas en su matrimonio. Él vive en la región central de Inglaterra. Durante esta semana ha estado pensando en dejar a su esposa, pero el Señor quiere que se quede y se reconcilie con sus problemas. Que no abandone a su esposa.

Los anteriores son solo tres ejemplos, cada uno expresado por personas diferentes, entre las docenas de las llamadas palabras de conocimiento expresadas en un seminario sobre Señales, Maravillas y Crecimiento de la Iglesia, dictado en el ayuntamiento de Sheffield del 28 al 30 de octubre de 1985. Más de veintiocho mil participantes llenaban diariamente el edificio, la mayoría de ellos anglicanos. Muchos de los otros eran de denominaciones no conformistas, pero también es proba-

ble que fueran católicos romanos, como los que estuvieron en un seminario similar en Londres en 1984.<sup>1</sup> John Wimber, el orador principal, resaltó la necesidad de romper tales divisiones y a cada delegado se le dio un libro de registros de sanidad, escrito por Francis MacNutt.<sup>2</sup> Cualquiera que fuera su denominación, mediante el entrenamiento práctico los delegados llegaron a aprender cómo desarrollar por sí mismos los ministerios de sanidad en sus propias iglesias.

Como antropólogo social, traté de estudiar lo que estaba sucediendo en este seminario usando las técnicas antropológicas normales de observar a los participantes y de entrevistas a conciencia. Normalmente los antropólogos estudiamos una pequeña comunidad por mucho tiempo, pero en este caso tuve una gran multitud para estudiar en unos pocos días. Entre las sesiones hablé con quienes había a mi alrededor sobre sus experiencias, bajo las circunstancias de un tópico muy natural de conversación. Mis informantes estuvieron en consecuencia sin algunas de las inhibiciones que a veces interfieren en una entrevista «normal» cuando los informantes que las respuestas se van a grabar; la mayoría de mis informantes no estaban conscientes de mi propósito al hacerles tales preguntas hasta que la conversación estaba adelantada. El intentar que tales informes tengan sentido, y el sacar mis propias conclusiones de lo que está sucediendo, demanda una consideración de teorías antropológicas, sociológicas, psicológicas y aún parasicológicas, también como las explicaciones teológicas dadas por los informantes mismos. Cómo juntar estos modelos diferentes de explicaciones se volvió un trabajo mucho más fuerte de lo que había anticipado.

### Palabras de conocimiento

Las palabras de conocimiento mencionadas arriba representan uno de los problemas más difíciles de explicar racionalmente. No había manera de establecer por adelantado la mayoría de condiciones médicas explicadas. Los delegados del seminario llegaron de todo el país y los únicos datos que

daban al registrarse eran sus nombres y direcciones. Asistieron casi la misma cantidad de hombres y mujeres, y en general la edad parecía representativa de la población adulta. Aunque había una gran representación de clérigos profesionales, la mayor parte de los asistentes eran laicos que habían sacado tiempo libre para asistir al seminario. La mayoría eran blancos y de clase media, que probablemente reflejaba la composición de las iglesias interesadas en el seminario: los últimos veinte o treinta años los fenómenos vistos en este seminario se restringían casi exclusivamente a las iglesias pentecostales de clase trabajadora y negros, pero a través de este seminario (y similares realizados en las dos semanas anteriores en Brighton y Londres en 1984) algunas de las denominaciones principales también habían empezado a desarrollar ministerios de sanidad que utilizaban estas palabras de conocimiento.

Los seminarios representan un desarrollo adicional en lo que se ha llamado la «renovación carismática» en tales denominaciones. El finado canónigo David Watson de la iglesia St. Michael-le-Belfry en York fue uno de los líderes anglicanos de este movimiento de renovación. Fue por su amistad con John Wimber que con el tiempo llevó estos seminarios a Inglaterra. Wimber era el orador principal en el seminario, pero un obispo anglicano, David Pytches (antiguo obispo de una diócesis anglicana en Sur América y actual ministro de la iglesia San Andrés en Chorleywood, Hertfordshire) dirigió uno de los talleres diarios de la tarde. Tanto Wimber como Pytches habían traído sus equipos de asistentes entrenados en estos ministerios. Durante la mayoría de las sesiones los asistentes fueron los únicos que oraron por quienes pedían sanidad en respuesta a una palabra de conocimiento, mientras Wimber permanecía en el frente comentando lo que iba ocurriendo.

Las palabras de conocimiento en sí mismas generaron fe y esperanza de sanidad tanto de parte de los «sanadores» como de los «sanados». Si creen que Dios les ha dado una palabra de conocimiento acerca de la afección de una persona, entonces pueden esperar que Él sane tal afección, cualquiera que sea. Su modelo es del mismo Jesús, quien dijo: «No puede el

Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre» (Juan 5.19); por tanto, si el Padre les ha dado una palabra de conocimiento, ellos la ven como evidencia de «lo que ven hacer al Padre». Una extensión adicional de su teología es que Jesús enseñó a sus discípulos cómo sanar a los enfermos, expulsar demonios, etc.; por consiguiente, si la Iglesia de hoy es el «Cuerpo de Cristo» los cristianos de hoy día son capaces de hacer lo mismo.

Entonces emerge el interrogante de si estas palabras de conocimiento, sanidades y otros fenómenos relacionados se pueden explicar por medio de un modelo no teísta alterno. Una hipótesis obvia es que las palabras de conocimiento son alguna forma de percepción extrasensorial (PES) como telepatía o clarividencia. Algunas de estas son recordatorios de mensajes dados en reuniones espiritistas en los que un médium o clarividente dice que hay alguien presente con tal y cual enfermedad, indicando quizás en ocasiones el área general del cuarto en que está sentada la persona. Son también similares los métodos por los cuales se dice que viene el conocimiento: incluyen fenómenos tales como cuadros mentales, impresiones muy fuertes («uno lo sabe sin ninguna sombra de duda») y vivencias de dolor en alguna parte del cuerpo que uno sabe que «no es en realidad un dolor propio» (sino lo que identifica la localización del dolor de la otra persona). En relativamente pocas ocasiones alguien «ve» palabras (invisible para los demás) escritas sobre el cuerpo de una persona o en el aire. De acuerdo con Blaine Cook, uno de los asistentes de Wimber, las palabras aun pueden en su experiencia encerrar términos médicos como la «enfermedad Osgood-Slatter», un término desconocido anteriormente para él ya que su carrera se había desarrollado en el área de servicio civil, no en la medicina. Sin embargo, hay también algunas diferencias importantes entre lo que observé en Sheffield y los informes de reuniones espiritistas.

La primera de estas diferencias se relaciona con el nivel de precisión de algunas de las palabras de conocimiento (como lo ilustra la primera cita al principio de este apéndice), el cual

parece exceder el nivel de precisión de la mayoría de fenómenos aparentemente similares informados en otras partes.<sup>3</sup> Algunas veces en Sheffield tal parecía que llegaban palabras suplementarias si la persona no las identificaba inmediatamente, como lo ilustra la siguiente serie de John Wimber:

Alguien se fracturó las costillas al caerse el invierno pasado sobre la nieve o el hielo y estas no se han curado bien. El pie izquierdo resbaló. Se hirió exactamente en la parte izquierda ... [pausa]. Fue en febrero de este año, sobre nieve derretida o algo helado, se golpeó durísimo al caer ... [pausa más larga]. Su nombre es Jorge.

Una segunda diferencia con los informes de reuniones espiritistas tiene que ver con las posibilidades de engaño. Es sabido que muchos sanadores espiritistas se mueven alrededor de un circuito regular de reuniones y pueden por lo tanto adquirir conocimiento acerca de la congregación regular en cada sitio.<sup>4</sup> Sin embargo, el mismísimo hecho de que Wimber y su equipo hubieran llegado de los Estados Unidos y no tuvieran conocimiento previo sobre los que asistieron al seminario, ya que estos supieron de ellos en revistas cristianas, da gran crédito a la autenticidad de sus informes.

Comparadas también con las prácticas de los médiums o síquicos a quienes se consulta en privado, existe la ausencia de cualquier objeto personal como collares o los llamados inductores, a través de los cuales el médium busca conocimiento acerca de otra persona. Los informes de Wimber y sus compañeros de que esas palabras de conocimiento también funcionan en nivel individual, no solo en las reuniones de multitudes, son más difíciles de revisar por la misma naturaleza de la situación. Además, las mismas palabras de conocimiento no son previsible en términos de cuándo y de dónde pueden venir, por lo tanto es imposible proveer una situación experimental para probar individualmente las palabras de conocimiento (aun en las reuniones de multitudes su número puede variar considerablemente). Al no poder observar por mí mismo los encuentros personales, solo puedo referirme a relatos tales como uno descrito en el libro de Wimber *Evange-*

*lización poderosa.* Él describe cómo vio la palabra «adulterio» en la frente de un pasajero en un avión, seguido de una revelación del nombre de la amante del hombre. Cuando Wimber le preguntó si ese nombre significaba algo para él y le explicó que fue Dios quien le reveló esta información, el hombre rápidamente se quebrantó en sollozos de remordimiento que lo llevaron a su conversión.<sup>5</sup>

### Probabilidades estadísticas

Estos mismos hechos hacen también difícil atribuir las palabras de conocimiento a las probabilidades estadísticas. Seguramente si los casos personales se pudieran verificar (como supongo que se podrían por la corroboración independiente del hombre en cuestión y de quienes lo conocen), entonces estaríamos tratando con un nivel totalmente diferente de probabilidades a la mención de una enfermedad común entre una multitud de tres mil personas. Aunque se hubieran pronunciado muchas de tales «generalizadas» palabras de conocimiento, en particular por quienes estaban sometidos por primera vez a un mensaje que pensaron haber recibido, algunas de las más específicas son muy difíciles de descartar en términos de teorías de probabilidades.

La mujer cuyo nombre empieza con «L» ilustra esto muy bien. Pude entrevistarla personalmente al día siguiente. Su nombre es Linda. Ella dijo que tan pronto como Wimber comenzó a hablar (aun cuando él no estaba muy seguro del nombre) sintió que Dios le decía en el corazón que se trataba de ella. A medida que se daban los otros detalles, se convenció por completo y bajó desde el palco en que se encontraba hasta la plataforma al frente. El suyo fue el único caso que encontré en el cual la palabra de conocimiento no fue 100% exacta, ya que ella no iría a cumplir treinta y dos hasta abril de este año (Wimber admitió también en público su duda acerca del nombre, pensando que era algo así como «Lorma» o «Lerman», pero seguro de que empezaba con «L»). Podemos estimar en el caso de Linda, que si habían cerca de 1.500

mujeres presentes en el seminario y que hay cerca de veinte iniciales comunes de nombres de mujer (excluyendo iniciales como X, Z o Q), entonces casi setenta y cinco mujeres podrían cumplir con las dos primeras especificaciones. Si la mayoría de las presentes tuvieran entre veinte y sesenta años (sin embargo en este detalle Wimber tuvo una discrepancia de pocos meses), entonces podríamos hacer trece categorías de tres años cada una, dejando un margen de error de un año a lado y lado. Esto nos daría casi seis posibles mujeres. Es difícil calcular el «universo» total de posibles órganos, especialmente si se incluyen especificaciones como lado derecho o izquierdo, o detalles como «quinto disco cervical». Los médicos o los que tengan entrenamiento médico podrían enumerar centenares de partes del cuerpo, pero para nuestros propósitos presentes tomemos una cantidad figurada muy conservadora de solo treinta partes u órganos del cuerpo. Aun contando con solo treinta áreas del cuerpo tendríamos solo 0,2 personas que podrían cumplir estos criterios. Luego está el detalle de «ocho años», que es considerablemente mayor que el tiempo promedio para que una enfermedad de la garganta persista en una mujer de esta edad. Si tomáramos una cifra arbitraria de una afección de garganta en cincuenta que duraran cuatro años, entonces tendríamos una posibilidad de solo 0,004 personas entre esa multitud que pudieran tener tales características. En otras palabras, usando la cifra muy conservadora de posibilidades de solo treinta órganos en el cuerpo, la multitud debía haber sido 250 veces más grande de lo que era en realidad para que una persona reuniera tal combinación de características juntas.

El hecho de que prácticamente en todas las palabras de conocimiento mencionadas alguien se identificara como poseedor de la enfermedad, muestra su exactitud, al menos de manera subjetiva. Existe sin embargo una diferencia entre una persona que considera tener artritis y otra a quien los médicos le han diagnosticado una afección artrítica, aunque todas aquellas a quienes entrevisté por haber informado sanidad, habían recibido diagnóstico médico anteriormente.

Dispongo de un caso en el que tuve evidencia anterior de una afección que involucró a una enfermera que entrevisté una semana antes en un contexto diferente. Una pregunta acerca de sus actitudes hacia los hijos la llevó a contarme que sufría de endometriosis (tumores en el útero), que le impedía concebir, asunto que ella y su esposo habían contado a una sola persona de la iglesia. Debido a su trabajo, ella y su esposo tuvieron que turnarse para ir en las tardes al taller sobre sanidad física. Allí Blaine Cook tuvo una palabra de conocimiento acerca de endometriosis (usando el término del médico especialista que la enfermera me había dicho la semana anterior). Cuando la mujer dio un grito ahogado de asombro (*puedo dar fe de que nadie más lo hizo*), Cook oró porque Dios le diera el hijo que anhelaba. Esta pareció ser una palabra auxiliar de conocimiento, pero en las circunstancias de su afección no se podía descartar una deducción lógica. La mención de endometriosis era la vigésimoquinta palabra de conocimiento de un total de treinta y cinco, solo durante el taller de aquella tarde.

Cuatro talleres sobre diferentes temas se estaban desarrollando en la tarde simultáneamente en varias salas, reduciendo las cantidades del caso a uno en particular. Esa tarde, ese taller en particular fue combinado con otro, así que podemos suponer que la asistencia estaría en alrededor de 1.500, de los cuales la mitad serían mujeres. De 750 mujeres, que una tenga endometriosis para concebir, hasta para las estadísticas se podría atribuir a la suerte. Sin embargo, este fue en realidad uno de los casos menos específicos que se mencionaron esa tarde; a continuación hay ejemplos de algunos de los treinta y cuatro casos restantes dados por Blaine Cook (en todos ellos alguien reconoció tener tal afección):

Una afección de oídos (infección) con tanto fluido que cuando usted despierta lo encuentra regado en la almohada (una dama en la izquierda reconoció tenerla).

Una mujer con un tumor en el ovario izquierdo, tiene graves dolores seis o siete días antes del ciclo menstrual (una dama de la izquierda reconoció tener la afección; entonces Cook le pidió que se

colocara una mano en el lado izquierdo de la pelvis y pidió orar por ella).

El pie izquierdo con un hongo en la planta que va desde los tres últimos dedos hasta la base del pie (un hombre en el palco).

Treinta y nueve personas con afecciones del corazón o presión sanguínea alta (se les pidió que se pusieran de pie y levantarán las manos para que quienes estaban a su alrededor oraran por ellos).

Poco después Cook anunció: También hay alguien que no pasó al frente, con un prolapso de una válvula del corazón (se identificó un hombre en la derecha).

Un absceso en la dentadura, maxilar inferior, segundo molar (una mujer en la derecha).

El quinto disco cervical atrofiado (una mujer en la derecha).

Un caballero con la misma afección (no pude ver si alguien reconoció esto porque muchos se pusieron de pie y oraron en grupos por quienes lo habían reconocido).

Moretones en el talón derecho. Se golpeó muy duro contra algo y los moretones son muy graves (un hombre al fondo en la izquierda).

Alguien planea hacerse calzar una muela en la derecha del maxilar superior, acaba de ir al examen dental (una mujer en la derecha).

Estos ejemplos están entre los más específicos y detallados, por los cuales pude ver personas que se identificaban con esos males. Se mencionaron otras tres afecciones en que Cook sugirió que la persona en cuestión debía «dar un golpecito a alguien en el hombro y pedirle que ore por ti» en vez de identificarse en público: esto fue por una afección de hongos en el ano, herpes vaginal y una infección en el seno derecho que causaba secreción en el pezón. Cook pareció avergonzado por esta última afección mencionada y comentó: «¡Dios mío! ¿Por qué me haces esto?»

## Telepatía

Cook, Wimber y todos los demás que tenían palabras de conocimiento las atribuían a la revelación divina, pero a primera vista una explicación más «natural» podría ser la tele-

patía. La telepatía tiene una dudosa reputación entre la ciencia ortodoxa; sin embargo, son por consiguiente relativamente pocos los exámenes de telepatía y fenómenos afines (clarividencia, etc.) científicamente controlados. Cuando se efectúan tales exámenes, estos limitan el número de posibles alternativas a una conocida y predeterminada dirección, para el cálculo de probabilidades estadísticas de adivinación al azar. Se le pidió a los sujetos que dijeran cuál carta se había escogido o que predijeran qué luz de un conjunto limitado se encendería. Los resultados de centenares de tales series se tabulan y analizan para fines estadísticos. Si cinco aciertos de un centenar son imputables al acaso, entonces al aumentar la proporción de respuestas correctas, disminuyen las probabilidades de los resultados debidos al azar. En la mayoría de experimentos el nivel de exactitud está muy por debajo del ciento por ciento, aunque tenga importancia estadística; sin embargo, algunos individuos pueden arreglárselas con la práctica para obtener puntajes altamente significativos.<sup>6</sup> Parece que con la práctica se consigue mejorar el puntaje de exactitud tanto en pruebas científicas como en lo que observé en Sheffield, en la medida en que las palabras de conocimiento más detalladas que contienen hechos específicos acerca de la edad, nombre o extraña afección de una persona fueron expresadas por quienes tenían mayor experiencia en este fenómeno. Declaraciones más generalizadas tales como un «fastidioso dolor entre el ojo y el oído», «cálculos biliares», «palpitaciones irregulares» o «dolor en el pie izquierdo» fueron dichas por quienes nunca antes habían tenido palabra de conocimiento, pero que sin embargo se animaron a orar y pedírsela a Dios.

Aparte de las condiciones controladas de experimentación científica, existen informes ocasionales de familiares íntimos, cónyuges o buenos amigos que descubren que están pensando en lo mismo al mismo tiempo, y se preguntan si esto se debe a la telepatía. Es difícil evaluar la condición científica de tales experiencias debido a preguntas sin respuesta sobre la posibilidad de si un estímulo común puede o no tener pensamientos canalizados paralelamente. Aunque pudieran verifi-

carse tales informes telepáticos, estos sin embargo parecen estar confinados a quienes mantienen relaciones cercanas continuas. Los fenómenos observados en Sheffield involucraban cierta clase de conocimiento adquirido por extraños en medio de un auditorio repleto; los individuos no habían tenido contacto previo entre sí y el conocimiento demandado se relacionaba con detalles personales que normalmente no se pueden discernir aunque hubieran hablado cara a cara. El mismo hecho de que aquellos que tuvieron las palabras de conocimiento más detalladas habían acabado de llegar de los Estados Unidos, significa que si existió alguna forma de telepatía, esta era de una naturaleza distinta de la que se reporta entre personas con nexos cercanos.

Nuestro conocimiento sobre telepatía y fenómenos similares se encuentra aún en fases rudimentarias. El hecho de que los fenómenos de Sheffield fueran de distinta naturaleza que los que se informaron entre amigos o familiares cercanos, no significa que estos sigan sin explicación en términos de una hipótesis telepática. Significa sencillamente que nuestro conocimiento va más allá o que deben considerarse nuevas dimensiones del factor síquico. Nuestro modelo convencional de telepatía tiende a verla como una clase de «radio» con un transmisor y uno o más receptores, pero algunos de los fenómenos de Sheffield sugieren que este modelo es también inadecuado para ciertos detalles. Estos son los casos en que una palabra de conocimiento incluye detalles de cuántas personas padecen de una enfermedad particular, tales como «tres personas con dislexia» o «treinta y nueve personas con afecciones cardíacas o alta presión sanguínea». En la primera noche, Wimber tuvo una palabra de conocimiento relacionada con los números «cuatro» y «uno» asociados con la palabra «estéril», pero no estaba seguro si quería decir «14» o «41». Pidió a quienes no podían tener hijos, hombres o mujeres, que pasaran al frente de la plataforma y se alinearan. Algunos se agruparon y se unieron en las gradas con otros que habían pasado adelante en respuesta a otras palabras de conocimiento. Por lo tanto yo no estaba seguro de mi propia cuenta pero

esta estaba a dos números de «41», a la cual Wimber llegó debido a su mejor ubicación en la plataforma (aunque uno de los que pasaron era el esposo de la mujer con endometriosis, quien regresó en silencio a su asiento sin que oraran por él y sin haber revelado la afección de su esposa, pues después de pasar decidió que no era su problema sino el de ella. En consecuencia, Blaine Cook no pudo conocer la enfermedad de la mujer que tres días después recibió la palabra de conocimiento sobre la endometriosis).

El significado de números específicos mencionados como «tres», «39» o «41» es que en la analogía radial alguien tendría que imaginar un radio capaz de identificar cuántas estaciones transmitían el mensaje en varias y distintas bandas. Es como si la esfera del largo de las hondas se pudiera interceptar rápidamente, identificar todas las transmisiones con el mismo mensaje, y contar el número de transmisores diferentes. Este es un modelo mucho más complicado que el de un sencillo transmisor y uno o más receptores de un solo mensaje, así que la analogía radial se vuelve forzada ante el interrogante de múltiples «transmisores» y la cuenta de cada uno por separado.<sup>7</sup>

### Cuando llega el Espíritu

Mediante palabras de conocimiento varias personas se identificaron como los que Dios quería sanar y entonces los que estaban a su alrededor oraron por ellos (al principio del seminario los miembros del equipo que llegaron con Wimber y Pytches fueron quienes oraron por los enfermos). El poder sanador se atribuyó al Espíritu Santo, y al inicio de las sesiones llamadas clínicas se invitó a todos los presentes a «esperar» que el Espíritu Santo llegara sobre ellos. Wimber oraba brevemente porque el Espíritu Santo «llegara», entonces se paraba al frente mientras todos esperaban en silencio, por lo general puestos en pie y a menudo estirando las manos y colocándolas hacia arriba como si estuvieran recibiendo algo. Algunos se paraban con las manos enlazadas hacia atrás hacia la espalda

como si no quisieran participar de lo que sucedía a su alrededor. En la plataforma Wimber decía en tono de broma: «Ahora no se vuelvan religiosos conmigo», pero de repente empezaba a gritar: «Déjenlo llegar» cuando veía alguna manifestación física de la presencia del Espíritu Santo. Estas manifestaciones traían una clase de tranquilidad beatífica y un silencio que se asentaban en una persona hasta el punto de hacerla caer y quedar tendida en el suelo. Mientras tanto ocurrían fenómenos como temblores en una mano o en ambas, risas, llanto o rigidez en el cuerpo. La historia cristiana ha informado tales fenómenos al menos desde la época de Wesley, aunque la referencia bíblica que hace aparecer a los discípulos como si estuvieran borrachos el día de Pentecostés se podría tomar como evidencia de fenómenos similares en la iglesia primitiva del primer siglo.<sup>8</sup>

La mayoría de los metodistas sospecharían si tales fenómenos modernos ocurrieran en sus iglesias, aunque hubieran ocurrido en la época de Wesley; los cuáqueros modernos ya no manifiestan la agitación que les dio su nombre, sin embargo parecía que en Sheffield gente de muchas denominaciones distintas experimentaron algunas veces tales fenómenos involuntariamente. En la primerísima sesión una mujer de cuarenta y cinco años vio que su mano derecha estaba temblando, mientras todos los que estaban sentados a su alrededor no mostraban manifestaciones visibles. Ella intentó controlar la mano sosteniéndola con la otra pero luego ambas comenzaron a temblar con tanta violencia que todos a su alrededor notaron su comportamiento. Ella no esperaba tal reacción y solo el tercer día Cook explicó su interpretación de tales manifestaciones. No había sugerencia previa de que irían a ocurrir esos fenómenos, por lo tanto esta mujer y otros como ella trataron de reprimirlos cuando ocurrieron durante la primera clínica. En las sesiones siguientes pudieron tener mayores expectativas de ver esa clase de conducta, por lo que no se puede descartar el elemento de la sugestión psicológica para grandes reuniones, aunque sea difícil explicar por medio de esa teoría los fenómenos de la primera clínica.

Cook explicó durante los talleres de sanidad física del tercer día que consideran que estas manifestaciones se deben en parte a una «sobrecarga» del sistema nervioso, particularmente en fenómenos como el temblor de manos. Un hombre de veintinueve años realmente se sorprendió cuando le dijeron que media hora antes, durante un tiempo de oración, sus manos habían temblado con violencia. Este incidente indicaría que el sistema nervioso autónomo o una parte del motor cerebral podría involucrarse de manera inconsciente en lo que pasa en el cuerpo. Los fenómenos como rigidez se atribuyen a conflictos internos entre el Espíritu Santo y pecados personales u otros obstáculos. Algunos casos de personas que gritan se atribuyen por lo general a la liberación de heridas reprimidas del pasado, pero a veces se pueden también atribuir a la expulsión de fuerzas demoníacas. Las mujeres parecen gritar más. Entrevisté a dos de ellas, una era la esposa de un cura anglicano. Ambas testificaron que normalmente nunca gritan de esa manera en público, pero que lo hicieron a medida que el Espíritu Santo sacaba a la superficie varias heridas del pasado. Es difícil explicar tal conducta «no convencional» por medio de un modelo de «conducta de masas».

El comportamiento de unos pocos individuos que gritaban o del hombre que de repente comenzó a gruñir y resoplar, al que varios de los hombres que habían a su alrededor tuvieron que dominar (estos atribuyeron la conducta a la manifestación de un demonio) se podría relacionar como una forma de histeria masiva si no fuera por el hecho de que relativamente fueron pocas en realidad las personas que manifestaron tales síntomas. Son más las personas que tienen síntomas como temblor de manos, llanto o rigidez, pero durante cada una de las clínicas la cantidad de individuos que mostraron tales síntomas representaron minoría. Quienes los rodeaban, ya sea observando o participando en la oración por tales personas (que yo consideraría escasamente en diez por ciento de la audiencia), constituían el centro de atención en cualquiera de las clínicas. Al final de los cuatro días la mayoría había experimentado algo, pero todavía había quienes anhelaban una

manifestación especial que no habían tenido (unos pocos trataban de imitar fenómenos como temblor de manos, pero sus intentos eran obviamente artificiales; los miembros más experimentados del equipo les pedían detenerse).

Desde afuera, tal conducta podría atribuirse fácilmente a la emotividad. Sin embargo sorprende que al entrevistar más tarde a las personas acerca de sus experiencias, se encontró que un número relativamente alto informó una sensación de indiferencia hacia los procedimientos y calma o paz interior. Por supuesto, las emociones participan pero no a tal grado como para poder etiquetar la conducta solo como «emotividad». Esta sensación de imparcialidad de alguien hacia su propio cuerpo físico, casi como si fuera un espectador, se produce incluso en quienes manifiestan conductas bastante extremas como los gritos. Una dama de veinticuatro años, por ejemplo, empezó a tener una visión de Jesús, primero de sus brazos y después de su cuerpo, pero los rasgos faciales no eran claros. Ella trató de sacar de su mente de todas los rostros que conocía, como el de su padre, para no proyectar las características de él en su visión mental. Sintió que «Satanás le decía que no era real». A medida que luchaba por tender sus manos para sostenerse de Jesús, sentía un dolor agudo justo en el estómago, como si algunas fuerzas trataran de impedir que llegara a Jesús. La gravedad de los dolores la hizo gritar, pero a pesar de estas experiencias se sentía en cierta manera separada del cuerpo, consciente de lo que estaba ocurriendo pero sin que pareciera estar realmente «dentro» o que fuera parte de él. Durante la experiencia sus brazos y piernas se entumecieron y le llevó cerca de media hora volver a sentirlos.

En varios casos parecía haber una progresión de manifestaciones «fuertes» a «suaves» durante el seminario. Quienes casi al principio sintieron que estaban tratando con las heridas del pasado o que se encontraron a sí mismos engarrotados, como si se estuviera desatando un conflicto interior (lo que Wimber califica de «encuentro de poder» cuando el Espíritu Santo enfrenta formas de resistencia), para el fin de la semana exhibían síntomas menos dramáticos como expresiones de

gozo o éxtasis. Los que al principio manifestaron temblores u hormigueo de manos por lo general fueron quienes vieron estos síntomas como un llamado a alguna clase de ministerio de sanidad y quienes a menudo estuvieron orando por otros durante el resto de la semana. Algunas veces el «síndrome del temblor de manos» ocurría otra vez mientras estos oraban por otros, pero no siempre fue así. Pareciera como si las formas en que estos fenómenos se producen en diferentes personas dependen de factores individuales tan diversos como la necesidad personal, la personalidad y hasta el carácter fisiológico de un individuo; la mano que más tiembla o la que empieza a temblar primero es a menudo aquella con la que se escribe, sea zurdo o diestro.<sup>9</sup>

A veces las personas caen al suelo o sienten que se tienen que sentar en una silla. Se dan diferentes razones para esto, pero todas encierran una sensación de sentirse abrumado (Wimber utiliza la palabra «abrumar»; afirma que la palabra griega de donde viene la palabra «bautismo» significa más «abrumado» que «inmerso», y por consiguiente interpreta algunas de estas experiencias como evidencia de un «abrumador» [bautismo] en el Espíritu Santo). Una muchacha de veintitrés años describió cómo las piernas le comenzaron primero a temblar violentamente, luego se calmaban y entonces «volvían a temblar junto con las manos». Finalmente sus manos se aquietaron y solo las piernas temblaban, pero para ese momento le era imposible permanecer de pie. Entonces cayó primero en su asiento y después quedó extendida sobre el suelo, donde «permanecí bastante tiempo, sintiéndome totalmente en paz». Cuando más tarde se le ayudó a sentarse, «me sentí como si lo único que quisiera fuera sentarme durante una hora o más y permitir que el Espíritu continuara conmigo y fluyera en mí, estando simplemente en paz». Ella sintió que Dios la había «llenado» con «su amor». Otros también describen experiencias similares en términos de «amor», «gozo» o «paz», aunque una muchacha describió su vivencia como un éxtasis parecido al «gozo alternado con dolores y heridas del

pasado profundamente arraigados: gozo, luego dolor, luego gozo, luego dolor...»

Parecía como si más mujeres que hombres, y sobre todo más mujeres jóvenes que viejas, experimentaran algunos de los sentimientos emocionales más extremos. Sin embargo, las personas mayores también se sintieron tan «abrumadas» que cayeron, aunque supe más de casos de mujeres que de hombres. Algunos describieron sus experiencias en términos de «un grandioso peso golpeándome» o «un gran peso o presión en el pecho que me hizo sentar». La mención de un «peso» es particularmente interesante porque no fue una característica mencionada por Wimber o los demás oradores; por lo tanto, el hecho de que varias personas mencionaran tal «peso» no se puede atribuir a la sugestión. Wimber mencionó la idea de «olas», manifestando que el Espíritu Santo llega de repente en una ola envolvente pero que a menudo lo hace en «olas» de creciente intensidad; son primero unas pocas personas las que se ven «encantadas» por el Espíritu, luego más y más.

Encuentro en particular muy interesante tal experiencia debido a sus similitudes con el informe de un ministro bautista, quien cuando oraba por sí mismo hace treinta años experimentó «olas» del amor de Dios. Estas olas con el tiempo se volvieron tan intensas que «tuve que pedirle a Dios que se detuviera» después de un período desconocido de tiempo, que pudo haber sido de más o menos una hora.<sup>10</sup> Hasta ahora su experiencia nunca se ha repetido, pero en retrospectiva sus impresiones más claras fueron de «olas» y «peso». Las similitudes de lenguaje y el contexto de oración cristiana indican que su experiencia parece muy similar a la que informaran algunas personas de Sheffield; sin embargo, desde una perspectiva sociológica es importantísimo que tales experiencias puedan ocurrir también en un contexto privado e individual, y en apariencia sin que se esperen o inicien humanamente.

## El proceso de sanidad

Las palabras de conocimiento se usaron a menudo en Sheffield para identificar a las personas por quienes orar, pero a veces se invitó a orar por el público en general, como en la última noche cuando hubo una oración especial por ministros y líderes de la Iglesia. En el último caso la oración tuvo una naturaleza más general (por las «bendiciones» de Dios, por «fortaleza», por «valor», etc.), mientras que las oraciones por sanidad tienden a involucrar procedimientos más específicos. Primero se entrevistó a la persona y se le preguntó acerca de la enfermedad y sus pertinentes detalles, luego se hizo un diagnóstico de que si su origen era «natural» o «sobrenatural», después se seleccionó la clase de oración más apropiada, a la que seguía un tiempo de oración adicional salpicado de más interrogatorios y reacciones de la persona por quien se oraba. Por último se dieron algunos consejos generales después del tiempo de oración.

Cada caso es diferente, pero la siguiente descripción ilustra algunas de las características comunes (palabras de conocimiento, entrevista y oración). Esta se llevó a cabo durante el primer taller de la tarde sobre sanidad física dirigido por John McClure, uno de los miembros del equipo de Wimber y pastor de Newport Beach, California. Él había llegado a Sheffield desde Londres esa mañana para darse cuenta de que esa misma tarde tenía que dirigir ese taller. Durante los dos días anteriores se había despertado a las cinco de la mañana en su cuarto de hotel en Londres, y se encontró con que tenía una grave opresión en la tráquea. Esta era tan aguda que sentía morir, pero en su relato subsiguiente informó que «tuve que reprender al enemigo y hacerlo salir de mí». Entonces «el Señor me dijo que alguien con una afección parecida sanaría» cuando estuviera en Sheffield. En consecuencia en el primer taller dijo que había alguien con una reciente dificultad al respirar; McClure no sabía si era asma o flema, solo sabía que la tráquea estaba obstruida.

Una mujer pasó entonces al frente y McClure la entrevistó, preguntándole el tiempo que había sufrido de esa afección y

qué problemas específicos había tenido. Ella dijo que a las seis semanas de edad había tenido eczema y que desde los dos años había padecido de asma. Había mejorado posteriormente, pero «en los últimos seis meses me había aparecido gran cantidad de flema en la garganta, muy densa y opresora». McClure comentó que había sentido que «el enemigo quiere aterrorizarte y tratar de matarte por medio de esto». Él oró entonces de la siguiente manera: «Que el reino de Dios venga sobre ti ... hablo a los pulmones en el nombre de Jesús, sean limpios ... hablo al sistema respiratorio en el nombre de Jesús, límpiame ... límpiame en el nombre de Jesús».

Luego de esto McClure siguió entrevistando a la mujer, recalando que deseaba que ella fuera sincera sobre si sentía o no mejoría. Contestó que se sentía aliviada y que ya no oía su propia respiración. McClure confirmó que al principio había podido escuchar la respiración de la mujer «pero que ahora ya no». Después la dama regresó a su asiento, ¡su comentario final fue que sentía «que podía correr una milla!»

Casos como este en los que se reportan algunos cambios instantáneos de ningún modo son la regla. Muchos otros reportan un cambio gradual o ningún cambio del todo. El mismo Wimber cita cifras de estudios llevados a cabo en Estados Unidos en los que treinta por ciento de la gente reporta algo de sanidad después de la primera sesión de oración, diez por ciento adicional después de la segunda sesión de oración y sobre setenta por ciento para cuando se ha orado por ellos diez veces. Justifican los resultados señalando que el mismo Jesús una ocasión oró dos veces por un ciego, y que incluso algunos amigos de Pablo parecen haber sufrido de enfermedades prolongadas. Sin embargo, el hecho de que una proporción considerable de gente demanda alguna medida de sanidad plantea la pregunta de cómo en realidad obra la sanidad.

Muchos de los fenómenos ya descritos como síntomas psicológicos de la presencia del Espíritu Santo muestran notorias similitudes con los estados característicos del trance. Esto no es de sorprender en vista de la clase de concentración que

se usa si se tiene una visión de Jesús como la que se mencionó anteriormente, puesto que la condición psicológica que supelementalmente acompaña a la concentración necesaria en una visión así, con probabilidad se parece a un trance. Sin embargo, el mismo hecho de que estos estados se parezcan a los trances hipnóticos hace surgir el interrogante de si lo que sucede es una forma de hipnosis. Empíricamente es muy difícil contestar esto ya que los mismos resultados pueden darse por estímulos totalmente distintos, así como un bronceado puede ocasionarse por rayos «naturales» de sol o por un dispositivo «artificial» de una lámpara ultravioleta. El problema se forma por similitudes de resultado, puesto que las sanidades genuinas pueden llevarse a cabo bajo hipnosis de la misma forma en que se reportan como oraciones contestadas. El mismo ambiente que rodea a alguien, un grupo de gente que ora y expresa interés, puede proveer una forma de terapia en sí misma. El elemento de la sugestión es igualmente fuerte tanto en un contexto en el que las personas están receptivas a ella y esperan resultados genuinos, como en quienes tienen confianza en Dios y en el equipo de sanidad.

Sin embargo, esta teoría no es válida para todas las variedades de fenómenos en realidad manifestados en Sheffield. La teoría no explica la exactitud de algunas de las palabras de conocimiento (y aquellos que dieron palabras de conocimiento no se encontraban en estados similares de trance cuando recibieron la información) ni comportamientos como el que se registra en el siguiente relato:

Sarah es una mujer de veintitrés años que deliberadamente se sentó aparte de su mejor amiga, Lynne, a fin de evitar su influencia o la de su esposo dentro de toda la multitud. Al principio Sarah estuvo más bien «desanimada al ver tantos cristianos blancos de clase media» en el seminario y se sintió algo escéptica por esto ya que ella en particular se preocupaba por los pobres, por la clase trabajadora y por los grupos de inmigrantes entre los cuales había estado trabajando. Sin embargo, durante una de las clínicas Sarah echó un vistazo a la sección donde se oraba por Lynne. De pronto, «en una fracción de

segundo, sin tiempo para pensar siquiera en Lynne o sentir compasión por ella contraje un severo dolor *emocional* no físico como si sintiera todo el dolor y las ofensas que Lynne había experimentado durante su vida». Inmediatamente Sarah embistió «como un alma en pena» a lo largo del corredor y hasta donde se encontraba Lynne. Se lanzó a los pies de su amiga y gritó: «En verdad me siento acongojada por ti». El dolor de Sarah desapareció entonces y al mismo tiempo pareció desvanecerse la resistencia en Lynne que habían sentido quienes estaban orando por ella. Poco después uno de los que oraban por Lynne le preguntó: «¿Te abandonó tu padre cuando tenías once años de edad?» Una idea que a esta persona le había venido a la mente y que luego verificó como cierta. Después oraron por la sanidad emocional de Lynne y por la «sanidad de sus recuerdos».

Conductas como la de Sarah se tendrían que explicar mediante alguna otra forma de mecanismo psicológico, como una profundísima y repentina empatía, y no mediante cualquier referencia de estados de trance. Es interesante que ella llevara una clase de dolor indirecto por su amiga y que algunas de las palabras de conocimiento vengan como formas de dolor que «uno sabe que no es su propio dolor». Tales experiencias parecen ser particularmente adecuadas en un contexto donde todos creen en los sufrimientos indirectos de Cristo por sus conductas. Más aun, se ven a sí mismos como pertenecientes a un grupo que en el Nuevo Testamento se compara con un cuerpo con muchos órganos en los cuales «si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan» (1 Corintios 12.26).

## LA EFICACIA DE LA SANIDAD

El propósito total del seminario era el de entrenar cristianos en ministerios de sanidad, y la prueba de fuego de tales sanidades es si en realidad dan resultados o no. Sin embargo, cuando después contacté a quienes recibieron oración por

sanidad, advertí que habían muchos interrogantes problemáticos involucrados como para permitir que se haga un veredicto claro. En primer lugar, es difícilísimo revisar los registros médicos antes y después del seminario, porque estos no siempre están disponibles. Aun cuando lo estuvieran, hay todavía una posibilidad de que el médico haya hecho un diagnóstico equivocado o de que haya hecho uno provisional porque no toda la información estuviera disponible. Es bastante probable que en algunas enfermedades la persona se hubiera recuperado a través del proceso «natural» de sanidad, incluso si pensara que ese proceso se hubiera acelerado milagrosamente en Sheffield. En otros casos los síntomas físicos podrían tener causas sicosomáticas y al tratar las raíces sicosomáticas los síntomas físicos desaparecen. Otros casos podrían involucrar un alivio temporal de un mal, pero entonces habría que preguntarse si más tarde podría producirse una recaída o no. Esto es particularmente pertinente con el caso de una mujer con esclerosis múltiple, quien al principio caminó desde su silla de ruedas apoyada en cada lado debido a sus tembleques rodillas; después de que alguien que alguna vez había estado parálitico orara específicamente por sus rodillas, ella pudo caminar al día siguiente alrededor de cuarenta y cinco minutos con las piernas derechas.

Otro problema al continuar con los informes de sanidades es que debido a que se oraba simultáneamente por muchas personas, no pude observar cada caso en detalle y por eso no pude confirmar por mí mismo relatos como el de un hombre con un pie deforme, cuyo aspecto se tornó más normal dentro del período aproximado de quince minutos.

Debido a estas dificultades en evaluar la eficacia de tales oraciones dejo abierto este interrogante y concluyo con dos relatos de quienes reclamaron sanidad durante el seminario:<sup>11</sup>

Linda, quien tenía problemas de garganta, subió a la plataforma donde Wimber la entrevistó. Toda la audiencia pudo escuchar su voz ronca a través del micrófono. Después de un tiempo relativamente corto de oración Wimber le preguntó cómo se sentía. Dijo que se

sentía igual, pero cuando habló su voz sonó nítida. Wimber le pidió que dijera los números y cuando llegó al «tres» se dio cuenta de que su voz estaba clara. Cuando la entrevisté al día siguiente manifestó que todos los síntomas habían desaparecido menos la sensación de que tenía una pequeña compresa caliente en la garganta, donde ella creía que la terapia todavía continuaba.

Ginny tiene treinta y un años; diez años antes había empezado a sufrir una degeneración en la parte baja de la columna. Los médicos le habían dicho que con el tiempo iría a parar en una silla de ruedas, pero para aliviarle un poco la degeneración, en enero de 1985 le insertaron dos clavos de metal en una de sus vértebras. El especialista pudo confirmar en septiembre que el hueso había crecido sobre los clavos. Al principio Ginny tenía que usar yeso que después se reemplazó por un corsé de metal reforzado para mantener recta su espalda. Afirmaba que era médicamente imposible para ella inclinar la espalda, pero después de orar durante el seminario se dio cuenta de que era capaz de doblarse prácticamente hasta tocar los pies. Después de esto subió al escenario, se inclinó varias veces y entonces se levantó el frente de la blusa para mostrar el corsé mientras explicaba lo que le había sucedido. Aparentemente, fue solo cuando la entrevisté al día siguiente que se dio cuenta de que para demostrar su sanidad, los refuerzos metálicos en el corsé también se debían haber vuelto temporalmente flexibles. Ella describió con evidente gozo cómo por primera vez en muchos meses había sido capaz de inclinarse en un lavamanos para asearse el cabello y realizar otras tareas rutinarias. Ella misma se sentía curiosa acerca de lo que había sucedido con los clavos de metal en su espalda.

# Notas

## UNA NOTA PERSONAL

1. Este versículo se halla en el llamado extenso final del Evangelio de Marcos, el que muchos eruditos no consideran original. Pero notamos en primer lugar que el texto de Marcos es el aceptado como canónico por la Iglesia a través de los siglos, incluso en las ediciones posteriores, y en segundo lugar que testifica por lo menos lo que la iglesia primitiva creía que Jesús dijo.

## CAPÍTULO 1

1. Este entendimiento de los dones de lenguas e interpretación podría ser un reto para muchos cristianos. Mi propósito aquí es sólo narrar nuestra historia, por qué salimos del movimiento carismático en ese entonces. La mención de los pensamientos de Carol en ese momento sobre las lenguas y su interpretación son un asunto secundario.
2. Véanse mis amplias notas sobre la medicina holística en el capítulo 4, nota 4. Véase además, Douglas R. Groothuis, *Unmasking the New Age* [Cómo desenmascarar la Nueva Era], InterVarsity, Downers Grove, IL, 1986, cap. 3.
3. J. Sidlow Baxter, *Divine Healing of the Body*, Zondervan, Grand Rapids, MI, 1979, pp. 18-25.
4. *Ibid.*, p. 23.
5. Linda Coleman, «Christian Healing: Is it Real?» en *SCP (Spiritual Counterfeits Project Journal)*, agosto de 1978, p. 42.
6. A.J. Krailsheimer, trad., *Pascal Pensees*, Pensee 735, Penguin, Nueva York, 1966, p. 255.
7. Si desea una explicación total de las influencias de la visión mundial, véase nuestro libro anterior *Evangelización poderosa*, Editorial Betania, Miami, FL, 1997, cap. 5.
8. Véase, por ejemplo, John W. Beardslee III, ed. y trad., *Reformed*

*Dogmatics* [Los dogmas reformados], Baker, Grand Rapids, MI, 1977, p. 141. Esta sección sobre milagros se toma de *Compendium of Christian Theology* [Compendio de teología cristiana], un resumen admirable de teología reformista, por el erudito en la reforma del siglo diecisiete Johannes W. de Base.

9. John T. McNeill, ed., Ford Lewis Battles, trad., *Calvin: Institutes of the Christian Religion*, Biblioteca de Clásicos Cristianos, vol. 21, Filadelfia, Westminster, 1973, pp. 1, 467, 4.19.18.
10. Jaroslav Pelikan, ed., *Luther's Works*, vol. 24, Fortress, Filadelfia, 1961, p. 367. Lutero también dijo: «Cuán a menudo ha sucedido, y aun sucede, que el diablo se ha expulsado en el nombre de Cristo; también que al llamar a Cristo por su nombre en oración, los enfermos se han sanado». Citado en J.S. Baxter, *Divine Healing of the Body* [La sanidad divina del cuerpo], Zondervan, Grand Rapids, MI, 1979, p. 76.
11. Francis MacNutt, *Healing* [La sanidad], Ave María, Notre Dame, IN, 1974, 13.
12. C.I. Scofield, ed., *The New Scofield Reference Bible*, Nueva York, Oxford University Press, 1967, 1207, anotación de Hechos 28.8. Para la enseñanza dispensacionalista en sanidad divina véase Wade Bogg, *Faith Healing and the Christian Faith* [La fe sanadora y la fe cristiana], John Knox, Richmond, VA, 1956.
13. Wimber y Springer, *Evangelización poderosa* (pp. 89-90, 119-121 del original en inglés); véase también Charles Hodge, *Systematic Theology* [Teología sistemática], vol. 1, Eerdmans, Grand Rapids, MI, 1975, p. 636.
14. C.S. Lewis, *The Problem of Pain* [El problema del dolor], Macmillan, Nueva York, 1940, p. 93.
15. Este argumento sugiere que el «aguijón en la carne» de Pablo, que él llamó «un mensajero de Satanás», era una enfermedad física. En 2 Corintios 12.7-10 no se establece claramente que fuera física; en efecto, una interpretación más probable es que el aguijón de Pablo era una oposición vitalicia de alguna persona sola y enervante. El vocablo «aguijón» o «espina» se usa tres veces en el Nuevo Testamento (Números 33.55: «aguijones en vuestros ojos»; Josué 23.13: «espinas para vuestros ojos»; Jueces 2.3: «azotes para vuestros costados»); en cada caso se refiere a la oposición de otras personas, nunca a enfermedad. Segundo, después de llamar su «aguijón en la carne» un «mensajero de Satanás» que tres veces «he rogado

al Señor, que lo quite de mí» (2 Corintios 12.8), Pablo se jacta de su debilidad y se goza en «afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias» (v. 10). ¿Por qué no menciona las enfermedades? Finalmente, toda la epístola de 2 Corintios es una defensa contra quienes desafiaban la integridad personal de Pablo y su autoridad como apóstol. Estas tres razones señalan que el «aguijón en la carne» de Pablo era probablemente oposición de otras personas.

16. Albert Camus, *La peste*, Vintage Books, Nueva York, 1972. Nota: Camus no era cristiano, pero hay cristianos que sostienen su comprensión «cristiana» del sufrimiento.
17. Los interrogantes acerca de la extensión y clase de maltrato a cristianos no se deberían considerar aquí. Pablo habla del maltrato típico social, emocional y verbal que los cristianos encontraron. Con seguridad él no aprobaría pasivamente el aceptar graves maltratos como golpear al cónyuge o acosos severos en el trabajo en una cultura donde podemos cambiar de empleo y tener opciones legales, aunque los cristianos no se deberían sorprender cuando esos maltratos sucedan. No obstante, algunos de los maltratos en el Nuevo Testamento incluyen la tortura hasta la muerte (Hebreos 11.35-38). En relación con los esclavos y amos, Pablo no aprueba la institución de la esclavitud, como algunos sugieren erróneamente. Su preocupación fue hacer lo mejor de una institución que no cambiaría en esa época.
18. Kathryn Kuhlman, *Yo creo en los milagros*, CLIE, Ft. Lauderdale (p. 8 del original en inglés).
19. Al decir esto no apruebo toda la variedad de modelos contemporáneos y métodos de sanidad divina. Algunas veces Dios sana a pesar de nuestros modelos extraños. En la parte III presento lo que llamo un «modelo integrado» de sanidad, que muchos cristianos pueden fácilmente entender y aceptar, y del cual han aprendido a orar con eficacia por las personas

## CAPÍTULO 2

1. Hay casos en que Dios rescató a individuos justos aunque castigó al grupo. Por ejemplo, Lot (Génesis 19.1-29; 2 Pedro 2.7) y Ebed-Melec (Jeremías 38.7-13; 39.15-18).

2. Los siguientes pasajes del Antiguo Testamento son ejemplos de juicio por la desobediencia:
  - Números 11.1-35: Quejas contra las condiciones adversas
  - Números 12.1-16: María y Aarón murmuran contra Moisés
  - Números 16.41-50: Quejas después de la rebelión de Coré
  - 1 Samuel 5.1—6.21: El arca de Dios
  - 2 Samuel 24.1-25: El censo de David
  - 2 Reyes 5.15-27: La codicia de Giezi
 Los siguientes pasajes del Antiguo Testamento son ejemplos de recompensa por el arrepentimiento y la obediencia:
  - Éxodo 12.1-51: La Pascua
  - Números 21.4-9: La serpiente de bronce
  - Deuteronomio 7.1-16: La salud y prosperidad prometidas
  - 2 Reyes 5.1-14: La sanidad de Naamán
  - 2 Reyes 20.1-11: La sanidad de Ezequías
3. Meredith G. Kline, *By Oath Consigned* [Entregado por juramento], Eerdmans, Grand Rapids, MI, 1968, p. 21.
4. C.F. Keil y F. Delitzsch, *Commentary on the Old Testament* [Comentario sobre el Antiguo Testamento], vol. 1, Eerdmans, Grand Rapids, MI, 1973, p. 59.
5. Véase además Morton T. Kelsey, *Healing & Christianity* [La sanidad y el Cristianismo], Harper & Row, Nueva York, 1973, pp. 33-45.
6. Werner Foerster, «Sôzô», *Theological Dictionary of the New Testament*, vol. 8, p. 990.
7. John Wilkinson, *Health and Healing*, Handsel, Edinburgh, 1980, p. 33.
8. *Ibid.*, p. 31.
9. *Ibid.*, p. 33.
10. Rara vez Dios hace sufrir a los justos en el Antiguo Testamento. Incluso cuando se dice que Dios envía enfermedad es quizás porque Satanás aún no se menciona. Por ejemplo, en 2 Samuel 24 se dice que Dios tentó a David, mientras que un relato diferente de este mismo incidente encontrado en 1 Crónicas 21 dice que Satanás tentó a David. A medida que se revela a Satanás vemos aspectos atribuidos a él que anteriormente se atribuyeron a Dios. Esto se ve también en la literatura intertestamental y los Rollos del Mar Muerto (véase por ejemplo *Manual of Discipline* [1QS 13]).
11. Wilkinson, *Health and Healing*, pp. 19-20.
12. Alexander Roberts y James Donaldson, eds. *The Ante-Nicene*

*Fathers*, vol. 1, *Against Heresies*, Grand Rapids, MI, Eerdmans, 1973, p. 409.

13. Si desea más información de este tema, véase John Wimber y Kevin Springer, *Evangelización poderosa*, Editorial Betania, Miami, FL, 1997.

### CAPÍTULO 3

1. Ralph C. Martin, *Hungry for God*, Collins Fontana, Londres, 1976.
2. Francis MacNutt, *Healing*, Ave María, Notre Dame, IN, 1974.

### CAPÍTULO 4

1. J. Gresham Machen, *The Christian View of Man* [La visión cristiana del hombre], The Banner of Truth Trust, Londres, 1937, pp. 144-48.
2. Hans Walter Wolf, *Anthropology of the Old Testament* [Antropología del Antiguo Testamento], Fortress, Filadelfia, 1974.
3. G.C. Berkouwer, *Man: The Image of God* [El hombre: la imagen de Dios], Eerdmans, Grand Rapids, MI, 1962, p. 47.
4. Lo que he escrito acerca de la sanidad divina y del individuo integrado no se debe confundir con «sanación holística», un movimiento secular influido por las religiones orientales y el ocultismo. A primera vista hay una similitud entre sanación holística y sanidad cristiana, porque la primera resalta que el ser humano es la unión de cuerpo, mente y espíritu. Sin embargo, la similitud termina allí porque la medicina holística ofrece soluciones filosóficas y espirituales contrarias al cristianismo histórico.

En un artículo titulado «Sanación holística desde el interior» (*SCP Journal*, agosto de 1978, p. 4, Brooks Alexander escribe:

¿Qué es sanación holística? El público en general probablemente identifica la medicina holística como el recurso para métodos extraños de tratamiento, tales como acupuntura o sanación síquica. Esto es verdad en parte debido a que los medios de comunicación, en su esfuerzo para definir este

fenómeno, han (naturalmente) aprovechado sus rasgos más sobresalientes y visibles.

Alexander continúa citando del artículo de Richard B. Milles: «¿Qué es la sanación holística?», editado en la publicación del movimiento holístico *Revista de salud holística*, otoño 1977, p. 4:

La sanación holística es un punto de vista acerca del universo, vida humana en el universo y cómo encontrar ese algo extra en la vida ... el gozo de la creatividad, el conocimiento de la consciencia, la autorrealización ...

La sugerencia básica de la sanación holística aprecia el universo como un lugar amigable y de apoyo ... la armonía y la resonancia son el resultado de vibraciones que disfrutan unos con otros. Dentro de la sugerencia de un universo amigable ... la intención creativa, que emerge del interior del ser, conduce a cada persona a ...

- permanecer en comunión con un universo benévolo;
  - buscar un conocimiento personal de la visión y espíritu internos del ser supremo (el dios interno) a través de la intuición e imaginación creativas;
  - percibir e interpretar mediante una mente audaz y clara el ejercicio de la autonomía e integridad intelectual ...
- Alexander concluye:

En esta breve declaración podemos ver claramente varios puntos identificables de filosofía clásica ocultista ... El punto de vista religioso encerrado en el movimiento holístico es una parte integral de la visión cósmica del ocultismo/misticismo que coordina una ofensiva dentro de cada aspecto de nuestra consciencia cultural. No es una novedad, no desaparecerá y es básicamente hostil al cristianismo bíblico.

Véase también Dr. Paul Reiser, Teri K. Reiser y John Weldon, *The Holistic Healers* [Los sanadores holísticos], InterVarsity, Downers Grove, IL, 1983, pp. 14-19. Los autores describen «diez artículos de fe en la nueva medicina»:

- Precepto 1: El todo es más grande que la suma de sus partes.  
Precepto 2: La salud es más que la enfermedad.

Precepto 3: Los individuos son fundamentalmente responsables por su propia salud o enfermedad.

Precepto 4: Las formas naturales de sanidad son preferibles a las drogas y cirugía.

Precepto 5: Cualquier método de promover la salud o prevenir la enfermedad tiene el potencial de ser holístico.

Precepto 6: La salud implica evolución.

Precepto 7: Para entender la salud y la enfermedad necesitamos un modelo alterno, que se basa principalmente en la energía en lugar de lo material.

Precepto 8: La muerte es la etapa final del crecimiento.

Precepto 9: El pensamiento y las prácticas de muchas civilizaciones antiguas son un rico depósito de conocimiento para vivir sanamente.

Precepto 10: Las prácticas de sanación holística se deben integrar dentro del cuidado de la corriente principal de vida y salud mediante una política de influencia pública.

Los autores señalan que en el movimiento de la Nueva Consciencia (o Nueva Era) el concepto de «energía universal» es la base de toda la existencia «en la mayor parte de la salud holística» y que «aparece bajo una variedad de nombres, tales como energía universal de vida, fuerzas vitales, Ch'i, prana, bioplasma, energía plasmática y magnetismo animal». Detrás de estos conceptos los autores resaltan que «son las cuatro ideas básicas que forman la piedra angular de la mayoría de la mística oriental y la metafísica ocultista». Estas ideas, totalmente opuestas al cristianismo, son:

1. «Todo es uno» (panteísmo).
2. «El hombre es un ser divino».
3. «El propósito de la vida es ser consciente de nuestra naturaleza divina».
4. «La iluminación conduce al ejercicio del poder "sicoespiritual"».

No estaba seguro acerca de usar el término «energía» al describir el fenómeno del Espíritu Santo en la sanidad divina de las personas, debido a las sugerencias ocultistas asociadas con el uso de esta palabra. Sin embargo me decidí a favor de

usar el término en este libro, ya que muchas personas lo usan para describir lo que sienten cuando les llega el Espíritu Santo; y puesto que en la tradición cristiana ortodoxa oriental la frase «energías divinas» siempre se ha aceptado y no tiene connotaciones ocultistas.

Advierto a los lectores que cuando uso términos como «energía» o «electricidad» me refiero a fenómenos que se producen cuando sobre los individuos se derrama el Espíritu infinito, personal y trino del Dios de la Biblia, la Tercera Persona de la Trinidad. Estas son palabras que ellos utilizan para describir su experiencia. Con frecuencia la sanidad se acompaña de esta vivencia. No sugiero que Dios sea una fuerza impersonal, que los seres humanos sean parte de Dios o que lleguemos a ser Dios.

5. Leon Morris, *The Gospel According to John*, Eerdmans, Grand Rapids, MI, 1971, p. 496.
6. *Ibid.*, p. 497.
7. Alan Anderson, «Cómo sana la mente», *Psychology Today* [La psicología de hoy], diciembre 1982, 51.
8. Véase Dr. O.C. Simonton, Stephanie Matthews-Simonton y James Creighton, *Getting Well Again* [Cómo sentirse bien de nuevo], Los Ángeles, Tarcher, 1978; y Dr. William A. Nolen, *Healing: A Doctor in Search of a Miracle* [La sanidad: un médico en busca de un milagro], Nueva York, Random House, 1974.
9. *The Sword of the Spirit Newsletter*, enero de 1986, p. 6.
10. Dr. Paul Reiser, «Consecuencias del movimiento de medicina holística», *SCP Journal*, agosto de 1978, p. 32.
11. David C. Needham, *Birthright* [La primogenitura], Multnomah, Portland, OR, 1979, p. 88.
12. Martyn Lloyd-Jones, *The Cross*, Crossway, Westchester, IL, 1986, p. 179.
13. David W. Torrance y Thomas F. Torrance, eds., *Calvin's Commentaries, St. John 1—10*, Eerdmans, Grand Rapids, MI, 1974, p. 119.
14. Lloyd-Jones, *The Cross*, pp. 184-195.
15. Needham, *Birthright*, p. 61.

## CAPÍTULO 5

1. En este capítulo estoy usando la frase «sanidad interior» con criterio y moderación porque varios autores la utilizan con diferentes significados, con muchos de los cuales no estoy de acuerdo. En muchos casos la sanidad interior se basa en opiniones psicológicas seculares de cómo se forman e influyen nuestras personalidades. Pero estas opiniones se deben rechazar cuando contradicen la Biblia.
2. David Seamands, *Healing for Damaged Emotions*, Victor, Wheaton, IL, 1981, p. 7.
3. Michael Scanlan, *Inner Healing*, Paulist Press, Nueva York, 1974, p. 9.
4. Rita Bennett, *How to Pray for Inner Healing for Yourself and Others*, Revell, Old Tappan, NJ, 1984, p. 25.
5. Karen Horney, *Our Inner Conflicts*, Norton, Nueva York, 1945.
6. En relación con el incesto entre cristianos conservadores, Vincent E. Gil, doctor en filosofía, en un documento titulado «En la casa de tu padre: el incesto en hogares cristianos conservadores», presentado ante la decimoctava reunión anual de la Sociedad para el Estudio Científico del Sexo en San Diego, California, del 19-22 de septiembre de 1985, informa: «A pesar de los fuertes tabúes y sanciones religiosas contra la práctica, los informes de abuso sexual infantil intra-familiar han surgido cada vez más dentro de tales familias». De mi experiencia en los años recientes he observado un incremento en la incidencia de hombres y mujeres criados en familias cristianas que sufren de traumas por incesto infantil. No sé si esto indica una incidencia mayor de incestos o una mayor apertura para admitir las relaciones incestuosas. En una conversación con mi coautor Kevin Springer en junio de 1985, Paul Vitz, profesor de psicología en la Universidad de Nueva York, dijo que la incidencia del incesto en la población general es probablemente mucho más alta de lo que los psicólogos creen que fue en el pasado.
7. Theodore Elliot Dobson, *Inner Healing: God's Great Assurance*, Paulist Press, Nueva York, 1978, p. 125.
8. Scanlan, *Inner Healing*, p. 52.
9. Francis MacNutt, *Healing*, Ave María, Notre Dame, IN, 1974, p. 182.
10. Bennett, *How to Pray for Inner Healing*, p. 26.

11. Agnes Sandford, *The Healing Gifts of the Spirit*, Trumpet Books, Filadelfia, 1966, p. 48.
12. William Barclay, *Nuevo Testamento (Tomo 14: Santiago/Pedro)*, Editorial La Aurora, Buenos Aires, Argentina (p. 46 del original en inglés).
13. Scanlan, *Inner Healing*, pp. 17-19.
14. Steve Scott y Brooks Alexander, «Inner Healing», *SCP Journal*, abril de 1980, p. 15.
15. Scanlan, *Inner Healing*, p. 51.
16. Wilder Penfield, «Memory Mechanism», *American Medical Association Archives of Neurology and Psychiatry*, 67, 1952, pp. 178-198.
17. Dobson, *Inner Healing*, p. 130.
18. Scanlan, *Inner Healing*, p. 49.
19. *Ibid.*, pp. 28,49.
20. Ni siquiera Herodes pudo haber conseguido tal cantidad; el total de las reparaciones de la guerra en el año 180 a.C. fue solo de unos centenares de talentos para Roma, y esa fue una carga para Antíoco III, cuyo reino incluía Palestina, Babilonia y Siria.

## CAPÍTULO 6

1. Randy Frame, «Putting Satan's Work into Perspective», *Christianity Today*, 18 de abril de 1986, pp. 30-32.
2. En occidente vivimos una época en que decrece la creencia en el diablo y los demonios, mientras parece crecer la creencia en lo sobrenatural. En apariencia estas dos tendencias se contradicen entre sí, pero en realidad ayudan a definir una tendencia cultural más importante que está definiendo la espiritualidad para muchas personas. Las modernas creencias en lo sobrenatural están perdiendo sus raíces cristianas; todos los movimientos como la Cientología, el Forum, la Meditación Trascendental, el Control Mental Silva, la parasicología y otros afirman basarse en una mezcla de ciencia y metafísica. Creo que estos movimientos que se hacen llamar de la Nueva Era son el conducto, dentro de la cultura occidental, para los pensamientos religiosos orientales, para el ocultismo y para los ataques demoníacos directos. Estos mo-

vimientos llevan a las personas a experiencias sobrenaturales mientras niegan la fuente del más grave daño espiritual: los espíritus malignos. Aunque muchos hombres y mujeres se vuelven receptivos a los encuentros sobrenaturales, casi nunca están conscientes del peligro de los encuentros con Satanás y los demonios.

3. C.S. Lewis, *Cartas a un diablo novato*, Nueva York, Macmillan, 1971, pp. 32-33.
4. Jeffrey Burton Russell, *Satan and the Early Christian Tradition*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1981, p. 221. Después de cerrar el canon, la iglesia primitiva también creía en la existencia de Satanás y los demonios. Por ejemplo, Cipriano, obispo de Cartago, en el norte de África, entre los años 250-258, tomó en serio el mundo demoníaco. En su tratado *On the Vanity of Idols* [Acerca de la vanidad de los ídolos], describió cómo los demonios poseyeron a ciertos magos de las falsas religiones:

Estos espíritus ... están emboscados bajo las estatuas e imágenes consagradas: incitan los pechos de sus profetas con sus inspiraciones, les animan las fibras de las entrañas, dirigen el vuelo de los pájaros, gobiernan la suerte, dan buen rendimiento a los oráculos, mezclan siempre la verdad con la mentira porque son engañados y engañan; ellos confunden la vida de sus profetas, inquietan sus sueños; sus espíritus entran también en sus cuerpos, aterrando en secreto sus mentes, deforman sus extremidades, descomponen su salud, provocan enfermedades que los llevan a la adoración de sí mismos, así que cuando están hartos del vapor de los altares y de las riquezas pueden desatar lo que han atado, y por lo tanto aparecen como si hubieran influido en una curación (*The Ante-Nicene Fathers*, vol. 5, Cipriano, *Treatise*, 6.7, Eerdmans, Grand Rapids, MI, 1975, p. 465).

Tertuliano (ca. 160-220), también de Cartago en el norte de África, enseñaba que los demonios eran la fuente de muchos problemas humanos:

Su actividad es corromper a la humanidad; por lo tanto, el espíritu del diablo estaba desde el mismísimo principio inclinado a destruir al hombre. Por consiguiente, los demonios

infringen en los cuerpos de los hombres enfermedades y otras desgracias amargas, y en las almas repentinos y extraordinarios arrebatos de violencia (Joseph Defferari, ed., *The Fathers of the Church*, vol. 10, Tertuliano, *Apology*, The Catholic University Press, Washington, DC, p. 69).

Russell, quien trazó el concepto del diablo en el pensamiento cristiano a través del siglo V, concluye que «para esa época se establecieron las principales líneas de tradición» (*Satan*, p. 11).

Todos los reformistas protestantes creían que la humanidad estaba en guerra contra Satanás y los demonios. Por ejemplo, Juan Calvino escribió en sus *Instituciones de la religión cristiana*:

El hecho de que a Satanás se le conoce en todas partes como el adversario de Dios, y de nosotros que debe también incitarnos a una lucha incesante contra él ... Si estamos dispuestos a afirmar el reino de Cristo como debemos, tenemos que emprender una guerra irreconciliable contra quien está maquinando su ruina ... En resumen, experimentamos en todas las acciones de Satanás que Cristo testimonia en relación con él que «ha sido homicida desde el principio ... porque es mentiroso» (Juan 8.44). Él se opone a la verdad de Dios con falsedad, oscurece la luz con tinieblas, enreda en el error la mente de los hombres, atiza el odio, despierta contiendas y combates, todo con el fin de derrocar el reino de Dios y hundirse con los hombres en la muerte eterna. De esto se desprende que él tiene una naturaleza depravada, maligna y maliciosa. Por tanto hay depravación consumada en esa disposición que se dedica a asaltar la gloria de Dios y la salvación de los hombres. Esto es también lo que Juan quiere decir en su epístola, cuando escribe que «el diablo peca desde el principio» (1 Juan 3.8). Él se considera en verdad el autor, líder y arquitecto de toda malicia e iniquidad (Juan Calvino, *Instituciones de la religión cristiana I*, Biblioteca de clásicos cristianos, vol. 20, Westminster, Filadelfia, 1967, p. 174.

5. Russell, *Satan*, p. 225.
6. Michael Scanlan y Randall J. Cirner, *Deliverance from Evil Spirits*, Servant, Ann Arbor, MI, 1980, p. 14.
7. Véase John Wimber y Kevin Springer, *Evangelización poderosa*, Editorial Betania, Miami, FL, 1997, capítulos 12.

8. Lewis, *Cartas a un diablo novato*, p. vii.
9. Orígenes, *The Fundamental Doctrines*, en W.A. Jurgens, ed., *The Faith of the Early Fathers*, The Liturgical Press, Collegeville, 1970, p. 192.
10. Lewis, *Cartas a un diablo novato*, p. vii.
11. Scanlan y Cirner, *Deliverance from Evil Spirits*, p. 30.
12. Merrill F. Unger, *Demons in the World Today*, Tyndale House, Wheaton, IL, 1971, p. 113.
13. Si desea un criterio más detallado de la posesión demoníaca, véanse también John L. Nevius, *Demon Possession*, Kregel, Grand Rapids, MI, 1968, pp. 45-59; John Warwick Montgomery, ed., *Demon Possession*, Bethany House, Minneapolis, MN, 1976, p. 224; K. Koch, *Demonology, Past and Present*, Kregel, Grand Rapids, MI, 1973, pp. 136-47; y Unger, *Demons in the World Today*, pp. 102-108. El misal católico romano menciona cuatro señales por las que se puede reconocer la posesión:
  1. Conocimiento de un lenguaje anteriormente desconocido;
  2. Conocimiento de cosas escondidas o secretas;
  3. Demostración de fuerzas sobrehumanas;
  4. Aversión a los asuntos de Dios.
14. Montgomery, *Demon Possession*, pp. 225-26.
15. Dom Robert Petitpierre, O.S.B., ed., *Exorcism*, SPCK, Londres 1972, pp. 18-19.
16. Scanlan y Cirner, *Deliverance*, p. 63.
17. *Ibid.*, pp. 64-65.

## CAPÍTULO 7

1. Véase también John Wilkinson, *Health and Healing* [La salud y la sanidad], Handsel, Edinburgh, 1980, pp. 21,85,103. Wilkinson escribe:

La escasez de referencias específicas a la salud y la sanidad en las epístolas es de gran interés en vista del hecho de que esos escritos forman más de la tercera parte del gran total del Nuevo Testamento. Algunas de ellas son contemporáneas con sucesos registrados en Hechos, mientras otros no; no se puede negar que cuando se compara con ese libro ellas refle-

jan un menor interés en la salud y la sanidad. Asimismo, el libro de Hechos refleja un menor interés en la sanidad comparado con los evangelios. Se puede alegar que el carácter de una epístola no se presta en sí misma a la mención de incidentes sobre sanidad de la misma manera que tenemos una crónica de tales acontecimientos en Hechos. Sin embargo, las epístolas paulinas tratan frecuentemente con problemas para los cuales las comunidades cristianas locales buscaron su consejo, y puesto que estas epístolas se refieren a la sanidad sólo de paso podemos presumir que esta no era un problema (p. 130).

J. Sidlow Baxter escribe en *Divine Healing of the Body* [La sanidad divina del cuerpo], Zondervan, Grand Rapids, MI, 1979:

¿Cuál es el primer pensamiento que salta a la mente? ¿No es el *pequeñísimo espacio* que se da a la sanidad [en las epístolas]? En cierta manera parece decepcionantemente pequeño. Voy a hablarle de la poca importancia que en comparación Dios le da a la sanidad. Señalemos su menor lugar comparado con el mayor énfasis de las epístolas neotestamentarias a los creyentes cristianos.

Note que la describo como un interés diminuto *en comparación*. En sí misma es suficientemente importante, como varias otras materias de peso de las que se dan solo escasas referencias en la Biblia; pero *relativamente*, es decir, por sobre los grandes asuntos espirituales y eternos que forman el núcleo del mensaje cristiano, está entre las contingencias de menor interés.

Esta escasa mención del tema en las epístolas resalta un fino contraste con la frecuencia de los milagros de sanidad en los cuatro evangelios y en Hechos de los apóstoles. Recordemos que son las *epístolas* del Nuevo Testamento, no los evangelios o Hechos, las dirigidas específicamente a la Iglesia como un todo, a iglesias locales y a individuos cristianos como tales. Las epístolas son propiedad exclusiva de la Iglesia y son las que proporcionan todas las enseñanzas especificadas como doctrinas. Estas revelan todas las provisiones especiales de Dios para su Iglesia y la que establece las normas para la vida,

membresía, testigos y experiencia de la Iglesia a través de la edad actual (p. 157).

Cuestionaría a Baxter en dos puntos. Estoy de acuerdo en que las epístolas se dirigen a la Iglesia, pero también lo son los evangelios de Mateo y Juan. Mateo está diseñado como un manual para la Iglesia (de ahí su organización temática de disertaciones), y Juan está más probablemente dirigido al fortalecimiento de la fe en los creyentes que a llevar incrédulos a la fe. Se dice que Marcos es una recopilación de las historias que Pedro narró a la iglesia en Roma. Como ya lo señalé en el capítulo, las epístolas dan por descontado que los evangelios son enseñanza básica de la Iglesia. Además, las epístolas no son sistemáticas (aun romanas), pero están ocasionadas por problemas y controversias. Por tanto son en cierto grado asuntos poco científicos. Si la iglesia primitiva no tenía problemas con algo, las epístolas no lo discutían. De ahí nuestra falta de información acerca del bautismo y de la Cena del Señor, entre otros temas. Es más, si los corintios no hubieran tenido problemas probablemente nunca habríamos sabido cómo celebraban la Cena del Señor las iglesias de Pablo. Debido a estos dos factores, el hecho de que algo se discuta muy poco en las epístolas no muestra relación con su importancia para la Iglesia.

Baxter continúa y se entrega a un estudio de la Biblia que se concentra en cinco pasajes de las epístolas en que se menciona la sanidad. He aquí su conclusión:

Aunque en mi opinión muchos predicadores hoy día dan una interpretación errónea de la Biblia, hay sin embargo suficiente evidencia en el Nuevo Testamento de que hoy día debe estar actuando un ministerio de sanidad divina corporal, al menos dentro de las iglesias cristianas locales. Como hemos visto, hay (1) una clara promesa de tal sanidad en respuesta a la fe, (2) una clara conclusión de sanidad en la distribución espiritual de los «dones» entre los creyentes, (3) clara referencia a tal sanidad como la que experimentara el pueblo de Dios en esa época de la iglesia primitiva ... Sí, escrito está que la sanidad divina es para la iglesia de hoy día (p. 180).

2. Estoy en deuda con el doctor Paul Reisser, un médico de Thousand Oaks, California, cuyos comentarios fueron muy

útiles cuando escribí esta sección. Véase también Morton T. Kelsey, *Healing and Christianity in Ancient Thought and Modern Times* [La sanidad y el cristianismo en el pensamiento antiguo y en los tiempos modernos], Harper & Row, Nueva York, 1973, pp. 69-79. Wilkinson observa en *Health and Healing* [La salud y la sanidad] (p. 24-25) estas clases de trastornos: (1) enfermedades físicas, que incluyen (A) graves y (B) crónicas; y (2) posesiones demoníacas, que incluyen (A) trastornos en los que se describen específicas manifestaciones físicas, y (B) trastornos en los que no se describen específicas manifestaciones físicas.

3. Dr. Paul Reisser, «Implications of the Holistic Medicine Movement» [Consecuencias del movimiento de medicina holística], *SCP Journal*, agosto de 1978, p. 33.
4. Note que ningún miembro del equipo alentó ni sugirió que D.M. formara imágenes mentales, o que las imágenes y palabras que experimentó fueran en sí mismas una fuente síquica de poder de sanidad. El método ocultista de «visualización» no se usó aquí. La sanidad se llevó a cabo debido a que el Espíritu Santo aplicó la gracia al corazón de D.M., no porque las imágenes y palabras que experimentó tuvieran poder en sí mismas.
5. Gerald C. Davison y John M. Neale, *Abnormal Psychology: An Experimental Clinical Approach* [Sicología patológica: un enfoque clínico experimental], 3ra. ed., Wiley, Nueva York, 1982, pp. 7-72. Véase también James C. Coleman, James N. Butcher y Robert C. Carson, *Abnormal Psychology and Modern Life* [La sicología patológica y la vida moderna], 7ma. ed., Scott, Foresman, Glenview, IL, 1984, p. 231.
6. Wilkinson, *Health and Healing*, p. 25.
7. Véase el final de la nota 4, capítulo 4, por mis comentarios sobre el uso de los términos «electricidad» y «energía».
8. Francis MacNutt, *The Prayer That Heals* [La oración que sana], Ave María, Notre Dame, IN, 1981, pp. 57-58.

## CAPÍTULO 8

1. Si desea más explicación, véase David Watson, *Fear no Evil* [No temas al mal], Hodder and Stoughton, Londres, 1984,

- cap. 8; y E. England, ed., *David Watson, A portrait by His Friends* [David Watson, un retrato de sus amigos], Highland Books, Crowborough, 1985, cap. 12.
2. El que Timoteo no usara vino podría ser la causa de su problema. Pablo había hecho un voto de consagración y por consiguiente no bebía vino. Tal vez Timoteo se abstenía por esa o por similares razones. Los griegos y los hebreos creían que ni el agua ni el vino solos eran saludables. Una antigua fuente griega recomienda: «Tanto el agua sola como el vino solo son malos, pero mezclados [una parte de vino por dos partes de agua] es la bebida de los dioses». Por lo tanto Pablo no recomienda mucha medicina, mas sí las prácticas sanas de comida.
  3. La palabra griega que aquí se traduce «enfermo» (*asthenounta*) se puede entender como debilidad en la fe (Romanos 4.19), debilidad en la conciencia (1 Corintios 8.11), casi pecador (Romanos 5.6; Hebreos 4.15), pobreza interior (Gálatas 4.9) o pobreza (Hechos 20.35). Todos los traductores concuerdan que la traducción correcta en 2 Timoteo 4.20 es «enfermo». Véase Gustav Stählin, «Asthenês», *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, vol. 1, Eerdmans, Grand Rapids, MI, 1964, pp. 490-93.
  4. Las especulaciones relacionadas con la enfermedad de Pablo en Gálatas 4.13-14 no se deben confundir con las conjeturas relacionadas con su «aguijón en la carne» en 1 Corintios 12.7-10. Para mi discusión del «aguijón de la carne» de Pablo, véase la nota 15 del capítulo 1.
  5. Muchos comentaristas creen que el aguijón en la carne de Pablo era alguna clase de enfermedad. La Biblia no abunda en este tema. No creo que fuera una enfermedad. Para mis argumentos, vea la nota 15 del capítulo 1. Para un punto de vista opuesto vea John Wilkinson, *Health and Healing*, Hand-sel, Edinburgh, 1980, cap. 11.
  6. Algunos comentaristas han dicho que su enfermedad se debió al pecado personal. Lo aseguran debido a que la sanidad se encuentra en la expiación y se aplica a nosotros de la misma manera que la salvación: inmediata y automática. Deducen que la única explicación para una enfermedad que no sana es el pecado personal, especialmente por la falta de fe. Esta es la misma explicación que los tres amigos de Job le ofrecieron por sus problemas, y por eso recibieron la reprimenda de Job (Job 13.7).
  7. R.A. Torrey, *Divine Healing*, Baker, Grand Rapids, MI, 1974, p. 53.
  8. Por ejemplos de quienes enseñan que la sanidad no está en la expiación, véanse Trevor Martin, *Kingdom Healing* [La sanidad en el reino], Marshall, Londres, 1981; y Gordon D. Fee, *The Disease of the Health and Wealth Gospels* [El evangelio de la sanidad y la riqueza], The Word for Today, Costa Mesa, CA, 1979. Entre quienes enseñan que la sanidad está en la expiación, véanse John P. Baker, *Salvation and Wholeness: The Biblical Perspectives of Healing* [Salvación e integridad: perspectivas bíblicas de la sanidad], Fountain Trust, Londres, 1973; T.J. McCrossan, ed. Roy Hicks y Kenneth E. Hagin, *Bodily Healing and the Atonement* [La sanidad corporal y la expiación], Faith Library, Tulsa, OK, 1982; y Hugh Jeter, *By His Stripes* [Por sus llagas], Gospel, Springfield, MO, 1977.
  9. J. Sidlow Baxter, *Divine Healing of the Body* [La sanidad divina del cuerpo], Zondervan, Grand Rapids, MI, 1979, p. 137.
  10. Colin Brown, *That You May Believe* [Para que creáis], Eerdmans, Grand Rapids, MI, 1985, p. 200.
  11. *Ibid.*, pp. 202-203.
  12. Baxter, *Divine Healing of the Body*, p. 133.
  13. Donald Gee, *Trophimus I Left Sick*, Elim, Londres, 1952, pp. 21-22.
  14. *Ibid.*, 26.
  15. *Ibid.*, 27, 29.
  16. *Ibid.*, 27.
  17. Véase John Wimber y Kevin Springer, *Evangelización poderosa*, Editorial Betania, Miami, FL, 1997, cap. 1.
  18. *Ibid.*, cap. 3.
  19. Tomado de Samuel Southard, notas inéditas de clase, Seminario Teológico Fuller, 1984. Estoy en deuda con Samuel Southard por muchas de mis opiniones en el ministerio sobre la enfermedad terminal y los afligidos.
  20. Samuel Southard recomienda escribir nuestras oraciones por los enfermos o repetir las oraciones de otros que hayan sido eficaces. Es en especial útil dejar una copia de la oración con aquellos que visitamos. Dos fuentes excelentes de oraciones son Ernest A. Payne y Stephen F. Winward, ed. *Orders and Prayers for Church Worship* [Órdenes y oraciones para la ado-

ración en la iglesia], Carey Kinggate, n.d., Londres; y Catherine Marshall, ed. *The Prayers of Peter Marshall* [Las oraciones de Peter Marshall], McGraw Hill, n.d., Nueva York.

## CAPÍTULO 9

1. En el corto resumen que sigue, haré algunos comentarios sobre las prácticas de diferentes instituciones de sanidad divina y menciono unos pocos de sus líderes. Es necesario advertir acerca de estas categorías: ellas no son medios para dividir severamente un grupo de otro. Es más, muchos individuos tienen prácticas que calzan en más de un movimiento. Identifico cinco modelos:

1. *El modelo pentecostal.* Los pentecostales fueron los pioneros modernos en la sanidad divina y son los que tienen más éxito en la ministración de sanidad en el siglo veinte, con más de cincuenta y nueve millones de miembros en el mundo, como lo informó David Barrett en *The World Christian Encyclopedia* [La enciclopedia cristiana mundial], Oxford University Press, Londres, 1982. La sanidad se ministra primordialmente a través de un evangelista, y la mayoría de sanidades se efectúan en reuniones masivas. Le dan también gran importancia a la evangelización, la que los ha llevado a su explosivo crecimiento en este siglo. En los últimos setenta años han habido entre ellos aproximadamente cincuenta evangelistas de sanidad muy conocidos. En las personalidades claves de hoy día se incluyen Oral Roberts, Kenneth Copeland y Morris Cerrullo.

2. *El modelo litúrgico-sacramental.* Este modelo se practica principalmente en las iglesias Anglicanas y Católicas. Como lo sugiere el título, los sacerdotes ministran la sanidad por medio de los sacramentos, especialmente el de la eucaristía, reconciliación y unción de los enfermos. El ministerio de sanidad se limita enormemente a las reuniones oficiales de la iglesia. Los líderes claves son Morris Maddocks, obispo anglicano de Selby, Inglaterra, y el sacerdote católico Edward McDonough, de Roxbury, Massachusetts.

3. *El modelo neopentecostal.* Los líderes de este modelo se ven a sí mismos como sanadores y entrenadores de sanadores.

Hacen énfasis en desarrollar equipos de sanadores y no sólo evangelistas de sanidad. La sanidad se lleva a cabo por lo general en ambientes pastorales como retiros, conferencias especiales, reuniones de iglesia y en hogares. La oración es el medio principal de sanidad, por lo que es importante aprender cómo orar con eficacia. La sanidad interior a menudo precede a la sanidad física. Entre los líderes claves se incluyen Francis MacNutt, Ralph A. DiOrío, Michael Scanlan y Leanne Payne.

4. *El modelo de liberación pentecostal.* Este modelo resalta el ministerio de evangelización y liberación, que lo efectúa un evangelista en reuniones de campañas de sanidad. Es limitada la capacitación de otros para el ministerio de liberación. Entre las personalidades claves se encuentran Gordon Lindsey, un evangelista pentecostal en las décadas de los cincuenta y sesenta, T.L. Osborn, Lester Sumrall, Kenneth Hagin y Derek Prince.

5. *El modelo psicológico espiritual o de sanidad interior.* Este modelo resalta la sanidad de recuerdos, heridas pasadas, resentimientos y culpas que se han sumergido en la mente subconsciente. En el proceso de sanidad los líderes usan palabras de conocimiento, consejería, imaginación de fe y sicodramas. Entre los líderes claves se incluyen Dennis y Matthew Linn, Ruth Carter Stapleton, David Seamands, Barbara Pursey, John Hampsch y John y Paula Sandford.

Casi todos los modelos que estudié dan alguna visión de sanidad divina, aunque pocas satisficieron mi inquietud de un modelo de capacitación. En la mayoría de los casos fueron escritos para convencer al lector que hoy día Dios puede sanar, y que lo hace casi exclusivamente a través de unos pocos individuos con el don de sanidad. Las excepciones eran los ministerios de Francis MacNutt, Dennis y Rita Bennett y Michael Scanlan. Pero esos modelos no fueron escritos teniendo en cuenta el protestantismo evangélico, tradición de la que soy parte. Estos libros incluyen: Francis MacNutt, *Healing* [La sanidad], y *The Power to Heal* [El poder de sanar], Ave María, Notre Dame, IN, 1977 y 1974 respectivamente; Michael Scanlan, *Inner Healing* [Sanidad interior], Paulist Press, Nueva York, 1974; Michael Scanlan y Randall J. Cirner, *Deliverance from Evil Spirits* [La liberación de los espíritus malignos], Servant, Ann Arbor, MI, 1980; y Rita Bennett, *How to Pray for*

*Inner Healing for Yourself and Others* [Cómo pedir sanidad interior para sí mismo y para otros], Revell, Old Tappan, NJ, 1984. Aunque aprendí mucho al leer estos libros, la mejor contribución vino del estudio de la Biblia y la experiencia.

2. Jackie Pullinger, *Chasing the Dragon*, Servant, Ann Arbor, MI, 1983.
3. John Wilkinson, *Health and Healing* [La salud y la sanidad], Edinburgh, Handsel, 1980, 9,1.
4. Este es el tema de nuestro primer libro, *Evangelización poderosa*, Editorial Betania, Miami, FL, 1986.

## CAPÍTULO 10

1. Véase Howard A. Snyder y Daniel V. Runyon, *The Divided Flame* [La llama dividida], Zondervan, Grand Rapids, MI, 1986, pp. 101-108.
2. Para un punto de vista antropológico de las palabras de conocimiento, véase el apéndice F.

## CAPÍTULO 12

1. John Wesley, *The Works of John Wesley* [Las obras de John Wesley], vol. 1, Hendrickson, n.d., Peabody, MA, p. 190.
2. Jonathan Edwards, *The Works of Jonathan Edwards* [Las obras de Jonathan Edwards], vol. 2, Banner of Truth, Filadelfia, 1975, p. 260.
3. *Ibid.*, p. 271.
4. Gran parte de este material viene de notas inéditas de John White entregadas en el congreso titulado *El crecimiento del liderazgo de la Iglesia y el reino de Dios en la década de los noventa*, celebrado en Anaheim, California, en febrero de 1986. Usado con permiso.
5. *The Sword of the Spirit Newsletter*, enero de 1986, pp. 6-7.
6. John Wimber y Kevin Springer, *Evangelización poderosa*, capítulo 2.

## APÉNDICE F

Nota del autor: Durante el seminario de octubre de 1985 en Sheffield, yo no estaba consciente de que el doctor David C. Lewis estaba llevando a cabo un estudio. Es más, tampoco había visto en persona al doctor Lewis ni había oído hablar de él. Sin embargo, después de leer su trabajo pienso que sus descubrimientos fueron lo suficientemente importantes como para publicarlos en este libro. Me gustaría agradecer al doctor Lewis por permitirme gentilmente publicar su trabajo.

1. Un cuestionario distribuido en el seminario de Londres en 1984, analizado por Douglas G.T. McBain de los Manna Ministries Trust de Londres y por C.E. Fryer, ministro de la Iglesia Bautista Ilfracombe, Devon, produjeron cuadros que mostraban la autoclasificada lealtad denominacional de quienes respondieron como anglicanos (42,5%), bautistas (25,5%), iglesias locales (16%), pentecostales (4%) y evangélicos (3,5%). Una categoría restante (8,5%) fue clasificada en el informe no publicado como «Otros, incluyendo católicos romanos».
2. Francis MacNutt, *Healing*, Ave María, Notre Dame, IN, 1974.
3. Un artículo en dos entregas, de Hendrik G. Boerenkamp, titulado «Un estudio de las impresiones paranormales de síquicos» fue publicado en el *Periódico europeo de parasicología*, vol. 5 1985, pp. 327-71. Se estudió a un grupo de catorce síquicos o médiums, seis hombres y ocho mujeres (aunque dos renunciaron después de la primera serie); la investigación permitió a los sujetos operar en sus maneras convencionales: en casa, usando «inductores» y teniendo en sus informes la acostumbrada cantidad de respuestas provistas por los investigadores. Cada sesión fue grabada en cinta. Se llegó a la conclusión de que casi diez por ciento de las declaraciones de los sujetos presentaba el criterio de «no hay explicación lógica», pero de estos sólo uno de diez presentó el criterio de «suficiente grado de correspondencia» entre la declaración y la realidad. Sin embargo, se concluyó que uno por ciento de la incidencia de declaraciones «inexplicables» y «verdaderas» se podrían explicar satisfactoriamente al suponer la posibilidad de coincidencia (pp. 365-66).
4. Comunicación personal del doctor Alan Gauld. El doctor Gauld es autor de *Mediumship and Survival: A Century of*

*Explorations* [Médiums y vestigios: un siglo de exploraciones], Heinemann, Londres, 1983.

5. John Wimber y Kevin Springer, *Evangelización poderosa* (pp. 44-46 del original en inglés). Este incidente también lo cita David Pyches en su libro *Come, Holy Spirit* [Ven, Espíritu Santo], Hodder and Stoughton, Londres, 1985, pp. 101-102.
6. Los clásicos estudios pioneros de PES pertenecen a J.B. Rhine, profesor de psicología de la Universidad Duke, que fue el primero en aplicar estadísticas al estudio de PES. Los detalles se dan en J.B. Rhine, *The Reach of the Mind* [El alcance de la mente], Faber and Faber, Londres, 1948. Otros estudios de PES se detallan en J.B. Rhine y J.G. Pratt, *Parapsychology* [Parasicología], Thomas, Springfield, IL, 1957; véase también S.G. Soal y F. Bateman, *Modern Experiments in Telepathy* [Experimentos modernos en telepatía], Faber and Faber, Londres, 1954. Ejemplos de altas puntuaciones en pruebas de telepatía son 2.923 de 11.000 pruebas, o 466 de 1.600 pruebas; el «porcentaje intrínseco de calificación» (ajustado por discrepancias con probabilidades estadísticas, etc.) en estos casos fue 8,2% y 11,4% respectivamente (Soal y Bateman, p. 313).  
Se debe resaltar que los sujetos PES incluso los individuos que producen importantes puntuación (p.e. 270 de 950, comparado con una probabilidad de 190) tarde o temprano pierden sus capacidades (D.J. West *Psysical Research Today* [Investigación física contemporánea], Penguin Books, Ltd., Harmondsworth, 1962, pp. 133,147-48).
7. Una analogía entre la telepatía y las ondas radiales constituye el título de los estudios pioneros de telepatía, *Mental Radio* [Radio mental], de Upton Sinclair, Collier-Macmillan, Nueva York, 1971. Una clase de modelo de radio está todavía implícita en las ideas populares acerca de la telepatía, pero puesto que los fenómenos psíquicos se entienden tan pobremente, la analogía permanece como un posible modelo de función que se podría descartar cuando se reciba más información.
8. Hechos 2.13-16. En *Evangelización poderosa*, Wimber cita los detalles de algunas de estas manifestaciones como las registra John Wesley (p. 25 del original en inglés).
9. Para esta observación sobre zurdos y diestros estoy en deuda con el Rvdo. Nigel Wright, el ministro de la Iglesia Bautista Lytham St. Annes.
10. Comunicación personal del Reverendo Michael Caddick.

También me informó que la palabra hebrea *kabod*, traducida como «gloria», tiene un significado principal de «peso» o «sustancia» (como en «un hombre de sustancia»). Véase también Alan Richardson, ed., *A theological Word Book of the Bible* [Un libro bíblico de palabras teológicas], S.C.M., Londres, 1950, p. 175.

11. Rex Gardner es un especialista en ginecología y obstetricia cuya dirección presidencial para la Sociedad Médica de Newcastle y Países Norteños fue publicada en el *British Medical Journal* [Diario médico británico], vol 287, diciembre 24-31, 1983; 1927-33, bajo el título «Milagros de sanidad en Northumbria anglo-céltica, como los recuerdan el venerable Bede y sus contemporáneos: Una reevaluación a la luz de la experiencia del siglo veinte». Compara los milagros atribuidos a san Cuthbert de Lindisfarne y sus contemporáneos con historias médicas bien documentadas de casos del siglo veinte que se asemejan en muchos detalles a los descritos en el siglo séptimo. Sin embargo, aun frente a la exhaustiva y detallada evidencia médica y al diagnóstico de cuatro médicos especialistas que mantienen confianza sobre la exactitud de sus diagnósticos, no pueden explicar un caso de sanidad en un ojo después de haber orado (cuando la medicina convencional ha fracasado), entonces ponen en duda la exactitud del diagnóstico original. Gardner concluye que «incluso en casos bien documentados en que los pacientes y médicos se encuentran disponibles para preguntas y los registros médicos se pueden examinar, la prueba de curas milagrosas es probablemente imposible» (p. 1929).

Por tales razones no intento aquí ahondar en los aspectos médicos de estas curas, lo que se sale de mi competencia profesional como antropólogo social, puesto que los expertos médicos pueden disentir entre sí mismos acerca de tales temas. Sólo puedo tomar la misma posición de Gardner, cuyos relatos detallados de siete historias que encierran curas «milagrosas» son seguidas por la observación de que «ningún intento se ha hecho para probar que los milagros han ocurrido, siendo tales pruebas probablemente imposibles. El adjetivo milagroso es sin embargo permisible como una abreviatura conveniente para una sanidad de otra manera casi inexplicable que ocurre después de orar a Dios y dar honra al Señor Jesucristo» (p. 1932).

## Acerca del autor

John Wimber, una de las grandes figuras del iglecrecimiento en la década del setenta, comenzó a aparecer en público en orquestas de cabarets. Se le atribuye el surgimiento de la banda Righteous Brothers. En 1963 abandonó una pujante y lucrativa carrera por seguir a Cristo.

Enseguida dio señales de tener unción para la evangelización, y condujo cientos, y después miles, a Cristo. Con el tiempo se dedicó por entero al ministerio pastoral.

En 1974, John dejó el pastorado para ser director de iglecrecimiento de la Fuller Evangelistic Association. Como tal, viajó extensamente para estudiar de cerca la iglesia y enseñar por toda Norteamérica los conceptos sobre el crecimiento de las iglesias que había descubierto.

En 1978, Dios llamó a John a dejar la Fuller Evangelistic Association y pastorear una pequeña comunidad de ciento cincuenta personas en Yorba Linda, California. Aquel pequeño grupo, que ahora se conoce como Vineyard Christian Fellowship de Anaheim, California, creció hasta tener más de cinco mil miembros activos. Dios ha bendecido ricamente esa iglesia, y le ha concedido visión y experiencia en cuanto a la adoración, los dones espirituales y la sanidad.

Además de pastorear la iglesia, John sirvió durante diecisiete años como profesor adjunto de la Escuela de Misión Mundial del Seminario Teológico Fuller, cargo que tuvo que abandonar debido a otras obligaciones. También conduce numerosos seminarios y conferencias a nivel mundial sobre diversos temas como la sanidad, el Espíritu Santo y sus dones, iglecrecimiento, señales y maravillas, oración y evangelización poderosa. Sus programas de radio y televisión son bien conocidos en Estados Unidos, y su primer libro, *Evangelización poderosa*, estuvo en la lista de éxitos de librería en Estados Unidos e Inglaterra durante más de diez semanas. Ha escrito varios otros libros.

La iglesia Vineyard de Anaheim ha fundado más de seiscientas congregaciones en veintiocho países. La visión de John es que

para el año 2000 se hayan establecido dos mil congregaciones, y que el cuerpo de Cristo en pleno se edifique y prepare para cumplir la Gran Comisión.

John Wimber se ha recuperado al parecer victoriosamente de un cáncer que se le descubrió en 1993 y de un ataque de corazón en 1995. Ya está de nuevo al pie del cañón en cuanto a lo que el Señor nos llamó a hacer.